

De la dominación hacendal a la emancipación precaria

**Historias y relatos de mujeres:
inquilinas y temporeras**

Ximena Valdés S.

1ª edición 2020.

De la dominación hacendal a la emancipación precaria.

Historias y relatos de mujeres: inquilinas y temporeras

Ximena Valdés S.

Registro de propiedad intelectual N° 2020-A-3159

ISBN: 978-956-7382-49-1

© De esta edición

Universidad Academia de Humanismo Cristiano

Condell 343 – Providencia – Santiago de Chile

DIP – Dirección de Investigación y Postgrados - Unidad de Publicaciones

© Ximena Valdés S.

Diseño de portada: Leticia Martínez

Interior: Leticia Martínez

La edición de este libro contó con referato externo y anónimo.

Este libro se imprimió en los talleres de Donnebaum

La Universidad Academia de Humanismo Cristiano cree en la libre circulación de ideas y en la democratización de la cultura y el conocimiento, por lo que invita a los lectores a hacer libre uso de fragmentos de esta obra, realizando las correspondientes referencias bibliográficas. Para utilizar capítulos completos o extensiones mayores, favor comunicarse con los editores.

dip@academia.cl

(+562) 27878016

Agradecimientos

A las mujeres entrevistadas en distintas fechas y lugares, cuyas trayectorias sociales expresadas en historias y relatos de vida forman parte de la segunda parte de este libro; al Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer –CEDEM- y a la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, por la colaboración en la coedición del libro; a Fondecyt por el apoyo brindado a través de los proyectos de investigación 1150646 y 1190697, que permitieron avanzar en los conocimientos sobre las mujeres del campo; a la Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas –ANAMURI- con quienes hemos compartido inquietudes y deseos de mejores tiempos.

Las entrevistas fueron realizadas en distintas fechas y lugares por Macarena Mack, Ximena Valdés, Angie Mendoza, Gerardo Hernández, Ana Bengoa y Danae Berríos, mientras el grueso del trabajo de edición de las entrevistas recayó en Cristián Fuentes.

Índice

Agradecimientos 5

Índice

**PARTE I. DE LA DOMINACIÓN HACENDAL A LA EMANCIPACIÓN
PRECARIA** 9

Introducción

Presentación

Fuentes

El marco histórico de las transformaciones

Ordenes de género cambiantes y trabajo de las mujeres

De la dominación a la emancipación

Ruptura de las relaciones de dominación hacendales: la reforma agraria

De la sustitución de importaciones a las ventajas comparativas

Democratización política y continuidad del modelo exportador

Continuidades y cambios

Entre la hacienda y la agroindustria

La ‘obligación’ en el sistema de inquilinaje

Establos y ordeñadoras

Proletarización femenina en la agricultura de exportación

Packing y potrero

Conclusiones

PARTE II. HISTORIAS Y RELATOS DE MUJERES 83

Inquilinas de fundos y haciendas

Transiciones: de inquilinas a temporeras

Temporeras

Parte I

De la dominación hacendal a la
emancipación precaria

Presentación

Desde fines de la década del setenta del siglo pasado fueron aumentando los efectivos de asalariadas agrícolas engrosando un mercado de trabajo tradicionalmente masculino.

Este proceso de feminización de los asalariados de temporada está vinculado a la instalación y expansión de la agricultura y agroindustria de exportación.

El cambio en la composición por sexo de la fuerza de trabajo es una señal de las modificaciones no solo en el campo laboral, sino además en las estructuras y configuraciones familiares, en la medida que fueron cambiando los patrones de género, la división sexual del trabajo, las relaciones de poder y los sistemas de autoridad en la familia.

En el marco de las transformaciones habidas en la vida pública y privada, el camino hacia la asalarización de las mujeres, en categorías sociales como la de las asalariadas agrícolas, ha estado sembrado por procesos paralelos de precarización laboral, especialmente en el caso de las temporeras de la fruta. Por ello, no podemos separar la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo agrícola del proceso paralelo de deterioro de las condiciones de trabajo.

Ya que la precarización laboral forma parte del paisaje del mundo del trabajo en las economías neoliberales, es importante señalar las distinciones entre mujeres, ya que la categoría universal “mujer” oculta diferencias que emanan ya sea de la clase social, la etnia, la edad, el lugar de residencia,

la nacionalidad y aun otras dimensiones de la vida social, como la orientación sexual.

Este libro analiza el mundo del trabajo de mujeres que habitaron o trabajaron en el campo en el periodo de la hacienda y de las que actualmente lo hacen en las empresas agroindustriales. Aborda algunos de los cambios ocurridos en el campo laboral, tomando como punto de partida la experiencia laboral que tuvieron mujeres inquilinas que habitaron en fundos y haciendas en la zona central del país. El punto de llegada se nutre de la experiencia laboral de temporeras de la agroindustria frutícola de exportación en la zona central y en los valles nortinos, y que hoy habitan el campo, pueblos, aldeas, y periferias urbanas.¹

El paso de la condición de inquilina a la condición de temporera abarca un periodo de más de medio siglo. Durante este lapso la sociedad chilena transitó de manera abrupta desde un modelo económico —que avanzó en protecciones sociales inscritas en un proceso de industrialización volcado a la producción para el mercado interno— a un modelo que privatizó servicios y protección social, inscrito en el neoliberalismo y en el proceso de globalización, fuertemente orientado a las exportaciones. Entre ambos modelos de desarrollo, una reforma agraria que se extendió por una década (1964-1973) contribuyó a terminar con el sistema de inquilinaje, mientras la contrarreforma creó las condiciones para la instalación de un capitalismo agrario abierto al mercado externo, a expensas del frustrado proceso redistributivo y democratizador que involucró a una franja del campesinado durante la reforma agraria.

¹ De manera creciente se han incorporado a este mercado laboral indígenas residentes en el territorio nacional e inmigrantes extranjeros. Véase Valdés (2019).

Desde estas transformaciones, nos preguntamos ¿qué es lo que ha cambiado en el campo laboral para las mujeres vinculadas a la agricultura y al mundo rural, sabiendo que en un pasado cercano vivían y trabajaban sujetas a las normas impuestas por el sistema hacendal, mientras hoy lo hacen en el marco del trabajo asalariado que generan las empresas agroindustriales globalizadas?

Hoy vemos el predominio de la agroindustria exportadora de capitales nacionales y transnacionales, que ha instalado plenamente las relaciones salariales, mientras la hacienda y el sistema de inquilinaje se caracterizaron por la presencia de relaciones sociales que solían preservar, todavía pasada la primera mitad del siglo XX, ciertos rasgos de corte precapitalista que permanecieron por largo tiempo en el campo chileno (Baraona, Aranda y Santana, 1961; Bauer, 1994). Bajo esas relaciones sociales, el poder y la propiedad de la tierra constituyeron la base de una forma de explotación de la fuerza de trabajo que se mantuvo desde la Colonia hasta la reforma agraria; por cierto, no sin modificaciones.²

Tal recorrido en el tiempo, desde los albores de la reforma agraria al presente, busca preguntarse sobre las diferencias que separan a las generaciones de mujeres que trabajaron en un pasado cercano con las que trabajan en la actualidad en labores vinculadas a la producción de alimentos. Ya que nuestro tema aquí es el trabajo de las mujeres en fundos y haciendas antes de la reforma agraria y el trabajo de las asalariadas del agro actuales, nos parece importante hacer una lectura que se pregunte qué ha cambiado entre mediados del siglo XX y los tiempos actuales; entre las mujeres que habitaron y trabajaron bajo las reglas de la institución de más larga

² En viñas y agroindustrias, fundamentalmente conserveras, en ciertos lugares hubo relaciones sociales y de trabajo plenamente salariales. Véase Bengoa (2015).

duración en nuestro país, sujetas al control patronal, y las asalariadas inscritas en el capitalismo postindustrial globalizado, que buscan su trabajo en distintas empresas y valles, ajenas a las coerciones que antiguamente experimentaron los inquilinos y sus familias en los fundos y haciendas. Pese a la ausencia de esas antiguas coerciones, las temporeras hoy trabajan en una de las actividades más desprotegidas, más extenuantes y menos calificadas. En este punto, nos preguntamos si acaso estas condiciones no son más duras y generadoras de la usura de los cuerpos que las que vivieron las ordeñadoras en los establos hace más de medio siglo.

Las “temporeras” emergen como categoría social tras el proceso de consolidación del capitalismo agrario volcado a la exportación. Necesarias e indispensables, la masividad alcanzada por las asalariadas temporales en la fruticultura no necesariamente ha modificado las jerarquías de género en el mundo del trabajo agrícola. Así, por ejemplo, quienes gozan hoy de trabajo estable y con contrato indefinido en la agricultura son varones, en un noventa por ciento, entre los cuales hay trabajadores calificados como tractoristas o fumigadores, y puestos de control y vigilancia, todos ellos lugares laborales hasta ahora fuera del alcance de las mujeres.

Antaño, las inquilinas estaban sujetas y subordinadas a la situación del padre o el marido en el fundo o la hacienda, a las reglas impuestas por la institución del inquilinaje y sus jerarquías laborales (Valdés, 1988a) Hoy en cambio, las relaciones salariales están individualizadas y las temporeras están sujetas a jefes de *packing*, capataces y subcontratistas, respondiendo a las lógicas del trabajo temporal a destajo, con largas jornadas laborales en las que logran hacerse el salario.³

³ Para estudios iniciales, véase Venegas (1992); para estudios más recientes, véase Caro (2012).

Frente a una sociedad que ha modificado su arquitectura social, que ha reorientado el destino de la producción de alimentos, y que ha experimentado cambios en las costumbres y las leyes, parecen haber ciertos rasgos del pasado que permanecen en distintos ámbitos de la vida social.

De *siervas a parias* constituyen metáforas que nos acercan a las experiencias vividas por las mujeres en el pasado y que las asalariadas de la fruta viven en el presente. Simbólicamente, estas metáforas marcan, visibilizan y dan sentido a las distintas situaciones histórico-laborales por las que han transitado las mujeres entre los tiempos de la hacienda y los actuales tiempos de la agroindustria globalizada.

La primera parte de este texto se orienta a relevar ciertos aspectos del trabajo, diseñando brevemente el marco histórico que encuadra las historias y relatos de las mujeres entrevistadas. Luego nos referimos al trabajo de las ordeñadoras de fundos y haciendas, así como de las temporeras de las empresas agroindustriales productoras de uva de mesa. El texto inicial que busca dar un marco a las trayectorias sociales, propone hipótesis interpretativas sobre las transformaciones experimentadas en el campo laboral por las mujeres del medio rural y la agricultura. Muchas de las ideas aquí contenidas han sido desarrolladas en otros estudios que citamos en la bibliografía. Aquí entregamos una síntesis de estos estudios para dar paso a historias y relatos de vida de inquilinas y temporeras, en la segunda parte del libro.

El sentido de estas páginas es nutrir a las nuevas generaciones de conocimientos sobre la historia reciente y el presente, privilegiando la experiencia de inquilinas y temporeras rescatadas a través de entrevistas. Las principales interlocutoras de este libro son las mujeres que forman parte de las organizaciones sociales que bregan por alcanzar justicia laboral.

Conocer ciertos aspectos de la historia del trabajo de las mujeres, sus cambios y continuidades, podría contribuir a

avanzar en una agenda de derechos frente a una situación en que se han acumulado enormes deudas para con las asalariadas del agro. Las continuidades, sino el empeoramiento de las condiciones de trabajo que se desprenden de los relatos de las temporeras, permiten interrogar al discurso contemporáneo de la “igualdad de oportunidades” que caracteriza y acompaña al neoliberalismo bajo la forma de políticas “con perspectiva de género”, y que se han revelado excluyentes para la gran mayoría de las mujeres trabajadoras (Fraser, 2015). Con el fin de alcanzar reconocimiento, redistribución y representación para las mujeres del campo y sus organizaciones sociales, pensamos este texto como una herramienta para la acción colectiva de las trabajadoras del agro.

Fuentes

Este trabajo se nutre de fuentes orales y escritas. Las historias y relatos de vida de tiempos pasados y presentes constituyen la base del análisis del trabajo de las mujeres en distintos contextos históricos. Además se revisaron fuentes secundarias, entre ellas estudios sobre historia social y agraria, así como literatura, buscando en este último caso capturar el imaginario social de cada época. Como dijimos más atrás, muchas de las ideas aquí expresadas se han desarrollado en estudios anteriores, que han privilegiado las fuentes orales.

Las historias y relatos de vida, recogidas entre los años 1980 y 2016, provienen de entrevistas grabadas. Esta es una fuente privilegiada para conocer las representaciones y las prácticas sociales de las mujeres, tan ausentes en la historia social, en particular en los estudios agrarios clásicos, e incluso en los más recientes. Esta fuente permite establecer una diferencia entre los discursos institucionales y la forma en que los sujetos los adoptan, los rechazan o los transforman; su uso además contribuye a restituir el papel y el lugar de los individuos en la construcción tanto de sí mismos como de los lazos sociales que ellos tejen.

El trabajo con material oral —que permite dar cuenta de las representaciones que las personas tienen acerca de sus vidas— requiere establecer desde un principio que no importa tanto la veracidad de los hechos relatados como la significación que cada persona les otorga a estos hechos. Tratándose de representaciones sociales, de discursos sobre la experiencia,

existe sin embargo en el material oral un conjunto de datos y referencias no desestimables acerca de la vida material, la habitación, la cocina y la alimentación, el patrimonio económico, la composición de la familia, los partos, creencias, costumbres; también sobre el papel —en distintos tiempos y lugares— de los patronos, de los curas, funcionarios públicos, la escuela, las iglesias, los hospitales, los consultorios, las patronas, los contratistas, parientes y compadres, así como de los lugares de trabajo y los lugares en que las personas han vivido. Los afectos, las emociones y los sentimientos, los significados otorgados a la infancia y al sentimiento filial y conyugal, constituyen, de igual forma, parte del material con que contamos. Todo ello ayuda a comprender las formas de vida y los cambios en ellas, en las costumbres y las mentalidades.

Sin embargo, este tipo de fuente oral tiene un estatus epistemológico ambiguo y diferente según cada disciplina. En Historiografía, como argumenta Pierre Vilar, hay diferencias entre el material escrito y oral. Según este autor la historia es una construcción en base a documentos, mientras el testimonio es reconstrucción en base al recuerdo. No obstante, el mismo Vilar señala que: “los límites de estas dos representaciones del pasado no son muy estrictos. Hay recuerdos razonados, y narraciones históricas muy subjetivas” (1980: 70). Ronald Frazer, en cambio, define la historia oral como un campo que permite “el descubrimiento de cómo la gente vivió un período o acontecimiento del pasado”, lo que puede lograrse en el ámbito biográfico y a través de un individuo, o de la vida de una familia, una comunidad, un pueblo, a través de testimonios de sus habitantes o integrantes. Frazer entiende que lo que hace la historia oral es “articular las experiencias de aquellos que, históricamente hablando, están inarticulados (...) las experiencias vividas de gente ordinaria (...) que no ha dejado ningún relato escrito ni figuran en ningún relato...” (1980: 48-49).

En disciplinas como la Sociología y la Antropología, en cambio, se valora el registro oral desde otras y distintas perspectivas. Ferraroti, por ejemplo, sostiene que “el individuo no es un epifenómeno social”, y que “lejos de reflejar lo social, el individuo se lo apropia, lo mediatiza, lo filtra y lo re-traduce, proyectándolo en otra dimensión, en definitiva, aquella de su propia subjetividad” (1983: 51). Para este autor, el recurso a la autobiografía del individuo es una vía de acceso posible al conocimiento científico de un sistema social. Sin embargo, debe considerarse que una trayectoria de vida, aunque se presenta como una totalidad, no está aislada, sino que muestra “las distintas posiciones sucesivamente ocupadas por un agente o por un grupo en un espacio sometido a distintas transformaciones”. Por ello, es indispensable tener en cuenta “el conjunto de relaciones objetivas que han unido al agente en cierto número de estados, al conjunto de agentes enfrentados al mismo campo y a las mismas posibilidades” (51). De esta afirmación se deduce que hay que considerar la red personal y social del entrevistado.

El uso múltiple de la autobiografía en Sociología, conduce a ubicarse en el punto de articulación de los seres humanos y de los lugares sociales, de la cultura y de la praxis, de las relaciones socio-estructurales y de la dinámica histórica. Para Daniel Bertaux, las investigaciones que consideran una cantidad considerable de experiencias en un medio homogéneo, organizado por el mismo conjunto de relaciones socio-estructurales, permite la totalización de los elementos de las relaciones socio-estructurales que aporta cada relato de vida, así como la aparición del fenómeno de saturación, es decir, de la reiteración y repetición, lo que otorga validez al método autobiográfico limitado a un cierto número de casos (1980: 205). En tal situación, se plantea que las biografías deben considerarse no como relatos de vida sino como relatos de prácticas, entendiendo que la interpretación no debe

concentrarse en “la vida” como objeto único cuyo sentido se trata de aprehender, sino sobre las relaciones sociales e interpersonales que están al origen de las prácticas sociales. La ventaja de esta consideración consiste en que las prácticas son observables, mientras que las relaciones no lo son; y esta es la única razón para considerar a las prácticas y los relatos de las prácticas como materiales con interés sociológico (Chevalier, 1979: 98-99).

Tanto en Sociología como en Antropología, el material oral, sea este de carácter biográfico o entrevistas sobre dimensiones concretas de la vida social, constituye una fuente de carácter cualitativo privilegiada para comprender el desenvolvimiento de la vida social y la inscripción del individuo en esta, sobre todo cuando se trata de poblaciones “subalternas”, dejadas de lado por la historia oficial.

Donde adquiere singular relevancia este tipo de fuentes, es en el conocimiento acerca de las mujeres y su historia. Para Michelle Perrot (1992), no hay una historia oral que consista exclusivamente en testimonios orales. Sin embargo, hay principios orales que deben incorporarse a la Historia, tal como la palabra o los recuerdos que provienen de profundidades olvidadas, vale decir, las cosas vistas desde el ángulo de los participantes, de manera de comprender la forma en que las personas las experimentaron. Perrot agrega que, en particular para las mujeres —que han hablado mucho más de lo que han escrito, y cuyas vidas transcurren mayormente en una esfera privada y olvidada por la palabra escrita— la investigación oral resulta esencial, teniendo en mente y resguardando el hecho de que la memoria es algo selectivo, no espontáneo, y que las grabaciones efectuadas solo ofrecen datos burdos que habrá que seleccionar y comparar, como cualquier otra información proveniente de otras fuentes.

En varios de nuestros estudios hemos recogido estos principios metodológicos, recurriendo a fuentes orales volcadas

en entrevistas en profundidad, las que han sido la materia prima para construir historias y relatos de vida de mujeres rurales y trabajadoras del agro. Estos estudios se han orientado a conocer las transformaciones sociales, especialmente en materia de relaciones de género (Valdés, 1999). El material oral registrado a través de entrevistas⁴ nos ha permitido comprender cambios y permanencias en distintos campos de la vida social y grupos sociales. Varios autores en Chile han recurrido al material oral con el fin de analizar diferentes temas y aspectos de la historia social.⁵

Las entrevistas e historias de vida que seleccionamos aquí, a partir de un vasto material oral recogido en las últimas décadas, no pretenden situar su valor en la veracidad de los hechos que relatan, sino en recuperar la experiencia y la memoria que las personas tienen sobre situaciones sociales, familiares y laborales, y que narran en función de la visión que tienen desde el presente. Por lo tanto, se trata de una “reconstrucción”. Sin

⁴ Hemos participado en la construcción de relatos e historias de vida y de su uso para analizar procesos de cambio: historias de vida de mujeres campesinas, dirigidas a establecer “una geografía cultural” de relatos a lo largo de Chile, cuestionando la homogeneidad de las mujeres rurales y la existencia de una categoría universal mujer (Valdés et al., 1983) e historias de vida que han servido, junto con otras fuentes, para analizar los cambios en el oficio alfarero en Pomaire (Valdés y Matta, 1986). También hemos recurrido a fuentes orales para analizar la historia reciente de la familia en Chile y el medio rural (Valdés, 2007).

⁵ Entre otros, María Rosaria Stabili ha buscado comprender la subjetividad, la sensibilidad y los sentimientos de las élites, el modo en que ellas mismas se visualizaban y la manera como definían su universo de valores y comportamientos. En *El sentimiento aristocrático*, Stabili no buscó reconstruir ‘objetivamente’ los intereses económicos de la élite, sino los significados que sus miembros atribuían al dinero, a la posesión de la tierra y a la riqueza. Mario Garcés de su lado, en *Tomando su sitio*, estudió el movimiento de pobladores sobre la base de registros orales, entre otras fuentes, rescatando el saber local como saber identitario constituido en y a partir de la memoria que el sujeto guarda y recrea de su propia experiencia histórica como sujeto colectivo. Un último ejemplo lo brinda el trabajo de Jacylin Bujes y María Paz Espinosa en el valle del Elqui, donde recopilaron trayectorias de temporeras (2015).

embargo, las formas de hacer —las prácticas sociales—, al igual que las representaciones y significaciones que las personas tienen sobre ellas, son de inestimable valor para recuperar distintas dimensiones de formas de vida pasadas en fundos y haciendas, y más cercanas en el tiempo, en agroindustrias, plantaciones y cultivos de exportación. No obstante, se trata de la reconstrucción de la vida social, laboral y familiar, y de relaciones sociales que cambian en el tiempo. En este aspecto, el recurso a la fuente oral es de inestimable valor, en la medida en que “no se sabe” sobre aspectos que no han merecido el interés de las ciencias sociales, y menos aún de los estudios agrarios. Los relatos de mujeres llenan vacíos. La experiencia femenina tiene un notorio valor puesto que, como sostiene Perrot, la mayor parte de la vida de las mujeres transcurre en la esfera privada o, a lo menos, siempre transcurre en parte en este ámbito, aunque existan otros.

Entrevistamos a mujeres familiares de inquilinos de las zonas centro y norte del país, que fueron testigo de una época. Se desempeñaron como ordeñadoras en establos de fundos y haciendas cuya producción estuvo destinada al consumo doméstico de lácteos en las ciudades; o como temporeras de la fruta: “cosecheras” o “parroneras”, como las nombran en el norte; “packineras”, como llaman a quienes laboran en la producción de uva de mesa de exportación desde al valle de Aconcagua hasta el valle de Copiapó. Las temporeras de la fruta no habitan como las ordeñadoras en las unidades productivas de antaño, sino fuera de las empresas agrícolas, en villorrios rurales, en las márgenes urbanas, en poblaciones o en áreas de pequeños propietarios de tierras.

Dentro de las historias y relatos de mujeres inquilinas se incluyen en este libro algunas ya publicadas (dos de cuatro), mientras que las historias de vida y los relatos de las temporeras de la zona central y nortina son inéditas. Estas últimas dan cuenta de variados aspectos de sus vidas y trabajo en la fruta

durante las últimas décadas. Entre estas historias y relatos de vida, algunas mujeres vivieron como inquilinas antes de la reforma agraria y también han sido temporeras en la fruta.

Dado que las entrevistas fueron realizadas entre 1980 y 2016, hay que considerar que éstas se hicieron en contextos políticos y sociales diferentes, lo que sin duda incidió en lo que las mujeres expresaron y callaron.

Las historias de vida de inquilinas de la zona central y los relatos de las temporeras en valles nortinos difieren en profundidad y son desiguales; las primeras se elaboraron en base a varias entrevistas, mientras los relatos (más cortos y acotados) corresponden a entrevistas recogidas en distintos estudios con el propósito de conocer las condiciones de trabajo y la acción colectiva de las asalariadas de la fruta, y por lo mismo refieren principalmente al trabajo. En cada historia de vida y relato se indica el año de nacimiento de la persona, edad al momento de la entrevista, el año de la o las entrevistas, el/la entrevistador/a y el/la editor/a.

Marco histórico de las transformaciones sociales

Orden de género y trabajo de las mujeres

El trabajo asalariado de las mujeres como campo de investigación tuvo su mayor apogeo cuando el mercado laboral se feminizó.⁶ El proceso de asalarización femenina modificó el orden de género de la llamada sociedad salarial desarrollada al alero del Estado de Bienestar (Castel, 1995).

El análisis que aquí proponemos se sitúa temporalmente entre mediados del siglo XX y el presente. Durante este período la sociedad chilena asistió consecutivamente a dos modelos de desarrollo. Cada uno de ellos estableció diferentes órdenes de género, es decir, distintos papeles y lugares para hombres y mujeres en la sociedad.

⁶ Con la reemergencia del feminismo en los años setenta, las ciencias sociales y las humanidades se hicieron eco de este movimiento social, dando paso a la generación de conocimientos sobre las mujeres en la historia, la sociedad, el trabajo, la familia. Muchos fueron los estudios acerca de la historia de las mujeres en el trabajo y sobre este proceso de incorporación de las mujeres al mercado laboral en el marco de la generalización del neoliberalismo, en particular en la agricultura y agroindustria; a estos estudios de caracterización y medición se sumaron otros que hicieron intervenir la categoría analítica de género, dando cuenta de las brechas salariales entre hombres y mujeres, de las distintas calificaciones por sexo, la calidad de los empleos, las diferencias en los montos salariales entre hombres y mujeres, etc.

El orden de género que se produjo con la industrialización estuvo acompañado por un sistema de protección social que se fue construyendo en Chile a partir de las Leyes Sociales de 1924,⁷ y que inicialmente cubrió a los trabajadores formales del sector urbano y minero y, muy tardíamente, a los trabajadores agrícolas.

Con la industrialización —por sustitución de importaciones— se fortaleció el modelo de familia conyugal (Valdés, 2007), caracterizado por un patrón de género y de división sexual del trabajo en el que el hombre era el proveedor de la familia y la mujer gestionaba el mundo privado, quedándose a cargo de las responsabilidades familiares junto a las labores domésticas.⁸ El Estado y las políticas públicas fueron los principales medios y agentes en este proceso que promovió el papel de las mujeres en la familia y de los hombres en el trabajo asalariado.

⁷La dictadura militar disminuyó el gasto social, y el sistema de protección centrado en la adscripción al trabajo se desplazó desde los trabajadores hacia los pobres con políticas focalizadas. Junto a ello se privatizaron los servicios sociales y se reemplazó la seguridad social del sistema de reparto con un sistema de capitalización individual en manos de privados. A partir de la recuperación de la democracia (1990), aumentó el gasto social y se crearon una serie de políticas y programas dirigidos a la superación de la pobreza y a la población vulnerable, como pago a la deuda social acumulada. Más tarde, durante el primer gobierno Bachelet (2006-2010), se creó además un sistema de pensiones solidarias para los adultos mayores de 65 años, hombres y mujeres, y los discapacitados del 60% más pobre Véase Larrañaga y Contreras (2010) y, Robles (2013).

⁸ Para Dalla Costa, todas las iniciativas en este periodo giraron en torno al fortalecimiento de la familia, y el trabajo femenino doméstico fue el medio primario para que la renta suministrada por el Estado o el salario se tradujeran en una mayor productividad de la fuerza de trabajo. “Reproducir hijos y marido requiere ahora, pues, saber desempeñar un arco complejo de tareas de un modo que hasta hace poco tiempo no se exigía. Saber preparar una comida equilibrada no representa sino una de las tareas materiales del trabajo doméstico” (2009:152) “Podemos, por lo tanto afirmar, que, si bien el *New Deal* representa el primer pacto global entre el Estado y clase obrera con el que se le garantiza a la clase un cierto nivel y una cierta seguridad reproductiva a cambio de un aumento de la productividad del trabajo, no obstante, la eficacia de tal pacto pasa ante todo por la reorganización de la familia y por la intensificación del trabajo doméstico de la mujer” (153).

Durante ese periodo, la mayoría de las mujeres fueron económicamente dependientes de los esposos (o convivientes): su participación laboral —concentrada en el servicio doméstico, los servicios sociales como educación y salud, y la manufactura— no llegó al veinte por ciento de las mayores de 15 años en los años setenta del siglo pasado.

En esa década, aunque la sociedad se modernizaba, la familia y el lugar de hombres y mujeres en ella permanecía re-nuente a ese proceso (Mattelart y Mattelart, 1968), una muy baja proporción de mujeres trabajaba por un sueldo o un salario, y la aspiración mayoritaria de los padres para con las hijas mujeres era el matrimonio.

Bajo la sociedad industrial, cuyo desarrollo correspondió con el modelo de sustitución de importaciones, Estado y sociedad contribuyeron a privilegiar la maternidad por sobre el trabajo fuera del hogar. Así, se conminó a las mujeres, y sobre todo a aquellas de los sectores populares, al cuidado de los suyos en el marco de la concepción de la familia “bien constituida” (Valdés, 2007) y de madres dispuestas a contribuir al bienestar familiar acorde con las políticas públicas, en especial de salubridad. Para ello, junto a la construcción y desarrollo del Estado de Bienestar, se incentivó la idea del “Salario Familiar” como retribución a la fuerza de trabajo masculina, cuyo monto debía alcanzar para el sustento de mujer e hijos (Valdés, 2007). Tal concepto de salario, que se tradujo en el ingreso monetario percibido por el trabajador varón para cubrir las necesidades de la familia obrera, contribuyó a la reclusión de las mujeres en sus casas y a su dependencia económica hacia el marido trabajador, considerado la autoridad en la familia. Así, la familia conyugal que se fortaleció junto a la sociedad industrial, preservó el carácter patriarcal que tuvo la familia en la sociedad tradicional (Federici, 2018), aunque el Estado regulara la autoridad paterna y marital.

El medio rural era relativamente ajeno a estos procesos, que fueron más gravitantes para los habitantes de las ciudades. En la medida que el sistema de hacienda —que modelaba las relaciones sociales en el campo— produjo una frontera entre el campo y la ciudad, entre las leyes que regían la *polis* y las costumbres y normas coercitivas que imperaban en fundos y haciendas, lo que produjo la sociedad salarial bajo la industrialización en el medio urbano (como los logros del movimiento obrero de las ocho horas de trabajo), tardó en extenderse al medio rural. De hecho, hacia mediados del siglo XX, todavía en el campo se mantenían relaciones mixtas con rasgos precapitalistas, que frenaron la plena realización del patrón de género industrial: hombre trabajador/mujer ama de casa. La misma “obligación” en trabajo exigida a los inquilinos por los propietarios de la tierra condujo al trabajo de las mujeres fuera de sus casas y dentro de la hacienda —como cocineras, lavanderas, ordeñadoras, sirvientas, “niñas de mano” —, incluso pasando por encima de la autoridad masculina en la familia (Salazar, 1990).

En el medio rural la figura de la “dueña de casa”, a cargo de las labores domésticas, no correspondía necesariamente a las prácticas culturales enraizadas en un sistema de trabajo como el que imperaba en el sistema de inquilinaje. Las mujeres debían trabajar a lo menos hasta que se generalizó el salario. Bajo este sistema, las mujeres trabajaron en las raciones de tierra dadas en usufructo a los inquilinos y en tareas asignadas para ellas por los patrones, los dueños de fundos y haciendas. Una vez que se generalizó el salario masculino y se eliminó la “obligación” en trabajo de los inquilinos y miembros de sus familias para “pagar” el acceso a vivienda, a tierras de cultivo y a pastos para el ganado (Ramírez, 1968), las mujeres tendieron a dejar las labores agrícolas y de servicio para la hacienda para dedicarse a las tareas domésticas y familiares.

De esta manera, pese al relegamiento de las mujeres a sus casas y al trabajo doméstico que promovió el orden de género salarial, en el medio rural y como siempre lo hicieron, las mujeres mantuvieron un importante papel en la producción de alimentos, de textiles, de alfarería, etc., para la subsistencia y el mercado. Esto aunque, como en la ciudad, con la modernización de las relaciones laborales en la agricultura y la progresiva proletarización de los inquilinos,⁹ las mujeres fueron dejando las ocupaciones y los empleos remunerados o el trabajo como “obligadas” que se les exigía a las familias inquilinas en el marco del sistema hacendal.

Ruptura de las relaciones de dominación hacendales: la reforma agraria

En julio de 2017 se cumplieron 50 años de la ley de reforma agraria 16.640 y de la ley de sindicalización campesina 16.625, ambas promulgadas bajo el gobierno de Frei Montalva.¹⁰ Antes de eso, la tenencia de la tierra se caracterizaba por el cuasi monopolio por parte de grandes propietarios, los hacendados, dueños de fundo, terratenientes o latifundistas, como se les llamó en esos años.

En total, sumando a los años en que gobernó Frei y los tres años del gobierno de Allende,¹¹ en el país se expropiaron cerca de 10 millones de hectáreas a más de 5.000 latifundios.

⁹ En la medida que ganaba terreno la remuneración salarial, los inquilinos perdían los goces y regalías en tierras y derecho a pastoreo.

¹⁰ Se expropiaron 1.319 fundos con 3,4 millones de hectáreas; 13% superficie cultivada del país. Estas tierras fueron redistribuidas a 30.000 familias. Véase Chonchol (2017).

¹¹ Chonchol (2017) indica que se expropiaron 4.490 predios con 6,6 millones de hectáreas.

Hasta entonces, la historia social y política chilena estuvo marcada por la exclusión de los trabajadores del campo de los derechos que habían adquirido los obreros industriales y mineros. Todo intento de los trabajadores agrícolas por sindicalizarse fue frenado por los grandes propietarios de la tierra (Oszlak, 2016). En cambio, durante la reforma agraria, se incorporaron a la vida social y política cerca de 300 mil campesinos, que fueron parte de las Confederaciones Sindicales surgidas tras la Ley 16.625 de Sindicalización Campesina de 1967 (Valdés, Godoy y Mendoza, 2017).

Durante una década de redistribución de tierras de la gran propiedad a un segmento de los trabajadores agrícolas —los inquilinos— se eliminó el latifundio tradicional. Junto a ello, tocó a su fin la institución del inquilinaje, que fue la que se sostuvo la larga dominación hacendal sobre la población inquilina residente en fundos y haciendas.

Mientras los trabajadores agrícolas lograron sindicalizarse en distintas Confederaciones Campesinas, las mujeres llegaron a conformar solo el 5,6% de la membresía sindical. Desde el mismo Estado, en este periodo (y los años posteriores), se promovió su participación en los Centros de Madres con la idea de afirmar la figura de la dueña de casa.

De otro lado, quienes accedieron a la tierra expropiada durante la reforma agraria fueron los jefes de hogar (Tinsman, 2009). Así, una medida tan progresista como la reforma agraria contribuyó a la ampliación de la brecha entre hombres y mujeres con respecto del acceso a la propiedad de la tierra.

La población rural fue entonces un testigo tardío del orden de género salarial construido durante el siglo XX, anclado en la figura del padre proveedor y la madre encargada de la familia y del ámbito doméstico. Tal concepción del lugar de hombres y mujeres en la sociedad, el trabajo y la familia, se venía incubando desde fines del siglo XIX (Alessandri, 1893) y adquirió mayor impulso durante el siglo XX (Frei, 1933),

en particular a partir de los gobiernos de Frente Popular en los años treinta (Allende, 1939; Rossemblut, 1995). El movimiento obrero concordó con esta concepción, encarnada en el sistema de protección social donde mujer e hijos se constituían en “cargas” del marido obrero o empleado. De esta manera, hacia fines de los años sesenta, los beneficios percibidos por obreros industriales y agrícolas por sus “cargas” familiares superaban el 15% del total de ingresos monetarios percibidos, incluyendo el salario.

No obstante, la reforma agraria igualó derechos de los trabajadores de la ciudad con los de los trabajadores del campo. De esta forma extendió el orden de género salarial al medio rural.

Uno de los aspectos más significativos del cambio en la condición femenina durante este periodo fue el de las políticas de control de natalidad. Con ello las mujeres del campo dejarían de pasar embarazadas durante toda su vida reproductiva, y las tasas de natalidad disminuirían considerablemente (Jiles *et al.*, 1992).

En cuanto a las escasas mujeres en el campo sindical, se les reservó un lugar en los Departamentos Femeninos de las Confederaciones. Desde la matriz sindical se estableció una separación por género de funciones masculinas y femeninas; el Estado hizo algo similar con los Centros de Madres, que buscaron fomentar la asociatividad femenina vinculada a la condición materna, gestión del hogar y participación en la comunidad local y el barrio. Ello contribuyó a afirmar una masculinidad adscrita al trabajo, al acceso a derechos laborales, a la tierra y otros recursos productivos, de tal forma que las políticas públicas reprodujeron los patrones culturales sexuados propios de la cultura campesina y el desigual acceso a la propiedad de la tierra de hombres y mujeres. Esto ocurría en el contexto de un proceso que se arrastraba desde los años cincuenta, en el que las mujeres iban dejando las labores agrícolas

como inquilinas y asalariadas para transformarse en dueñas de casa a causa del proceso de proletarización del inquilinaje, de la reducción del acceso a la tierra y regalías en favor del salario, y de los cambios tecnológicos en labores como la ordeña, que produjeron su masculinización (Valdés, 1987). Con todo, las mujeres que habitaban el medio rural preservaban tareas productivas y reproductivas que las hacían diferentes a las de la ciudad (como el acarreo de agua y leña, elaboración de pan, etc.). Pese a ello, el Estado y las políticas públicas, especialmente a través de los Centros de Madres homologaron la condición de las mujeres del campo con las de las ciudades.

No obstante entre los logros de la reforma agraria se pueden listar las mejoras en las condiciones de vida, el mayor bienestar, el acceso a la tierra, la mayor escolaridad alcanzada por los hijos e hijas de campesinos y trabajadores agrícolas (Ossandón y González, 2014), esta política redistributiva y democratizadora contribuyó a acentuar las brechas de género coherentemente con el papel asignado a hombres y mujeres en la sociedad salarial. De hecho, durante la reforma agraria se extendió a la población rural la concepción del “salario familiar y la maternidad moral”, conforme a las ideologías de género que acompañaron el periodo de sustitución de importaciones, plasmadas especialmente en los sistemas de protección social.

La reforma agraria constituyó un último aliento redistributivo bajo el modelo de sustitución de importaciones. El acceso a la tierra para los inquilinos, derechos laborales para los asalariados, crédito y asistencia técnica para los pequeños productores tradicionales y los campesinos del sector reformado, constituyeron los pilares de las políticas públicas durante esta época de aplicación de una de las reformas sociales de mayor envergadura del siglo XX, dirigida a la liquidación del latifundio y del poder político de los hacendados.

Neoliberalismo y nuevo orden de género

Con el fin del modelo de sustitución de importaciones y la contra reforma agraria en los años setenta, cuando la dictadura militar irrumpió quebrando el sistema político para dar paso al modelo neoliberal, las bases materiales del orden de género de la sociedad salarial se desmoronaron, erosionando los repartos de género tradicionales: la figura del hombre proveedor y de la mujer en la casa. Las mujeres debieron salir entonces en busca de ingresos mientras los hombres perdían los derechos adquiridos que les procuraron estabilidad laboral, acceso a la tierra, además de autoridad en la familia.

Si la reforma agraria abrió el acceso a derechos de los trabajadores agrícolas tras el importante movimiento sindical (Valdés, Godoy y Mendoza, 2017), a partir de los años setenta, coincidiendo con el golpe de Estado militar y con la contra reforma agraria, la figura del padre proveedor de la familia perdió sus soportes materiales, institucionales y simbólicos, lo que empujó, junto a la expansión del modelo neoliberal exportador, hacia la salida de las mujeres a trabajar por un salario.¹² Este proceso de debilitamiento de la masculinidad tradicional se tradujo en la feminización del mercado de trabajo agrícola (Valdés, 1988b), en concordancia con la expansión de la fruticultura de exportación y la demanda por fuerza de trabajo femenina.

En este contexto, también el papel de la agricultura en la economía nacional cambió, dejando de ser un sector económico volcado a la producción de alimentos para abastecer al mercado interno. Se transformó, así, en un sector exportador de productos forestales, ganaderos, y especialmente frutícolas.

¹² Esto aunque, discursivamente, la dictadura afirmó y promovió la figura de la dueña de casa y el papel central de las mujeres en la maternidad.

Las mujeres ingresaron a las faenas de la fruta hacia fines de los años setenta,¹³ asalariándose en los valles orientados a la fruticultura de exportación, desde Atacama al Maule. Estos valles fueron plantados con especies como la uva de mesa, cerezas, manzanas, duraznos, kiwis, entre otros, para agregarse más tarde, los *berries* en las regiones más australes (Maule, Biobío, Araucanía, Los Lagos).

En paralelo creció el empleo temporal, y en la medida que aumentaban las áreas con cultivos de exportación, el empleo se precarizó, incorporando más mujeres, indígenas e inmigrantes extranjeros, que constituyen poblaciones que se mueven de un lugar a otro, de un país a otro, tanto en Chile como en el resto de América Latina (FAO/Cepal/OIT, 2012) y en países de la cuenca mediterránea europea (Pedreño, 2014). Esta fuerza de trabajo precaria, segmentada por género, etnia y nacionalidad (Valdés, 2019), se desempeña en las distintas labores y faenas necesarias a la producción de frutas y hortalizas de exportación. Como en la ordeña en el pasado, se trata de una labor cuyo principal instrumento es la mano, cuando más una tijera.

Si bien con la dictadura se inauguró un nuevo proceso de concentración de tierras –y de aguas–,¹⁴ lo significativo de la reforma agraria fue la ruptura de un modo de relación social de larga duración, como fue el inquilinaje. Con la contrarreforma se dio paso a un proceso de expansión del trabajo asalariado temporal en la agricultura, terminando

¹³ Aunque muchas ya lo hacían en explotaciones agrícolas que comenzaron tempranamente con plantaciones de frutales, en especial en el valle de Aconcagua, lo que se incrementó a raíz de la política pública de fomento a la fruticultura, como lo fue el Plan Frutícola que se estableció bajo el gobierno de Salvador Allende (1970-1973). Véase Mack, Matta y Valdés (1986) y Tinsman (2009 y 2017).

¹⁴ Cerca de un tercio de la tierra fue devuelta a sus antiguos propietarios; otro tercio salió a remate, y otro tercio se entregó en propiedad individual a los ex inquilinos, los asentados de la reforma agraria.

con el carácter de la vieja relación de dominación de patrones hacia inquilinos.

El trabajo asalariado temporal va a expandirse acorde con el nuevo patrón de acumulación, con el cambio en el uso del suelo y el volcamiento de la agricultura desde el mercado doméstico al mercado externo. Los trabajadores ya no habitarán fundos y haciendas, ya no percibirán una remuneración mixta (regalías más salario), las relaciones de producción ya no contemplarán la “obligación” a la que fueron sometidos los inquilinos, sus hijos, hijas y esposas, sino que se transformarán en relaciones puramente salariales, individualizadas con la diferencia y distancia que implica habitar fuera de las unidades productivas (en villorrios rurales, periferias urbanas, comunidades indígenas y también otros países), y con el surgimiento de procesos de intermediación laboral (subcontratistas) que contribuyen a la invisibilización de la figura del patrón y a mayores grados de precarización laboral. Esta ruptura en el tipo de relación social entre la hacienda y la agroindustria va a ir de la mano de la feminización del trabajo asalariado temporal (Valdés, 1988b).

Este proceso de feminización de la fuerza de trabajo agrícola temporal es propio de las agriculturas intensivas globalizadas en Latinoamérica y en la cuenca mediterránea europea. Otro elemento en común en estas agriculturas es la precarización del empleo (Pedreño, 2014). En este contexto no solo se ha desplegado un proceso de proletarización femenina, sino también desigualdades laborales entre hombres y mujeres (Perrot, 2015).

En contextos de expansión del trabajo de las mujeres en las agriculturas intensivas, la mayoría de las asalariadas ocupan puestos de trabajo marcados por la temporalidad y la informalidad, lo que los hace trabajos precarios, como ha documentado un estudio aplicado a siete países (FAO/Cepal, OIT, 2012). Es el caso de los empleos de las temporeras en

la agricultura y agroindustria de exportación en Chile; comparado con otros sectores exportadores como la minería y la salmonicultura, el de las temporeras de la fruta es el trabajo más mal pagado, con mayor temporalidad e informalidad (Valdés *et al.*, 2014).

El trabajo fuera de la casa de las mujeres del campo y de aquellas que han estado vinculadas a labores agropecuarias ha cambiado entre la segunda mitad del siglo XX y el presente, aunque algunos de sus antiguos rasgos han permanecido, ciertamente modificados por los cambios experimentados tanto por la sociedad como por los individuos. Entre los rasgos que han permanecido, el trabajo manual caracteriza tanto el trabajo de las mujeres en fundos y haciendas como, en la actualidad, en las empresas exportadoras de frutas.

Las transformaciones demográficas y espaciales causadas por el desvanecimiento de las fronteras que antaño separaron el campo de la ciudad establecieron grandes diferencias entre quienes habitaban el espacio rural y el espacio urbano; diferencias que hoy se han aminorado, ya sea por la disminución de la población rural, por los fenómenos de rur-urbanización, o por la extensión de los medios de comunicación al campo, entre otros.

Las labores femeninas en la fruticultura (como la adecuación de los frutos en la planta, desbrote, deshoje, cosecha, limpieza, embalaje y otras faenas), corresponden a tareas manuales y reposan en los aprendizajes y habilidades logrados por las mujeres desde la socialización primaria en la familia. Para Paola Tabet (1998), las diferencias sexuales y las desigualdades sociales que emanan de estas diferencias no derivan de las tareas que realizan hombres y mujeres, sino de las herramientas que usan unos y otras. Estas últimas se constituyen en verdaderas marcas de la división sexual del trabajo. Cada sexo emplea herramientas adecuadas a la labor que desempeña, de tal manera que las mujeres realizan ciertas tareas y no

otras en función de las herramientas que utilizan. Mientras los hombres manejan los instrumentos más sofisticados y complejos, las tareas femeninas son realizadas con herramientas muy simples o solo con las manos.

Michele Perrot expresa bien esta idea al sostener que hay prácticas que permanecen a lo largo de la historia del trabajo de las mujeres: los hombres trabajan los metales y lo que requiere fuerza (los elementos duros); las mujeres las telas y la costura (los elementos blandos que requieren delicadeza), como si ellas hubiesen nacido con la aguja entre los dedos. Esta formación en la femineidad derivada de la división sexual del trabajo construye calificaciones profesionales desiguales (Perrot, 2015).

En suma, la inclusión de las mujeres en la economía frutícola exportadora corresponde a la realización de tareas manuales, caracterizando el desempeño laboral de las “temporeras” en *packing* y potreros donde utilizan solo sus manos, tijeras, pisos y escaleras. Tal como lo hacían antaño las ordeñadoras que usaban la mano, pisos y baldes, las temporeras realizan su labor hoy con herramientas y medios de trabajo simples. La diferencia es que a la agricultura y la agroindustria contemporánea se han incorporado grandes cambios tecnológicos: riego computarizado, agrotóxicos, sofisticados empaques, refrigeración, para lograr la preservación de productos destinados a consumidores internacionales.

Continuidades y cambios: emancipación jurídica y precarización laboral

Con la democratización política iniciada el año 1990, un conjunto de reformas legales que ampliaron los derechos civiles se implementaron bajo la presión del movimiento de mujeres de los años ochenta. No obstante, esto no ocurrió con la legislación laboral.

En los albores del siglo XXI, de vuelta a la democracia formal, los llamados derechos del hombre y del ciudadano comenzaron a traspasar la frontera establecida entre familia y sociedad, y entre hombres y mujeres. Así, se extendieron nuevos y mayores derechos civiles a las mujeres, como el acceso a la anticoncepción, legislación y penalización de la violencia intrafamiliar, nuevo régimen de matrimonio por gananciales, nueva ley de filiación y de divorcio, acceso a la píldora del día después, aborto por tres causales, entre otras. Tras estas reformas legales, las mujeres comenzaron a emanciparse de la autoridad marital y de la tutela masculina en la familia, y a ganar en soberanía sobre su propio cuerpo. En paralelo, aumentaron las tasas de actividad femenina.

Estos importantes cambios en el campo de los derechos civiles no tuvieron correlato en el campo de los derechos laborales, en particular para las asalariadas agrícolas. Ellas que solo vieron modificarse algunos aspectos inherentes a las condiciones de trabajo —gracias a la presión de las propias trabajadoras— tales como la eliminación de algunos agrotóxicos excesivamente dañinos para la salud, instalación de sanitarios en los potreros, obtención de protectores solares, instalación y mejora en los casinos y campamentos (Valdés, Godoy y Mendoza, 2017).

Ya fuera bajo el argumento de la lucha contra la pobreza o como mecanismo para fortalecer la autonomía económica de las mujeres, la democratización del país instaló un nuevo orden de género, que propició la promoción del trabajo de las mujeres para generar ingresos junto a la promulgación de las leyes que apuntaron a ampliar los derechos civiles.

De esta manera, la democratización del país en los noventa no modificó las bases estructurales del modelo de desarrollo neoliberal exportador, pero incentivó la mayor participación de las mujeres en el mercado de trabajo para mitigar la pobreza y promover su independencia y autonomía en el marco

del discurso de la igualdad de oportunidades para hombres y mujeres. Así, al menos, se expresó en el discurso del Servicio Nacional de la Mujer (Sernam), creado en 1991 y transformado en Ministerio de la Mujer y la Equidad de Género en 2017.

A pesar del mantenimiento del modelo económico, el conjunto de reformas legales impulsadas desde los años noventa (logros del movimiento de mujeres y feminista a nivel nacional e internacional), contribuyeron a un proceso de “reconocimiento” de las mujeres como sujetos de derechos (Fraser, 2015). Sin embargo, la idea de igualdad de oportunidades inscrita en la nueva institucionalidad del Estado, sus mecanismos e instrumentos (Sernam y planes de Igualdad de Oportunidades), no generaron procesos de “redistribución” conducentes a una mayor justicia social (Fraser y Honneth, 2006). En esta situación permanecen hasta hoy las asalariadas agrícolas.

De ahí que propongamos la idea de “emancipación precaria”: los cambios legales emanciparon a las mujeres de las tutelas maritales y de ciertas manifestaciones de la dominación masculina gracias a leyes antidiscriminatorias de carácter universal, promulgadas a partir de los noventa, mientras, paralelamente, se mantuvo la informalidad laboral, el trabajo a destajo, el salario por pieza y las extenuantes jornadas laborales para las temporeras.

La noción de “emancipación precaria” amerita una explicación, pues puede parecer un contrasentido. De lo que se trata es de situar el proceso de emancipación en el campo de los derechos civiles y la precarización en el campo de la ausencia de derechos laborales. Por “dominación” se entiende toda forma de ejercicio del poder en un espacio dado, conducente a un juicio de legitimidad, sumisión o resistencia. La dominación puede estar vinculada a la fuerza, al derecho o a la posesión de recursos materiales o culturales; al ejercicio físico o al consentimiento (Laufer, 2005).

Los estudios agrarios en Chile refieren el concepto de dominación al periodo de la hacienda y al sistema de inquilinaje, en la medida que esta forma de ejercicio del poder radicado en la propiedad de la tierra mantuvo por largo tiempo relaciones sociales con ciertos rasgos de servidumbre entre hacendados/patronos y trabajadores residentes (aunque este tipo de relación social se fue desvaneciendo en favor de la proletarianización de los inquilinos (Ramírez, 1968). Uno de los aspectos centrales en esta forma de dominación fue la inhibición, por distintos medios, del sindicalismo en el campo, lo que limitó el acceso de los trabajadores a diversos derechos.

En el caso de las relaciones sociales tradicionales, en la hacienda era común el consentimiento y la sumisión; ello por el paternalismo que acompañó la relación entre patronos/dueños de la tierra e inquilinos residentes. Las relaciones sociales que se establecen en las viñas (y cuando existió una agroindustrialización temprana, vinculada a la industria conservera en valles como el de Aconcagua) difieren de aquellos vínculos arcaicos. Del mismo modo y en términos más generales, relaciones sociales salariales y el proceso de proletarianización del inquilinaje fueron más comunes en el sur del país (CIDA, 1966).

De otro lado, bajo el largo periodo de dominación hacendal, y de la consiguiente subordinación del inquilinaje a los dueños de la tierra, la familia tuvo un carácter patriarcal que no solo fue visible en las costumbres, sino también en el campo legislativo. Esto último en la medida en que el poder y la autoridad masculinos fueron ratificados por el Código Civil, que asignaba el lugar, el papel y las atribuciones otorgadas a hombres y mujeres en la ley de matrimonio civil. Bajo esta legislación matrimonial, la autoridad era ejercida desde el padre de familia hacia la mujer, considerada como menor de edad (tal como los hijos e hijas). Sin embargo, bajo el sistema de inquilinaje este esposo/padre debía —a su vez, y con la puesta a disposición de la fuerza de trabajo de su propia

familia— pagar la “obligación” a la hacienda, un tributo en trabajo para permanecer habitando en fundos y haciendas. En este contexto temporal, las mujeres experimentaban, si se quiere, una doble subordinación: por un lado, en su familia, en relación al jefe de hogar; por otro lado, dada su posición como fuerza de trabajo “obligada”, estaban subordinadas en fundos y haciendas a las reglas impuestas por el patrón.

De la dominación a la emancipación

La emancipación aquí la entenderemos como un concepto asociado al campo jurídico y al derecho; a los cambios y reformas en las normas y leyes que han permitido a las mujeres escapar de los constreñimientos legales discriminatorios en el ámbito civil (Fraisse, 2003: 45). Para Fraisse, la emancipación es ante todo un término jurídico, que da cuenta del paso de una situación de minoría de edad a otra de mayoría de edad. El Código Civil, que supone la dependencia de la mujer casada al marido, tiene gran parte de la responsabilidad en el significado y la importancia de la palabra “emancipación”. Si la emancipación apela a la transformación del Derecho y se puede entender como un término de carácter reformador, la liberación —para esta autora— es un término más subversivo (44-45).

Así entendida la emancipación,¹⁵ limitada a la expansión de derechos civiles, a contar de los años noventa y con el fin

¹⁵ Autores como Jacques Rancière, en cambio, otorgan otro sentido y significado a la palabra “emancipación”. “La emancipación es de hecho una manera de vivir como iguales en el mundo de la desigualdad en lugar de esperar el reino de la igualdad prometido por el desenvolvimiento del proceso global que es guiado por aquellos que conocen su funcionamiento. Esta tensión todavía no se ha resuelto. Para mí esto quiere decir que está siempre en obra” (2014: 27).

de la dictadura, en Chile se establecieron una serie de reformas en materia de matrimonio, familia, derechos reproductivos, violencia sexual y conyugal, que condujeron a la mayor autonomía e independencia de las mujeres en relación a sus cónyuges, y que les permitieron escapar del control de los cuerpos que se ejercía sobre ellas y su capacidad reproductiva. En otros términos, hablamos de una emancipación jurídica (Fraise, 2003: 44-45).

Aunque se ha entendido al trabajo como una actividad emancipadora, cuando se trata de empleos estacionales y de largas jornadas laborales —como ocurre en la agroindustria globalizada— es complejo percibir ese carácter emancipador. Y es que las temporeras deben pasar más de doce horas diarias bajo el sol, hasta la amanecida, y están sometidas a ritmos y condiciones que atentan contra su integridad física y su salud.

Este proceso de emancipación jurídica que empuja a las mujeres al logro de autonomía y la independencia con respecto a la autoridad masculina ejercida en la pareja o la familia, no puede aislarse de un fenómeno paralelo, como la precarización laboral.

Mientras los obreros agrícolas lograron, con la Ley de Sindicalización Campesina de 1967, reducir las jornadas laborales “de sol a sol” que mantenían en fundos y haciendas a las ocho horas diarias de trabajo —lo que ya habían logrado los obreros urbanos—, las temporeras hoy no gozan de esos derechos.

Más bien, en el tema que abordamos, la emancipación se ha dado en términos de la extensión de los derechos civiles, que ha independizando a las mujeres de las tutelas maritales, pero no asegura sus derechos en el campo laboral. Aunque este procure, por el acceso al salario, mayor autonomía e independencia económica a las trabajadoras, lo hace a costa de un enorme desgaste y sacrificio.

“De la dominación hacendal a la emancipación precaria” se propone contextualizar las narraciones de las mujeres incluidas en el libro y supone —como se dijo más arriba— que cada modelo de sociedad y desarrollo es tributario de un determinado orden de género, que asigna un cierto lugar a hombres y mujeres tanto en la familia como en la sociedad.

En la familia, pese a las significativas transformaciones habidas en las últimas décadas, hay aspectos que tienden a permanecer. Entre ellos sobresale el imperativo de la “buena madre” (Valdés, 2007) aunque se haya generalizado, hasta colonizar el sentido común, la idea de la igualdad en cuanto reparto de tareas y responsabilidades compartidas entre hombres y mujeres en el hogar (Valdés y Godoy, 2008). Sin embargo, aun cuando el tránsito de un orden de género a otro haga visible ciertas modificaciones en la situación de las mujeres y las relaciones de género, “la valencia diferencial de los sexos” (Héritier, 1996) tiende porfiadamente a mantenerse, reproduciendo las desigualdades entre hombres y mujeres, especialmente en el campo doméstico y laboral.

Entre la hacienda y la agroindustria

La “obligación” como inclusión laboral de las mujeres

La hacienda fue una institución que monopolizó la propiedad de la tierra, y que tuvo larga duración en la historia social del país; no solo marcó las relaciones sociales en el medio rural, sino además gravitó en el campo político nacional. La dominación ejercida por los hacendados sobre la población inquilina se extendió hasta avanzado el siglo XX en muchos y grandes dominios. Subordinó a la población residente bajo normas diferentes a la legislación vigente para la clase trabajadora industrial y minera, cuyo movimiento obrero logró importantes conquistas a lo largo del siglo pasado.

Recién en los años sesenta los inquilinos comenzaron a sindicalizarse en forma significativa, tras décadas de prohibición o limitación de los sindicatos en el campo por la presión ejercida por los dueños de la tierra agrupados en la SNA (Sociedad Nacional de Agricultura). Este proceso de sindicalización, que se masificó durante la reforma agraria, contribuyó a la extensión de derechos de los trabajadores desde la ciudad al campo (Valdés, Godoy y Mendoza, 2017).

El sistema de inquilinaje encarnó esta forma de dominación, marcada por relaciones de servidumbre que se acompañaron de paternalismo y a la vez de consentimiento a la dominación. El inquilino –hombre y jefe de hogar– tuvo el lugar y

el papel de quien establecía la relación contractual con la hacienda, lo que supuso obligaciones en trabajo, a la manera de tributo, no solo de su persona, sino además de los miembros de su familia. Fue, en suma, una figura que proveía de mano de obra a la hacienda y a la vez ejercía autoridad en su familia, según la costumbre y lo establecido respecto a la sociedad conyugal en el Código Civil. Su autoridad, sin embargo, era relativa: el verdadero poder era ejercido por el patrón, quien no necesariamente respetaba la vida privada de los trabajadores ni la soberanía de los cuerpos femeninos.

Los mecanismos de dominación se extendieron hasta incluir la regulación de parte del patrón y del clero de las uniones entre hombres y mujeres bajo el matrimonio (Valdés *et al.*, 1995; Valdés, 2007). Inquilinos de fundos y haciendas entrevistados señalan que los mismos patrones obligaban a viudas y solteras a unirse en matrimonio para evitar el desorden sexual y ejercer el control de la sexualidad en el inquilinaje. Si ellas no aceptaban, eran expulsadas del fundo. “El administrador del fundo decía: He recibido esta orden, hay que despedir a fulana de tal, porque se mata la perra y se termina la leva”¹ (en Valdés *et al.*, 1995: 94).

Sin embargo, este afán moralizador para frenar las uniones libres e impedir la presencia de mujeres solas coexistía con prácticas de abuso sexual hacia las mujeres del inquilinaje de parte de los patrones, como distintos historiadores han puesto de relieve (Salazar, 1990; Vial, 1984) y ha sido recogido en el imaginario de la novela y la telenovela. Por ejemplo, en *El señor de la querencia*, telenovela de Televisión Nacional de Chile (2008, guion de Víctor Carrasco) ambientada durante gobierno de Arturo Alessandri en la década del veinte, se muestra el ejercicio del poder de un hacendado tanto en su familia como

¹ Entrevista realizada por Loreto Rebolledo a H. J. en Colchagua.

en todos los que dependen de él. En el ámbito de la literatura, en tanto, Isabel Allende en *La casa de los Espíritus* también recogió esta práctica patronal. Así, ante la violación perpetrada por Trueba en el fundo Las Tres Marías,

Pancha García no se defendió, no se quejó, no cerró los ojos. Se quedó de espaldas, mirando al cielo con expresión desfavorada hasta que sintió que el hombre se desplomaba con un gemido a su lado. Entonces empezó a llorar suavemente. Antes que ella su madre, y antes que su madre su abuela habían sufrido el mismo destino de perra (1983: 57-58).

Otros autores, por ejemplo, Eduardo Barrios en *Gran Señor y Rajadiablos* (1983) y Pablo de Rokha en *El amigo de piedra* (1990), también se refirieron al uso y abuso de los cuerpos de las mujeres del inquilinaje, que se tradujeron tanto en violaciones como en el incremento de los hijos “ilegítimos”, según calificaba la ley en ese entonces los hijos nacidos fuera de matrimonio.

Con todo ello se evidencia un tipo de autoridad diezmada en el padre de familia o esposo inquilino por la práctica sexual patronal masculina del “derecho a pernada” (Valdés *et al.*, 1995).

La singularidad de la obligación que caracterizó al sistema de inquilinaje consistió en que el padre de familia era el que ejercía el papel de intermediario entre el hacendado o patrón y la familia inquilina. Puesto que fue el hombre adulto el que normalmente mantuvo la relación contractual con el dueño de la tierra, este mismo estaba subordinado al patrón en función del lugar que ocupaba en la división del trabajo y de las jerarquías laborales resultantes de esta división, mientras que, por otro lado, era quien entregaba a la hacienda la mano de obra obligada, ya sea para las labores agrícolas o ganaderas, tratase de hijos, hijas o su propia mujer. Si el inquilino detenía una mejor posición social (por ejemplo, inquilinos “de a

caballo”), la obligación la pagaba con una persona contratada, ajena a su familia.

Si bien ni los inquilinos “de a caballo” ni los empleados comprometían a los miembros de su familia en el pago de la obligación a la hacienda, sí lo hacían los “inquilinos de a pie” o los “inquilinos peones” quienes, para acceder a casa, huerto, regalía en tierra y talaje —es decir un lugar de residencia y un espacio de producción—, sí entregaban a sus hijos hombres, a sus hijas mujeres y a su mujer para labores de los cultivos. Especialmente, las mujeres eran reservadas para la ordeña, la cocina y la servidumbre doméstica en las casas patronales.

De esta manera, el trabajo de las mujeres de la familia inquilina en tanto obligadas también “pagaba”, o más bien permitía el acceso a vivienda y tierras, en tanto que el ser obligadas daba lugar a la permuta de trabajo por casa y tierra. No bastaba con el trabajo del padre de familia para acceder a un lugar para vivir y producir: era necesario agregar el tributo en trabajo de sus familiares. Es por ello que en fundos y haciendas se privilegiaba la contratación de hombres con familia y no de hombres solos, solteros, como era el caso para la contratación de peones y afuerinos durante las cosechas.

Al entender la obligación como una manifestación de la servidumbre inquilinal, como tributo en trabajo, el hecho de comprometer mujeres coloca de relieve su papel en el acceso a un lugar para vivir y producir al interior de la gran propiedad, a cambio de pago en trabajo, bajo un sistema de dominación que subordina al jefe de hogar y este mismo jefe de hogar dota de trabajadores a la hacienda que recluta en su propia familia.

La cocina, la casa patronal, el establo, fueron los lugares de desempeño laboral de las inquilinas obligadas; especialmente relevante fue la labor de ordeñadora, consistente en sacar leche manualmente a las vacas dos veces al día, en las madrugadas y las tardes, lo que fue complementado con una parte de pago en dinero por litro de leche ordeñada (Valdés, 1988a).

Establos y ordeñadoras:² testimonios

En 1935 Elena Caffarena, dirigente feminista del Movimiento pro-emancipación de la Mujer Chilena (MEMCH) denunciaba en su discurso aparecido en “La mujer nueva” (29 diciembre de 1935, Año 1, N°2:3) las malas condiciones de trabajo y los bajos salarios de las mujeres del campo. Más tarde, en el mismo órgano del MEMCH, *La Mujer Nueva* de enero 1936, se exponía cómo y con qué sacrificios se desempeñaban las lecheras de fundos: “con un balde entre las piernas, con los pies mojados, algunas con especies de zapatos, la mayoría descalzas, todas salpicadas por las inmundicias que las vacas dejaban caer” (3).

Cerca de veinte años después, un estudio reveló que la mitad de las ordeñadoras de los fundos considerados (49%), eran pagadas “a destajo” o “a trato”, vale decir por la cantidad de litros de leche ordeñados; el 41% de las mujeres recibía menos de veinte pesos por cada 10 litros de leche que sacaban; solo un nueve por ciento de las ordeñadoras tenía un salario “al día” y, por último, en doce lecherías de las 41 estudiadas, ya no trabajaba ninguna mujer, pues las habían sustituido por máquinas que manejaban los hombres (Domínguez, 1961; Valdés, 1988a: 77-108).

Algunos testimonios de los alrededores del valle del Maipo dan a conocer el carácter de las obligaciones a las que estaban sometidas las mujeres para la ordeña:

“A las mujeres las obligaban en el campo a sacar leche. Cuando las niñas ya tenían 17, 18 años los papás pensaban mejor enviarlas a la ciudad a que fueran a trabajar de empleadas porque no las querían ver trabajando a las 5 de la mañana, de las 2 de

² Respecto al trabajo de las mujeres en fundos y haciendas, véase Valdés (1988a).

la mañana que se sacaba la leche para poder entregar al camión que pasaba a las 7 o 6 de la mañana para poder llevar la leche a Santiago... si no el patrón le ponía el ojo de echar a trabajar a la niña. Era una obligación.” (Lila, 1934, en Valdés *et al.*, 1983: 74, y en la segunda parte de este texto).

Escapar a la entrega de hijas para la ordeña en tanto obligadas habría implicado mandarlas a la ciudad, a cargo de parientes dispuestos a recibirlas y, de paso, hacerlas trabajar, por ejemplo, cuidando a hijos e hijas de tías (como se aprecia, más adelante, en la historia de Lila Astorga).

En otro testimonio se detallan los horarios de trabajo y las condiciones laborales de las mujeres en los establos:

“Mi amita pagaba la obligación y por eso ella siempre tenía que sacar leche. Tenían que ir a las piaras... ahí era puro barro no más. Al lado había el corral donde se encerraban los terneros. Tenía que ir cada mujer a buscar los terneros... se enterraban hasta las rodillas en el barro, sacaban leche dos veces: a las tres de la mañana y a las tres de la tarde. Lloviera, no lloviera; nevara, no nevara: igual tenían que hacerlo.” (Leontina, 1931, en Valdés *et al.*, 1983: 101).

Más al sur, en la provincia de O’Higgins, cerca de San Vicente de Tagua, por el año 1954 Margarita se desempeñó, siendo niña, como ordeñadora junto a su hermana mayor y su hermano menor. Con ello colaboraban a conservar la casa en el fundo:

“Nací el 10 de septiembre de 1940 en el fundo Las Pataguas... Siendo muy niña, mi papá, que en paz descansa, nos llevó a mi mamá y mis dos hermanos a vivir al fundo El Naranjal, un poco más abajo de Las Pataguas. Ahí crecimos, nos criamos y aprendimos lo que es el trabajo en el campo desde chiquititos,

ya que él era inquilino del fundo y apenas cayó enfermo el patrón le pidió la casa en la que vivíamos, así que ligerito tuvimos que ponernos a ordeñar vacas. Las que seguimos pagando la obligación fuimos nosotras, para que no nos echaran. Al poco tiempo mi hermano menor entró a la ordeña, así que los tres le terminamos pagando la obligación al patrón. Si hago memoria, puedo decir que cuando empezamos a trabajar en la ordeña, mi hermana mayor tenía dieciséis años, y yo tenía catorce. El chico entró de once años a ayudarnos a nosotras, y apenas aprendió bien a sacar la leche quedó obligado”.

En compensación a la obligación percibían un trozo de tierra para cultivar, y parte en dinero por litro de leche ordeñada.

“A cada uno de los hermanos nos dieron un cuarto de tierra que mi papá, cuando se mejoró, se encargaba de arreglar, sembrar y cosechar. Se podría decir que salimos ganando, ya que antes de que mi papá se enfermara teníamos sólo el cuarto de tierra que le correspondía a él y después quedamos con tres cuartos de tierra para trabajar” (Margarita Piña,³ 40 años, villorrio Bellavista, O’Higgins).

Esta labor se clausura para las mujeres cuando se reemplaza la ordeña manual por la ordeña mecánica. Entonces los varones comenzaron a manejar las máquinas. Y es que, como indica Alain Testart, las mujeres son excluidas cuando hay progresos tecnológicos; mientras el trabajo se haga a mano es una labor femenina, pero al tecnificarse deviene masculina (2014: 120).

³ Entrevista realizada por Ximena Valdés en 1980, en el villorrio rural Bellavista. Véase más adelante la historia de Margarita Piña.

De otro lado, los puestos de trabajo de vigilancia y aquellos que requerían de oficio y calificación, vale decir los de mayor prestigio y jerarquía y en quienes los patrones depositaban su confianza, eran también desempeñados por hombres: ministros, mayordomos, capataces, bodegueros, llaveros, sotas, carreteros, cocheros, mecánicos, carpinteros... En tanto, además de la ordeña, las mujeres del inquilinaje se desempeñaron como cocineras, lavanderas, niñas de mano, sirvientas en las casas patronales, empleadas domésticas llevadas también por los patrones a la ciudad, mientras paralelamente producían alimentos para la subsistencia de la familia en las extensiones de tierras entregadas por los patrones a los inquilinos a cambio de trabajo (Valdés, 1988a; 2007).

Proletarización femenina en la agricultura de exportación

La proletarización femenina comenzó a evidenciarse como un fenómeno en acelerada expansión desde fines de los años setenta del siglo pasado, tras el proceso de contra reforma agraria que impuso la dictadura (Valdés, 1988b). La asalarización de las mujeres creció conforme se abrieron las fronteras a las exportaciones agrícolas y aumentaban las superficies plantadas con frutales y hortalizas en el Valle Central, lo que se fue expandiendo hacia el norte del país una vez que se amplió la frontera agrícola por medio de la tecnificación del riego, y hacia el sur, con la introducción de especies aptas a zonas templadas, como los *berries*.

Esta asalarización femenina en la agricultura de exportación se inscribe en el proceso de devaluación y precarización del trabajo. Con ello, este sector de trabajadoras se constituye en lo que Robert Castel (2004) llamó “precariado”. Son las “parias” del capitalismo tardío, como Eleni Varikas (2007) propone nombrar a los sectores sociales excluidos de derechos.

La metáfora de “paria” ayuda a comprender la inclusión de las mujeres en lo más bajo de la escala laboral. La condición de paria llegó a naturalizarse en la medida que cada reforma al Código Laboral de 1979 de la dictadura militar mantuvo a este sector de trabajadores temporales o eventuales sin derecho a una sindicalización que les permitiera negociar con los empleadores, lo que se ha mantenido hasta ahora.

Por otra parte, y en paralelo al proceso de proletarización femenina, se han producido cambios demográficos que han modificado las formas de reproducción social. Si bajo el sistema de inquilinaje predominó la familia conyugal con una numerosa prole (ya que fue solo durante la reforma agraria cuando las mujeres tuvieron acceso al control de la natalidad), el tipo de familia de las mujeres temporeras es matricentrada o monoparental con jefatura femenina, compuesta por madre e hijos. Desde luego, ello coexiste con la familia conyugal o nuclear (Valdés *et al.*, 2006). Esto indica que buena parte de las temporeras trabaja para mantener sola a sus hijos e hijas.

A esto se agrega que uno de los cambios laborales más importantes con respecto del pasado inquilinal corresponde al paso de la vida sedentaria en fundos y haciendas a una forma de vida temporal y espacialmente construida a partir del funcionamiento estacional del mercado de trabajo. Una suerte de nomadismo asalariado que se traduce en desplazamientos geográficos y migraciones laborales enraizadas en la demanda estacional por fuerza de trabajo, según vaya madurando la fruta en función de la latitud. Esto se hace visible particularmente en las labores de potrero y *packing* de la uva de mesa que comienzan en los valles de Atacama: Copiapó y Huasco, continuando en los valles de Elqui, Aconcagua, y así hacia el sur: la región Metropolitana, O’Higgins, Colchagua y Maule (Valdés *et al.*, 2014). Las temporeras (solteras sin hijos y jefas de hogar) se desplazan siguiendo la maduración de la fruta de norte a sur, dejando a sus hijos o con la hija mayor o con

la parentela femenina en la población, el pueblo o el villorrio rural (y crecientemente en distintos tipos de hábitat fuera de la frontera nacional) mientras que, en las familias conyugales, las mujeres más bien trabajan cerca de su casa, en la misma comuna o en comunas vecinas.

Las labores requeridas por la fruticultura son, como en la ordeña, de carácter manual; se requiere de destrezas para la limpieza de la fruta, el embalaje, la aplicación de productos para el crecimiento de la fruta, etc. Estas destrezas son adquiridas en la socialización temprana de género, que no implican “calificación”, pues las temporeras se cuentan entre la mano de obra “no calificada”. Expuestas a agrotóxicos (pesticidas y plaguicidas), a bajas temperaturas en los frigoríficos, a pleno sol en los potreros, las temporeras son pagadas como las ordeñadoras de antaño: a destajo, a trato, por pieza, por cantidad, lo que hace que, a diferencia de la ordeña con tiempos de trabajo fraccionados a lo largo del día, en las temporadas hay extensos horarios de trabajo cotidiano, hasta “hacerse el salario”, así como se hacen el salario a lo largo de la temporada trasladándose de valle en valle, siguiendo la maduración de la fruta, para prolongar el tiempo de asalarización. Así, el tiempo de trabajo cotidiano y anual se regula en función de alcanzar el monto de dinero necesario para la reproducción familiar en base al rendimiento cotidiano y la capacidad de desplazamiento geográfico de las trabajadoras (Valdés *et al.*, 2014).

***Packing* y potrero: testimonios de temporeras**

Según los testimonios de temporeras entrevistadas, en los inicios del proceso de progresiva incorporación de mujeres a las labores agrícolas y agroindustriales, el trabajo fue menos extenuante y se caracterizó por la ausencia de subcontratación y por la relación directa con el empresario. Sin embargo, las

condiciones en que se desarrollaba el trabajo eran peores que en la actualidad: no existían casinos ni lugares en que los/as trabajadores pudieran comer, era usual que bebieran agua de las acequias, circulaban ratones en bodegas e instalaciones techadas, se fumigaba en presencia de los/as trabajadores/as en los potreros, etc. El acápite de este libro “Transiciones: de inquilinas a temporeras” da cuenta de las características de esta labor en los años ochenta.

Margarita Piña, ordeñadora desde su adolescencia en el fundo donde trabajaba su padre, una vez casada y cuando su familia fue expulsada del asentamiento Bellavista por la devolución de las tierras al antiguo propietario, desde los 36 años se vio obligada a trabajar como temporera junto a otras mujeres del villorrio que habitan, tras la contrarreforma agraria que se impuso el año 1973 con el golpe de Estado. En esta entrevista, realizada en 1980, comentaba acerca del trabajo que realizaba en parronales día a día y durante la temporada:

“Yo personalmente llevo cuatro años trabajando ahí en la viña y empecé a trabajar ya que cuando crecieron los niños y empezaron a estudiar subieron los gastos y simplemente no nos alcanzaba con lo que ganaba mi marido. En la viña empezamos a trabajar a las ocho de la mañana y terminamos a las nueve o diez de la noche. Paramos a las doce para almorzar y volvemos a trabajar a eso de la una y media. Hay días en los que almuerzo en la casa y otros en los que almuerzo en la viña, pero ahora que me quedé sin bicicleta supongo que tendré que almorzar todos los días en la viña. Empezamos a amarrar las parras en agosto, porque mientras los hombres podan nosotras vamos amarrando y dejando cada guía donde le corresponde. Las amarramos con nylon y ese proceso en total dura tres meses: de agosto a octubre, mes en que terminamos con la amarradura. Después de eso, podemos los pedazos que corresponden a las viñas más nuevas y dejamos cada mata bien derecha para que cada gancho

se vaya por el lado que corresponde. Durante la cosecha se corta la uva y se embala para mandarla Dios sabe a qué país. Unas se dedican a cortar los racimos, otras los limpian y las demás los embalan. A mí el año pasado me pusieron a embalar, así que yo creo que este año haré lo mismo, ya que van a preferir que el trabajo lo haga la gente que ya aprendió a hacerlo”.

Pese a los horarios de largas jornadas laborales, los patrones de división sexual del trabajo en el ámbito doméstico permanecen inalterados. Esto incluso en contextos de cambios en el mercado de trabajo, que incorporan a mujeres y modifican los patrones en la composición de los ingresos familiares.

“Sumando todo lo que hay que hacer en la viña, trabajo de agosto hasta diciembre y durante esos meses estoy fuera de la casa unas trece horas por día. Y no es solo eso, porque aparte del trabajo que hago en la viña tengo que dejar todo listo en la casa. A veces tengo que hacer la comida en la mañana antes de irme al trabajo, así tengo que ponerme a pelar las papas en la noche antes de irme a acostar para tener todo listo en la mañana. O a veces me toca hacer el pan, así que me levanto a las cinco y media de la mañana para echarle leña al horno y tener el pan listo antes de irme al trabajo. Hago lo mismo todos los días para dejar a los niños vestidos y desayunados antes de que vayan a estudiar a El Naranjal. (...) De todas maneras, sea como sea, prefiero trabajar que pasar encerrada en la casa. Además, trabajando una no pasa tan endeudada, ya que con el sueldo de él no alcanza para alimentar, vestir y educar a los cinco niños. Si yo no trabajara no sé qué haríamos, aquí los meses de invierno son críticos, porque una no encuentra trabajo en nada. De todas maneras, ya estoy acostumbrada y no me quejo mucho, porque así es la vida de todas las mujeres de pueblo que somos madres y trabajadoras”.

Dada la expulsión de las familias del asentamiento Bellavista, y toda vez que los hombres perdieron tierra y trabajo, el trabajo temporal de las mujeres se hizo más común. Pese a la represión política de esos años, y frente a la arbitrariedad patronal, estas mujeres exigían mejores tratos y cumplimiento en el pago de la remuneración, como se observa en el relato de Margarita:

“De Bellavista somos veinte señoras las que vamos a trabajar en la cosecha de la uva, y la mayoría de las mujeres que trabajan ahí son de la población. El patrón nos inscribe, y cuando llegamos a la viña nos reciben el patrón y el administrador para conversar el valor de los pagos entre todas, ya que eso lo acordamos como grupo. El año pasado, a las embaladoras nos pagaron trescientos veinte pesos, pero cuando estuve trabajando en la amarra y arreglando las parras me pagaron doscientos veinte pesos diarios. Este año no tengo idea de cuánto me pagarán, así es este trabajo, inseguro. Por ser, que hablemos con el patrón no nos asegura nada, por ejemplo, el año pasado terminamos el trabajo en abril y el caballero recién se dignó a pagarnos todo lo que no debía a fin de año, como si una y sus niños comieran dos veces al año (...) ¡y así no puede vivir la gente! ¡Es un abuso y una humillación tremenda para quien se rompe el lomo trabajando! Menos mal que después de eso se compuso el rico. La última vez que estuvimos en la limpia, raleando los racimos, nos pagó semanalmente, así que la deuda no se le agrandó tanto cuando llegó el fin de año, cuando se terminó la raleadura (...) Por esa misma razón este año vamos a tener que dejar ese punto bien clarito desde el principio, porque no puede ser que nos vuelva a pasar lo mismo. Ahora estamos todas decididas a exigir que, a trabajo terminado, trabajo pagado, a pesar de que es el único lugar donde podemos trabajar, ya que sea como sea nos tenemos que darnos a respetar alguna vez”.

María, nacida en 1956 en Licantén, fue entrevistada en 1982 (a los 26 años) en Paine, donde vivía. Hija de trabajador agrícola, con una trayectoria de itinerancia entre campo y ciudad en su infancia y juventud, migró de niña con su familia a Santiago, regresó a Paine siendo adulta, casada y con hijos. A comienzos de los años ochenta trabajaba como temporera en hortalizas y fruta. Transcurría el tiempo de mayor desocupación y cesantía masculina cuando

“(...) volvimos a Paine y pusimos con una platita que habíamos juntado, una tienda de discos. Vivíamos en ese tiempo de allegados donde mi suegra y luego nos pusimos a arrendar, pero nos fue mal en el negocio, las ventas iban mal, nos terminamos comiendo la plata y tuvimos que cerrar. Miguel volvió a trabajar en Santiago y yo empecé a trabajar en las cosechas, el tiempo de los porotos, las habas, las arvejas, los damascos, las manzanas, las peras...”

Eran los comienzos de un proceso que involucraría a miles de mujeres, conforme se ampliaba la demanda por fuerza de trabajo para la fruta de exportación. Eran años en los que aún los hombres tenían la autoridad en la familia, pero quedaban cesantes; sin trabajo pero apegados a los gestos que les procuraba el haber sido proveedores de la familia. Como correlato de estas situaciones, aparecieron mujeres valientes para reclamar en el trabajo, pero sumisas en la casa, obligadas a obedecer al marido.

Como se observa en este testimonio recogido en 1982, se trataba en ese entonces del trabajo directo, sin intermediación laboral, ni enganchadores, ni subcontratistas. María se desempeñaba tanto en las hortalizas como en los frutales, adecuándose a la estacionalidad de estas labores. Pese a que se trataba de años de fuerte represión política, las mujeres que comenzaban a involucrarse en las temporadas —incluso

llevando a los hijos a los potreros— no siempre se dejaban pasar a llevar en los lugares de trabajo. Sin embargo, el trabajo en el campo coexiste con el trabajo doméstico, y una gran cantidad de tareas que les ocupan muchas horas. Según lo expresado por María, las mujeres son sumisas en sus casas y peleadoras en el trabajo.

“Generalmente se entra a trabajar a las 8 de la mañana, hasta las 5 o 6 de la tarde, entonces como en tiempo de verano el sol todavía está alto a esa hora, yo llego a la casa a lavar y a cocinar, dejo la comida hecha y al otro día salgo con los niños en la mañana a trabajar. La cosa se alarga un poco más cuando no hay transporte y hay que caminar mucho por los potreros. En la noche los niños comen comida caliente, pero en el día comen ensalada o fruta, lo que uno esté trabajando. A veces le ponen a uno problemas por los niños, pero en general he tenido suerte y he podido llevarlos conmigo. Cuando a una le dan ración ayuda montón, porque por ejemplo uno está trabajando en el haba y le dan una ración de habas y eso ayuda para el consumo. ¡El año pasado pucha que comimos duraznos!”.

Los empleos generados en los cultivos de hortalizas y plantaciones de frutales duran solo parte del año lo que conduce a la búsqueda de otras ocupaciones generadoras de ingresos más aún cuando los hombres no gozan ni de salario suficiente para mantener a la familia ni menos aún de estabilidad laboral.

“La temporada comienza en octubre y termina en marzo, en invierno el trabajo es malo. En las estaciones que no hay trabajo de cosecha me las arreglo por otro lado, ahora por ejemplo, estoy trabajando en las empanadas, pero tampoco es una cosa que a uno la contraten, no, a uno la reciben así no más, sin contrato, sin libreta, sin ninguna cosa”.

Con respecto a los salarios y a las negociaciones establecidas por las mujeres en los lugares de trabajo a inicios de los años ochenta, en contextos de inexistencia de sindicalismo activo y de reducción de las libertades ciudadanas por la presencia de la dictadura militar, las mujeres no se abstuvieron de reclamar en los lugares de trabajo por el aumento del pago por caja. Esto por iniciativa de las de mayor edad, que creían que muchas de las jóvenes iban a trabajar solo para acceder al consumo de vestuario:

“El año pasado, por ejemplo, estábamos trabajando en los damascos y pagaban diez pesos la caja de damascos, cada caja pesa aproximadamente veinte kilos. En ese entonces había que usar escaleras porque la fruta madura estaba en lo alto de cada árbol, entonces uno ocupaba mucho del tiempo de trabajo moviendo la escalera. Ahí empezamos con unas chiquillas a conversar de que tenían que pagarnos a quince pesos el cajón, se armó un buen grupo de gente, los hombres no sí, ellos son más gallinas, pero bueno, la cosa es que hablamos con el viejo para lograr que nos subieran el precio por cada cajón, porque uno al día ponte que alcanza a hacerse diez y siete cajas. El patrón se acercó y me dijo ‘¿Usted ya tiene formado su sindicato aquí?’, y yo le dije que no. Aquí nadie estaba formando un sindicato ni nada de eso, simplemente estábamos reclamando por lo justo, ahora –le dije– si usted quiere seguir pagándonos diez pesos por estarle llenando sus cajones, entonces nos paramos todas y no le llenamos ni uno”.

“Pero la cosa no es fácil, hay hartos problemas en la organización para poder encontrar soluciones a los problemas que te comento. Las mujeres maduras no son el problema, ellas viven a diario la falta de dinero y tiran para arriba siempre, con hijos y todo, siempre para arriba. Pero con la cabrería de gente más joven no pasa lo mismo. Las mujeres mayores, nosotras,

vivimos los problemas económicos propios del obrero agrícola, el problema de la falta de contratos, de la poca paga, de las malas condiciones de trabajo. Hay cabras jóvenes que son inteligentes, muy conscientes, pero la gran mayoría no, buena parte trabaja para comprarse ropa, un pantalón o una polera que han visto en la tele. (...) también se da el caso de mujeres que son buenas para pelear por sus derechos en la cosecha, pero una vez llegan a la casa la cosa cambia, porque el marido no les da permiso para ir a las reuniones, o simplemente no van para no tener problemas en la casa”. (María, 26 años).

A inicios de los años ochenta comienza a evidenciarse, como se observa en estos testimonios, un “tiempo bisagra” entre lo viejo y lo nuevo: mujeres que irrumpen en el mercado de trabajo, modificando los patrones de reproducción familiar, y hombres que heredan el lugar de autoridad en la familia sin los soportes materiales e institucionales que avalaban esa autoridad. No obstante estas continuidades y cambios, en los testimonios de Margarita y María se visibiliza la confrontación en los mismos lugares de trabajo frente a demandas salariales e incumplimientos laborales. Las mujeres se muestran reivindicando derechos y lugares en lo público sin cuestionar la obediencia al marido en lo privado.

Olivia Herrera (1937), 53 años, nacida en la hacienda Las casas de Quilpué,⁴ en el valle de Aconcagua, fue testigo del traspaso de la gran propiedad entre parientes y de la conversión de estas tierras hacia la fruticultura de exportación. También presencié prácticas como la de reubicación de los inquilinos: en este caso, en una población en Santa María, donde ella vivió hasta su fallecimiento cuando todavía trabajaba de temporera. Olivia Herrera participó, junto a otras mujeres, en

⁴ Sobre la hacienda Las casas de Quilpué, véase Bengoa (1990).

su mayoría temporeras, de La Casa del Temporero y del Sindicato que ahí se formó, a fines de los años ochenta en la localidad de Santa María. Su relato muestra la continuidad y los cambios entre una gran hacienda y una empresa exportadora en manos del mismo tronco familiar:

“El patrón ahí en Coexport nos tenía buena a nosotros, porque cuando este caballero estaba chiquito, como era joven, como son los jóvenes, se iba a la casa de nosotros [en la hacienda de su padre] ... Se crio más o menos en la casa de nosotros. Nos ha tenido buena por eso. Si a mí nunca me ha desconocido. Ahora ya hace muchos años que no trabajo con él, a pesar de que tiene su fundo para arriba, el fundo Jahuel; tiene *packing*, tiene todo eso. Es muy bonito el *packing* —se llama Santa Rosa—, pero no he ido a trabajar más allá, así como era de bueno este caballero, también explotaba a la gente. Yo trabajé veinticinco años con él. Estuve trabajando en frigorífico, en la bodega, embalé y limpiaba, etiquetaba, timbraba, cocinaba... De todo hacía por ahí, yo. Donde faltaba una, me mandaban a mí, porque yo sabía hacer el trabajo. Estuve en control de calidad también ahí; o sea, hice de todo. Cuando estaba en el frigorífico, me tocaba entregar carga en veces en la noche; porque yo trabajaba en la noche, y mi marido también trabajaba ahí, de día. Así que cuando yo iba llegando a la casa, él venía saliendo. No nos encontrábamos” (Olivia).

“En el frigorífico se trabajaba mucha uva de distintos productores. Hay veces que había más de treinta, cuarenta productores ahí, que le van embalando la uva y la van metiendo al frigorífico, pero para cargar los camiones hay que cargarlos con un solo productor. Entonces había que entrar al frigorífico, contar cuántas bandejas había, si alcanzaba para cargar el camión o había que cargar la mitad de un productor y la mitad de otro. Esa era la pega que yo tenía... salía como chupete helado para

fuera, tiritando... (...) Y ahí jamás gané. Cinco mil pesos, diez mil pesos era lo más que sacaba. Y trabajábamos algunas veces hasta las seis de la mañana, las tres, cuatro de la mañana. Cuando trabajaba de noche, me tocaba de ocho a ocho. Dormía en la mañana, y a veces en el día es difícil dormir, una que tiene hijos...” (Olivia)

El empleo directo fue dando lugar a la subcontratación; a la vez, por la mayor demanda de fuerza de trabajo, aumentaron los desplazamientos geográficos y las migraciones laborales de las temporeras. A eso se sumaron cambios en la organización del trabajo: en reemplazo del salario por día se extendieron y generalizaron las remuneraciones por tarea, como modo de aumentar la productividad mediante la intensificación del trabajo. En adelante, la inserción laboral de las mujeres siguió la lógica del “trabajo a destajo”: alargamiento de la jornada laboral, rotación entre empresas, y recorridos entre valles como modo de alargar el tiempo de asalarización y de hacer menos largos los meses “azules” de desempleo.⁵

Estas condiciones laborales favorecieron las separaciones conyugales, pero también promovieron el ingreso de las jefas de hogar al empleo temporal sin horario, desterritorializado, intensivo y marcado por la mayor explotación, normalmente ejercida por los enganchadores y subcontratistas.

Lidia (1975) fue entrevistada en el año 2012 cuando tenía 37 años. Nacida en Los Andes, actualmente vive en San Esteban, Aconcagua. Ha sido temporera en el Valle de Aconcagua, Ovalle, en el Valle del Huasco, y en el Valle de Copiapó. En su relato se refiere a los desplazamientos geográficos que realiza para mantener el salario siendo madre de dos hijos, soltera

⁵ Se les llama “meses azules” a aquellos en que ha finalizado el trabajo de temporada, cuando la fruticultura no genera empleo.

y sin otros ingresos; a su permanencia-ausencia de la casa, a la situación de las temporeras migrantes extranjeras, y a las ventajas de la independencia económica, pese a los costos laborales que impone la condición de temporera:

“Desde que tuve mis niños me he ido a Copiapó y también a Ovalle. Comencé a recorrer buscando el trabajo... me dedico a las temporadas y trabajo tanto acá en Los Andes como para el norte: Ovalle, Vallenar, Copiapó. A veces, en vacaciones, me llevo a mis dos hijos. Así me la paso el año, viajando de un lugar a otro para tener un salario asegurado durante más meses al año”.

“Para las fiestas de Pascua y Año Nuevo les tengo que dar a elegir a mis hijos entre una y otra, ya que en las dos fechas no se puede. Así que paso o la Pascua o el Año Nuevo con ellos, y después vuelvo al *packing* en enero. En invierno me voy a trabajar al potrero en las amarras, allá en Copiapó. Eso lo hago en los meses de junio y julio, ya que en los meses de marzo, abril y mayo no encuentro trabajo acá en Los Andes, por lo que me voy a trabajar a un *packing* en Huechún, donde también trabaja mi hija. [El *packing*] se llama Rancho Blanco. Ahí trabajo hasta principios de abril y después me voy de nuevo a Copiapó, así que sumando y sumando, estoy casi todo el año en la faena. Paso más allá que acá, con ellos”.

Toda la parentela femenina de Lidia, incluida su madre y su hija (cuando sale de vacaciones escolares), trabaja en las temporadas:

“Además de mi hija en las vacaciones, todas mis hermanas trabajan en la temporada. Cuando voy a trabajar a algún lado y veo que estoy ganando, las llamo y les aviso a todas que se vayan a trabajar conmigo”.

De otro lado, según Lidia hay diferente trato y remuneración para las temporeras extranjeras. Su opinión surge de la observación directa en los campamentos:

“En algunos campamentos de Copiapó me ha tocado estar con 20 o más mujeres peruanas y bolivianas, algunas casadas y otras solteras. En general, nos llevamos bien con ellas. Las trabajadoras extranjeras aceptan condiciones de trabajo que son más deplorables que las que aceptamos las chilenas, es decir, ellas están obligadas a trabajar más por menos dinero, por su misma condición de extranjeras”.

Por último, esta temporera cuya trayectoria laboral está marcada por los desplazamientos geográficos, la lejanía de los hijos, el sostenimiento de una familia sin otro medio que su propio y único salario, privilegia la independencia que le permite este trabajo, y que le permite diferenciarse de las mujeres que se quedan en sus casas y que suelen estar sometidas a violencia doméstica.

“Es muy duro ser temporera, pero soy independiente, porque hay mujeres que no se atreven a trabajar y aguantan los golpes de los hombres por \$300.000, que los pueden generar ellas mismas”.

Rosa (1960) fue entrevistada en el año 2004, a los 44 años cuando trabajaba en el Valle de Copiapó. Oriunda de Vicuña, Coquimbo, separada, con cuatro hijos, se refiere a las condiciones de trabajo, a los horarios, a la subcontratación y a la situación de indefensión frente a la manifiesta explotación y precarias condiciones de trabajo.

“Un día que empezamos a trabajar a las 10 de la mañana, salimos a las 6 de la mañana del día siguiente y teníamos que volver

al *packing* a la una de la tarde. Una jornada especialmente pesada. Cuando en la empresa vieron que casi estábamos desmayándonos del cansancio y el sueño, se nos acercó un empleado y nos dio una Coca-Cola, que le echaron cualquier cantidad de tonteras... porque la tomamos y como a los tres minutos todas estábamos como nuevas otra vez. Pienso que le deben haber echado alguna droga, una pichicata, como se dice, porque ese día me sentí como nueva; todas las compañeras se sentían así, nos sentimos regio y más encima sacamos ligerito el montón de uva que había que empacar”.

La presencia de contratistas precariza aún más el trabajo, y aunque exista una legislación que establece normas que lo regulan, estos agentes de intermediación laboral parecieran no tomarla en consideración.

“Yo pienso que todo esto no va a cambiar hasta que se acaben los contratistas. Simplemente el contratista debería dejar de existir. Acá en el campo todos se llenan la boca con la prevención de riesgos, con el respeto a las leyes laborales, pero en la práctica nadie las cumple... si no cumple las leyes el empresario, menos las va a cumplir un contratista que, aunque no quiera reconocerlo, es un fulano como uno, no un nieto o bisnieto de latifundista: aunque ruegue por olvidarlo, es nieto y bisnieto de peones”.

“Ninguna de nosotras podemos decir lo que realmente nos pasa, porque detrás nuestro están nuestras familias, nuestros hijos, así es que una prefiere quedarse callada y aguantar los abusos antes que reclamar y terminar perdiendo el trabajo”.

Nena vive en Vicuña. Nació en La Serena en 1962 (42 años), es separada y madre de cuatro hijos. Fue entrevistada en el campamento de una agrícola mientras trabajaba en

el Valle de Copiapó, en la temporada 2004-2005. Aunque su relato aparece completo al final del texto, como en los otros casos, rescatamos algunos aspectos de su trabajo como temporera en la uva, donde sobresalen las resistencias a los abusos, las condiciones de trabajo y también “el lado bueno” que tiene para ella la condición de temporera.

“(…) cuando una entra a la temporada, se pacta el precio de la cantidad de uva que una corte. Es por eso que en este tipo de trabajo no se habla de horario; no hay una hora específica de entrada o de salida. No hay nada de eso. Nos dan una hora de colación, entre la una y las dos de la tarde; después salimos a las ocho para la once-comida —que dura hasta las nueve— y después (si es que se acuerdan) tipo once de la noche nos deberían dar un pan, un sándwich que lleva mantequilla, mermelada o una rodaja de cecina”.

“Y la idea es que, si una trabaja desde las diez de la mañana hasta las seis de la mañana del día siguiente, por lo menos que salgamos con 30 mil pesos diarios en el bolsillo. De lo contrario, no vale la pena tanto esfuerzo y es como si una quisiera matarse o como si estuviese esclavizada. Y esa no es vida para nadie...”

Como en casos anteriores, no faltan las confrontaciones y reclamos en los lugares de trabajo, en contextos de carencia de organizaciones como las sindicales u otras que permitan canalizar las demandas de las trabajadoras ante sus empleadores.

“(…) una vez tuvimos problemas con la empresa donde estábamos trabajando —que se llama Río Blanco— así que les hicimos un paro. Les hicimos una huelga de un día, porque a nosotras siempre nos tiraban a trabajar en la línea de peso fijo, y en peso fijo las que hacemos selección no ganamos nada. Y

ahí una está como dos horas parada, seleccionando y llenando las líneas. Y todo eso fue pactado a 50 pesos la caja de uva, para subirle el precio una vez que estuviéramos en temporada alta, pero como nos bajaron el precio de la caja a 40 pesos nos pusimos de acuerdo las cinco compañeras de la línea tres para irnos y dejar la pega botada (...) Finalmente, después de que se dieron cuenta de que el paro iba en serio, hablaron con don Germán y nos dijeron que nos iban a subir el valor de la caja... ¡Yo nunca había visto algo así! ¡Y fue por eso que esa vez prometí nunca más trabajar en esa empresa! ¡Nunca más!”

“Pero todo tiene su lado bueno y su lado malo. El lado bueno de este trabajo es que puedes conocer distintos tipos de gente y hacer buenas amigas (...) cuando me pongo a trabajar en algún lugar me hago amigas al tiro. A lo largo de estos años he hecho harto contacto con gente distinta, y por eso mucha gente me conoce en los distintos pueblos que he recorrido siguiendo el trabajo, como decimos nosotras las temporeras (...) Así el trabajo se me hace mucho más pasable y grato (...) Lo que más me gusta de nosotras las temporeras es que cuando llega a trabajar una compañera nueva —que puede ser de otra ciudad o de otro país— nunca la miramos mal o en menos. Por el contrario, la recibimos como una más de nosotras, ya que las temporeras somos todas iguales; seamos de donde seamos, lo importante es que somos temporeras. Es por esto que las que somos locales nunca hemos mirado en menos a las afuerinas (...) a pesar de todos los malos tratos y de las injusticias que se cometen, nos sentimos orgullosas de ser temporeras (...)” (Nena, 42 años).

María Rivera (1961), temporera de cítricos, uva de mesa y hortalizas en Vallenar, 56 años, expone las huellas de este trabajo en los cuerpos de las mujeres al cabo de los años. Ella fue entrevistada en el año 2017:

“Después la temporada se termina, pero el desgaste físico que ha tenido una mujer trabajando en las temporadas, explotada todo el día, sobreexplotada y expuesta al cansancio y al agotamiento, pararte con un café con una Coca-cola y seguir trabajando, y al otro día volver a hacerlo, y a la otra temporada... y después tienes una consecuencia de que tu cuerpo está todo gastado y contaminado. Entonces tú te expones, porque en otro trabajo tú estás barriendo y te cansas, descansas y sigues, pero en un *packing* uno no hace eso. En un predio no lo puedes hacer, porque tienes que hacerte un sueldo, y tienes que cumplir en tu casa y en tu trabajo. Es lo que necesitas para vivir, por eso yo siempre he pedido una jubilación justa”.

Conclusiones

En los años ochenta constatábamos que el mercado de trabajo en la fruticultura de exportación se feminizaba (Valdés, 1988b). En la actualidad, según un estudio de la Universidad Católica (Anríquez *et al.*, 2014), la proporción de mujeres en los *packing* de frutas supera el 60% de la fuerza de trabajo en labores de limpieza, embalaje, control de calidad, etiquetado y timbrado, mientras los trabajadores estables de las empresas, con contrato indefinido, son esencialmente hombres que se desempeñan como capataces, regadores, fumigadores y tractoristas, entre otras labores. Dentro del personal estable, como lo registró el último Censo Agrícola del año 2007, solo el 10% eran mujeres, en su mayoría secretarías. A los trabajadores con estabilidad laboral, casi todos hombres, se suma la categoría de los subcontratistas que ejercen como intermediarios laborales. Las temporeras los identifican como quienes más las explotan, pasando por encima de sus derechos en contextos en que la intermediación laboral hace desaparecer al empresario.

Los cambios laborales entre el sistema inquilinal y el sistema salarial del modelo exportador se acompañan por cambios residenciales y familiares, desde la modificación en la composición de la familia hasta las transformaciones en el ejercicio de la autoridad masculina; primero aceptada y más tarde cuestionada por las mujeres, cuando se tiene la posibilidad de ganar un salario (aunque los costos prácticos sean altos).

Sostener que en la actualidad las mujeres enfrentan procesos de emancipación precaria (mayores derechos civiles y limitados derechos laborales) en un contexto que ofrece, a diferencia de la servidumbre inquilinal, libertad salarial y acceso a nuevos derechos en el plano civil, se asienta en el trabajo precario que caracteriza la inserción de las mujeres en la agricultura y agroindustria de exportación. Esta comporta la existencia de deficientes condiciones de trabajo en el sector productivo más feminizado altamente informal, y con los más bajos niveles salariales dentro de las actividades de exportación (Valdés *et al.*, 2014).

Corrientemente, “hacerse el salario” es trabajar por encima de las 12 horas diarias; hacerse el salario para mantenerse y mantener a los hijos a lo largo del año es seguir la maduración de la fruta de valle en valle, alternando faenas en potrero y *packing* en distintos lugares para alargar el tiempo de asalarización y cubrir los “meses azules” invernales de desempleo en la agricultura.

La intermediación laboral acentúa las condiciones de explotación de las temporeras, mientras la incorporación de extranjeros de ambos sexos abarata el costo del trabajo para las empresas y subcontratistas.

Abordar el trabajo de las mujeres sin separar lo laboral de lo familiar permite comprender la relación entre los aspectos reproductivos y productivos, y cómo el trabajo incide en las configuraciones familiares y relaciones de género. La familia conyugal con hijos numerosos bajo el sistema inquilinal dio

paso a la familia monoparental de temporeras, que coexiste con la familia conyugal, sobre todo cuando se trabaja en agrícolas cercanas a la casa. Los desplazamientos laborales en el territorio parecen ser un factor favorable a las separaciones conyugales. Las temporeras separadas con hijos son las que deben prolongar el tiempo de asalarización, toda vez que es su salario el que sostiene la familia.

De otro lado, el sistema de parentesco operó como mecanismo para el pago de la obligación en la hacienda, subordinando a distintos miembros de la familia inquilina con la intermediación del padre/esposo mientras, en la medida que las mujeres se proletarizan bajo el neoliberalismo y la agricultura globalizada, el sistema de parentesco actúa como el lugar de los cuidados y de protección social, desplazando el papel de la madre, que es a menudo jefa de hogar, a abuelas e hijas mayores, en la medida que las madres temporeras buscan tener salario durante más tiempo en el año, desplazándose en el territorio. El papel que ejerce el sistema de parentesco frente a un déficit de protección social brindado por el Estado es un elemento clave para la reproducción social de las familias vinculadas al trabajo temporal en la agricultura de exportación.

Otros cambios acompañan el paso de la condición inquilina a la proletarización femenina en el trabajo temporal de la agricultura intensiva de exportación. Estos conciernen al hábitat, desde situaciones de vida sedentaria a situaciones como las actuales, marcadas por una suerte de nomadismo salarial que caracteriza especialmente a las jefas de hogar que enfrentan el imperativo de alargar el tiempo de asalarización en tanto son las proveedoras de los hogares, generalmente sin la contribución de los padres de sus hijos, con lo cual la idea igualitarista de la doble provisión de la sociedad post-industrial pierde sustento.

Si entendemos que la dominación hacendal se ejercía en el marco de relaciones sociales semiserviles, mientras que la

asalarización femenina se despliega en un contexto de libertad de elegir, los constreñimientos que enfrentan las mujeres las obligan a trabajar en uno de los sectores más precarizados de la economía, mientras paralelamente ha tendido a desaparecer la figura del padre proveedor que caracterizaba a la sociedad industrial.

En cuanto a las jerarquías de género en el campo laboral donde se desempeñaron las ordeñadoras de fundos y haciendas, y trabajan en la actualidad las mujeres como asalariadas temporales, estos no han variado. Los puestos de mayor prestigio y calificación continúan siendo masculinos, aun cuando haya habido un cambio en los montos salariales de ordeñadoras y temporeras en relación a los percibidos por los trabajadores de la misma categoría laboral, ya que las temporeras hoy se hacen el salario extendiendo la jornada e intensificando los ritmos de trabajo.

En síntesis, la dominación hacendal se expresó en la sujeción de la población que habitó fundos y haciendas al sistema de inquilinaje y a las “obligaciones” impuestas por los patronos para servir como empleadas en las casas patronales, cocineras, ordeñadoras; todo ello en dependencia del lugar dado al inquilino en la estructura social de la hacienda (casa, huerto, regalías en tierra y talaje) contra el pago en las obligaciones de mujeres e hijos.

Con la reforma agraria las mujeres no fueron sujetos de derecho del reparto de tierras. Eran sus esposos, padres, hermanos quienes por ley serían los beneficiados de las expropiaciones; ellas eran solo “derecho habientes”, es decir, usufructuaban por contrato matrimonial o relaciones de parentesco de lo que habían logrado los jefes de familia hombres. Tampoco formaron parte del enorme auge del sindicalismo campesino, que fue uno de los pilares más importantes para llevar adelante la reforma agraria: las confederaciones, federaciones y sindicatos comunales fueron espacios masculinos. Al mismo

tiempo que la reforma agraria apuntaba a la extinción del latifundio y al reparto de tierras entre los inquilinos, a las mujeres se las situó en los Centros de Madres, donde accedieron a máquinas de coser, estufas, cocinas a gas y a un considerable número de cursos de costura y manualidades, pero también a ciertas políticas públicas orientadas a la disminución de la natalidad.

La contrarreforma trajo consigo la reducción de las tierras de los asentamientos, la devolución a los antiguos propietarios y la venta que organizó la dictadura cívico-militar de una parte de esas tierras a privados. Esta y otras políticas introdujeron al país en el modelo neoliberal, rompiendo con los repartos de género que hasta entonces existían. El hombre proveedor asumió el costo que impuso la expulsión de muchos campesinos del sector reformado, como la venta de parcelas por falta de apoyo estatal, la reducción de empleos y las altas tasas de cesantía de los años setenta y ochenta del siglo pasado. El impacto del Plan Laboral de 1979, con la desregulación laboral que impuso al trabajo, llevó a que los hombres fueran perdiendo sus empleos estables mientras aumentaban los empleos temporales, pero sobre todo los empleos para mujeres.

Con la reprimarización de la economía y el auge de la agricultura exportadora se abrieron los empleos para las mujeres, pero estos empleos aumentaron en contextos de devaluación del trabajo y de degradación de las condiciones laborales. Este proceso de incorporación de mujeres al mercado de trabajo agrícola bajo el neoliberalismo está marcado, así, por la precariedad, la estacionalidad, los bajos salarios, las extensas jornadas para “hacerse el salario”, muchas veces moviéndose de valle en valle, en un sistema donde se gana según se produce. Los costos laborales, el deterioro de la salud por los ritmos de trabajo y por el uso de agro-tóxicos hacen que a menudo las mujeres “se ganen la vida para perderla” (Valdés y Godoy, 2016).

Insertas en un contexto de baja densidad sindical, de exclusión actual de los y las trabajadores/as temporales del ejercicio de la negociación colectiva, históricamente ajenas a los procesos de acción colectiva propias al sindicalismo obrero de la sociedad industrial, sin embargo, no siempre las mujeres se muestran sometidas a lo que el empleador les impone. Por el contrario, se han mostrado capaces de establecer negociaciones cara a cara para mejorar las condiciones de trabajo, incluso en los casos de inquilinas que reclaman lo que internalizaron como un derecho propio: las Asignaciones Familiares, establecidas cuando se conformó el orden de género salarial y este llegó al campo. En cuanto a las relaciones de género en el espacio privado, la sujeción de las mujeres a la autoridad masculina se hace visible incluso cuando ellas salen a trabajar por un salario; en los espacios laborales reclaman, en el espacio privado obedecen. Sin embargo con el correr de los años y de la experiencia laboral estos patrones tradicionales van quedando atrás pues se privilegia la libertad, se frenan los excesos de la autoridad masculina o bien las parejas de las temporeras demasiado ausentes en las labores domésticas las abandonan. La figura de la jefa de hogar con extensas jornadas laborales, desplazándose en el territorio para alargar el tiempo de asalariación no resiste la permanencia de la familia conyugal.

No obstante las malas condiciones de trabajo, el hecho de ganar un salario ha contribuido a la emancipación de las mujeres de la tutela masculina. Muchas mujeres ya no son “derecho habientes” de sus maridos; han logrado una independencia que les permite —con enormes costos— frenar los excesos de una autoridad masculina cuyos límites pueden llegar a la violencia conyugal. Las mujeres han ganado así una “emancipación precaria” una vez que la reforma agraria liquidó al viejo latifundio y terminó con la subordinación hacendal del inquilinaje, permitiendo la entrada de un capitalismo agrario triunfante y agresivo de la mano de una

dictadura militar. Tampoco en democracia se han restituido los derechos laborales que los asalariados, en su enorme mayoría hombres, lograron durante la reforma agraria.

Por último, y frente a la pregunta inicial que nos formuláramos: ¿qué ha cambiado en más de medio siglo para las mujeres que trabajaron y trabajan hoy en el campo? Las inquilinas ordeñaban en el barro, a menudo descalzas, de madrugada y por las tardes, normalmente como “obligadas” en los fundos, percibiendo por ello la mayoría de las veces un pago a destajo por litro de leche. Esta labor formaba parte del derecho a casa y regalías percibidas por el inquilino. Estas ordeñadoras eran parte de la familia inquilina, vivían al interior de los fundos y sus casas se emplazaban cercanas a los establos. En cambio, las temporeras trabajan algunos meses al año durante largas jornadas, expuestas a agro-tóxicos y a la usura de los cuerpos que genera el trabajo en cadena. Muchas de ellas son jefas de hogar y todas las temporeras viven fuera de las empresas agrícolas; según necesidades económicas vinculadas a la composición de la familia, esta no es una labor sedentaria, sino que obliga a muchas de las trabajadoras a recorrer empresas y valles a lo largo de distancias considerables. Como las ordeñadoras, están pagadas a destajo. A diferencia del pasado, hoy se exige contrato de trabajo, pagos previsionales (que no siempre se cumplen) y normalmente están supeditadas a contratistas de mano de obra que aumentan la precarización laboral.

Bibliografía

- Alessandri, Arturo (1892). Habitaciones para obreros, memoria para optar al grado de licenciado en Derecho. Facultad de Leyes i Ciencias Políticas, Anales de la Universidad de Chile, Santiago, Pág. 1117-1126.
- Allende, Isabel (1983). *La casa de los espíritus*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Allende, Salvador (1939) *La realidad médico-social chilena*. Santiago de Chile: Ministerio de Salubridad, Previsión y Asistencia Social.
- Anríquez, Gustavo; William Foster; Oscar Melo; Juan Pablo Subercaseaux y Alberto Valdés. (2014). *Empleo estacional en la fruticultura en Chile: evidencias, desafíos y políticas*. Santiago de Chile, Departamento Economía Agraria, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Baraona, Rafael, Aranda, Ximena, Santana; Roberto (1961). *Valle de Putaendo. Estudio de estructura agraria*. Santiago de Chile: Instituto de Geografía, Universidad de Chile/ Editorial Universitaria.
- Barrios, Eduardo (1983). *Gran señor y rajadiablos*. Santiago de Chile: Andrés Bello.
- Bauer, Arnold (1994). *La sociedad rural chilena. Desde la conquista española hasta nuestros días*. Santiago de Chile: Andrés Bello.
- Bengoa, José (2015). *Historia agraria*, tomo II. Santiago de Chile: Lom ediciones.
- _____ (1990). “Una hacienda a fines de siglo: Las Casas de Quilpué”, en G. Salazar (Ed.) *Chile historia y “bajo pueblo”*. 142-172.
- Bertaux, Daniel (1980). “L’Approche biographique. Sa validité méthodologique, ses potentialités”. *Cahiers Internationaux de Sociologie*, LXIX: 197-225.

- Bujes, Jaclylin y María Paz Espinosa (2015). *Memoria e identidad de mujeres temporeras en el valle del Elqui*. Santiago de Chile: Consejo de la cultura y las Artes.
- Caffarena, Elena (1935). Discurso pronunciado el 29 diciembre 1935, en *La mujer Nueva*, Boletín MEMCH, Año 1, N°2: 3.
- Carmen (1936), *La mujer nueva*, N°3: 4.
- Caro, Pamela (2012). “El caso de Chile” en FAO/Cepal, OIT, *Empleo y condiciones de trabajo de las temporeras agrícolas*. Santiago de Chile: FAO/Cepal/OIT. 145-220.
- Castel, Robert (2004). *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?* Buenos Aires: Manantial.
- _____ (1995). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- CIDA (1966). *Chile, tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola*. Santiago de Chile.
- Chevalier, Yves (1979). “La Biographie et son usage en Sociologie”. *Revue Française de Science Politique*, 29 (1): 83-101.
- Chonchol, Jacques (2017). *Por una nueva reforma agraria para Chile*. Santiago de Chile: Lom ediciones.
- Dalla Costa, Mariarosa (2009). *Dinero, perlas y flores en la reproducción feminista*. Madrid: Akal.
- De Rokha, Pablo (1990). *El amigo de piedra*. Santiago de Chile: Pehuén.
- Domínguez, Oscar (1961). *Una oportunidad en libertad*. Santiago de Chile: Ed. del Pacífico.
- FAO/Cepal/OIT (2012). *Empleo y condiciones de trabajo de mujeres temporeras agrícolas*. 2 vols. Santiago de Chile.
- Federici, Silvia (2018). *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Ferrarotti, Franco (1983). *Histoire et Histoires de Vie. La méthode biographique dans les Sciences Sociales*. París: Librairie des Méridiens, Sociologies au Quotidien.
- Fraisse, Geneviève (2003). *Los dos gobiernos: la familia y la ciudad*. Madrid: Cátedra.

- Fraser, Nancy (2015). *Fortunas del feminismo. Del capitalismo gestionado por el Estado a la crisis neoliberal*. Quito/Madrid: Traficantes de Sueños.
- Fraser, Nancy y Alex Honneth (2006). *¿Redistribución o reconocimiento?* Madrid: Morata.
- Frazer, Ronald (1980). “Reflexiones sobre la historia oral y su metodología en relación con la Guerra Civil española”, en P. Broué, R. Frazer, P. Vilar. *Metodología histórica de la Guerra y Revolución españolas*. Barcelona: Fontamara. 43-68.
- Frei Montalva, Eduardo (1933). *El régimen del salariado y su posible abolición*. Memoria para optar a Licenciado en la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas, Universidad de Chile. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico.
- Garcés, Mario (2002). *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970*. Santiago de Chile: Lom ediciones.
- Héritier, Françoise (1996). *Masculin/Féminin. Le pensé de la différence*. París: Editions Edile Jacob.
- Jiles, Ximena et al. (1992). *De la miel a los implantes. Historia de las políticas de regulación de la fecundidad en Chile*. Santiago de Chile: Corsaps.
- Larrañaga, Osvaldo y Dante Contreras (Eds.) (2013). *Las nuevas políticas de protección social*. Santiago de Chile: Uqbar.
- Oszlak, Oscar (2016). *La trama oculta del poder. Reforma agraria y comportamiento político de los terratenientes chilenos, 1958-1973*. Santiago de Chile: Lom ediciones.
- Laufer, Jackeline (2005). “Domination”. En Margaret Maruani (ed.), *Femmes, Genre et Sociétés. L'état des savoirs*. París: La Découverte. 67-75.
- Mack, Macarena, Matta, Paulina, Valdés, Ximena (1986). *Los trabajos de las mujeres entre el campo y la ciudad*. Santiago de Chile: CEM/ Colección Biblioteca de la Mujer.
- Mattelard, Armand y Michele Mattelart (1968). *La mujer nueva*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico.

- Ossandón, Luis y Fabián González (2014). “La educación de masas durante la Unidad Popular: una nueva escuela para toda la comunidad”. En Julio Pinto (ed.), *Fiesta y drama. Nuevas historias de la Unidad Popular*. Santiago de Chile: Lom ediciones. 109-142.
- Pedreño, Andrés (2014). Coordinador, *De cadenas, migrantes y jornaleros. Los territorios rurales en las cadenas globales agroalimentarias*. Madrid: Talasa.
- Perrot, Michelle (2015, diciembre). Conferencia de clausura del Coloquio “Je travaille, donc je suis”. MAGE, Sorbona, París. Inédita.
- _____ (1992). “Haciendo Historia”, en Carmen Ramos (Comp.). *Género e Historia*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana. 66-85.
- Ramírez, Pablo (1968). *Cambio en las formas de pago a la mano de obra agrícola*. Santiago de Chile: Icira.
- Rancière, Jacques (2014). “¿Ha pasado el tiempo de la emancipación?” *Revista Calle14*, 9 (13): 17-27.
- Robles, Claudia (2013). *Sistemas de protección social en América Latina y el Caribe: Chile*. Santiago de Chile: Cepal/GIZ.
- Rossemblatt, Karin, (1995). “Por un hogar bien constituido: el Estado y su política familiar en los Frentes Populares”, en Lorena Godoy et al. (ed.), *Disciplina y desacato: construcción de identidad en Chile. Siglos XIX y XX*. Santiago de Chile: SUR/Cedem. 181-222.
- Salazar, Gabriel (1990). “Ser niño huacho en la historia de Chile”. *Revista Propositiones*, 19: 55-83.
- Sernam (2001). *Plan de igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres 2001-2010*. Santiago de Chile.
- Stabili, María Rosaria (2003). *El sentimiento aristocrático. Las elites chilenas frente al espejo (1860-1960)*. Santiago de Chile: Andrés Bello/ Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Tabet, Paola (1998). *La construction sociale de l'inégalité des sexes. Des outils et des corps*. París: L'Harmattan.
- Testart, Alain (2014). *L'amazone et la cuisinière. Anthropologie de la division sexuelle du travail*. París: Gallimard.

- Tinsman, Heidi (2017). *Se compraron el modelo. Consumo, uva y la dinámica transnacional: Estados Unidos y Chile durante la Guerra Fría*. Santiago de Chile: Ediciones UAH.
- _____ (2009). *La tierra para el que la trabaja. Género, sexualidad y movimientos campesinos en la Reforma Agraria chilena*. Santiago de Chile: Lom ediciones.
- Valdés, Ximena (2019). “Temporeros, mujeres, indígenas, extranjeros. Los ‘parias’ del capitalismo agrario exportador”. *Le Monde Diplomatique*, noviembre. 10-11.
- _____ (2009). “El lugar que habita el padre en Chile contemporáneo. Estudio de las representaciones sobre la paternidad en distintos grupos sociales”. *Revista Polis*, 23: 385-410.
- _____ (2007). *La vida en común. Familia y vida privada en Chile y el medio rural en la segunda mitad del siglo XX*. Santiago de Chile: Lom ediciones.
- _____ (1999), “Historia de vida. Una forma de comprender los cambios en el campo chileno”. *Revista Propositiones*, 29: 158-177.
- _____ (1988a). *La posición de la mujer en la hacienda*. Santiago de Chile: Centro de Estudios de la Mujer-CEM.
- _____ (1988b). “La feminización del mercado de trabajo agrícola en Chile Central”, en Centro de Estudios de la Mujer. *Mundo de mujer, continuidad y cambio*. Santiago de Chile: CEM. 389-430.
- _____ (1987). “Los procesos de incorporación y exclusión de las mujeres del mercado de trabajo agrícola”. En Ximena Valdés *et al.*, *Sinopsis de una realidad ocultada. Las trabajadoras del agro*. Santiago de Chile: CEM. 23-50.
- Valdés, Ximena; Carmen Gloria Godoy y Angie Mendoza (2017). “Acción colectiva y resistencia: asalariadas agrícolas en Chile frente a la precarización laboral”. *Revista Izquierdas*, 35: 167-198.
- Valdés, Ximena y Carmen Gloria Godoy (2016). “Mujeres de cuerpos dañados”. *Revista de Geografía Espacios*, 12 (6): 13-31.
- _____ (2008). “El lugar del padre: rupturas y herencias. Representaciones de la paternidad en grupos altos, medios y populares chilenos”. *Revistas Estudios Avanzados*, 6 (9): 79-112.

- Valdés, Ximena *et al.*, (2014). *Trabajos y familias bajo el neoliberalismo*. Santiago de Chile: Lom ediciones.
- Ximena Valdés *et al.* (2006). *Puertas adentro. Masculino y femenino en la familia contemporánea*. Santiago de Chile: Lom ediciones.
- _____, Loreto Rebolledo y Angélica Willson (1995). *Masculino y femenino en la hacienda chilena del siglo XX*. Santiago de Chile: Cedom/Fondart.
- Valdés, Ximena y Paulina Matta (1986). *Oficios y trabajos de las mujeres de Pomaire*. Santiago de Chile: Pehuén.
- Valdés, Ximena; Sonia Montecino; Macarena Mack y Kirai de León (1983). *Historias testimoniales de mujeres del campo*. Santiago de Chile: CEM/PEMCI/Academia de Humanismo Cristiano.
- Varikas, Eleni (2007). *Les rebuts du monde. Figures du paria*. París: Stock.
- Venegas, Silvia (1992). *Una gota al día un chorro al año*. Santiago de Chile: GEA/AHC.
- Vial, Gonzalo (1984). *Historia de Chile (1881-1973)*. Tomo 2. Santiago de Chile: Santillana.
- Vilar, Pierre (1980). “Historia e historiografía de la Guerra Civil española. Algunas reflexiones metodológicas”, en P. Broué, R. Frazer, P. Vilar. *Metodología histórica de la Guerra y Revolución españolas*. Barcelona: Fontamara. 69-98.

Parte II

Historias y relatos de mujeres

Inquilinas de la zona central

Esta primera sección de historias de vida de mujeres inquilinas comprende una síntesis de los testimonios de dos mujeres que vivieron gran parte de sus vidas en fundos. Estas fueron recogidas durante el año 1982, y se publicaron en 1983 bajo el título *Historias testimoniales de mujeres del campo*.

Estos relatos permiten tener una aproximación a lo que fue la vida en los fundos y a la condición de inquilinos; del mismo modo de lo que ocurrió con la Reforma Agraria y después del golpe de Estado de 1973, desde la mirada de dos mujeres que vivían en esos años en asentamientos asignados por la Reforma: Lila (1934) y Mercedes (1920).

La historia de Lila se incluye por su capacidad narrativa de mostrar el entorno social que la rodeaba, así como lo que ocurría en el campo y en los fundos de las cercanías de Melipilla en los años que precedieron a la Reforma Agraria, incluyendo este periodo y la contrarreforma.

La historia de Mercedes Cabrera se incluye para dar cuenta de la coexistencia de la pequeña propiedad campesina con los fundos, el papel de las mujeres en las áreas de pequeña propiedad, la experiencia de trabajo de mujeres solas en fundos, la labor de cocinera, así como las condiciones de vida y trabajo en distintos fundos. A su matrimonio le sucede el asentamiento en las cercanías de Curicó, formado durante la Reforma Agraria, y la posterior pérdida de tierras causada por la restitución del fundo.

Lila Astorga (48 años), nacida en 1934 en el Mallarauquito, Melipilla, región Metropolitana ¹

Me llamo Liliana. Nací el 30 de enero de 1934 en Mallarauquito, ubicado entre Melipilla y Peñaflor. Mi papá era empleado², cuidaba los animales en el fundo. Mallarauquito está ubicado en el Cajón de Mallarauco, donde hay otros fundos: Santa Victoria, Santa Teresa, Santa Elisa y la Cuesta de Pelvín. Esto está lejos del pueblo, lo más cerca es Melipilla, a 25 kilómetros.

Nosotros somos 10 hermanos, cinco hombres mayores y cinco mujeres menores. Yo soy la menor de todas. A mi papá, por ser empleado, le daban una ración de tierra, sueldo y pan. Esas eran las garantías³ que él tenía. En el pedazo de tierra cultivábamos papas, porotos, maíz. Todo eso era para la casa. Además, mi papá tomaba tierras en medias para trabajarlas con los hijos, y lo que se cosechaba ahí se vendía.

Mi mamá sacaba la leche, hacía los quesillos y los vendía en la casa misma; los pasaban a buscar; criaba gallinas, no eran pocas, eran hartas gallinas. Vendía los huevos por ciento y de las vacas hacía queso ¡para mantenerlos y vestirlos a todos!, que éramos 10. Y todo esto se vendía a un comerciante de Melipilla que los iba a buscar, porque él ganaba una miseria mensual, ¿no ve que por las garantías le quitaban creo que 15 pesos al mes? Eran los años treinta. Eso pasaba en el fundo cuando era chica. Prácticamente con eso vivíamos.

¹ Esta historia de vida se construyó en base a varias entrevistas realizadas por Macarena Mack, algunas de ellas acompañada por Ximena Valdés, durante el año 1982; un extracto fue publicado en *Historias testimoniales de mujeres del campo* (1983).

² El padre era “Inquilino de a caballo”: encargado del cuidado y vigilancia del ganado con más regalías –talajes y tierras- y salario que los “inquilinos de a pie” y de los “inquilinos peones”.

³ Las “garantías” o “regalías” eran la parte no monetaria de la remuneración de la mano de obra inquilina. Se distinguen “garantías o regalías productivas” (talaje y ración de tierra) y “garantías o regalías improductivas” (galleta, pan, casa, etc.).

Mi papá tenía como 15 vacas. Llegaba en la pura noche no más, salía temprano y llegaba en la noche, porque le tocaba ir lejos a ver los animales. Era rara la vez cuando llegaba a almorzar, así que mi mamá llevó la carga de enseñarlos a los hombres y a las mujeres. Tenía paciencia, ella pasaba trabajando todo el día y entonces los hermanos mayores criaban a los más chicos, se llevaban la carga de criarlos a los más chicos porque ella tiempo no tenía; del almuerzo empezaba a hacer los quesos hasta las cuatro o las cinco de la tarde, y otra hermana más grande hacía las once y así, todos trabajaban, había poco tiempo para jugar y todas esas cosas.

Nosotros nos entreteníamos con eso ¡y tanta fruta que había en la casa!, así que había días que, como ser, los duraznos en ese tiempo estaban botados en el suelo; se los recogíamos a los chanchos y había en esos tiempos las paltas todo el año, o sea, que no había ningún día del año que no teníamos fruta, dábamos vuelta el año con frutas.

La mamá hacía los huesillos, ¡uf!: unos sacos de huesillos para gasto no más. Hacía mote para la casa, hacía tortillas de rescoldo, el mote lo hacía con lejía, en tarros grandes y después los molía. Iba a Melipilla a comprar el azúcar por sacos y los tallarines por cajones. La ropa la compraba hecha a un comerciante que pasaba —el mismo que le compraba los quesos— nos llevaba zapatos, vestidos o géneros bonitos, *floriaditos*, así.

Los criaba bien, si en la situación económica los criamos bien: la leche, el pan, todo; no nos faltó nada. La mamá trabajaba todo el año, nunca se daba vacaciones. Era rara vez cuando un viajecito a Cartagena, pero por el día no más, y ahí nos llevaba porque salían camiones para allá en ese entonces a la playa. Íbamos en camiones y se daba un día de vacaciones, de salir a la playa para llevarnos a nosotros y esa era toda la salida que hacía ella, porque tiempo no había tampoco, ¿no ve que había que atender tantos animalitos y pájaros?

Nosotras teníamos las mismas obligaciones, porque los niños hombres tenían que ir a buscar los terneros y dejarlos amarrados; ir a buscar las vacas al otro día, para ir a lecharlas. Ellos tenían otra actividad: se iban a las chacras. Nosotras le ayudábamos a mi mamá. Yo, por ejemplo, empecé a ayudarla a los ocho años, después que íbamos al colegio que estaba en Pahuilmo. Íbamos todo el día al colegio y los días que no íbamos le ayudábamos a ella a ver los pollos, las gallinas; a mí siempre me han gustado los pajaritos, criarlos en la casa y consumirlos, con eso se alivia uno.

En Mallarauquito eran alrededor de ochenta inquilinos. Fuera de los empleados había capataz, mayordomo, administrador.⁴ De afuera venían sus cincuenta en tiempo de cosecha a trabajar. Los afuerinos eran gente que salía a andar y encontraban trabajo y se ponían a trabajar ahí en el fundo, gente que no tenía paradero porque eran andantes.⁵ Entonces se ponían a trabajar ahí y les daban comida, donde dormir. Les daban una ración, le daban pan, leche, comida. Trabajaban ahí por el tiempo que estaba apurado el fundo, por la cosecha. Algunos no tenían familia, andaban hombres, a veces matrimonios, a veces con hijos, pero andando, ¡eran andantes! Llegaban por grupos en ese entonces. A los que llegaban con mujer les daban un galpón; eran muy pobres, gente pobre.

Algunos se hacían amigos de ellos porque andaba de todo, andaba gente mala como gente buena, porque estaban mal donde vivían y entonces salían a andar, pero otros no, porque por ahí habían matado, robado... y entonces salían a andar y entonces así no los pillaban, porque se trasladaban de una parte a otra por los cerros. Entonces, como se sabían la época

⁴ Llamado también "ministro". Más abajo en la escala jerárquica estaban el mayordomo, el capataz, el sota y luego los inquilinos.

⁵ Minifundistas empobrecidos o parte de la población rural flotante, que salía a buscar trabajo en los fundos o haciendas por temporadas.

de sacar trigo, llegaban a trabajar ahí, porque tenían trabajo seguro. Muchas veces los encontraban en esos trabajos los carabineros que los andaban buscando, porque se usaba mucho en esos tiempos el salteo, que se llamaba. Salteaban a la gente, casi la mayoría en las casas de los administradores, los que más tenían, llegaban sus tres o cuatro personas con la vista tapada, que no los reconocieran, y amarraban a la gente; con cuchilla los amenazaban y les sacaban. Tenían que entregar la plata por obligación, así que eso se usaba mucho por allá, era muy solo. Había retenes muy a los lejos, lejos, tal como en Mallarauquito había, después había en Santa Teresa, lejos de ahí, pasaban tres fundos de ahí y grandes, así que la ronda que hacían los carabineros era de a caballo no más, vehículos no. Entonces, a la hora que pasaban todo el mundo los veía y entonces no daban vuelta hasta otro día o cada tres días, una cosa así. Los salteadores se tiraban a las casas, y justo sabían que tenían venta, como ser grandes ventas, de camiones de cosechas que se vendían y entonces sabían que la gente tenía plata, y venían y les gustaba la plata. A veces los mataban, a veces los dejaban amarrados, así que de eso se componía la gente que andaba andando por ahí, lo que ahora no se ve mucho, pero en ese entonces sí que se veía hartito. Eso era en el año 40, más o menos, 1940, 41, 42.

En ese entonces se conversaba del “Torito”. Abraham Toro Díaz creo que se llamaba. Se conversaba que hacía salteo y que era el jefe de la banda... pero a él nunca lo pillaban, porque tenía un pacto él quizás, no sé, creo que lo favorecía la Virgen de Montserrat. Creo que la tenía encarnada dentro del cuerpo, en el brazo o en el pecho, no lo recuerdo, pero el hecho es que la andaba trayendo y por eso es que lo ayudaba, para que no lo pillaran. Se movía cualquier cosa y no lo pillaban nunca, y cuando se trataba de atracar de nuevo, otra vez tenía todo de la mano de la gente que lo apoyaba, y entonces lo hacían otra vez. La banda era como de siete, ocho personas,

mataban ganado por los cerros y comían, no pasaban hambre. Si tenían de todo, andaban trayendo de todo. Vivían en los cerros y se dejaban caer cuando veían que podían hacerla. ¡Puros salteos, no más! Entonces ahí volvían abajo, bajaban más bien del cerro. Mire, como en el 45 se terminó el bandolerismo, porque ya no se escuchó más de que habían esos salteos por ahí.

En Mallerauco se formaron sindicatos, pero como siempre el patrón es más fuerte, tiene más fuerza, a toda esa gente que entró al sindicato los lanzaron a la calle pública, vivían en la calle. Los desalojaron de sus casas por el hecho de haber formado el sindicato, y los otros por entrar a reunión. Esa fue la pena que tuvieron. Esto fue el año 42, por ahí, o por el 40.

El gobierno de Pedro Aguirre Cerda fue bueno con los pobres, yo me acuerdo; más la señora Juanita, ella se preocupó mucho de la gente pobre, de los colegios, regalaba cantidades de alimentos y ropa; eso es lo que hizo la señora. Él escuchaba a los trabajadores y la gente lo apoyaba. Cuando él murió todos supimos al tiro por el diario y radio, que en ese entonces ya había. Se murió de repente, dicen que después de una comida se murió. La gente lo sintió porque él favoreció más a la gente pobre que a los ricos. Los favoreció con leyes para los campesinos y la gente pobre y con ayuda, porque lo material se sintió mucho; eran ayudas positivas.

El dueño de fundo era en esos tiempos como un rey, hacía lo que quería. En ese tiempo el patrón se levantaba a las siete de la mañana a destinar a la gente trabajadora, los destinaba y ¡pobre del que llegara atrasado! Entonces otro día amanecía con otra idea, ideas tontas que se le ocurrían, por ser, de una casa cambiarlas a otra casa por puro sacrificarlas, para que el día domingo tuvieran que hacer, para que no descansaran ni el día domingo después de trabajar toda la semana desde las siete de la mañana hasta que no se viera la luz del día, hasta que entrara el sol, sin horario, sin descansar nada, solo que a

ratitos para comer el que llevaba su cocaví para comer a las doce. Los vigilaba el mayordomo,⁶ él era malo también si estaba al lado del patrón.

Esos tiempos eran malos para trabajar, tenía que ser dura la persona para seguir trabajando. A mi papá lo trataban un poco mejor porque era empleado. Él sabía las órdenes de un día para otro, no iba a tomar las órdenes en la mañana porque las sabía ya, así es que se tiraba al campo al tiro, estaba encargado de los animales tanto de cerros como de plano, de potreros. Había muchos animales, como dos mil yo creo, y mucho que hacer, él no más tenía como ochenta animales en el talaje,⁷ y cuando vino la cuenta ahí todo se vino abajo: con la orden de lanzamiento del fundo los tuvo que sacar al tiro y ahí empezó a mandar a la feria, porque cómo iba a tener tantos. Mandó los caballos y los vacunos, no los vendió muy bien —estaban baratos— y con lo que quería comprar Peñaflores —una parcela inmensa de grande, que tenía casa de altos con naranjal, casi con las mismas cosas que teníamos—, pero como a mi papá no le gustaba deberle a nadie, no la compró, y la plata la fue gastando de a poco y al final se acabó. Esa casa donde me crie ya entró el segundo dueño, el fundo se vendió y al papá le iba a quitar la casa el patrón nuevo que llegó.

Y entonces se fueron a pleito con abogado.

Al final, a fuerza de carabineros lo hicieron firmar, ¡a la fuerza!, de que lo amenazaron. De repente lo llamaron los carabineros a la oficina y ahí lo hicieron firmar. Lo que firmó él fue el lanzamiento que íbamos a tener nosotros. Eso fue lo más grande que vi yo cuando chica: mi mamá estaba enferma cuando llegó un auto con carabineros y nos venían a lanzar a

⁶ Encargado de la vigilancia y el control de los trabajadores del fundo, residentes y no residentes.

⁷ Derecho a pastoreo sobre una unidad animal.

la calle. Era un lanzamiento del fundo. Y el patrón de Pahuilmo, que fue el primer patrón que tuvo el papá cuando recién se casó, puso un camión y nos fueron a buscar y nos dio donde viviéramos acá mientras buscábamos otro lado. Nos dio un lugar en las mismas casas del fundo, allí en Pahuilmo. Ese patrón era bueno y nos recogió inmediatamente, porque mi papá era bueno y no era una persona para que le pasara una cosa así, y allí perdimos esa casa. Mi mamá la echaba de menos y más encima que ella estaba enferma en cama. Tenía un resfriado fuerte, tenía fiebre, pero ese patrón la llevó en auto para la otra casa. Ahí estuvimos casi un año y lo pasamos bien con los patrones de antes, y después él de allí buscó otra parte y nos vinimos a La Rinconada de Maipú. Yo ya estaba grande: tenía 13 años.

Pahuilmo estaba cerca de Mallarauquito. Yo encuentro que la escuela era mejor que ahora. Ahí fui al colegio, aprendí a leer ligerito en el silabario Matte. En la primera parte de ese silabario era la Luna, yo le sabía leer y escribir perfectamente. Tenía una profesora que se llamaba Clara Morales, todavía me acuerdo de su nombre; ella se daba a querer, su enseñanza era buena. Llegué hasta tercera preparatoria. Aprendí a leer y a escribir y a sacar cuentas, pero no pude seguir porque de ahí tenía que ir a Melipilla y estaba lejos, y no nos dejaron. No había permiso para eso, porque había que tomar locomoción y la micro iba llena de gente todos los días y, más encima, uno escolar. Además, había una sola micro al día, que pasaba a las ocho de la mañana, y después a medio día y volvía en la tarde, nada más.

Yo tenía amigos de mi edad, los de la escuela. Mi mamá los dejaba jugar a todos juntos; niños y niñas, todos chicos, parece que en ese tiempo no había mucha maldad como ahora, de que la gente era más sana de pensamiento, a pesar de que más grandes ya no los dejaban jugar juntos. Como a los doce años ya nos quedamos en la casa a ayudarle en los quehaceres de la

casa. Nos enseñaban a tejer, bordar, todas esas cosas. Ya nos preocupábamos de otras cosas: hacer pan, comida; porque hay personas todavía que no saben matar una gallina, porque no saben o porque tienen miedo, no se sienten capacitados, para eso uno tiene que aprender.

En Pahuilmo, como era fundo más chico, se compartía en tres partes en ese entonces: La Carrera —creo que se llama Los Hermanos Carrera, ahora—, El Olivo y Pahuilmo, pero era del mismo dueño de fundo. Había sus cuarenta personas que trabajaban de inquilinos, fuera de los empleados de los establos. En los establos trabajaban ordeñadoras también, más o menos unas veinte mujeres, trabajaban sacando leche. Se levantaban a las cuatro de la mañana para tener la leche sacada a las siete. Las ordeñaban en galpones, en establos, ahí ordeñaban las vacas. Más que lloviera igual tenían que sacar leche; igual no más porque pasaba el camión y tenían que tener la leche a su hora porque el camión iba de Santiago. Entregaban un poco y fuera de la que dejaban en el fundo para hacer queso. Había quesería. Eran los hombres los que hacían el queso; sacaban también la mantequilla. En ese entonces tenían una máquina; yo la vi trabajando. Era una máquina que botaba el suero por un lado. Le sacaban el suero, del suero sacaban la mantequilla, y por un lado salía pura agua y por el otro un chorrillito, algo espesito, y eso era la mantequilla. Todavía se nombra la mantequilla de Pahuilmo. Era zona ganadera, en Pahuilmo iban menos afuerinos⁸ que al otro fundo, porque ahí les gustaba trabajar con la gente del fundo no más. Era mucho problema tener gente afuerina, problemas de pelea, porque robaban por las casas, y los vigilaban mucho porque los buscaban, siempre eran buscados, entonces por esa razón

⁸ Trabajadores temporales, ajenos a la población de los fundos (minifundistas o trabajadores sin tierra).

el patrón no los quería recibir y trabajaban más con la gente voluntaria,⁹ familiares de los inquilinos, para que trabajaran las cosechas.

Ya de antes, a las mujeres las obligaban¹⁰ en el campo a sacar leche, y cuando ya las niñas tenían 17, 18 años, los papás pensaban mejor enviarlas a la ciudad a que fueran a trabajar de empleadas, porque no las querían ver trabajando de las cinco de la mañana, a las dos de la mañana, de que se sacaba la leche para poder entregar al camión que pasaba a las siete o seis de la mañana para poder llevar la leche a Santiago.

Por eso es que mejor que preferían que se fueran las niñas cuando eran señoritas; que se fueran a trabajar de empleadas, preferían los papás, porque también sucedió que mis hermanas mayores tuvieron que irse a trabajar a Santiago, porque si no el patrón luego le ponía el ojo de echar a la niña trabajar. Era una obligación, igual que con el niño hombre; tenía catorce años y ya estaba bueno para que fuera a trabajarle a ellos por obligación.

Por eso la juventud se venía a Santiago. O sea, como que andaban liberándose de los patronos. La juventud se liberaba para que no fueran... ¡si les pagaban una miseria! Era como que ya estaban buenos para el trabajo y tenían que trabajarles a ellos ¡y era obligación! No era que fuera voluntario. No: ¡obligación!

Ese tiempo era más sacrificio que ahora, por el hecho de que miraban por obligación, no como ahora, porque ahora

⁹ Trabajadores remunerados en dinero que normalmente eran parte de la familia inquilina.

¹⁰ Se refiere a la "obligación". Cada inquilino estaba obligado a entregar, además de su fuerza de trabajo, la de otros trabajadores. Se hablaba entonces de "echar peón" como una forma de definir el aporte en trabajadores establecido por las relaciones contractuales del inquilinaje. Es en este sentido que el inquilino y los que pagan la obligación son llamados "obligados".

es diferente, si quiere, trabaja; si no, no, no más. No la obliga nadie.

Después me trajeron a Santiago, donde una tía, yo tenía como diez años. Estuve en el Colegio de Pajaritos. Me trajeron porque estaba más grande y necesitaba colegio, y ahí estuve estudiando y me superé más. Esto estaba en Amengual, en la estación Pila para abajo, eso ya era ciudad. No me acostumbré con mi tía, allá en el campo era mejor y acá me sentía mal porque las primas eran mayores que yo y no era lo mismo. Mi tía me trataba regular no más, porque cuando ella tenía que hacer, yo no podía ir a la escuela porque tenía que cuidar una guagua chica, entonces perdía de ir a la escuela. Las primas grandes no la podían cuidar porque trabajaban. Ellas trabajaban en el centro, en negocio; eran vendedoras y no tenían tiempo para eso.

El colegio en Santiago era bueno también, era una escuela fiscal. Allí fui a 2° y 3° preparatoria; allí me superé mucho, porque cuando las niñas sabían mucho las pasaban a otro curso y no fue malo ese año, porque encuentro que me recuperé con haber venido a la escuela acá.

Yo iba a ver a mi mamá solo en las vacaciones de invierno; pero estuve allí solo un año, no me aguanté más, y cuando volví al campo no volví al colegio: ya empecé a ayudarle a la mamá en la casa, en los quehaceres de la casa. Mis otras hermanas todavía vivían todas en la casa.

En los fundos, para las votaciones, se llevaban a los trabajadores en camión, sí. Los mismos patrones se los llevaban. Les ponían camión e iban a las votaciones. Se lo llevaban a Melipilla al que le tocaba por allá. El patrón les ponía en conocimiento de que fulano de tal era mejor, entonces ellos iban conscientes de que iban a darle el voto al gusto del patrón, porque ahí ya les buscaba a la buena, de que él, como conocía los partidos y todo. Entonces la gente le hacía caso y votaban por el que a él le gustaba. Así no se hacía problema

la gente; de estar mal con él tampoco, más que no eran tan malos. Entonces eso lo hacía para que la gente estuviera al lado de él y salían las personas indicadas, porque en Melipilla salía la persona que mandaba toda esa zona, toda esa parte. Entonces le convenía y los dueños de fundo los convidaba para las elecciones, antes de las elecciones, para conversar con ellos; tenían su asado; tenían su encuentro en cada parte. Los candidatos eran amigos de los patrones, no de la gente, porque era con ellos no más el encuentro. A los demás el patrón se encargaba de hablarles, de que había estado con el diputado o senador, qué sé yo, que iba a *dentrar* y que estaba bien, y que le dieran el voto a ellos. Entonces el patrón contaba cuánta gente tenía y sabían de que *alivianadito* iban a sacarlo, se sabía ya.

Eso duró, yo creo, hasta el 40. Después la gente empezó a viajar por su cuenta y antes no, de la Municipalidad de Melipilla los venían a buscar, según la parte que era más lejos los iban a buscar.

Iban de Melipilla a formar sindicatos allá y se encargaba una persona de organizar. Ahí se sabía ya la gente cómo actuaban, de qué parte era uno y otro, así. Se disgustaban muchas veces porque unos estaban de un lado y otros de otro lado, y entonces como que había rivalidad en ese sentido. ¡La gente nunca está unida! Había trabajadores que estaban al lado del patrón y otros no.

Y así se fueron perdiendo las raciones de pan, la ración de comida que daban —daban unos seis sacos de trigo, por el pan, al año— y todo eso se fue perdiendo de a poco. Por años fueron quitando las garantías, las tierras que les daban para sembrar. La garantía que le daban en pan, en leche, en harina. Todo eso se fue perdiendo de a poco. El sueldo le iban subiendo un poquito, por lo que iban perdiendo en garantías.

Los campesinos preferían lo que daban, las garantías que dan mejor que la plata, porque ¿no ve que las cosas ya después

empezaron a subir?, entonces ya no les alcanzaba, entonces habían problemas por eso, porque ya no tenían las garantías.

Los patrones se enriquecían porque les quitaban una gran parte a los trabajadores; ya en las garantías le sacaron la casa, ¿no ve que también les quitaron la casa? O sea, que la casa iba en arriendo; ya no era garantía ya, porque antes le entregaban una casita para que viviera. Todo eso se fue perdiendo ya, así como que no quedaba nada ya en garantía.

¡Ah!, y el sindicato fue cuando llegaron personas organizando sindicatos. Entonces la gente que se inscribió e hizo reuniones fueron lanzadas a la calle por haberse ingresado al sindicato. Las personas que venían eran de Santiago, de Melipilla, no eran campesinos: eran dirigentes, y dejaban uno que organizara la gente en los fundos y esa persona empezaba a ser, a inscribir y a formar sindicatos, a formar grupos. Entonces ahí, ya cuando a los patrones le empezaron a pedir las garantías que les eran negadas a los campesinos, entonces ahí era cuando eran echados a la calle, cortados del trabajo.

Parece que no debe haber habido ley, porque para los patrones fue un espanto para ellos, se sintieron demasiado chicos por eso de que los campesinos habían organizado sindicatos. Esto fue como en el 46 o 47, cuando era presidente Juan Antonio Ríos. Ibáñez persiguió mucho a los campesinos, o sea, empezó a restringir leyes en las partes donde habían sindicatos. Los campesinos estaban vigilados. Habían personas que los vigilaban y decían que los campesinos eran comunistas, porque la persona que se afiliaba al sindicato, esos eran comunistas para ellos.

Entonces de que eso era en contra de ellos, de los patrones, por eso los aborrecían, los echaban. De los partidos nada se sabía, pero el hecho de que estaban en un sindicato para ellos eran comunistas. Por esa razón perdían todo y ahí donde sacrifican la familia y todos, las mujeres. La recompensa que tenían después de que se sentían solos, sin trabajo y *botaos*, más encima.

Fue en la presidencia de Ibáñez eso. Cuando buscaban trabajo le preguntaban de dónde venía “¡Ah!, de los que lanzaron a la calle por comunistas”, por andar haciendo sindicato. Entonces esa gente era la que mandaba a guardar sus cositas y salía a andar con su familia, buscando trabajo, andando con niños chicos, mujer y todo.

Los hombres buscaban trabajo para poder vivir, trabajando en cualquier cosa que encontraban, con guaguas chicas las mujeres. Todo eso se vio mucho. Ahí se veía gente andando, o sea, que se nombraban... ¡eran cesantes!, porque esa gente no tenía paradero. Tanto como pedían, como trabajaban por ahí, pues. Sí, gente común y corriente, como todos, vivían en casa y tenían que salir a andar porque eran *botaos* y no tenían trabajo, y por el hecho del dueño de casa haber metido en los sindicatos o pedir alguna garantía que el patrón no quería darle nada, y de ahí se formaban todos esos problemas.

Esa gente caminaba por el campo. Por ahí dormían, donde primero encontraban, a veces donde trillaban en los fundos había inmensas parvas de paja, entonces ahí dormían; pasaban la noche. Como llegaban en la noche y nadie los veía, y al otro día salían temprano, sufría la gente por ahí, si no tenían nada, no comían no más. En las casas de los fundos les daban papas, porotos o comida si tenían, pan, todo eso. Lo que le podían dar, les daban; porque por los niños chicos, porque andaban niños chicos. Y así que eso le pasaba a la gente que hacía eso por arreglarse un poco más, por pedir las garantías que les pertenecían perdían el trabajo.

O sea, que abusaban los patrones en ese sentido, porque ellos sabían que eran leyes que tenían que cumplir y no lo hacían, porque siempre querían tener personas ignorantes y nunca personas un poco despiertas en las leyes. No querían. Miraban muy mal a la gente que entendía un poco o que hablaba un poco; que se defendieran tampoco les gustaba.

Los campesinos se empezaron a defender por el año 50. Yo creo que la cosa empezó a cambiar de frente ya; de que se cumplieran las leyes. Más cuando empezaron a saber más.

De que salieron las radios, todas esas cosas que no se sabían, pues, si en el Cajón de Mallarauco el primer radio que tuvimos fue en Pahuilmo, porque el patrón era más honrado para sus cosas y le trajo a la gente en un salón social que se llamaba... un edificio que hizo él ahí para que la gente fuera a escuchar radio. Por primera vez que se escuchó radio ahí, que era una cosa, ¡uf! Todo el mundo iba a escuchar radio y ahí se empezó a dar cuenta la gente de que las leyes y todo; a conocer más. La gente no se defendía porque no sabían, de que por el intermedio del diario —no llegaba el diario en ese entonces— y por radio ¿de qué podía saberse si no llegaba por allá? Pero ya después, con el tiempo, todo se fue sabiendo; la gente se empezó a organizarse ya. El 50 empezó a organizarse, claro, por lo que tengo conocimiento, por ahí fue.

No me acuerdo de una gran reunión para hacer reclamos, porque los dirigentes iban a hacer reclamos solos, no con los demás, sino que se hacían firmas no más. Enseguida se tiraban por allá, mandaban un inspector —tal como la Inspección del Trabajo— ¡Seguro social, pues! Venían al tiro a ver si la cosa era verdad de que ellos pedían o reclamaban por los salarios muchas veces, de que tenían un sueldo y después salían con otro, esas cosas. Entonces se iban y se arreglaban.

Nos fuimos al fundo Rinconada de Maipú; mi papá ya no era empleado, como en Mallarauquito. Él ya andaba de a pie allá, no andaba a caballo. Trabajaba en la tierra, en las chacras que tenía el fundo; limpiaba porotos y maíz. Acá ya no teníamos pedazo de tierra, la casa no más y se pagaba una obligación. El patrón no era muy bueno, le gustaba tratar mal a la gente. Era atrevido con ellos, los amenazaba y les pegaba a los cabritos más jóvenes. Con los hombres no se atrevía a meterse, a los jóvenes los castigaba; él se sentía capaz de

tratarlos así, pero a los mayores no, pero igual abusaba, sí. No eran castigos muy grandes, pero no estaba permitido; ya había salido la ley que no tenía que ser así, y esto fue ya en el año 50. Ya en ese tiempo no se trataba así a la gente, por la ley. Por ser, en el 51 empezaron a visitar: por ser, habían comisiones, las comisiones que llegaban al campo.

Antes se permitía pegarles, pero cuando empezaron a ir las comisiones se fue retirando todo eso y fueron comportándose mejor los patrones: había sindicatos.

En Rinconada de Maipú eran como treinta inquilinos no más, no había mucha gente porque el fundo era chico. En el año cincuenta más o menos; ahí era más chico y menos garantía, así que no, va cambiando mucho ya en cuanto a garantía y sueldo. Igual se pagaban trabajos ahí, el que quería pagaba trabajador y lo pagaba, y el que no, trabajaba el dueño de casa.

En La Rinconada ya las cosas empezaron a cambiar, y de ahí yo me vine de nuevo a Santiago. Me trajo una hermana a trabajar a Santiago, tuve que cuidar un niño que lo dejé de más de un año, en Ñuñoa. Yo de ahí volví a La Rinconada y después lo conocí a él y me casé.

Yo conocí a mi marido en la casa. Estaba en la casa y un hermano que era amigo de él me lo llevó para la casa, o sea, él iba de paso a caballo. Él le ayudaba a su papá e iba a dejar unos terneros de la lechería del fundo a un potrero chico y de ahí pasaba a conversar con mi hermano, en el fundo Rinconada de Maipú, en el mismo estábamos nosotros, o sea, ellos estaban ahí y nosotros llegamos de afuera, ahí lo conocí.

Mi mamá me daba permiso para pololear porque de que lo vio, le cayó en gracia. Nunca le tuvo mala, o sea, fue el yerno que más quiso ella, y él también la quería; hasta última hora mi mamá le encargaba que me cuidara y todo eso. Mi marido tenía cuatro años más que yo, porque él nació el 30 y yo el 34.

Él tenía ganas de hacer el servicio; yo lo conocí cuando andaba en eso y se presentó en un lado y otro y no le tocó, fue rechazado. Yo decía “si te toca, total es un año no más”.

Yo pololié como dos años no más. Yo salía con él a Santiago, donde mis hermanos o la familia de él. Íbamos a paseo por ahí; íbamos a cumpleaños que siempre se han celebrado y en esos tiempos eran buenos. La fiesta era más bonita, se usaba una orquesta, la guitarra, el arpa. Se bailaba tango, vals, la cueca era lo indispensable. Todo eso en el año 50.

Me casé en el 50, de 16 años, tuve 14 hijos; 11 están vivos. Tuve el mayor en el hospital; la mayor, en la casa; la tercera, en el hospital y así. Los últimos vinieron casi todos a nacer en hospital. Cuando tenía los niños en la casa, una señora me ayudaba; no era muy difícil, casi lo mismo que en el hospital, claro que la atención es otra cosa. Claro que cuando es un parto normal no importa que sea donde sea, pero cuando se complican las cosas sí que no. Tuve una que ahora tiene 21 años, que nació en la casa, ¡sola!, yo estaba sola. Yo tuve la culpa porque le dije a él que no me sentía mal, y tuve vergüenza de decirle, porque había otra persona y él se confió y se quedó como de costumbre por allá, y pasaron a tomarse una Pilsener por ahí y cuando llegó yo estaba *mejorá* y estaba durmiendo, me venció el sueño. Yo no quería quedarme dormida, pero el sueño fue más fuerte, que me venció y no supe más yo, y sentía yo cómo la guagua se movía, la sentía cómo estornudaba; yo la sentía y no hice amago de nada, nada. Y cuando llegó, se da cuenta, se le pasa todo y la arregló. Me preguntó que cuánto, más o menos, yo le dije que cuatro dedos. Y cuatro dedos le cortó y le amarró bien, y la lavó y todo. Nació sola. Yo no sentía miedo porque la desesperación era de descansar del dolor, yo. Ese era el problema más grande que tenía. Yo no hallaba la hora de descansar y me fue todo bien, salió todo bien. La guagua estuvo como de las 10 de la noche hasta las 11:30, yo creo, y no le pasó nada, ninguna cosa. Yo no atiné a

nada, sino que me quedé dormida no más. Fue de las últimas. Los otros niños estaban todos durmiendo, y además para qué los iba a despertar, si no había nadie por ahí cerca que me fueran a buscar, ni una vecina cerca, nadie. Entonces me aguanté hasta que llegara no más, y por suerte llegó luego. A él no le dio miedo, lo más bien que arregló a la chiquilla y ahora está grande y está casada y tiene una niñita. Cuando le cuento a ella dice que cómo no se murió. Estar ahí tanto rato y no se ahogó ni ninguna cosa. Fue una suerte no más, y no le pasó nada. Yo sentía que se movía y estaba helada, ¡helada! Y fue el mes de septiembre, el 22. Cuando tenía los niños en la casa, mi marido me ayudaba con la persona que sabía. Si eso fue de urgencia, no más, ¡qué íbamos a hacer!

Cuando va a nacer una guagua en la casa se prepara el agua caliente; se prepara el mate para darle algo caliente al tiro después que nace la guagua, que una se mejora. Y antes cuando uno estaba con los dolores le dan agüita de una y otra cosa para el dolor, pero son ideas no más, porque no pasa con cualquier cosa. Entonces le dan hasta que llegue la hora, porque la hora llega.

Yo tuve buenos partos en la casa y no necesité que me apretaran la barriga, no, todo fue bien, de un viaje, pero cuando se sube para arriba tienen necesidad de empujar. Sí, porque se recoge para arriba; son partos que vienen mal. Yo conocí a una persona jovencita que se murió de un parto por causa de que se mejoró en la casa. Quedó mal y murió a los poquitos días. Dejó dos chicos. Se murió por no ir al hospital. El marido no quiso llevarla por cosas de él no más, porque de ahí se podía llevarla. Se podía pedir una ambulancia, claro que se demoraba, pero porque venía de Melipilla. Y se murió la señora Olguita. Murió de la guagüita.

La primera guagüita que se me murió, se murió de infección al estómago, tenía tres meses. La llevé al médico de Maipú, pero nada la mejoró, porque vivíamos en Rinconada y

veníamos a Maipú a ver médico. Y habremos gastado plata en tanto remedio, médicos, doctor. Y después, por ahí, fuimos a un médico yerbatero, ahí en Buzeta. Me miró la guagua y me dijo: “Señora, ¿sabe? No ande más por ahí; prepárese porque su guagua se va a morir; no le queda nada de vida”. Y fue así, pues al otro día se murió la guagua y ya no había nada que hacerle.

El otro niño que se murió, nació en el Cajón del Maipo. Nació en la ambulancia, nació en Melocotón. Después ese niñito —allá el aire es bueno, seco, agradable, de cordillera— cuando los vinimos después del terremoto, venía cumpliendo un año y un mes, se me muere acá de un ataque al corazón, porque pasamos a vivir a Quilicura y allá es húmedo. El médico me dijo: “si *querís* que viva ese niñito, *tenís* que irte al Cajón”, y nosotros en qué situación íbamos allá, siendo que no había vuelta que darle.

En Rinconada, después de casados, estuvimos hasta el 55 y nos fuimos al Cajón del Maipo. Mi marido era empleado en el fundo Queltehue. Ahí fue cuando pasó el terremoto del 58.

El terremoto fue otra cosa grande que vi. Tembló tan fuerte que cuando paró había terminado el refugio de los carabineros. Tembló desde el 28 de agosto, todo el mes, y el 4 de septiembre hubo otro grande. Ese de agosto fue cuando terminó Melosas y el día 4 terminó el pueblo El Volcán, fue cuando entró Alessandri a gobernar. Ahí fue el grande, el mismo día de la elección de Alessandri.

El pueblo se vino abajo, quedó desolado, no quedó nada porque está en los cerritos, como en un hoyo, y ahí se juntaron, casi. El diario decía que había aparecido otro cerro ahí, pero lo que pasó es que se juntó y después llegó a su centro y, ¡claro!, solo queda un montón de escombros. Eso fue muy grande.

Nosotros estábamos viviendo en Queltehue. Queltehue es bueno y tenía sus partes malas también, porque hay muchos

cerros en el fundo y tiene unos potreros cerca y otros por allá, porque el fundo es grande, pero tiene poco plano. Nosotros vivíamos en la entrada del fundo pasado de un puente que hay. Estábamos lejos de todo, para ir a comprar al Volcán teníamos que ir a caballo o en tren.

La casa de nosotros se desmoronó toda porque era de yeso duro y, más encima, en el dormitorio se abrió la tierra, se hizo grieta. A nosotros no nos pasó nada, pero la casa se vino abajo.

En el terremoto uno se acuerda de Dios. Es lo primero que uno se acuerda, realmente, con toda fe, de Dios. Porque es el único que puede remediar las cosas en ese momento, pero allá fue tan grande.

Allá hubo muchos muertos. En ese entonces, los helicópteros se encargaban de recoger los muertos y traerlos a San José. Y de San José bajaban las camionetas con los cadáveres a Puente Alto. Muertos y heridos, y seguía temblando.

Nos fueron a buscar autoridades para la Escuela Consolidada de Puente Alto y yo no quise irme a la escuela, porque vi en el diario una cola para recibir comida y yo no quise llegar a hacer cola, a estar todos juntos durmiendo, y me dije “yo no me voy a meter ahí”, y nos fuimos a la casa del papá de él en San Bernardo. Nos bajaron desde arriba en locomoción de los militares a Puente Alto, y de ahí nos fuimos por la cuenta de nosotros a San Bernardo.

El gobierno entregó hartas camas, frezadas, harta ropa. Pero desgraciadamente nosotros no tocamos nada, porque no los fuimos al grupo, porque no los agregamos ahí. Nos independizamos y quedamos fuera de todo. Por ese lado estuvimos mal, y nosotros igual habíamos perdido todo.

En San Bernardo estuvimos más de un mes. Mis suegros eran campesinos, pero se habían ido a San Bernardo, por razones de que ya no podía, no tenía trabajo en el campo. Entonces se fue con la yerna a San Bernardo.

Después, Guillermo encontró trabajo y nos fuimos a Quilicura, al fundo de Bascuñán. También se fue de empleado; era arreglador de caballos corraleros que tenía el patrón. Le montaba los caballos e iba a los rodeos. A veces ganaba y otras no. Yo lo iba a ver a veces también, a veces no podía, por los niños, que estaban todos chicos, y es peligroso ir con niños chicos al rodeo.

En el fundo de Quilicura le daban la casa, la galleta y cuando no había galletas le daban pan de panadería, porque ahí estaba más cerca del pueblo, entonces no faltaba el pan. Por lo menos estaba asegurado el pan y la leche, que era la ración. Tierra no nos daban y yo me dedicaba a la casa, no más, y el sueldo alcanzaba porque nos daban el pan —que es lo más necesario— y nos daban la leche. Con el sueldo les compraba ropa y cosas para la casa. Yo iba a comprar, me acostumbré por tener mejor tanteo para los gastos, porque él compraba otras cosas, embelecos. Y después, a mitad de semana, no había nada. Entonces preferí comprar mejor yo.

En Quilicura vivimos tres años. Todos los niños iban a la escuela; ahí nacieron dos hijos, la que nació sola y las dos menores nacieron en la casa. Una fue divertido, porque me llevaron al J.J. Aguirre en ambulancia y no me conocieron lo que era, lo que tenía, y me examinaron y las matronas me dijeron que yo necesitaba control, pero al final dijeron que no, y entonces los de la ambulancia me llevaron a la enfermería y ahí me pusieron morfina para el dolor, me le pasó, pero resulta que al llegar a Quilicura me volvió el mismo dolor, el dolor al estómago. Yo nunca había visto un parto así, no supieron de qué era el dolor y era la guagua, porque el otro día en la mañana nació la Nelly en la casa, porque no me dejaron en el hospital, me devolvieron. Más encima con una inyección para que me pasara el dolor, porque no era fecha de parto todavía —decían ellas—, y yo tenía mis papeles para que ellas vieran de que era la fecha del parto, aunque yo pensaba entre mí y

decía que posiblemente no era fecha todavía, y resulta que al otro día nació la guagua con el mismo dolor en la boca del estómago y atrás, como se siente siempre que uno va a tener guagua. Entonces yo hallaba todo raro hasta que recibí la visita, que era la guagua. Ahí me atendió una señora que entendía de partos.

Las señoras que atienden en el campo tienen otro trato, no son como las matronas, son más cariñosas; la tratan mejor. Por ejemplo, me tocó un caso cuando nació la Purísima: me fui a mejorar al Barros Luco ¡y ahí me salieron como leonas: eran viejas y bravas! Otro término no se puede usar, porque me retaban y a un enfermo no se puede tratar así. Por eso yo le tengo tanto odio a ese hospital, por eso para nunca más. Ni Dios quiera que llegue a ese hospital yo, porque tuve una amarga experiencia en ese entonces.

Cuando yo tenía al hijo mayor recién salió la asignación familiar, y fueron a avisarlos. Habían comisiones en Maipú y fueron a avisarlos que sacaran certificado de nacimiento porque nos iban a dar una asignación familiar¹¹. Antes no se conocía eso.

En el 62, más o menos, tenía mi grupo familiar y todo. El mayor estaba chico, tenía como 5 o 6 hijos ya. Entonces había un patrón en Quilicura que le gustaba que el trabajador tuviera varias familias, o sea, varios hijos para cobrar él el Familiar de toda esa familia y dejársela para él, y este caballero era alcalde de Quilicura. Entonces vine yo, esperé dos, tres meses, y fui a reclamarle yo misma que me pagara el Familiar que me debía y a pedir la libreta *arreglá*, porque yo sabía que arreglándose la libreta cobraban el Familiar. Entonces no me daba respuesta,

¹¹ Bonificación entregada por el Servicio de Seguro Social (S.S.S.) al trabajador por cada hijo menor de edad, su mujer y otros familiares dependientes. El financiamiento se obtiene principalmente a través de un aporte patronal calculado a partir de un porcentaje sobre los salarios pagados.

de que me pasaba una migaja; me pasaba \$100, o un poco más o un poco menos, y eso iba quedando todo dentro casi. ¡Un Familiar de 6 personas conmigo!

Entonces un día yo fui y di cuenta a la Caja y ahí me dijeron: “exíjale así, hablé de esta y de esta forma. Me dio una explicación: *si no le pagan, venga para acá*”. Claro, yo fui, fui con todos mis derechos y le expliqué, como que sabía mucho, y entonces le dije:

Yo necesito la libreta *arreglá* para llevar al niño al médico y necesito también el Familiar de tantos meses.

-¡No! —me dijo— Yo no tengo nada que ver con usted.

-Pero el Familiar es mío —le contesté. El Familiar es de la mujer y de los niños. Él trabaja. Sí, y le paga el sueldo, pero el Familiar es mío.

Entonces se enojó. No esperé nada y me fui y le hice la demanda. Le llegó la citación, me llegó la mía y fuimos allá. Yo lo tenía de antemano acusado de todo. Ahí fue bien poco lo que hablé, le dije yo:

-Hay tantas personas que están en la misma situación.

-Usted le va a pagar el Familiar —dijo la señora— y le va a pagar las imposiciones a la libreta.

¿Ve? Tenía derecho y por eso es que gané el pleito. Se lo gané porque estaba en mi derecho y lo hice pagar, y que nadie se atrevía a reclamar por no perder la casa. A mí no me interesa la casa, no me interesaba donde los tenía viviendo ni una cosa, sino ¡lo que yo pedía era el Familiar! Los derechos que corresponden, no de que él sacara esto, estas regalías, estas otras, ni una cosa, sino que era lo justo que yo pedía y me salió bien.

Después, en el Alto de Jahuel, me pasó algo casi parecido. Ahí tenía más la que se casó, que tiene 21 años; tenía seis meses la niña. Me pasó lo mismo, no había Familiar, *na* Familiar, entonces fui y hablé con él, no pasa *na*. Entonces yo pasé al Seguro de Buín, que me correspondía ahí reclamar; me

vine a Santiago y me dieron una carta al Seguro de Buin, se enojaron allá sí, me dijo:

-¿Es que usted no sabía que había una oficina aquí?

-Sí sabía —le dije—, pero como estoy recién llegada acá no sabía dónde estaba ni busqué tampoco, sino que me fui para allá, porque allá la zonal la conozco y esta carta traigo del jefe.

Entonces la leyó y telefoneó al tiro para allá, y también era el Familiar y arregló la libreta; también le gané. Vino y quiso desquitarse él —el patrón— allá, cuando estábamos en la casa: desquitarse que no quería darme agua, que era una pura llave no más de donde se sacaba agua.

Entonces le dije yo:

-No me voy a hacer ningún problema. Me voy a Buin y pido agua a los bomberos —me vine a quejar— y voy con mi libreta, le dije yo, que vean que tengo niños chicos y le digo que fulano de tal no me quiso dar agua, le dije.

Entonces me dice:

-¡Saque agua no más!

Porque yo no le tenía miedo tampoco, y los demás... Sí que la gente es tonta, ¿sabe que las demás mujeres le tenían miedo? Y yo no le tenía miedo. Por lo general, no le tengo miedo a nadie cuando tengo la razón, yo, y lo gané. También quiso hacerse el *perdío* de una vaca que la estaba cuidando él: “a mí no me interesa, le dije, yo no he visto plata, eso es una mentira. Está calumniando y si es así —le dije— póngalo preso; esa es otra cosa aparte, el Familiar es el Familiar, le dije, y nada de cuentos de vaca”, le dije. Entonces por ahí ve que ya se arregló, lo arreglé porque tenía razón, o sea, que ahí defendí yo la plata de él, de los niños y la plata mía; y salí al frente con ellos, porque tenía razón. Con la razón y con la verdad yo llegué lejos.

La Asignación Familiar salió en el 51, ahí salió la ley de Asignación Familiar y anduvieron comisiones por los fundos

para despertar a la gente de que estaban dando plata por las “cargas” en el Seguro Social. Entonces, en el '52, más o menos, yo ya tenía dos hijos.

Yo fui a Maipú al llamado que había pasado una señorita por allá, y fui y me resultó, y sacaba \$1 con 50, \$3 mensuales, eran \$4,5 y de ahí fue subiendo de a poco hasta que ahora se encuentra en \$130, ¡no!

En ese tiempo, todo era barato y alcanzaba para comprar cualquier cosa con los \$4,5. Cuando iba a cobrar compraba de todo un poquito en el almacén. Después invertía al tiro la plata cuando venía a cobrar a Maipú.

La señorita que nos visitaba nos hablaba de que salió una ley del gobierno. Entonces, teniendo la libreta al día y estando trabajando, tenía derecho a cobrar asignación familiar, y de ahí para acá conozco la asignación familiar hasta el 66, cuando dejó de trabajar él, cuando le entregaron la parcela y se acabó el Familiar.

El trabajo de la mujer es el trabajo de hacer las cosas, todo eso es trabajo: el lavado, el planchado, el hacer la comida, el aseo. Todo eso es trabajo, porque si no lo hace uno las cosas no se hacen solas. Los hombres creen que las mujeres estando en la casa se llevan durmiendo o están sentadas ahí y creen que lo que se hace se hace solo, y no es así. Yo creo que hay personas que no lo entienden, porque el trabajo de la casa es sacrificio también; pero no es pagado y es sacrificio de todas maneras porque sirve para criar la familia. Sí, porque sin trabajo no se cría la familia tampoco. Si una mujer tiene una guagua y se levanta a las doce y le da a esa hora el desayuno, la guagua se muere, no lo cría, ¡no lo cría! Porque la flojera no la deja ni criar al hijo. Yo he visto, por eso le digo que a las mujeres flojas, con hijos, se les mueren las guaguas. En cambio, fíjese: yo me levanto a las 6 de la mañana para criarlos a todos. Ahora me levanto a las 8:30 porque no tengo guagua.

Hay hombres que no les gusta que las mujeres trabajen, entonces, que de lo que le falta, ¡ni un problema! Que si no, uno tiene que darse la libertad no más. Por eso una mujer, pudiendo hacerlo, tiene que hacerlo contra viento y marea. No importa que se enoje el marido. Lo bueno sería que la mujer siempre tuviera trabajo. Sí, pues, que realmente lo tenga.

La vida de la mujer es ingrata, más ingrata que la del hombre. Sí, pues. Al final el hombre tiene su jubilación propia para vivir. ¿Y una qué? Trabajando en la casa, ¡qué jubilación va a tener! No tiene nada, pues.

¡Una está más desvalida, de todas maneras! Nada tiene uno propio; siempre hacia los demás. En lo práctico, no es tan bonito, porque aquí, dentro de la casa, no saca nada, nada. Afuera, aunque sea más sacrificio, algo recibe. ¡Claro, pues! Si cuando llega, igual tiene que hacer las cosas de la casa, no más.

Poco han cambiado las cosas para las mujeres, las actividades casi son las mismas, porque en el campo es casi una rutina no más. Es lo mismo siempre; si cría pollitos, tiene que atender; con las gallinas es lo mismo.

¡Ah! en leyes sí ya cambió, está más claro. En cuestiones de aprender que las leyes no son las mismas, una va sabiendo. O sea, que se va dando cuenta de que no es lo mismo que antes. En las leyes que se imponen en el Seguro, en salud y todas esas cosas, uno está viendo que no es lo mismo de antes. Hay diferencias, pero en la casa es lo mismo porque la rutina es la misma, según los animalitos que tenga, es la obligación que tiene. Es la misma rutina, encuentro yo.

De Quilicura nos fuimos a Huelquén y ahí nació Ricardo, el '62, y Fernando el '63, en el hospital de Buin. Nos fuimos a Huelquén porque acá en Quilicura ya no estaba trabajando como a él le gustaba y encontró trabajo de ayudante de capataz en la hacienda de Huelquén. Los patrones eran buenos. Teníamos una casa con agua y luz. Era una casa buena y bonita, tenía arboledas. Vivíamos bien ahí, yo estaba muy

acostumbrada. Tenía huerta y frutas: uva, tomates, cebollas, porotos para temprano. En la semana yo la trabajaba, y los sábados y domingos que él tenía tiempo me ayudaba. Yo le ayudaba en las limpias. Teníamos para los gastos de la casa y afuera teníamos una cuelga de ración. Era buena y se la daba la siembra al fundo. Ahí estaba bien, porque mandaba a la vega y después salía el maíz para la casa, hartas papas y porotos también. Los niños estaban casi todos grandecitos, y Ricardo y Fernando eran los más chicos, uno era guagua y el otro caminaba ya, eran como seguidos.

Cuando nos vinimos de Huelquén estaban ya grandecitos, allí vivimos tres años y nos vinimos porque él tuvo un disgusto con el cuñado del patrón, fue un disgusto por un caballo. Es que él pensó que estaba tomando en una parte y era el hijo del patrón. Se equivocó y se dio cuenta cuando era tarde ya, así es que nos vinimos otra vez.

Ahí el encontró trabajo en el fundo Las Nieves, en Puente Alto, por el paradero 30, más o menos. En ese fundo ha estado siempre la Protectora de la Infancia; hay niños internos.

Ahí yo vivía en el pueblo y él trabajaba en el fundo; se movilizaba de a pie. Ya no teníamos casa en el fundo y vivíamos afuera. Un tiempo pagamos arriendo y después me salió casita por la CORVI,¹² en Las Brisas. Es una población nueva de 900 casas; eso fue el 69 o 70 cuando entregaron las casas. El 70 ya estábamos viviendo ahí.

Yo hice los trámites, me inscribí en la CORVI —me llevó una amiga y nos inscribimos— y ahí nos daba una tarjeta y teníamos que postular en el banco. Había que sacar libreta, depositar en el banco, y a la libreta irle poniendo plata. La plata la sacaba del Familiar y recortes que me hacía. Ponía 5, 10, 15 cuotas, lo que me alcanzara. Me la entregaron al final con 430

¹² Corporación de la Vivienda.

cuotas; yo estaba muy contenta y las entregaron hace poco. Las demás personas estaban desilusionadas pensando que ya no las iban a entregar nunca, pero de un momento a otro fuimos llamados y me entregaron el título, que aquí lo tengo.

En Las Nieves tenía garantía de pan no más, nada más, no tenía garantía de casa, de tierra, y antes de que se formara asentamiento tuvo dos años un pedacito de tierra, que era un cuarto de cuadra no más, un pedacito, y después las quitaron y se formó asentamiento ahí, en agrupación a trabajar.

En el asentamiento salieron bien el primer año para comprar maquinaria —que al final quedó en el fundo—, así que no fue nada lo que se surgió con el asentamiento, nada casi, porque ya después del asentamiento vino la parcelación, desde ahí ya. Así que las garantías como que eran el pan no más y el sueldo se acabó, no había ninguna cosa más.

Yo conocí el asentamiento pocos años atrás, entonces como que ahí la mujer se sacrificaba poco, porque más el trabajo era de los hombres. Se organizaban Centro de Madre,¹³ si trabajaban en lo que siempre se hace: ya sea tejido, pintura, moda y artesanía. Y también aprendí algo, porque venían profesoras de Santiago. Sí. En eso se organizaban las mujeres. En eso sí había participación porque es bueno. Eso porque salían una tarde, el día de reunión ya se reunían todas, trabajaban, tomaban once entre todas las compañeras, entonces opinaban de todo un poco, o sea, es como una recreación para la mujer que salga del hogar a reunirse con otras, yo misma como que no saliera, yo me sentiría aburrida, acorralada aquí quizás, en cambio así no, por lo menos una vez en la semana que sea. Se siente bien la persona, más aprendiendo mejor todavía.

¹³ Los Centros de Madres fueron creados durante el gobierno de Frei Montalva (1964-1970).

En el tiempo de Allende ya estaba trabajando en el asentamiento, trabajaban todos en común. El fundo lo expropiaron como en el 71. Fue muy *peñá* la expropiación, ellos se lo tomaron, pero al final después siempre volvió atrás.

En ese tiempo, unos trabajaban y otros cuidaban las puertas. Yo me acuerdo que cuidaban las puertas y se hacía la comida ahí mismo, y las mujeres todas metidas ahí con los cabros chicos, haciendo comida atrás en las casas, cuidando por todas partes. Teníamos miedo que llegaran de repente y nos *baliaran* los milicos. Ese era el temor que teníamos. Nosotros estábamos conscientes del valor que tenía para nosotros la tierra, eso se *peñaba*; las mujeres también estábamos. Después estuvo la oportunidad de que nos sacaran para acá. La toma duró como un mes, unos cuidando las puertas y tramitando por fuera. Después se expropió, pero no se aparcé el fundo. Estuvieron un tiempo trabajando el asentamiento y después como que salieron siete para acá. Eso fue el año 72.

Para el 11, él estaba trabajando en el fundo y yo en Puente Alto cuando escuché que avisaban lo que pasaba. Luego cortaron la luz y empezaron ya a disparar. Los niños estaban en el colegio, los más grandes trabajando y después que cortaron la luz empieza la vigilancia, que nadie anduviera fuera de la casa, ni en el día.

Él llegó a la casa porque ese día todos se empezaron a recoger a las casas, entonces ahí él se fue para dentro y cuenta que cuando se empezaron a irse los campesinos vino un avión a bombardear la torre de la radio “Emilio Recabarren”, que estaba en medio del potrero, la destrozaron total. Ellos, como estaban tan cerca, pensaron que iban a morir allí cuando pasaba el avión. Ellos se quedaban parados al lado de unos árboles grandes. Los que estaban cerca de la torre murieron, muchos campesinos murieron, si la torre estaba en medio del potrero. Ahí le tocó a una casa también y todos murieron.

Él llegó a la casa ese día y no volvió más al fundo, solo después que se empezaron a hacer otros trámites de la CO-RA.¹⁴ A él nunca le pasó nada, pero yo tuve miedo porque como se llevaron a sus otros hermanos... Todos ellos fueron castigados, pero él no, claro que yo miraba la casa y veía una camioneta con cortinas y me llamaba la atención, porque nunca la había visto, y un día íbamos pasando con la Cecilia y le dije “oye, parece que esa camioneta fuera del S.N.S”.¹⁵ “¡Cállate!”, me dijo, entonces yo las paré al tiro, era que andaban buscando algo. Se paraban frente a la casa, esperando que saliera, ¡qué!, ni la cortina se movía y así de a poco se fueron espaciando solos. Yo tenía miedo de que se metieran en la casa, siempre se manejaba todo cerrado afuera y había que prevenir y así no fueran a molestar a la casa.

A los hermanos que se llevaron los tuvieron dos días y se los llevaron a una parte. Los sacaron del fundo con la vista *vendá* y amarrados los echaron a un camión y pasaban por encima de ellos, como quien pasa por un palo. No los quebraron, pero llegaron *molíos*, con los bototos de los milicos, ¿no ve que tanto los pisaron? Como 15 pasaron por un montón de leña, unos para allá, otros para acá; los golpearon harto y después se los llevaron. Anduvo harto el camión hasta que se pararon en una parte donde —el hermano de él dice— se sentía como un campanario y los metieron en un subterráneo y les seguían pegando y después los fueron tirando allá. Los tiraron medio atontados, con la vista *vendá*, sin comer y todos machucados, y ellos no supieron decir dónde se los llevaron.

Ya cuando las cosas se arreglaron un poco más, él volvió a trabajar al fundo, pero siempre los venían a molestar los milicos. A él siempre lo encontraban por ahí regando, solo, pero

¹⁴ Corporación de la Reforma Agraria.

¹⁵ Servicio Nacional de Salud.

cuando había grupito de dos o tres ahí sí que se enojaban, más de alguno se llevaban, pero a él nunca le pasó nada, quizás porque trabajaba solo.

El patrón nunca los denunció, a pesar de que pasaban por la misma casa de él. Se trataba de perseguir. Nunca se sabía el porqué, el motivo de tanto molestar. ¿Sería porque tenían tomado el fundo? Yo creo más por eso, porque otro motivo no tenían, y en una ocasión se fueron a esconder a la casa, después llegaron las cuñadas y les dije yo: “Preferible que se vayan a sus casas. Esperen allá”. Y es que ya los habían llevado y tenían miedo de llegar a lo mismo otra vez. Entonces hablaron con un militar y él les dijo que fueran a un regimiento a hablar con una persona, porque ese era el que mandaba recoger la gente, “porque si no tienen nada, no tienen por qué perseguirlos”. Y fueron las mujeres a hablar con esa persona, no tuvieron miedo. Fueron al regimiento y dijeron: “Se llevaron los maridos en tal fecha y les hicieron tal y tal cosa y no sabemos nada de ellos, no están en ninguna parte y los camiones viven persiguiéndolos día y noche”. Entonces el encargado dijo que eran ventazos (soplos) que llegaban, por eso él mandaba los camiones. Había alguien que daba el sople, quizás quién sería. Nunca se supo. A lo mejor serían cosas de él no más. Nunca se supo.

Los campesinos tenían miedo porque nadie estaba tranquilo, porque de un momento a otro se los llevaban y por suerte lo vinieron a dejar. Considero que fue una suerte, porque como ha pasado por acá de que se lo han llevado y no ha vuelto más, así que fue una suerte que quedaron con los maridos; y si no habrían quedado solas, y total ¿a quién le iban a decir algo? Así estaban las cosas por aquí.

¡Harto difícil!, ¡harto difícil!, porque se dará cuenta que cuando habla el Pinocho le echa la *choreá* a todos por parejito y ¡pobre del que lo vean en cosas raras!... Tiene los días contados...

Nosotros trabajamos hasta el 76 y ahí nos mandaron para acá, para El Roble.¹⁶ Esto era un asentamiento, estaba listo para ser parcelado. Faltaba una deuda que había que pagar, y entre todos hicieron la plata de retiro y pagaron la deuda, y gracias a eso quedamos con parcela. Nosotros hicimos la casa. El primer año sembró algo y el segundo se metió con un crédito en el banco, pero hubieron problemas con el banco, porque subió mucho la cuenta y entonces tuvo que hacer traspaso a la otra parcela. Ese fue el problema que hubo, por eso tuvimos que quedarnos con esta parcela para poder quedarnos con tierra, y aquí estamos esperando lo que venga. Porque lo que va a venir es algo concreto, porque todos los demás vendieron y está bien. Esperamos lo mismo.

Ojalá que vendamos luego. El fin de mes ya hay novedad. Se sabe que hay demora, por la transferencia de esta parcela por la otra: todo es plata. Tuvo que pagar \$30.000. La parcela de este mismo lugar, una parcela linda, tuvimos que trasladarlo por el problema del banco; la cuenta subió mucho y no había medio para vender y la única salida era la de hacer traspaso como lo hizo él, que compró y pagó la deuda. La hizo pago, porque fue avaluada en \$300.000, más \$20.000 que le dio en plata, ya entonces ahí quedamos arreglados con la parcela otra vez. Esta parcela tiene casi cinco hectáreas. Aquí van a hacer una población.

Cuando vendamos acá queremos comprar otra parcelita. Ojalá que tenga casa, agua, luz, todas esas cosas, que... O sea, superarnos un poco. Sí, porque la única oportunidad que quedaría sería vender para arreglarnos un poco y tratar de cuidar lo que queda. Queremos comprar tierra para Melipilla; tengo parientes y siempre pienso volver donde yo nací. Él quiere para criar animales.

¹⁶ Localidad sub-urbana cercana a Santiago.

Al tener parcela, al principio se me hizo un poco ingrato, pero veo que el futuro a lo mejor llegue a un arreglo y sea para él, que se haya favorecido ya al final, porque no es común que cualquiera tenga un pedazo de tierra ahora, a pesar de que han pasado tantas cuestiones. Aguantándose un poco, encuentro yo que vamos a tener un futuro bueno con la parcela. Sí, porque es algo que está asignado a uno, porque yo, de primera, no me quería hacer la idea de que... Porque cuando iba al colegio me preguntaban:

¿Arriendan?

No. Somos asignatarios— contestaba yo.

¡Ah, son propietarios! —decían, porque ellos conocen más del asunto de la... ¿cómo era?

Entonces yo después me fui dando cuenta de que era un error que estaba diciendo yo; de que me sentía como ajena a esto, ¡na' que ver!, porque se siente uno dueño. Ahora ya me siento de que es propio y con esto va a dar un gran paso; lo único que hay por delante de que se arregle la situación y se viva mejor. Yo me sentía ajena porque no me daba la idea de que un pedazo de tierra podía tener uno, así no más. Porque ¿cómo va a ser de uno un metro de tierra, si no lo ha comprado? Pero resulta que es diferente un metro de tierra en el pueblo que en el campo. Es diferente, una diferencia grande, y entonces ahí me fui dando cuenta de que no era como yo pensaba.

De todas maneras, yo me siento que es como sentirse realizada ahora de que es lo único que tiene ya, suponiendo que toda una vida en un campo trabajando a los patrones. Entonces que ahora yo es como para independizarse total, para ser solo; para trabajar solo, por su cuenta, entonces, vivir mejor.

Mercedes Cabrera (62 años), nacida en 1920 en El Parrón, Curicó, región del Maule¹⁷

Nací en El Parrón, no recuerdo en qué año, pero ahora tengo 62. El Parrón queda más allá de Tricao, para la costa.

Yo no estaba viva todavía, pero por lo que me cuentan le puedo decir cómo era que vivía mi familia. La *finá* de mi mamá tenía tierra propia, después mis tías vendieron y la hicieron vender a ella. Tenía, más o menos, como 15 cuabras, pero de cerros de rulo. Tenían animales, criaban cabras y ovejas, todo eso. Y después se les murieron los papás, entonces quedaron ellas no más. Eran tres mujeres: mi mamá, mi tía Rita y mi tía Martina. Rudecindo se llamaba el hermano. Eran cuatro. Mi tía Rita, la mayor, ella era la que gobernaba a los hermanos.

Después ella se aburrío. Dijo que era mucho peso estar a cargo de la casa, de hacer los pagos. Le dijo eso a mi mamá y le hizo convenir a mi tía Martina que vendieran. A mi tío le gustaba el trago. Se puede decir que la parte de él se la tomó toda. Las vacas que tenían también las vendieron.

Mi mamá era muy cuidadosa con la plata, tenía su plata *guardá*. Mi tía Rita le dijo que le prestara plata para comprarse la parte de mi tío, que se la quería chupar. Mi mamá le prestó la plata y mi tía le compró la parte al tío Rudecindo. Entonces, la parte era de mi mamá, pero a ella jamás le dieron nada. Después, mi tía agarró la exigencia de vender. Apenas me acuerdo de todo esto, porque yo estaba chica.

De lejos vino mi tía Rita y dijo:

Vendamos, Florinda –así se llamaba mi mamá.

¹⁷ Entrevista realizada por Macarena Mack, en 1982, y reeditada por Cristián Fuentes. Fue publicada en Valdés *et al.*, *Historias testimoniales de mujeres del campo* (1983) y en Mack, Matta y Valdés (1986), junto a los relatos de las tres hijas temporeras de Mercedes.

No. No vendo. Lo mío yo no lo vendo porque después voy a quedar andando para arriba y para abajo.

Y así no más fue.

Esa vez no le hicieron convenir, la otra tampoco. A la tercera ya la hicieron convenir.

Bueno —dijo— pero sé que me voy a quedar sin tener donde ir. ¿Por qué no venden y me dejan la casa y una media cuadra que sea?

Que aquí, que acá, la embelecaron hasta que la hicieron vender.

Entonces vendieron. La trajeron a Curicó para que firmara. La única que sabía leer era mi tía. A mi mamá la convencieron, ella vendió y puso su plata en el banco, pero ese hermano que tenía se llevaba a la siga de ella: “vamos, Florinda, a Curicó”, le decía. Mi tío Rudecindo venía con ella a Curicó y la hacía gastar plata, bueno, hasta que la dejó sin nada. No le quedó nada de plata, toda se la *insurpó* [sic] el hermano.

A ella la hacían lesa. Yo estaba chica, si hubiera estado grande no la habría dejado. La habría ayudado a defender su plata.

Antes de vender, mi mamá y las tías quedaban solas en el cerro a cargo de todo eso. Un día llegó el tío Rudecindo, que iba allá a puro pasear. Llegaba bien tempranito, cuando ya íbamos a sacar la leche, y yo lo voy a encontrar:

¿Qué pasa, tío?

¿Sabe? Anoche saltaron a la Martina y a la Florinda.

¿Qué les hicieron, las mataron? —le pregunté.

No. No salieron para afuera, ¡tiraban balas!

Las murallas de allá, esa casita donde estaban ellas, eran de puras piedras y barro, así que tiraban las balas y quedaban metidas ahí, unas tremendas balas, atemorizándolas para que no salieran. No era a ellas a las que querían, si ellas no tenían una gran riqueza adentro. La riqueza que tenían eran sus animales, afuera. Tenían cabras y unas ovejas muy bonitas. ¡Les

llevaron hartas! Mataron unas ocho, dejaron las puras cabritas nuevas no más. Dicen que cargaron mulas con carnes y se las llevaron. Fueron salteadas dos veces. ¡Eran valientes las pobres viejas! ¡Estaban a cargo de tantos animales!

Mi tía tenía unos veinte pavos, y hay que ver qué pavos, ¡preciosos! También se los comenzaron a robar. Ellas sabían quién se los robaba, pero ¿qué iban a hacer, las pobres viejas? Estaban viejas ellas dos, y cuidando esos piños de cabras, los pavos y los animales que tenían.

Una noche llegaron, las hallaron en la cocina; hacían fuego allá. Usaban unos tachos que hacen sus dos litros de agua, los ponían a hervir arriba en la parrilla, o si no a la orilla del fuego. Tenían hirviendo un tacho de agua y les dicen: “¡Alto!” Mi tía pesca el tacho y se lo planta lleno de agua caliente. Le tiraron de aquí para abajo y los quemaron. Eso valió que trancaran bien la puerta y dijeran “¡matemos a esta vieja!”. Andaban tres, decía ella. Ahí también le mataron a mi mamá hartas gallinas. Por milagro no las mataron esos hombres.

Esos eran bandidos que salían por Tricao y se iban para allá. Como sabían que eran solas, se iban dispuestos a buscar carne para vender, porque animales gordos tenían. En unos cerros bien grandes, ellas tenían las cabras, las iban a rodear por la tarde y solas se venían. Sacaban leche y hacían unos quesos tan ricos...

Yo me acuerdo siempre que así lo pasaban las pobres viejas.

Mi mamá se casó, pero le fue mal. Mi papá también era propietario, él se murió cuando yo tenía 40 días. Me dejó la mitad de todo, pero mi tía Corina se tomó todo eso. ¡Le gustaba tanto el trago! Si después hasta las planchas de zinc de la casa las estaba sacando para tomar.

Era la hermana de mi papá. Por ese lado de mi padre soy Cabrera, y por el lado de mi madre soy Castro. Tengo varios parientes por el lado de mi papá, pero no los veo nunca.

Quedamos sin nada. Yo sufrí mucho cuando chica.

Después mi mamá salió a trabajar por ahí. Ella tostaba trigo, muchos almudes. Tostaba en callana, sacos y más sacos de trigo, y le pagaban una miseria en los fundos. Ese trigo para tostar era de los ricos. Ellos entregaban para la cordillera, ¿no ve que llevan sus dos quintales de harina la gente que va a pastorear? Llevaban unos costales de harina para tener en la cordillera todo el tiempo que estén con los piños.

Pasaba su vida trabajando por aquí y allá para mantenernos.

Yo fui la única hija. Después ya crecí.

Para ser franca, mi mamá no estaba capacitada para tener su tierra, por eso la hacían lesa y le quitaron todo.

A los 12 años estábamos con un rico que es muerto ahora, Jovino Leyton se llamaba. ¡Muy malo! Rico, de más, pero muy malo con los pobres. Se la llevó a mi mamá pal fundo. Ella le hacía la comida a los trabajadores, y el destino que me daba a mí era que le juntara huevos. ¿Creerá usted que ese caballero nos manejaba casi muertas de hambre? No los daba el azúcar ni pal desayuno, nada.

Vivíamos en la misma casa patronal. Yo vivía desnuda, con la ropita bien pobre. Entonces yo dije —porque era chica, pero tenía más inteligencia que ella—: “Mamá, me voy a ir a escondidas. Me voy a ir donde está mi tía”.

En ese fundo estábamos cautivas, no nos dejaban salir, pero yo tenía que salir a ganar plata, y ella me dijo “bueno, después me venís a buscar”.

Mi tía estaba lejos, como de aquí a Curicó. Me fui a pie sus 30 kilómetros.

Mi tía me buscó donde trabajar en el fundo el Agua Buena, yo debo haber tenido como 13 años. De primera, me iba todas las tardes donde mi tía, ahí fui aprendiendo los quehaceres; ya me fueron echando el peso del pan y del *levado*. Trabajé mucho.

Después se vino mi mamá, se arrancó de cautiva. Le dieron una casita así, lejitos. Ahí vivía ella sola y yo me iba por las tardes para allá.

Yo hacía las galletas grandes y el pan se echaba en un canasto papero, llenito, colmado de pan día por medio. ¡Dese cuenta!, eran tres almudes de pan, de galleta, y a veces hacía la comida para los trabajadores.

Esas galletas se hacían con harina cernía de trigo. Mandaban a moler el trigo, se cernía la harina y ahí se hacían galletas. Quedaban ricas también de harina de centeno.

La comida la hacía para 15 trabajadores, en una olla grande. En las mañanas le daba un plato de comida y en las noches se les daban porotos.

No me pagaban ni un veinte, nada, nada. Yo salía agotada porque el día que no se hacía el pan, se hacía el lavado. Después de doce tenía que hacer el almuerzo, lavar los platos. En la tarde, la once, la merienda, y después dejar todos los trastos lavados para el otro día. Lo que me daban era ropa y la casita donde vivía mi mamá. Después, ya tenía que ir a alojarme a la casa de los patrones. No me dejaron ir más donde mi mamá. ¡*Obligá* me tenían!

Salía agotada en la noche. Cuando ya terminaba de hacer las cosas, me acostaba. A veces me tiraba arriba de la cama y ahí mismo amanecía. Al otro día me levantaba y oscuro me hablaba el caballero: “Mercedes, ya es tarde. ¡Levántate para hacerle la comida a la gente!”.

Puro trabajo y trabajo no más. Incluso yo tenía que *carniarle*, matar una cabra, un cordero. Yo los mataba, los descueraba, porque esos cueros se usaban de apero para las mulas.

Él tenía fundo en Tricao y allí donde estábamos dos fundos tenía ese rico. Tenía muchas mulas. Llevaba las papas, el maíz, los porotos. Todo eso se los llevaban en carga para allá. En esos años no había camiones.

Yo no salía a ninguna parte. ¿Qué tiempo me iba a quedar de esa manera? ¡Nada, nada! Trabajar era toda mi vida. Eso sí que nos daban permiso para ir a misa. Íbamos con una prima

que era niñera de la misma casa. Todos los meses que había misa y cuando habían misiones, íbamos.

Nos íbamos a caballo porque las misiones estaban lejos. Yo era muy buena para el caballo. Los caballos los tenía el finado don Ríos, que es muerto hacen años. Nos pasaba una bestia mulata, grande y bonita que las podía cantando a las dos, una al anca y la otra en la montura.

La gente era muy católica y las misiones resultaban lindas. Se hacía una ramada, comida, empanadas fritas, habían cosas para vender, de todo. Venían dos o tres padres misioneros. En la tarde hacían plática. Iba harta gente pues, toda la gente de por ahí. También iba el veterano, el patrón; iba con su señora. En ese tiempo no se cantaba en las misas con guitarra como ahora, en otro idioma las hacían y *pocaxo* se entendía.

En el fundo donde trabajaba no le iba bien a los asaltantes. Allí tenían armas, tenían revólver, escopetas, rifles, unos grandes. En el verano quedaban las mujeres solas.

Una vez vinieron por las gallinas, había un gallinero y alojaban las gallinas ahí. ¡Tenían una gritadera las gallinas! Las estaban pillando con linternas. Andalicia, así se llamaba una hija del patrón, era bien valiente. “¡Vamos!, están pillando gallinas en el gallinero”, le dije yo. Fíjese que esta pesca la escopeta y se gana lejitos, y empieza a disparar balas. ¡Los bandidos arrancaron, pues! Andaba una mujer y dos hombres. Ella no tenía nada de miedo, disparaba no más. ¡Se fueron! A lo que iban lejos gritó el culpable “¡No me *matís*, mierda!” Y otro balazo se lo zumbó de atrás.

Las trillas eran algo bonito que se hacía en los fundos. Ahí le echan las yeguas y las van corriendo. Van dos hombres. Ellos van correteando las yeguas.

Por el interés de comer y tomar se junta harta gente. Una vez, para una trilla trajeron seis barriles de chicha de Peralillo. Para que no se curara la gente en la mañana se hacía un caldillo. ¡Rico para la gente!

A las doce se daba comida de carne. Harta comida, charquicán de a dos platos. Se le daban dos vasos de chicha, tanteando que no se curaran. Al de la era le daban su copita a lo lejos, para el polvo. Se cansan amontonando la paja.

A lo que salían a la tarde se les daba otra vez comida. La carne no fallaba nunca, porque en una vara se ponían sus tres animales muertos. Así que en la tarde daban harto trago y comida. ¡Se curaban bien *curaos!*

Y la cantora no le mermaba al lado, dándoles con la guitarra y ¡vamos bailando cueca chilena! Bailaba la gente ahí. Yo pasaba metía en la cocina, a la cabeza, armando la comida. Unas ayudaban a picar porotos, otras a pelar papas, no faltaba la ayuda, pero yo dirigía y arreglaba las comidas.

Un año la trilla duró dos semanas. ¡Ah —decía yo— no se termina nunca esto! Quedaba agotada.

Había una señora, Panchita, que ahora es muerta; era cantora y le gustaba harto el vino. Yo me reía sola después, ¡claro, se curaba y cantaba puras calamidades. Nosotras con mi prima salíamos a la puerta de la cocina y la mirábamos. ¡Chiquillas —nos decía— upa!, y se ponía a cantar y tocar fuerte la guitarra. La revolvió mucho. Después tenían que ir a acostarla.

Había una ventanita que en la noche se veía clarito, decía “yo creía que me tenía más respeto. ¡Y me dejan durmiendo afuera!”. Pensaba que la hacían dormir en el corredor. ¡Buena que los reíamos con la Panchita!

En esos tiempos se usaba mucho la cantora y la guitarra, total, trilla que no había cantora, no iba gente. La gente trabajaba por divertirse y tomar, pues. De todas partes concurría la gente, de a caballo para correr en la era y de a pie para trabajar, y así.

Era nombrada la trilla de aquí, porque sabían que les daban harto licor y buena comida.

A los 25 años, ya me casé. Él era de Tutuquén, también para la costa. Su familia también tenía tierra. Tenían una

tierrecita ahí en Tutuquén. Él vendió su parte, porque eran varios herederos, y se dedicó a hacer casas, era maestro.

Así que se fue a hacer casas donde estaba yo, incluso se fue a hacer casas pal' rico. Ahí los conocimos. Conversé con él, nos casamos y salí de la casa del patrón.

El rico me dio una casita, siempre en lo de él, retirado, pero era muy buena. El rico me quería por puro interés del trabajo que yo le hacía. No me dieron nada cuando me casé, ¡nada! a cambio de servirle yo tanto. Ahí ya monté casa.

Después sufrí mucho. A él se le ocurrió venirse a Tutuquén, por este otro lado. Anduvimos por varias partes. Llegamos a vivir con las cuñadas. Con ellas tuve muchos problemas, porque pensaban que yo tenía interés en las cosas de ellas. Yo les dije: “miren, no me vine aquí por interés, me vine porque mi marido me trajo. Yo no me intereso en nada de ustedes”.

Se lo pasaban puro murmurando, decían de mí una y otra cosa. La señora del lado me decía que cómo aguantaba tanto, si a veces ni comía. “Váyase —me decía— déjelo solo, porque su marido no hace nada por esto de verla sufrir”.

Él seguía por ahí, haciendo casas, trabajando de maestro. Salía temprano en la mañana. A veces llegaba a las doce a almorzar, otras veces almorzaba por allá. Yo era la que sufría todo el día. Pasé años ahí, sufriendo. Yo tenía mis chiquillos. La vecina tenía que cuidarlos para que mis cuñadas no les pegaran mientras yo trabajaba en la chacra. Los dos mayores ya trabajaban afuera, los demás, en la casa.

Un día vino él y me dijo que el señor Manuel Espinoza le había dicho que habían unas casas desocupadas en su fundo, en Santa Julia. Yo le dije a Víctor:

Vamos a ver esas casas.

No. No voy.

Bueno, si usted no se va a Santa Julia, me voy yo con los chiquillos.

Le dieron casa al tiro. En vista de lo que le dije, se decidió. Al otro día fue un camión a buscarlos. Estuvimos un tiempo y nos vinimos a Majadilla, donde don Arturo Cabello, que se llama el caballero. Ahí llegué a diez chiquillos.

En ese fundo de Majadilla vivíamos en un predio. Estuvimos allí diez años. Eso sigue de Tricao para la costa, una estación más allá de Tricao. El fundo tenía huerto, naranjales, limonales.

Ahí trabajaba duramente, les hacía el pan, las galletas. Eso lo hacía en la casa y después me iba a hacerle las cosas a la señora, a lavarle y a planchar, a hacerle la comida a los trabajadores. Ahí habían como quince.

Por el amasado me pagaban una miseria, me pagaban mensual. Él pagaba la obligación, así que yo lo hacía para ganar un poquito más para mantener a mis hijos. Yo era voluntaria. Me pagaban por hacerle la comida y me daban ración, una galleta en la tarde y otra en la mañana, también la ración de porotos, de trigo, un cuarto de trigo, creo que era.

Me levantaba todos los días a las seis de la mañana, darle desayuno a él y a todos para que fueran al trabajo. Mi mamá estaba con nosotros y los niños se los dejaba a ella. Me ponía a hacer las galletas después de almuerzo, y después a las casas, a hacerles la comida a los trabajadores. Me desocupaba cuando estaba el sol adentro.

De allí ya nos volvimos a Tutuquén, a trabajar con el rico Javier Espinoza. Mi marido trabajaba en hortalizas. Yo le ayudaba a limpiar, los hijos mayores también. Había tomates, cebollas, ají, sandías, maíz, porotos, todo eso. Tenía harta chacra. Casi me mataba ayudando.

Era malo el rico. Un día se puso a retar a mi marido. Me dio tanta rabia que le contesté:

¿Qué dice, don Eduardo?

¡Que se están metiendo con lo mío!

¿Con lo suyo? Usted no los está manteniendo. ¿Usted ha

estado limpiando? Nosotros casi nos hemos sacado las uñas limpiando, trabajando. Con nuestro propio trabajo los estamos manteniendo. Y eso ¡a media vida! Usted no le perdona al Pancho lo que es un centavo.

Y el rico se quedó calladito. Ese rico era malo, muy amigo de pasar a llevar a los trabajadores. Quería para él no más.

Yo con las puras gallinas me mantenía. Compraba todas las faltas de la casa vendiendo mis gallinas. Criaba chanchos también. No me faltaba nada, con el favor de Dios.

Ya después, el mismo Manuel Espinoza, de Santa Julia, nos llamó de nuevo para que nos fuéramos allá. Ahí él quedó de inquilino. Le daban un cuarto de cuadra de tierra. Él trabajaba todo el día y yo le iba a ayudar limpiar. En las tardes se iba a la chacra. Yo no trabajaba en el fundo, solo en ayudarle a él con la tierra. Todos los hijos trabajaban ahí. Ya no tuve tantos sufrimientos, porque se ganaba *el harina* y todo.

En la chacra sembrábamos, como ser, papas, porotos y maíz, lo más necesario. Se cosechaba para los gastos de la casa, siempre para el gasto, no alcanzaba para vender. *Apurao* para la casa no más. ¡Si el cuarto de tierra era chico!

Después, el fundo se hizo asentamiento. Roberto Reyes era el hombre que administraba, se portó bien. Cuando él estuvo de presidente no escaseaba nada. Los manejaba a pedidos de azúcar, harina, todos los pedíos.

Después a ese lo sacaron y quedó el Toño como presidente, mi hijo. Ahí se fue para abajo el asentamiento día a día. Se terminó eso de los pedidos de azúcar, *el harina*. Tenían fruta y remolacha. Les daban un derecho, un tanto de azúcar todos los años, una porción. Otro hijo mío, el Sergio, tenía el azúcar para vender. Se la llevó a su casa, se agarraba el azúcar y hacía lo mismo con *el harina*. El Toño era el presidente y tenía todo el mando.

Mire, cuando había asentamiento ponía al ministro, ¿y para qué era el ministro? Para que los insultara a ellos mismos.

Yo pillé muchas veces al Toño firmándole papeles al ministro, sin destino, a escondidas. Le dije a mi hijo “qué le *firmai* tantos papeles. Vos lo estás enriqueciendo. Le *estai* dando todo lo de los demás, que les ha *costao* tanto. Han trabajado, han dado el sudor de su frente y a él le estás encajando la plata”.

Y así fue, oiga. Todo se lo llevó. Él compró lindo tractor, camioneta, citroneta, una pila de cuestiones. ¡Se hizo rico!

Otro, el Hugo, ese también se daba la buena vida. Así pasaba, oiga. ¡Tanta injusticia! Yo lo retaba al Toño cuando estaba firmando papeles, pero él se vendió. Vinieron y le quitaron el tractor, con el coloso y todo.

Ellos no tenían deudas, pero el contador hizo una habilidad. Leso el Toño, se vendió. Le pasaron plata. Después del golpe vinieron los carabineros a quitarle el tractor, pero yo reté a los carabineros. Me dijeron:

Ya, señora. No hable tanto, que la metemos presa.

Bueno. ¡Lléveme! —me puse por delante del carabinero— ¡A ver qué hacen con esta vieja allá! Son unos sinvergüenzas. Bien dicen que para el pobre no hay justicia, para el rico, sí.

Se lo dije porque el tractor y el coloso eran de todos. El Toño se quedó amurrado, no dijo nada, y yo seguí:

¡Claro, se llevan lo que es de todos, porque al Toño lo compraron! ¡Vos te vendiste! — le dije delante de ellos.

Por más que lo reté, no me hizo caso. ¡No entendía nunca! Es malo con nosotros, ¡es demasiado malo!

Lo que vino después: de nuevo sufrimiento. Perdimos y de nuevo el rico se hizo patrón, le devolvieron el fundo.

Y aquí estamos, en este sitio estrecho y ya viejos los dos.

Transiciones: de inquilinas a temporeras

En esta sección se incluyen relatos de tres mujeres que vivieron en fundos de la zona central. Algunas de ellas formaron parte de asentamientos de la Reforma Agraria, pero luego fueron expulsadas junto a sus familias; otras transitaron entre el campo y la ciudad. Todas ellas: Margarita (1940), del villorrio Bellavista cercano a San Vicente de Tagua Tagua; María (1956), de Paine, en las cercanías de Santiago; y Olivia (1937), del pueblo de Santa María en el valle de Aconcagua, vivieron en fundos y trabajaron como temporeras en potrereros, *packing* y frigoríficos.

Estos relatos dan cuenta de los cambios vividos por una generación de mujeres que vivieron y fueron testigos de distintas situaciones sociales, desde la condición de “obligadas” en fundos, migrantes a la ciudad, y la incorporación al trabajo asalariado como temporeras, una vez que los hombres perdieron el trabajo, la residencia en fundos o la tierra.

Margarita Piña (40 años), nacida en 1940 el fundo Las Pataguas, Villorrio Bellavista, San Vicente de Tagua Tagua, región de O'Higgins¹

Nací el 10 de septiembre de 1940, en el Fundo Las Pataguas, y aunque mi nombre es Margarita Piña, por acá todos me conocen con el sobrenombre de “Vicha”. Ahora, si alguien me pregunta de dónde y a razón de qué me salió ese apodo, lo cierto es que ni yo lo sé bien.

Siendo muy niña, mi papá, que en paz descansa, nos llevó a mi mamá y mis dos hermanos a vivir al fundo El Naranjal, un poco más abajo de Las Pataguas. Ahí crecimos, nos criamos y aprendimos lo que es el trabajo en el campo desde chiquititos. Él era inquilino del fundo, y apenas cayó enfermo, el patrón le pidió la casa en la que vivíamos, así que ligerito nosotras tuvimos que ponernos a ordeñar vacas para que no nos echaran. Al principio, nosotras con mi hermana empezamos a trabajar de voluntarias para ayudar al papá, pero después las que seguimos pagando la obligación fuimos nosotras. Al poco tiempo mi hermano menor entró a la ordeña, así que los tres le terminamos pagando la obligación al patrón. Si hago memoria, puedo decir que cuando empezamos a trabajar en la ordeña, mi hermana mayor tenía dieciséis años y yo tenía catorce. El chico entró de once años a ayudarnos a nosotras, y apenas aprendió bien a sacar la leche quedó también de obligado. Pasado dos años se casó mi hermana mayor, así que quedamos mi hermano chico y yo, y después me casé yo, así que el único que se quedó trabajando y viviendo ahí fue el hermano más chico.

¹ Entrevista realizada por Ximena Valdés, en 1980, en el villorrio Bellavista, y editada por Cristián Fuentes.

Mi papá tenía contrato en el fundo, pero cuando un día se enfermó del pulmón y estuvo hospitalizado mucho tiempo —creo que estuvo enfermo casi tres años— le pidieron que desocupara la casa en la que vivíamos. Por eso mi padre tuvo que decirle a mi hermana mayor que se viniera al campo para ayudarme a ordeñar las vacas; y eso que en ese tiempo ella estaba viviendo en Santiago. Mientras estuvo enfermo, mi viejito siguió con contrato porque entramos a trabajar nosotras, pero una vez que se mejoró siguió trabajando como voluntario, así que ya no le dieron más tierra para trabajar y quedamos solo con la tierra que nos daban a nosotras. A cada uno de los hermanos nos dieron un cuarto de cuadra que mi papá se encargaba de arreglar, sembrar y cosechar. Se podría decir que salimos ganando, ya que antes de que mi papá se enfermara teníamos solo el cuarto de tierra que le correspondía a él, y después quedamos con tres cuartos de tierra para trabajar. Mi papá trabajaba un día en el fundo y otro día en las tierras que nos dieron. Claro que teníamos que ayudarlo igual a picar, sembrar y regar la tierra, y todo lo que sacábamos era para poder darse vuelta en el año. Por todo eso hemos pasado mis hermanos y yo desde chicos.

Recuerdo que nos pagaban un peso cincuenta centavos por cada litro de leche que ordeñábamos, y la obligación que tenía que hacer cada uno era de doce vacas, así que hay que imaginarse la cantidad de trabajo que cada uno de nosotros tenía que hacer con un patrón, era bien exigente. Sacábamos entre ciento cincuenta y doscientos litros de leche cada uno, pero cuando fallaba una persona —por ejemplo, por enfermedad o porque tenía que salir a hacer algún trámite— entre todos teníamos que repartirnos las vacas, porque el patrón nos exigía ordeñar todas las vacas que tenía. Por esa razón es que cuando pasaba eso yo tenía que ordeñar catorce o quince vacas en vez de las doce que me correspondían.

La plata que ganábamos por la ordeña la pagaban mensualmente y, aunque era una miseria, igual alcanzaba porque las cosas eran mucho más baratas que ahora. La cuenta de las platas que se tenían que pagar por cada litro de leche las sacaba un contador que trabajaba para el patrón y que iba todos los días al galpón a medir el trabajo que hacía cada uno. Él estaba ahí para pesar, marcar los litros y para anotar a la gente que iba llegando, porque además de las doce o trece personas que trabajábamos obligadas, también había hombres que se dedicaban a amarrar las vacas, sacar a los terneros y amarrarlos; ese era un trabajo que solo hacían los hombres. Una vez que soltaban a los animales, los hombres los llevaban al silo, porque todos los días tenían que ponerles la comida. Todo eso lo hacían los hombres desde las cuatro de la mañana, la hora en que se empezaba a sacar la leche lloviera o no lloviera.

La ordeña la recolectábamos en baldes que después vaciábamos en unos tambores grandes para que la pesaran. Cada trabajadora tenía su propio tambor lechero, que hacían cincuenta litros cada uno. Cuando uno sacaba dos o tres tarros de cincuenta litros, quedaban litros huachos que no alcanzaban para llenar otro tarro, así que esos se tenían que contar por separado.

Como no había un día que uno se pudiera escapar del establo y de la ordeña de las vacas, yo fui al colegio recién a los 16 años de edad, y apenas alcancé a estar tres años, así que fue bien poco lo que aprendí. Más no pude estudiar porque ya estaba grandota, aparte de que en El Naranjal no había escuelas. Yo estudié en unos galpones que usó como escuela una señora que vino al fundo para enseñar, y después de que se juntaron varios niños llegaron dos profesores que se sumaron a la señora que empezó con todo eso. Con los años, esos profesores se integraron al Naranjal para ser parte de la escuela que ahora está ahí.

A mi edad me cuesta creer lo sacrificado que era el trabajo al que nos obligamos siendo tan niños. Porque lloviera o no lloviera, a las cuatro de la mañana teníamos que saber estar ahí, sin poder decir ni hacer nada para no hacerlo. No sabría decir la cantidad de veces que estuvimos ordeñando esas vacas con el agua hasta las rodillas, todas mojadas a las cuatro de la mañana, y devolvernos a la casa empapadas hasta las enaguas, porque más encima mi casa quedaba bien lejos de los establos. Sabíamos que no nos quedaba otra que hacernos el ánimo para ir a trabajar: teníamos clarito que, pasara lo que pasara, a las vacas había que ordeñarlas igual. Por lo menos en el invierno la producción de leche mermaba, porque en esa época del año dan menos leche las vacas. Además, había una época en la que les ponían muchos toros para aparearlas, así que las pobres vacas cuando estaban mucho tiempo preñadas las soltaban por un tiempo mientras tenían el ternero.

De las 16 personas que trabajábamos en el establo ordeñando, 12 éramos mujeres. La mayoría eran señoras de más edad, y algunas ya estaban casadas y con hijos. Ni siquiera teníamos un banquito donde sentarnos; todo era de cemento, así que teníamos que sacar la leche en cucullas. A veces nos salían vacas chúcaras, con las que había que tener mucho cuidado porque todas las vacas iban en fila, y si una vaca se ponía difícil te podías llevar una patada que hasta te podría llegar a matar. El espacio donde trabajábamos era tan estrecho que, aunque nos hubiesen pasado un banquito, no podríamos haber podido usarlo. Además, el trabajo teníamos que hacerlo rápido, como estábamos acostumbradas, cada una sacaba en segundos una vaca. Y cada una tenía que buscar su vaca, porque todas las vacas tenían nombre; y eso que cada una tenía doce vacas, así que por lo bajo había más de cien vacas en el fundo de las que día tras día nos teníamos que hacer cargo. Más los toros y los terneros que había que cuidar durante todo el año. Era bien poco lo que se sembraba en ese

fundo. Lo único que sembraba era trigo blanco para picar y llenar el silo, y así tener alimento que darle a los terneros en el invierno. El silo es en una especie de torre de cemento, una cosa redonda y grande, en la que se guardaba el maíz molido para tener comida suficiente para la época de lluvias. Aparte del maíz, en el silo se echaba la caña de maíz picada con choco y todo. Llevaban los choclos en camionadas y los picaban con unas máquinas que había. Dejaban todo eso cortado, bien chiquitito, y lo iban echando en el silo hasta que lo llenaban, así tenían la comida de los animales asegurada para todo el invierno. También se sembraba pasto, con el que hacían fardos y se guardaban en una bodega que era solo para guardar eso.

Un buen día al caballero se le ocurrió traer máquinas para la ordeña y hasta ahí no más llegó el trabajo de la ordeña para las mujeres, que se fueron yendo una a una. Las mujeres tuvimos que dejar de trabajar, aunque quedaron por ahí algunos maridos, en otras partes se quedaron algunos de los hijos mayores de las señoras, pero en las máquinas se quedaron trabajando puros hombres. Mi hermano se quedó trabajando en las máquinas y después quedó de obligado. De todas maneras, las famosas máquinas funcionaron solo un año y finalmente se terminó parcelando el fundo.

Las parcelas las repartió el mismo patrón. Él mismo eligió a la gente a la que le vendió las tierras, así que unos tocaron parcela y otros quedaron sin nada. Mi hermano se quedó con una parcela, pero terminó vendiéndola porque las parcelas eran muy grandes, así que no tuvo cómo pagar los intereses —que le iban subiendo año a año— y al final se quedó solo con un sitio donde construyó su casa. Lo mismo le pasó a mucha de la gente, porque no alcanzó parcela o porque vendió.

Cuando me casé, en el año 1965, yo todavía vivía en el fundo, pero después nos vinimos con mi marido y mis seis niños al fundo Bellavista, porque él trabajaba ahí. Pero cuando llegamos, fue la reforma agraria y Bellavista ya no era un

fundo, sino que se había convertido en un asentamiento. Nos dieron un pedazo de tierra para que pudiéramos una casita y pudiéramos sembrar; eso quedaba cerca de la cancha. En el asentamiento se sembraba en comunidad y por familia. Cada uno sembraba su pedazo de tierra y lo demás lo trabajaban entre todos, así que ayudábamos a sembrar y a cosechar. Yo trabajaba en la chacra que nos dieron, porque en la tierra colectiva solo trabajaban los hombres. Con la plata que sacaban los hombres de la siembra colectiva pagaban sus deudas, y si les sobraba algo traían a la casa algo de azúcar, harina o cosas así. En cambio, lo que se sembraba en la chacra individual era para la mantención de cada familia, principalmente papas y maíz. A veces vendíamos algo, porque era mucho y nos faltaban otras cosas. Lo que más se vendía era maíz, ya que eran pocas las papas que se cosechaban —a pesar de que se dan bien bonitas en estas tierras—, porque las semillas son muy caras.

En el asentamiento había más facilidades para criar aves, como patos y pavos, además de chanchos y hasta una vaquita. Llegamos a tener como doce chanchos, porque había harto desperdicio que darles en la chacra, así que cuando la cancha parió decidimos quedarnos con todos los chanchitos. De todos los chanchos que llegamos a tener dejábamos uno o dos para matar en el invierno, y los demás los vendíamos. En el huertito que tenía en la casa sembraba melones, sandías y plantamos árboles frutales.

Aparte de ocuparme de los animales y la siembra de la casa, participé también en un Centro de Madres, pero nunca marchó muy bien, porque las señoras nunca se unieron como debieron, así que siempre había problemas entre las socias, por lo que finalmente decidí no participar más en el Centro. Siempre decían que la directiva se aprovechaba de la plata que se juntaba, y a veces eran pura habladuría no más. Muchas veces pasa que la gente habla de puro mal intencionada que

es, así que terminé decepcionándome se ese Centro. En El Naranjal también estuve en el Centro de Madres, pero también me retiré.

Al contrario de lo que pasaba en los Centros de Madres, los sindicatos de los hombres funcionaban mejor. Yo creo que era porque se entienden más los hombres entre ellos. No sé si será tan así, pero no se escuchaba decir que hubiera problemas entre ellos. Sí se escuchaba que se juntaban y hacían planes que les salían bien. Eso sí, casi nunca invitaban a las mujeres, pero lo cierto es que a mí me daba lo mismo quedarme en la casa, porque no se hace tiempo una con todo lo que hay que hacer en la casa: cuidar a los niños, ver a los animales y la huerta. No es poco el trabajo que hace una mujer en la casa, así que no queda mucho tiempo para otro tipo de cosas. Por lo demás, era bien poco lo que me contaba mi marido de lo que se hablaba en el sindicato; y si a veces le preguntaba me respondía: “¿y qué *tenis* tú que ver en lo mío?”. Con ese tipo de respuesta bien pocas ganas me quedaban de saber lo que hablaban en el sindicato. Mi marido siempre fue y ha sido así, a veces da una respuesta, pero cuando anda tincado simplemente no las da.

Por el año 1976, con los militares le devolvieron las tierras al patrón de Bellavista y se acabó el asentamiento, perdimos todo, tuvimos que vender los animales y ya no tuvimos dónde sembrar; todos nos quedamos sin tierra y sin trabajo, y ahí nos tuvimos que venir a la población que también se llama Bellavista, como el fundo y como el asentamiento. Ahora vivimos en sitios chicos, cabe la pura casa y queda un pedazo de jardín. Mi marido ahora es presidente del Comité de Pobladores, pero ya está cansado de ser dirigente. Por esto es que más de una vez me ha dicho que quiere renunciar, ya que el cargo de dirigente es demasiado ingrato. Por lo menos acá en Bellavista me metí fuerte para participar en el proyecto que armamos para levantar un comedor. Hacíamos empanadas para vender

el día domingo, y con la plata que juntábamos hacíamos un fondo para comprar remedios para el botiquín comunitario que teníamos, en caso de que ocurriera cualquier accidente o imprevisto. Desgraciadamente, al final el botiquín fracasó porque la dirección quedó en malas manos. Las señoras que quedaron a cargo no fueron responsables y terminaron peleadas entre ellas mismas, así que al final todo se fue a las pailas y quedó parado. Por lo menos lo del comedor funcionó bien: con la plata que se juntó de la venta de verduras se compró todo lo necesario para arreglar el local y hacer funcionar el comedor. Eso me dejó muy contenta, porque una, que es de pueblo, sabe que hay tantas casas en las que a veces no hay ni un platito de comida para darles a los niños. Por eso es que me hace feliz ayudar y cooperar con los demás en todo lo que pueda. ¡Si hay tanto niño que necesita! Y no digamos que una está bien, porque también somos de escasos recursos, pero de todas maneras nunca nos ha faltado un plato de comida, porque sabemos que de alguna manera tenemos que sacar adelante la mantención de nuestros hijos e hijas.

Este grupo de señoras con el que estamos trabajando en el comedor es mucho más unido que el grupo que se formó para organizar lo del botiquín; a pesar de que nos ha costado organizarnos, al final estamos saliendo adelante. Por ejemplo, el Lucho, mi marido, una vez nos dijo que podríamos organizarnos para ayudar a los niños con sus materiales de estudio, sin embargo, todas las señoras decidimos seguir adelante con el comedor y hacer una vaquita para los útiles de los niños, si a alguno llegaba a faltarle algo. No sé por qué el Lucho nunca ha tenido fe en el comedor; siempre anda diciendo que va a fracasar y eso me carga, porque en vez de tirarnos para arriba, hace todo lo contrario. Y yo, que nunca me he metido en los asuntos de su sindicato. Me imagino lo que me diría si yo le dijese que el sindicato va a fracasar. Pero así son los hombres a veces; en vez de apoyarla, la aportillan a una diciendo que

son ellos los que mantienen la casa y que una poco menos que vive de mantenida. Yo encuentro que no hay injusticia más grande en el mundo que decir eso, porque aparte de todo lo que hago en la casa, ya que desde que me casé me dediqué principalmente a criar a los niños y ver la siembra para la familia, actualmente también trabajo como temporera en la viña, amarrando y arreglando los racimos.

Yo llevo cuatro años trabajando ahí en la viña, y empecé a trabajar ya que cuando crecieron los niños y empezaron a estudiar subieron los gastos y simplemente no nos alcanzaba con lo que ganaba mi marido en la escuela.

En la viña empezamos a trabajar a las ocho de la mañana y terminamos a las nueve o diez de la noche. Paramos a las doce para almorzar y volvemos a trabajar a eso de la una y media. Hay días en los que almuerzo en la casa y otros en los que almuerzo en la viña, pero ahora que me quedé sin bicicleta supongo que tendré que almorzar todos los días en la viña.

Empezamos a amarrar las parras en agosto, porque mientras los hombres podan nosotras vamos agarrando y dejando cada guía donde le corresponde. Las amarramos con nylon y ese proceso en total dura tres meses: de agosto a octubre, mes en que terminamos con la amarradura. Después de eso, podamos los pedazos que corresponden a las viñas más nuevas y dejamos cada mata bien derecha, para que cada gancho se vaya por el lado que corresponde. Durante la cosecha se corta la uva y se embala para mandarla Dios sabe a qué país. Unas se dedican a cortar los racimos, otras los limpian y las demás los embalan. A mí el año pasado me pusieron a embalar, así que yo creo que este año haré lo mismo, ya que van a preferir que el trabajo lo haga la gente que ya aprendió a hacerlo.

Sumando todo lo que hay que hacer en la viña, trabajo de agosto hasta diciembre, y durante esos meses estoy fuera de la casa unas trece horas por día. Y no es solo eso, porque aparte del trabajo que hago en la viña tengo que dejar todo listo en

la casa. A veces tengo que hacer la comida en la mañana antes de irme al trabajo, así tengo que ponerme a pelar las papas en la noche, antes de irme a acostar, para tener todo listo en la mañana. O a veces me toca hacer el pan, así que me levanto a las cinco y media de la mañana para echarle leña al horno y tener el pan listo antes de irme al trabajo. Hago lo mismo todos los días para dejar a los niños vestidos y desayunados antes de que vayan a estudiar a El Naranjal. Menos mal que pronto se vendrá a vivir conmigo mi hija mayor, así que el trabajo se me hará un poco más liviano, ya que la tendré a ella para que me ayude. Por lo mismo siento que los niños la han sufrido un poco, porque es bien poco el tiempo que pasamos con ellos. A veces tengo que retarlos para que se levanten y dejarlos desayunados antes de irme a trabajar. ¡Y a veces hasta dejaban la puerta de la casa abierta cuando se iban a la escuela! De todas maneras, sea como sea, prefiero trabajar que pasar encerrada en la casa. Además, trabajando una no pasa tan endeudada, ya que con el sueldo de él no alcanza para alimentar, vestir y educar a los cinco niños. Si yo no trabajara no sé qué haríamos, aquí los meses de invierno son críticos, porque una no encuentra trabajo en nada. De todas maneras, ya estoy acostumbrada y no que quejo mucho, porque así es la vida de todas las mujeres de pueblo que somos madres y trabajadoras.

De Bellavista somos veinte señoras las que vamos a trabajar en la cosecha de la uva, y la mayoría de las mujeres que trabajan ahí son de la población. El patrón nos inscribe, y cuando llegamos a la viña nos reciben el patrón y el administrador para conversar el valor de los pagos entre todas, ya que eso lo acordamos como grupo. El año pasado, a las emaladoras nos pagaron trescientos veinte pesos, pero cuando estuve trabajando en la amarra y arreglando las parras me pagaron doscientos veinte pesos diarios. Este año no tengo idea de cuánto me pagarán, así es este trabajo, inseguro. Por ser, que hablemos con el patrón no nos asegura nada, por

ejemplo, el año pasado terminamos el trabajo en abril y el caballero recién se dignó a pagarnos todo lo que nos debía a fin de año, como si una y sus niños comieran dos veces al año. Estuvo todo el año dándonos la plata a gotera, de a quinientos, mil, cuatrocientos y hasta trescientos pesos cada vez que nos pasaba algo de plata, ¡y así no puede vivir la gente! ¡Es un abuso y una humillación tremenda para quien se rompe el lomo trabajando! Menos mal que después de eso se compuso el rico. La última vez que estuvimos en la limpia, raleando los racimos, nos pagó semanalmente, así que la deuda no se le agrandó tanto cuando llegó el fin de año, cuando se terminó la raleadura. Supongo que lo hizo para no perder a la gente que ya sabía hacer el trabajo, porque si de nuevo no nos hubiese pagado capaz que se hubiese quedado solo trabajando, racimo por racimo. Por esa misma razón este año vamos a tener que dejar ese punto bien clarito desde el principio, porque no puede ser que nos vuelva a pasar lo mismo. Ahora estamos todas decididas a exigir que, a trabajo terminado, trabajo pagado, a pesar de que es el único lugar donde podemos trabajar, ya que sea como sea nos tenemos que darnos a respetar alguna vez.

María (26 años), nacida en 1956 en Licantén, región del Maule²

Nací en Licantén el 16 de octubre de 1956, y fueron de allí las pocas cosas que me recuerdo de cuando chica. Lo que más me recuerdo son cosas de cuando empecé a ir a la escuela, cuando mi papi trabajaba en fundos de inquilino. La escuela quedaba lejos, recuerdo las largas caminatas por la línea del tren que había que recorrer cada día.

Nosotros somos siete hermanos: cinco mujeres y dos hombres. La mayor es mujer, pero ella no está en mis recuerdos porque se vino chica a Santiago con una tía, cuando mi papá estuvo enfermo. Después se vino la otra hermana, la que le sigue a la mayor. Todos nos llevamos como dos, tres, cuatro años de diferencia, entonces estábamos chicos y ellas empezaron a ver que no tenían dónde trabajar, entonces se vinieron a Santiago con la tía.

De mi casa de Licantén yo me acuerdo de la escuela, de cosas que le empiezan a pasar a una. Vivíamos en una casita de barro con techo de totora, era una casa larga para adentro, como una bodega, adelante la cocina y las camas en fila para atrás. Teníamos un pedacito chico de tierra, una huerta donde mi papá sembraba todo lo que se necesitaba para la casa, los porotos, las papas, lo más indispensable. Siempre mi papá tuvo vacas, chanco. Él mataba un chanco y se ocupaba la manteca, nada más que para el consumo de la casa, y eso servía para el pan todo el año.

Mi mamá hacía pan y tortilla, lo que nosotros comíamos casi siempre era tortilla. A veces sus dos tortillas y ahí veíamos, si faltaba se hacía otra. El agua la sacábamos de la vertiente,

² Las entrevistas en que se basa este relato fueron realizadas por Macarena Mack en el año 1982, y se editaron en diciembre de 2017, por Ana Bengoa.

había que estar acarreando el agua. Harina para el pan la sacábamos cuando había un pedazo así, según si se podía cosechar trigo y hacerla en la casa, se hacía, de lo contrario se hacía un poco y el resto había que estarla comprando.

Mi papá, aparte de trabajar como inquilino, también amansaba caballos y participaba casi todos los años en los rodeos. Mi papá no era un hombre alegre, pero tampoco era muy serio, no era de las personas que se llevan conversando, pero al menos con él algo se podía hablar. Mi mamá, en cambio, era mucho más callada.

Cuando nos fuimos a Placilla ya habíamos vivido en diferentes lugares. Cuando mi papá se quebró la cadera ya estábamos en Placilla. Estaba en un potrero amansando caballos y el caballo se cayó, fue una cosa tan de improvisado que no alcanzó a saltar, y el caballo cayó arriba de su cadera y su pierna. Estuvo un año enyesado y hospitalizado, prácticamente no podía caminar, tenía como un calzoncillo de yeso.

En ese entonces mi mamá hacía pan y empanadas para que pudiéramos vivir, las vendía los días sábados y domingos. Recuerdo que se ponía un palo con una cosa blanca, una especie de paño de cocina, un saco blanco, ahí la gente sabía que vendían pan en la casa.

Cuando salió mi papá del hospital no tenía trabajo, hacía un año que estaba fuera de la casa, había dejado de trabajar, por eso nosotros vivíamos a la orilla del camino, donde mi mami vendía todas esas empanadas y el pan. Después, en otros lugares que nos cambiamos, vivíamos así, en los cerros, vivíamos muy apartados de la gente. Allí ya nos fuimos a La Leonera, pero antes, cuando estábamos en Puntilla, cuando mi papi se mejoró, llevaban ganado a la cordillera. Después de ese tiempo nos cambiamos a La Leonera, vivíamos a la orilla del cerro, incluso la casa quedaba así, como que se veía para abajo, no era un terreno plano. Cuando nos fuimos a esa parte nos pasaron cosas muy divertidas.

Recuerdo cuando nos cambiamos de lugar. Íbamos para allá en camión y en las vueltas del camino se cayó la piedra con que mi mami molía el trigo, todos los que íbamos atrás gritábamos que la piedra se había caído, que parara, pero nadie nos escuchó. Después, cuando llegamos, mi mami empieza a bajar las cosas del camión y se da cuenta que faltaba la piedra. Cuando llegamos a la casa no había nada, la casa era así, de dos tableros que había, pero un cuarto nomás, una casa grande que no tenía techo, entonces nosotros llegamos a ponerle el techo. Había solo un pedacito techado, entonces, como llegamos tarde en la noche, se le puso todo el techo así sobrepuesto no más, con unos palos encima. En la noche empezó a correr el viento y a llover y se voló todo, así que quedamos prácticamente al aire libre, no tuvimos dónde dormir, no dormimos en toda la noche. Recuerdo que desperté a media noche y el agua me caía en la cara. Estaban todas las fonolas arriba de los árboles, así que tuvimos que levantarnos a amontonar todas las cosas en el pedacito de techo que había, y quedar no más ahí, a la orilla de una fogata, y amanecernos toda la noche. Habíamos quedado todos mojados.

En esa casa mi papá empezó con lo del carbón. Ahí teníamos dos hornos. Hacían una cierta cantidad de sacos, iban camiones de Curicó, Santiago, todos le hacían encargos de sacos para tal o cual día y ellos los iban a buscar ahí. De primera mi papá trabajaba solo, no tenía otra persona, mis hermanos no más: eran chicos, pero algo lo ayudaban a acarrear la leña y todo eso. Después llegó un caballero, sí. Llegó una vez pidiendo que le dieran un lugar donde dormir por lo menos y claro, mi papá —como no lo conocía— le dijo que podía darle un lugarcito donde había un horno que no servía para hacer carbón. Entonces le dijo que si quería le arreglaba un lugar ahí donde quedarse. Estuvo viviendo harto tiempo con nosotros ese caballero, hasta que nos cambiamos de ahí.

Allá en el campo la gente es muy religiosa, a los días feriados la gente le tiene mucho respeto. Resulta que una vez era de estos días, no sé si la Pascua, la resurrección de Cristo, algo por el estilo. Entonces resulta que mi papá con este caballero tenían que tener una cantidad de sacos de carbón que entregar y mi papá, por esto que le digo de la creencia, no quiso ir a cortar leña porque había que ir a subir los cerros, y el respeto tenía que ver con el miedo, qué sé yo, un árbol se cae encima, cuestiones que la gente le tiene miedo. Entonces resulta que este caballero quería ir y partió a trabajar. Cuando al rato lo vemos a lo lejos, se veía todo entero lleno de sangre y venía pegándose con las manos en el pecho, y decía: “Perdóname señor, perdóname señor, porque no obedecí”, y cosas así. Resulta que andaba cortando leña y se había caído a un barranco, entonces pensó que seguramente era castigo de Dios que le hubiera pasado eso por no haber obedecido lo del feriado.

Uno nunca salía a pasear, uno no salía a ninguna parte, sino que ahí no más en la casa, qué sé yo, a mi mami había que ayudarle, había que ir a echarle maíz a los pollos y ahí uno le ayudaba a ella, pero nada más que las cosas de la casa. Si jugábamos, lo hacíamos por ahí alrededor de la casa. Además que a mí no me gustaba, porque me daba un poco de miedo. En todos los lugares nosotros teníamos una ramadita, y ahí se hacía una fogata y uno se calentaba en la noche, sobre todo en tiempos de invierno. En esas noches yo le tenía tanto miedo a los relámpagos. Me tocaron inviernos así, uno se sentaba a la orilla de la fogata y los relámpagos parece que caían tan cerca, uno se imaginaba que eran rayos que caían al lado de los pies, y yo corría los pies pero no hallaba dónde ponerlos, me acercaba bien al lado de mi papá o me subía en sus brazos para que no me llegaran a los pies los relámpagos, y mi papi me decía que eso no hacía nada, pero yo igual tenía miedo.

En ese tiempo lo único que había era chanchos y aves no más, patos, gallinas, cosas así, pero ya no teníamos ni vacas ni

otras cosas más. Mi mamá no iba nunca al pueblo, mi papá era el que salía, cuando iba el camión de Curicó, por ejemplo, a buscar el carbón, entonces él se iba y venía en los camiones hasta Curicó y ahí aprovechaba de traer lo que faltaba de mercadería, lo que nos hiciera falta a nosotros, los zapatos, cosas así. A mi mamá no le gustaba salir, no le gustaba ir a ninguna parte, cuando llegaba a salir se enfermaba porque no estaba acostumbrada, no comía porque era nerviosa, entonces llegaba en la tarde enferma, donde no había comido nada. En realidad, no era que no le gustara salir, sino que no estaba acostumbrada.

Cuando estábamos ahí en La Leonera, ahí en el cerro, mi mami tuvo a mi hermano menor, lo tuvo ahí en la casa; bueno, siempre mi mami paría prácticamente sola. Cuando llegaba mi papi quizás la ayudaba a lavar las guaguas, no sé, cosas así pero, por ejemplo, esa vez lo único que me di cuenta es que mi mami se encerró en la pieza y se estaba lavando los pies y ahí tuvo la guagua. Y llegó mi papi después y cerró la puerta, no nos dejó entrar. Cuando nosotros entramos para adentro ya estaba mi hermano. Nunca nos explicaron ninguna cosa, sino que llegaron los hermanos y no sabías por qué ni cómo, nada. Tampoco me fijaba en cómo parían los animales, porque incluso cuando mi papá le echaba los toros a las vacas, a nosotros nos encerraban en la casa, no nos dejaban salir afuera, igual que cuando tenía los chanchos o cualquier cosa que fuera a tener, tampoco podíamos verlos nosotros. Decían que eso era sucio, que no era para los niños, no nos dejaban, éramos muy chicos para saber ciertas cosas.

En La Leonera no recuerdo que ni yo ni mis hermanos hayamos ido a la escuela, quedaba demasiado lejos, no había escuela cerca donde se pudiera ir. Igual en los otros lugares que estuvimos la escuela quedaba lejos, calculo que a una media hora caminando por la línea del tren. Ahí volvíamos a almorzar y luego de nuevo a la escuela, todo el día. La escuela

no era mala, pero por decirte, en una sala le hacían clases a los niños chicos que estaban en primero, donde yo estaba, y niños grandes que yo pienso que deben haber tenido unos 13 o 14 años, que ya eran cursos más grandes; nos hacían clases a todos en la misma sala, no sé, de primero a tercero en la mañana, un rato después de tercero a quinto o no sé qué otro curso, y después daban vuelta el pizarrón para las tareas.

Cuando mi papá era inquilino el trato con los patrones era bueno, o sea, cuando no era así mi papi se largaba, por eso en parte nos cambiamos a tantos lugares distintos. Yo me acuerdo de una vez que mi papá contaba que el administrador del fundo— un *peliento* no más, se podría decir, porque incluso mi papá lo había tenido en la casa una vez, cuando recién llegó, porque andaba de afuerino, así que llegó ahí no más, con su bolsa con la ropa— entonces el gallo este era como chupamedias, entonces empezó luego con problemas con los trabajadores del fundo, incluso a algunos trabajadores los despidieron por culpa de él, entonces ahí se vio que tenía casa, tenía la guata llena, prácticamente, y se puso choro, pero a mi papi nunca pudieron humillarlo, porque nunca le faltó el trabajo. Hubo incluso patrones con quienes mi papi salía enojado porque no le querían pagar o querían hacerlo lesa, entonces él se iba y después incluso lo andaban buscando porque era bueno para el trabajo, en ese contexto el afuerino fue a pagarle a mi papi y él lo tiró abajo del caballo, y según le contaba mi papi a mi mami en la casa, se habían agarrado a combos y se habían dicho algunas cosas. A él no le gustaba que le dijeran nada, él trabajaba y si discutía era por algo justo, así que no aguantaba nada mucho, se mandaba a cambiar no más, por eso es que estuvimos en tantos lugares. Él decía que trabajaba para que tuviéramos todo lo necesario, pero no para que la gente abusara de su trabajo.

Yo nunca fui a un rodeo. Yo nunca conocí eso, aunque mi papi siempre iba, pero iba solo, no nos llevaba a nosotros. Yo

de grande, ya casada, vine a conocer lo que era realmente un rodeo, estar en un rodeo, pero mi papi no nos llevaba a nosotros. Ahora cuando voy a un rodeo me acuerdo de él, me digo: “Pucha, así debe haber estado mi papi participando”, cosas así, pero en ese entonces yo solo me enteraba de esto por lo que me contaba mi mami y mis hermanas mayores, porque en los rodeos siempre se hace concurso de reina y ellas participaron, porque no eran feas, e iban los patrones a caballo y ellas se creían el hoyo del queque.

Recuerdo que cuando mi mami vendía empanadas llegaba mucha gente, sobre todo por la fama que mi papi se había hecho en los rodeos, así que mi mami vendía empanadas y pan amasado, y llegaba harta gente a comprarle. Mi mami se levantaba oscuro, antes del amanecer, y era la última en acostarse. En la noche dejaba el pan hecho para al otro día tenerlo temprano, cosa de levantarse y prender el horno, no más.

Yo pienso que prácticamente nos criamos así, como perritos, porque yo nunca me acuerdo de que mi mami nos haya tomado en brazos, por ejemplo, nos haya hecho cariño, nos haya dicho “te quiero” o alguna cosa así, nunca. Tampoco recuerdo a mi mamá contándome alguno de sus problemas.

Después mi papá dejó el trabajo en el carbón, él tenía asma, entonces todo ese polvillo le hacía mal. Por eso fue que nos cambiamos a esa parte baja, a orillas de la calle. Mi papá comenzó con los ataques de asma más fuerte. Antes el fumaba unos cigarros de pasto, parece que eran hojas de chamico, las secaba y de eso hacía cigarros, él decía que con eso se le pasaba el asma, pero después ya empezó con ataques más fuertes, entonces fue ahí cuando mi cuñado mandó a decir que nos viniéramos a Santiago.

Mi mami tenía gallinas, patos, cabras y ovejas, pero poquitos. Nunca faltaban los perros en la casa, ellos se encargaban de traer los animales. Cuando nos vinimos a Santiago, ahí se vendió todo lo que había, de los animales a los sacos de car-

bón que quedaban. Lo único que nos trajimos a Santiago fueron las camas, lo demás se vendió todo. A Santiago vinimos a la casa de mi hermana. Yo debo de haber tenido unos seis años, entré a primero a la escuela.

La casa estaba por ahí por Santa Rosa, más o menos en el paradero 14. El marido de mi hermana había sido viudo, entonces cuando se casó con mi hermana ya tenía todo armado, y se la llevó no más allá. Cuando nosotros llegamos tenía dos niños, estaban chiquititos. Pero resulta que después de haber insistido tanto en que nos viniéramos a Santiago, cuando llegamos todo empeoró. Nunca había sentido realmente hambre cuando vivíamos en el campo, el hambre la conocí en Santiago. Mi hermana le decía a la gente que el caballero que había llegado era un jardinero, que había llegado para que le mantuviera la parte del fondo del sitio con algunas verduras, una cosa así, y mi mami supuestamente era quien tenía que hacer el aseo, o sea, la empleada.

Yo creo que influye mucho la relación que tenía con la tía, la que se la trajo a ella a Santiago. Ella tenía un hijastro que trabajaba en la papelera, él era quien ganaba la plata, entonces ellos demuestran mucho más de lo que eran, mentalidades arribistas, ya sabes. Creo que eso influyó en que mi hermana se avergonzara de nosotros, es decir, de que fuéramos campesinos, personas del campo que nunca habíamos ido a la ciudad. A lo mejor ella hubiese preferido que su papá hubiese sido un obrero, pero obrero de la ciudad.

Cuando llegamos a esa casa yo empecé a ir a la escuela número 5, que quedaba en Santa Rosa, por ahí por el paradero 9. Recuerdo que había una cabra que vivía cerca de nosotros, y por el hecho de venir del sur, ella me decía huasa. Un día me dio una pica tan grande que nos agarramos del moño, le saqué la mugre, pero después en la casa me pegaron por andar peleando.

Ahí mi hermano ya estaba grande, debe haber tenido unos quince o 16 años cuando entró a trabajar en una fábrica de jabón. Me recuerdo de las primeras zumbas de mi hermano, a medida que fue creciendo empezó a tomar el lugar de mi papá.

La casa era bien bonita, sí, pero casi nadie tenía niños. Al frente vivía un paco, el sí tenía como siete cabros chicos, con ellos jugábamos a veces, siempre cuando mi hermano no nos viera, a él no le gustaba que yo anduviera en la calle, no le gustaba que me vieran sucia. Incluso en días de Pascua, en días de fiesta, yo me acuerdo que mi cuñado que me quería harto, me regaló mis primeros zapatos así, diferentes a los zapatos que había tenido antes, un vestido nuevo, con género nuevo digo, porque mi mamá cuando estábamos en el campo los patrones a veces le regalaban ropa que el caballero ya no ocupaba, entonces con esas ropas que le daban a mi mami ella nos hacía ropa a nosotros. Esto entonces era distinto, era un vestido nuevo comprado para mí.

De ahí nos cambiamos, porque mi hermana se avergonzaba de mi papi y además teníamos una sola pieza para todos. En una cama dormía mi papá con mi mamá, en otra dormía mi hermano mayor y en la otra me tocaba dormir a mí con mi hermano chico. Uno dormía para los pies y otro para la cabecera. No teníamos más lugar en donde poner otra cama o cualquier cosa. Entonces nos fuimos porque era muy chico y además porque mi papá no se acostumbraba, no le gustaba el lugar. Salía en las mañanas, se levantaba súper temprano porque estaba acostumbrado a hacerlo, y salía a caminar, caminaba, caminaba, hasta que se llegaba a las once de la mañana a la casa, caminando, salía a recorrer. Entonces, por todos esos problemas nos cambiamos a un lugar para allá para atrás de la Famae.³ Ahí pasamos problemas, porque mi hermano seguía

³ Fábricas y maestranzas del Ejército de Chile.

trabajando en la fábrica de jabón y la otra hermana, la tercera de las mayores, trabajaba parece que en Yarur, una cosa así. Mi mami no trabajaba, mis hermanos trabajaban para la casa no más. Recuerdo que a mi papi, cuando le daban los ataques de asma, había que llevarlo a la posta y pagar taxi, pagar para volver porque no había otra cosa en que movilizarse a las dos, tres de la mañana, y después había que estar pagándole a una persona para que le pusiera las inyecciones a la vena, eran muy pocas las personas que en ese tiempo sabían colocar inyecciones.

En ese tiempo yo estaba yendo a la escuela, pero no estaba con mi papi ni con mi mami, estaba con mi hermana, porque cuando mi mami se quiso cambiar de casa, mi cuñado quiso que yo me quedara con ellos y yo me quise quedar. Porque además había otro problema: si yo me cambiaba con ellos me quedaba muy lejos la escuela, en cambio ahí me quedaba cerquita, ese fue uno de los motivos, además me gustaba estar con mi cuñado, pero no con mi hermana porque a ella no le tenía confianza. Recuerdo una vez que le saqué unos papeles de regalo de su clóset, no se lo pedí por esto de la confianza, y cuando se enteró, claro, me pegó. Ese día yo le dije a mi cuñado que quería irme con mi mamá. Luego me dejó ahí en San Joaquín, me fui caminando para adentro y volví donde mis padres. Él en la mañana me pasaba a dejar a la escuela y en la tarde me pasaba a dejar a la casa, incluso me pasaba plata para comprar dulces. El solo hecho de que me pasara a buscar y me dijera “espérame en la esquina” me hacía sentir feliz. Recuerdo que en ese entonces fue mi hermana, la otra, quien me dijo que, si no quería, no me fuera, que me quedara ahí con mi papi. En ese entonces eran mis dos hermanos quienes trabajaban, mi hermana y mi hermano, yo tenía que tomar dos locomociones para llegar a la escuela, también había que llevar casi todas las noches a mi papi al hospital, así nos quedábamos sin plata, a veces no teníamos nada, ninguna cosa para hacer

de comida y había que tener plata para el arriendo y a veces no teníamos absolutamente nada, nada, nada. Es curioso, cuando yo vivía en el campo le tenía miedo a la soledad, como no había nadie pensaba que nadie te podía ayudar, por eso yo quería venirme a Santiago, imaginaba que donde había tanta gente, nada te podía pasar. Debo haber tenido unos siete años en ese entonces.

De ahí me acuerdo de ese tiempo que pasamos mal, incluso de cuestiones así que pasaban, por ejemplo: mi mami me mandaba a la esquina a comprar dos huevos a la hora en que la señora del almacén estaba cocinando. Ahí yo gritaba “¡Alo, alo!” y nadie salía, entonces yo tomaba seis huevos y, como nadie me veía, yo volvía a la casa con los seis huevos y con la plata, que después podía servir para cualquier otra cosa, para comprar unas zanahorias, por ejemplo, y así, si no salían yo tomaba las cosas y me volvía sin pagarles. Una vez mi mamá me preguntó por qué lo hacía y yo le dije: “si no salen es problema de ellos, no voy a estar rogándoles para pagarles”.

En esa casa, al lado de nosotros vivía uno de esos gallos que le hacen al choreo, de esos que andan en las micros, que uno no se da ni cuenta cuando le sacan las cosas. Y también en ese tiempo, cuando estábamos así mal, si no teníamos nada era una cosa desesperante, yo nunca había pasado hambre así como en ese tiempo, nunca había sentido ese vacío que se siente en el estómago, y venía mi hermana llegando del trabajo y ese gallo o unos de sus amigos que le hacían al choreo, le sacó de la cartera el sobre del pago. Ella no había sacado ni un cinco y llegó a la casa llorando porque había que pagar el arriendo, había que pagar la luz, había que pagar el agua, y no teníamos nada, ni siquiera para pagar el transporte para que ella y mi hermano fueran a trabajar a la fábrica de jabón donde ganaban una porquería; donde eran menores de edad, le pagaban lo que se les antojara. Entonces llegó mi hermana a la casa llorando porque le habían sacado el sobre con toda la

plata, ella se dio cuenta después, cuando se bajó de la micro, recuerdo que llegó, se acostó y se enfermó. La señora de este hombre le preguntó a mi mami qué le pasaba a mi hermana y mi mami, que también andaba llorando con los ojos colorados, le dice a esta señora que a mi hermana le habían robado toda la plata, que era lo único que teníamos, y la señora le dijo a mi mami: “pucha, qué pena”. No pasaron más de dos días cuando llegó el marido de ella a entregarle el sobre a mi mami, era el sobre con toda la plata. Era un sector, algo así como un campamento, eran todos buenos para el choreo, tiene que haber sido alguien del sector que este caballero lo conocía y por esto lo pudo recuperar. Era un caballero que tenía toda la cara llena de pifias, cuando uno le preguntaba a la señora: «¿Y don Willy?», ella respondía: “Anda en Canadá”. Entonces después ya nunca más nos pasó nada, incluso cuando salíamos en la noche a buscar un auto para llevar a mi papá al hospital no nos pasaba nada, los gallos de la esquina no nos hacían nada.

Vivimos ahí un tiempo y después nos cambiamos a una casa de más abajo, porque no era bueno el ambiente. Un poquito más abajo, donde una tía que se iba para Macul y ahí nos pasó el dato. Ahí me cambié de colegio, estaba en la escuela 176, en Rondizzoni con Bascuñán. Recuerdo que fue una época más o menos bonita, sin tantos problemas. Claro que yo no salía a ninguna parte, sino que al puro colegio nada más; tenía amigas, pero solo las de la escuela. Me recuerdo a una amiga con quien nos queríamos hartos. El primer viaje que hice a la playa fue con ella, claro, me costó un mundo que me dieran permiso para salir, le lloraba a mi papá para que me diera permiso. Yo no conocía ningún lugar, allá nunca nos habían llevado a ninguna parte y acá en Santiago tampoco, nosotros no sabíamos lo que era ir a un cine, ir a un teatro, ningún lugar, la pura casa no más. Ella me invitó a ir a la playa, fue una cosa impresionante cuando uno va conociendo lugares que no conocía, el mismo viaje del tren fue algo nuevo, porque

cuando nos vinimos a Santiago fue en vehículo, entonces tampoco había andado en tren, así que todas las cosas eran nuevas para mí. Yo no sabía lo que era ir a un médico dentista, cómo era adentro, y ahí fui, tenía tres muelas que las tenía un poquito picadas y fui al dentista para saber cómo era, ahí me tapé las muelas, pero no porque yo necesitara ir al dentista, sino porque ahí todas las cabras iban y yo no sabía cómo era, así que fui, la escuela daba un papel y uno iba no más al médico.

Terminé ahí el octavo. Recuerdo que en quinto teníamos una profesora tan especial, que tenía una forma tan dulce de enseñar que yo ese año, como ningún otro, de los cuarenta y ocho alumnos que éramos, yo saqué el tercer lugar. La profesora que teníamos me quería harto, era buena conmigo, cuando llegaban, por ejemplo, cuadernos para los alumnos, la primera que recibía cuadernos era yo, lápices, delantal, almuerzo, siempre me daba a mí primero; la leche no, porque nos daban a todas.

Después, en octubre del 70 murió mi papá y ahí quedamos, finalmente me salí de la escuela. La casa prácticamente ya no era casa, todo se había venido abajo. Mis hermanos empezaron a salir de la casa, el único que quedó fue mi hermano mayor, el que trabajaba en la fábrica de jabón, que en ese tiempo había entrado, por intermedio de un tío, ahí a Somela.

El séptimo año yo lo hice y la profesora jefa me llevó con una amiga de ella, que era del coro de la orquesta sinfónica de la Universidad de Chile, me llevó a trabajar el verano con ella, poco antes de la muerte de mi padre, así de empleada. La señora se iba en enero a Valdivia y volvía en marzo, al empezar las clases, entonces yo pasé los tres meses con el caballero no más; tenían un niño, pero se lo llevó ella. Entonces, cuando volvió en marzo, justo cuando yo tenía que entrar a clases, ella me dijo que me quedara, que no me fuera. Me quedé con ellos todo ese año, el octavo año lo hice ahí, tenía trece años, y mi mamá me dijo que yo viera si quería irme y si quería seguir

estudiando. A mí me pagaban un sueldo que era re poco, pero por lo menos a mí me servía para comprarme las cosas para la escuela. Teníamos clases en la mañana, supuestamente, porque a veces las clases duraban todo el día, porque en la tarde estaba la especialidad. Yo tenía que levantarme en la mañana y hacer el desayuno, dejar las camas hechas, la loza lavada, la cocina limpia y ahí me iba a la escuela. Luego volvía a la tarde, de vuelta a lavar y a hacer todas las cosas, regar el pasto afuera, adentro, lavar la loza del almuerzo y la once, cocinar, planchar, todo prácticamente. Luego, como me gustaba escribir en borrador en la escuela, en la casa lo pasaba en limpio, ahí se me daban las once, las doce de la noche, pues tenía que dejar todo listo para poder hacer lo mío. Lo último que tenía que hacer todos los días era lo mío: mis cuadernos, mis tareas. Así alcancé a hacer, trabajando, el séptimo y el octavo.

Después, cuando estaba terminando el octavo, la señora cayó enferma, le dio un cólico renal. Recuerdo que yo hacía como tres semanas que no podía ir a mi casa, y ese fin de semana fui y no sé qué me pasó, porque yo tenía asma, pero nunca me había dado así de fuerte, siempre un poquito que luego así se pasa, y ese día yo creo que por lo mismo andaba muy mal, muy deprimida, con un montón de problemas. Justo antes de la muerte de mi papá, cuando yo trabajaba de empleada, nos habíamos ido a una toma de terreno en Macul.

Recuerdo en ese tiempo una fiesta que se organizó ahí por el tema de las candidaturas, 1970. Y nosotros formamos un grupo juvenil, hicimos hartas actividades ahí en la población. Cuando hacíamos reuniones siempre hacíamos fogatas, para no estar tan oscuros, porque todavía no había luz ahí. En ese tiempo yo recién había empezado a pololear. Yo no me había dado cuenta, estaba poniendo tanta atención a la reunión que no me había dado cuenta que el cabro me había empezado a abrazar por detrás con la mano en el hombro, y ahí vi a mi hermano, eso fue como que me hubieran tirado un balde de

agua fría o me hubieran pescado de las mechas. Yo no quise moverme porque pensé que mi hermano me llevaría a puras cachetadas a la casa, claro que en la casa me pegaron igual, pero al menos no me pegaron delante de la gente. Y bueno, después ya seguí pololeando con él un tiempo nada más. En ese tiempo me pegaban por cualquier cosa, más encima me pegaban donde fuera, ni siquiera con una correa o una varilla, no: me pegaban con lo que tuvieran a mano. Yo creo que me pegaban tanto con esto del pololeo porque mi otra hermana, la mayor, tuvo una guagüita siendo soltera.

Y bueno, como le decía, ese día había ido a mi casa, porque hace semanas que no iba. Y ese día me pegaron tanto que me terminaron llevando incluso a la posta, porque fue fuerte, el médico me dijo que tenía que descansar. Entre los golpes y el ataque de asma, estaba mal, pero después me fui a trabajar. Llegué ahí y la señora puso el grito en el cielo, me retó, entonces le dije yo que no la había dejado botada porque yo no había vuelto, sino porque había estado enferma. Discutimos y le dije que me iba. Me dio algo de plata, no me pagó algunos de los trabajos que había hecho, colocándole las inyecciones que había aprendido a colocar en los tiempos que mi papi estaba enfermo, no me pagó tampoco la quincena. En ese tiempo ya no estaba yendo a la escuela, porque ella estaba enferma, no podía asistir ya que no podía dejarla sola. La directora de la escuela sabía de mi problema y me dijo que no me preocupara, que estudiara no más y que a fin de año, por último, daba las pruebas, y mi profesora jefe era yerna de la directora, así que por ese lado estaba todo arreglado. Yo quería terminar el octavo porque mi aspiración era llegar a ser otra cosa, siempre mi papi quiso que yo fuera enfermera o cualquier cosa así, no importaba que yo no fuera una cosa tan grande con un título universitario ni cosas parecidas, sino que fuera enfermera y que aprendiera a poner inyecciones, yo creo que eso fue por la misma enfermedad y todo lo que había que pagar, por eso

yo aprendí, a los nueve años yo ya sabía poner inyecciones. Recuerdo al practicante que le colocaba las inyecciones a él: él me fue enseñando primero a la vena, después la intramuscular, luego a hacer curaciones, así que a mí me faltaba nada más que estudiar un poco, porque la práctica ya la tenía. Entonces cuando me salí de ese trabajo lamentablemente no fui más al colegio, pues tenía prácticamente todo el año perdido, aunque lo ideal para mí hubiera sido haber seguido estudiando.

Volví a la casa. La cuestión estaba rara, porque mi mami seguía mal por haber perdido a mi papi, pasaba enferma, todos andábamos así como sonámbulos, nadie entendía el porqué de todas estas cosas, la muerte de mi papi nos afectó a todos. Entonces yo ahí empecé a buscar trabajo. También empecé en ese tiempo a pololear con un cabro de la iglesia, porque me sentía sola, después la cosa se puso un poco más seria y él quería que nos casáramos, imagínate, yo no tenía ni quince años, entonces por ese motivo peleamos, ya que él quería casarse y yo no, yo hubiera querido incluso seguir estudiando.

Un día me pasó a buscar porque en la fábrica en donde él trabajaba estaban recibiendo gente. Conservas Oso, una fábrica de envases. Así que me fui ahí a trabajar, salía en la mañana y no volvía hasta la noche, hasta la tarde, entraba como a las 7:30 y salía como a las 6:30. Primero empecé revisando no más los tarros, para que la persona que trabajaba en la máquina los pusiera ahí para luego sellarlos. En ese tiempo empecé a comprarme ropa, porque donde trabajaba antes ganaba tan poco que no me alcanzaba para comprarme ropa, no me alcanzaba para mis cosas, toda la plata iba para la casa, le compraba un pollo a mi mami, qué sé yo, y la plata se acababa. Entonces, cuando ya entré a trabajar ahí ganaba un poco más, pero luego me echaron por no tener 18 años.

En ese tiempo conocí a Miguel y ahí empezamos. Él trabajaba ahí donde yo le ponía las tapitas a los tarros, ahí nos conocimos, empezamos a pololear. Él estaba en Santiago, pero

era de Paine. Él fue mi primer pololo en serio, costó hartó que me lo aceptaran en la casa, sí, sobre todo por mi hermano, que después de la muerte de mi papi como que empezó a tomar ese lugar de autoridad. Todavía recuerdo los palos que me dieron la primera vez que me fui con Miguel un fin de semana a su casa en Paine.

De ahí me fui definitivamente de la casa, no tenía dónde ir, así que primero me quedé con Miguel unas noches. Él vivía con su mamá y yo me quedaba en la casa de ella, porque no habían más lugares donde quedarse. De ahí llegó mi hermana, la tercera de las mayores, la que trabajaba en Yarur, a decirme que me fuera con ella. Ella había conocido a su pareja que estudiaba aviación y mi cuñado había conseguido una beca para irse a Estados Unidos, me dijo que cómo era posible que estuviera en esas condiciones y me invitó a que nos fuéramos a Estados Unidos, pero yo pensé: “qué monos voy a pintar yo por allá”, es decir, yo con ella no había vivido, entonces irse tan lejos era un riesgo, porque al fin y al cabo no nos conocíamos y ya había tenido malas experiencias con hermanas criadas en otras cunas. Además, yo ya estaba decidida a casarme. Ella se fue en diciembre del 72 y ahí Miguel me dijo que fijáramos la fecha. Yo tenía apenas quince años y cuatro meses.

Me fui a vivir a su casa en Paine, con su mamá y sus hermanos. Ahí pasé a ser prácticamente la empleada de todos: aseo, almuerzo, lavado, planchado. Cuando mi suegra llegaba, a las 12, y no estaba listo el almuerzo, armaba el medio escándalo. Al Miguel, por otra parte, casi nunca lo veía. Yo estaba esperando mi primera guagua y el matrimonio me tenía muy aburrída, pasaba metida en la casa haciéndole el aseo a todos, el Miguel nunca me sacaba y tampoco le gustaba que saliera, así que estaba aburrída y con rabia, pero no tenía a nadie a quien decirle nada. A veces llegaban unas vecinas a decirme que saliéramos al pueblo y yo les decía que no, que podía llegar el Miguel, y después volvían y el Miguel no había llegado.

A veces yo me hacía del valor y salía, tiritando, y veía volver al Miguel y partía corriendo a la casa para evitar problemas.

Para el 11 de septiembre salí a comprar al pueblo, y ahí me enteré de todo el bullicio de lo que estaba pasando en Santiago, los disparos y todo eso. La noche del 11 nos amancimos, recuerdo que me tiritaba todo el cuerpo, no dormimos en la noche ni tampoco en las noches que siguieron, en el día dormíamos a ratos. A veces llegaba alguna vecina con los comentarios de la población, que habían ido a buscar a este, que habían ido a buscar a este otro, y así llegaban los rumores de que tal día vendrían a buscar a los de este sector, nos tenían todo el día con el corazón en la mano, y los milicos se ponían en la esquina, como a tres casas de nosotros, a disparar con metralletas y a tirar granadas. Recuerdo el sonido de las explosiones, llegaban a poner los pelos de punta, sobre todo porque el Miguel estaba metido en cosas de política.

Ya en octubre empecé a sentirme mal. En las noches no dormía desde hacía un mes. Estaba lavando las sábanas y el dolor en el estómago era demasiado fuerte, recuerdo la rabia de tener que estar tendiendo las sábanas que no eran mías. De ahí me llevaron al hospital y la matrona me dijo que los latidos de la guagua no se escuchaban y que mis caderas eran demasiado estrechas. Recuerdo la desesperación en ese lugar en donde no conocía a nadie. Me hacía la valiente, pero se me caían las lágrimas. Me llevaron a Buin para hacerme una cesárea, después de unas horas me trajeron el anillo y una cadena que me había regalado mi mamá. No pude ni preguntar por la guagua, pues tenía miedo de la respuesta. Lloraba como una niña.

Días después mi familia y la de Miguel se enteraron. Se llevaron a la guagua a la casa para velarla. En medio del velorio llegaron los milicos en jeep y se llevaron al Miguel. Un vecino le pasó un vestón, y mi suegra se desmayó mientras corría detrás de su hijo. Yo estaba en el hospital y de esto no supe nada hasta mucho después.

Cuando me dieron de alta habían soltado a Miguel. Llegué a la casa y Miguel me dijo que tenía que ir a Santiago, yo no entendía nada, le dije que cómo se iba a ir, que tenía que ayudarme. Me dijo que volvería lo antes posible. Recuerdo ese día. En la casa hicieron brasas y empezó a llegar mucha gente, yo no entendía por qué. Llegaba la gente a preguntarle a mi suegra cómo estaba, se sentaban en torno al bracero y nadie decía nada. Empezó a oscurecer y Miguel no llegaba. La gente estaba muy nerviosa. Mi suegra hablaba con una amiga que tenía en la municipalidad y le pedía ayuda. Pasado las 11 de la noche llegó Miguel, al parecer unos pacos que le tenían buena lo habían soltado y le habían dicho que se fuera por la línea del tren, no por la calle, porque había toque de queda y órdenes de disparar, le dijeron que no saliera de Paine porque lo estaban vigilando. La línea de tren estaba oscura y tenía matorrales donde esconderse, así que eso hizo Miguel.

Fueron los ricachones de Paine los que entregaron a la gente que fue fusilada y desaparecida. Miguel se quedó sin trabajo y mi suegra también, así que la vimos verde, no teníamos nada, habían días en que nos levantábamos y luego nos acostábamos igual como nos habíamos levantado, sin nada en la guata.

Ahí empezaron los problemas con mi suegra, cuando yo aún no me recuperaba del todo de la cesárea, ella decía que no tendrían tanta hambre de no ser por estar alimentándome. Entonces nos fuimos a Santiago a la casa de mi mamá, pero volvimos a tener problemas con mi hermano, que se creía dueño de casa. Entonces partimos a la casa de una hermana de Miguel, nos quedamos un día ahí y ella me ofreció trabajo en su casa, de empleada. Vivíamos en la José María Caro, donde su abuela, y yo viajaba todos los días a la Villa Olímpica a hacer el aseo. Ella me daba algo de plata para pasaje y para que Miguel encontrara trabajo. Anduvo en eso de buscar trabajo un buen tiempo. Recuerdo que llegaba con ampollas en

los pies de caminar tanto, mientras recibía solo un constante “vuelva después”. Pasábamos de casa en casa todos los días, mi hermano nos trataba de gitanos por lo mismo.

De ahí Miguel se encontró con un amigo que se había hecho en la fábrica antes del golpe, un interventor. Él no le aseguró nada, pero le pasó el dato que en una fábrica de campanas de cocina necesitaban a un junior. La cosa es que consiguió el trabajo, entonces nos fuimos a vivir al mismo campamento en que estaba mi mamá. Nos ofrecieron una mediagua con “facilidades de pago”. Era difícil, porque teníamos que pagarle cada quince días, como por cinco veces, y lo que ganaba Miguel era una porquería, pero bueno, finalmente nos compramos esa casita en el campamento. Ahí tuve a la niña, mi primera hija. Entonces me quedaba en la casa. Él me traía el almuerzo que le daban en la fábrica, porque no nos alcanzaba para hacer almuerzo. Con lo que ganaba Miguel nos alcanzaba para medio kilo de pan al día y los pasajes no más, a la niña la alimentaba solo con leche.

Pocos meses después, un cabro del kiosco de la esquina nos dijo que había trabajo en unas cabañas del Tabo, un trabajo de mayordomo, algo así. Donde vivíamos era una pura pieza, sin cocina, sin nada más que ratones, así que no teníamos mucho que perder. Así que nos fuimos al Tabo, pero cuando llegamos Miguel se enfermó y la que tuvo que empezar a trabajar con la señora de las cabañas fui yo. Dejaba a la niña mudadita y recién tomada la papa, y me iba a hacerle las cosas a la señora, luego le dejaba el almuerzo servido y me iba a ver a la niña. Miguel no la podía cuidar porque estaba muy enfermo.

Cuando llegaba encontraba las sábanas mojadas de tanta fiebre que tenía. La niña se mataba llorando de hambre, así que cuando volvía tenía que alimentarla, lavarla a ella, lavar a Miguel, lavar los pañales y las sábanas. Más encima no teníamos ni uno y había que comprarle los remedios a Miguel.

Por eso volvimos a Santiago, estuvimos un tiempo viviendo con mi hermana, después Miguel consiguió trabajo en otra fábrica y nos pasaron un lugar donde vivir. Yo empecé a trabajar atendiendo mesas en el restaurante Sancho Panza. Ahí ya ganábamos un poquito más y nos compramos una bicicleta para movilizarnos. No seguí ahí porque se me hacía muy complicado con el tema de los niños, pues ya había nacido el segundo, que estaba guaguüta. Por eso, después empecé a trabajar haciendo almuerzos y onces para los trabajadores de la fábrica, entonces pasaba preocupada de los chiquillos y de la gente que pasaba a almorzar o a pedir un café, y llevándoselos para las oficinas; tenía hartoo trabajo, ya sabes: el aseo, la comida, el lavado. En la noche limpiaba las oficinas y en el día hacía la comida para veinte personas. El pasto había que cortarlo todas las semanas, y tenía que hacerlo yo.

En ese tiempo Miguel estaba raro, se enojaba porque yo no tenía tiempo para mantener la casa ordenada. Los niños se subían a los sillones y los ensuciaban, y a veces yo no podía limpiarlos. Él llegaba a la casa y quería que lo sirvieran, que yo lo atendiera igual como a los demás. Para mí hubiera sido ideal que él me ayudara en algo. De primera nos pasaron una pieza, entonces uno movía algo y quedaba todo desordenado. No teníamos un lugar amplio, y como yo terminaba en la noche todos los días agotada, no tenía tiempo para estar conversando con él. Yo terminaba de hacer el aseo de las oficinas, lavaba algo de ropa y lo único que quería era tenderme en la cama y descansar.

La cosa empeoró cuando quedé embarazada de nuevo. Miguel no quería que tuviéramos otra guagua, entonces pasábamos de discusión en discusión. Yo no sabía qué hacer, porque estábamos mal, a punto de separarnos, y más encima yo embarazada. Así que junté una plata, hablé con una señora que me puso una sonda y me hice un aborto que, como tenía ya tres meses, no resultó bien, quedé con una enorme

hemorragia. Así que fui a parar al hospital, donde me trataron como las pelotas, porque ahí nadie ve el problema por el cual uno lo hizo; simplemente te juzgan por haberlo hecho. Ahí la matrona me trató de criminal y yo le dije que si yo hubiera tenido otra solución, la hubiera tomado, pero mi matrimonio estaba tan mal que sería un tremendo crimen traer otro niño al mundo en esta situación. Te tratan muy mal en los hospitales, las matronas piensan que uno hace las cosas a lo loco, como si fuera por gusto. La cosa es que de ahí volví a la casa y hablamos con el Miguel, me pidió disculpas y me dijo: “Pucha, que apenas nos alcanzaba para poder alimentar a los dos niños”, y la cosa se fue arreglando entre nosotros. Pero luego la fábrica cerró y Miguel y yo nos quedamos de nuevo sin trabajo y sin casa.

Ahí volvimos a Paine y pusimos con una platita que habíamos juntado, una tienda de discos. Vivíamos en ese tiempo de allegados donde mi suegra, y luego nos pusimos a arrendar, pero nos fue mal en el negocio, las ventas iban mal, nos terminamos comiendo la plata y tuvimos que cerrar. Miguel volvió a trabajar en Santiago y yo empecé a trabajar en las cosechas, el tiempo de los porotos, las habas, las arvejas, los damascos, las manzanas, las peras, todo eso.

Generalmente se entra a trabajar a las 8 de la mañana, hasta las 5 o 6 de la tarde, entonces como en tiempo de verano el sol todavía está alto a esa hora, yo llego a la casa a lavar y a cocinar, dejo la comida hecha y al otro día salgo con los niños en la mañana a trabajar. La cosa se alarga un poco más cuando no hay transporte y hay que caminar mucho por los potreros. En la noche los niños comen comida caliente, pero en el día comen ensalada o fruta, lo que uno esté trabajando. A veces le ponen a uno problemas por los niños, pero en general he tenido suerte y he podido llevarlos conmigo. Cuando a una le dan ración ayuda montón porque, por ejemplo, uno está trabajando en el haba y le dan una ración de habas y eso ayuda para el consumo. ¡El año pasado, pucha que comimos duraznos!

La temporada comienza en octubre y termina en marzo, en invierno el trabajo es malo. En las estaciones que no hay trabajo de cosecha me las arreglo por otro lado. Ahora, por ejemplo, estoy trabajando en las empanadas, pero tampoco es una cosa que a uno la contraten, no, a uno la reciben así no más, sin contrato, sin libreta, sin ninguna cosa. Nada más que lo que uno ha conversado con la persona: cuánto le van a pagar y eso, lo que le paguen de más es voluntad del patrón.

El verano pasado tenía a los chiquillos prácticamente sin ropa, a pata pelada, entonces uno se preocupa por esas cosas, porque es hartito lo que los niños se sacrifican de ir a trabajar todos los días con una, entonces la preocupación por comprarles algo para que anden trayendo —ropa para la escuela y para el invierno— está siempre presente, pero es bien poco lo que uno recibe. Entre lo que hacemos de plata los dos con Miguel son ocho mil pesos. Pago dos mil de arriendo y con los seis mil restantes hay que vestirse y comer. Miguel tiene que estar viajando todos los días a Santiago, en la pura micro se van ochenta pesos, entonces si uno quiere ir a cualquier parte son quince pesos de ida y quince de regreso, por eso prefiero mantenerme por aquí no más, en el sector.

La vida de matrimonio a veces parece una porquería. Miguel de primera era muy machista. Me veía que yo estaba ocupada y, por ejemplo, se caía el niño y no era capaz de levantarlo. Uno se casa para estar atendiendo al marido, para estar atendiendo a los hijos, para estar atendiendo la casa, es decir, para ser empleada. No es como una pareja, es como una empleada de la casa. Yo pienso que el marido debería tener tanta responsabilidad como una en todo lo que es de la casa, pero desgraciadamente las cosas no son así. Desde que me casé he estado luchando por eso, para que las cosas sean compartidas, para cambiar al Miguel. Me ha resultado en parte, con ayuda de algunas amigas, en parte también por todo lo que piensa Miguel sobre cómo hay que cambiar esta

sociedad. Hay que entender de dónde la gente viene también, lo digo por experiencia propia. Por ejemplo, en la casa de mi mamá mi hermano no hace nada, hay que estar atendiéndolo, porque el hombre, por ser hombre, tiene el privilegio de no hacer nada. Y es ahí cuando uno se pregunta por qué nuestras madres permitieron eso. Porque yo, por ejemplo, con los niños: ambos tienen que poner la mesa, ambos tienen que sacar la basura, hacer las camas, es decir, ambos tienen que hacer todo por igual. Esa es la lucha que uno tiene que dar todos los días, en la casa y en el trabajo, pero no es fácil.

El año pasado, por ejemplo, estábamos trabajando en los damascos y pagaban diez pesos la caja de damascos, cada caja pesa aproximadamente veinte kilos. En ese entonces había que usar escaleras, porque la fruta madura estaba en lo alto de cada árbol, entonces uno ocupaba mucho del tiempo de trabajo moviendo la escalera. Ahí empezamos con unas chiquillas a conversar de que tenían que pagarnos a quince pesos el cajón, se armó un buen grupo de gente, los hombres no, sí, ellos son más gallinas, pero bueno, la cosa es que hablamos con el viejo para lograr que nos subieran el precio por cada cajón, porque uno al día ponte que alcanza a hacerse 17 cajas. El patrón se acercó y me dijo: “¿Usted ya tiene formado su sindicato aquí?”, y yo le dije que no. “Aquí nadie estaba formando un sindicato ni nada de eso, simplemente estábamos reclamando por lo justo, ahora —le dije— si usted quiere seguir pagándonos diez pesos por estarle llenando sus cajones, entonces nos paramos todos y no le llenamos ni uno”.

Pero la cosa no es fácil, hay hartos problemas en la organización para poder encontrar soluciones a los problemas que te comento. Las mujeres maduras no son el problema, ellas viven a diario la falta de dinero y tiran para arriba siempre, con hijos y todo, siempre para arriba. Pero con la cabrería de gente más joven no pasa lo mismo. Las mujeres mayores, nosotras, vivimos los problemas económicos propios del obrero

agrícola, el problema de la falta de contratos, de la poca paga, de las malas condiciones de trabajo. Hay cabras jóvenes que son inteligentes, muy conscientes, pero la gran mayoría no, buena parte trabaja para comprarse ropa, un pantalón o una polera que han visto en la tele. Entonces, a pesar de que haya mujeres bien choras, siempre sale por aquí o por allá uno que otro problema para la organización.

Por ejemplo, también se da el caso de mujeres que son buenas para pelear por sus derechos en la cosecha, pero una vez que llegan a la casa la cosa cambia, porque el marido no les da permiso para ir a las reuniones, o simplemente no van para no tener problemas en la casa. Tengo una amiga que es bien chora, ella sabe por qué se produce tal o cual problema, ella sabe por qué estamos así, pero imagínate, a su marido —que es cesante— no le gusta que ella salga, entonces si hacemos una reunión tenemos que ir a su casa, porque si no, no se puede no más. Yo me he fijado que el hombre tiene miedo, creo que es por miedo, creo que el hombre está con más miedo que la mujer. Creo que esto es porque el hombre se siente más importante que la mujer, y por esto piensa que si se lo llevan, la mujer y los niños van a quedar solos y no van a poder sobrevivir, entonces no hace nada con esa excusa, aunque de hecho la mujer trabaje a parejitas en la tierra, aunque esté trabajando y manteniendo la casa, igual no más se mantiene esa idea de que el hombre es más importante y sin él se va todo a la ruina.

Por ejemplo, en mi caso mi papá siempre inspiró más respeto, como te contaba. Esto es porque mi mamá nunca hizo el intento de comunicarse con nosotros, ella se sacaba la cuesta trabajando desde el amanecer hasta la noche, pero nunca nos dimos cuenta de eso porque ella nunca se comunicó con nosotros. En cambio, si uno le dice al niño: “pucha, mijo, tengo que salir a trabajar para poder comprarte esto o esto otro, pórtese bien”, entonces el niño es consciente del esfuerzo

que se está haciendo y por lo mismo, es solidario. Nosotros no valorizábamos el trabajo que hacía mi mamá, la veíamos como una máquina que se movía todo el día, siempre haciendo algo, pero nunca diciendo nada; en cambio mi papá llegaba en la tarde cansado, choreado, y empezaba a decir: “pucha que el patrón acá, que el patrón allá”, entonces comunicaba los problemas que tenía y uno lo iba entendiendo. Por eso yo te digo, si uno da a entender todo el problema los cabros se vuelven más conscientes. Hay hijos de campesinos que andan a la pinta, súper bien vestidos, ellos no saben lo que es sacarse la mugre trabajando en la tierra, no saben nada del sacrificio que hacen sus padres, y ahí empieza el problema.

Olivia Herrera (53 años), nacida en 1937 en la Hacienda Las casas de Quilpué, San Felipe, Aconcagua, región de Valparaíso⁴

Yo nací en el año 37, según una Libreta, porque yo estaba en dos Libretas. A mí me embromaron, porque yo a estas alturas tendría sesenta años. Antes los papás de uno juntaban a los chiquillos y los iban a pasar por el Civil a todos juntos, y ahí fue donde me jodieron a mí, porque por una libreta tengo cincuenta años y por la otra tengo sesenta, y ya no puedo arreglar eso.

Nací en el fundo Los Molles, o sea, en la hacienda Quilpué. Era un solo fundo antes. Mi papá se llamaba Diego Herrera, y era temporero; fue temporero desde los catorce años. Entró como jardinero a trabajar en el palacio de la hacienda Quilpué, que era de propiedad de los Lyon Edwards, y después se casó con mi mamá. Ella se llamaba Ester Rivera. Eran vecinos, vivían los dos en el mismo fundo. Antes se conocían y se casaban ahí mismo. Incluso creo que mi papá, según lo que nos contaba, agarró en los brazos a mi mamá chiquitita. Mi papá, cuando se casó con la mamá, tenía veintisiete años, y mi mamá tenía catorce.

Ahí, en la hacienda Quilpué, yo fui a la escuela. En esa misma parte, en la hacienda, había una escuela. Se llamaba Escuela N° 19, nunca se me va a olvidar. Ahí estudié yo, y al lado de la escuela había una capilla. Y en esa capilla parece que me bautizaron a mí. También hice la primera comunión ahí, cuando tenía siete años, en esa capilla.

Del palacio que había en la hacienda yo me acuerdo; tenía más de trescientas habitaciones. Era muy lindo, y adentro, me

⁴ Relato construido a partir de las entrevistas realizadas por Ximena Valdés en Santa María, en 1990, y editadas por Paulina Matta.

acuerdo yo, las habitaciones eran de mármol y tenía un tremendo espacio de jardín. Ahí en el palacio era donde mi papá era jardinero en esos años. Porque mi papá siguió muchos años. Cuando yo tuve conocimiento de mi papá todavía era jardinero. Y después, cuando tuve conocimiento de mi mamá, era cocinera ahí en ese palacio, cocinaba para los patrones. Tenían una casita al lado, que le llamaban “el cañón de piezas”. Ese era el nombre que tenía la casa donde vivían, porque eran unas casas largas, y como estaban todas juntas, les pusieron el cañón de piezas. Eran de ese estilo antiguo, casas altas, con tejas. Ahí vivía mucha gente, eso sí que las piezas eran súper grandes. Mi mamá tenía dos piezas, y quedaba nadando uno con las cosas ahí, en las tremendas casas. La casa en que vivíamos era bien bonita. Antigua, pero al papá le gustaba arreglarla, la tenía bien. Lo mejor es que a mi mamá le gustaban mucho las flores, y tenía unos jardines tan lindos. Me acuerdo yo de esas violetas, tenía rosales, nardos blancos, hortensias. Y el papá cuidaba con mucha especialidad ese jardín. Y en esa parte donde vivíamos nosotros había un naranjal, había una variedad de naranjas, mandarinas... Era grande, debe haber sido como unas ocho hectáreas el naranjal. Tenían varios trabajadores ahí, de planta en ese puro pedacito. En esa época tengo que haber tenido, más o menos, unos trece años.

En el palacio estaba toda la familia Lyon, Lyon Edwards. Estaba don Arturo, don Andrés, la señora Teresa y la señora María. Eran cuatro hijos. No vivían ahí. Se quedaban unas temporadas, y después se iban a Santiago. Acá en Santiago me parece que vivían por el Parque Forestal.

La señora María Lyon es la mamá de don Jorge Covarrubias Lyon. Ese siguió siendo el patrón mío después. Cuando se murió el finado Arturo Lyon, quedó el Arturo Lyon nuevo —parece que a todos los hijos mayores les ponen ese nombre—, y vendieron el fundo Quilpué. Los patrones se trasladaron arriba, entonces. El fundo en que quedaron ellos se llama Los Molles

ahora. Ahí se quedaron y vendieron toda la hacienda Quilpué. Empezaron a repartirse las parcelas, porque fue aparcelado ese fundo después, entre los dueños. Se repartieron una parte para cada hijo, y como nosotros quedamos justo en una parcela que les correspondía a los papás de don Jorge Covarrubias, a la señora María Lyon, tuvimos que seguirlo a él.

Entonces nos vinimos, mi papá se vino con ellos a Los Molles, y ahí le dieron una casa en el fundo, que estaba al lado del chalé que tenían los mismos patrones. En ese tiempo eran los Lyon nuevos, que eran Lyon Valverde. La hacienda Quilpué se la vendieron a don Raimundo del Río. No sé si habrá quedado como dueño o administrador, pero ese caballero quedó ahí. Después creo que donaron el palacio a la Municipalidad de San Felipe, pero después no sé qué pasó, porque a ese palacio lo botaron. Lo iban a remodelar y después una vez yo fui, y estaba el palacio en el suelo.

A don Jorge Covarrubias le tocó toda la parte de Jahuel, y justo le tocó una isla, que es la parte donde vivo yo ahora. Esa isla él la donó a la población donde yo vivo; fue hace como veinticuatro años que la donó a sus mismos trabajadores que le correspondían a él; donó el suelo, y nosotros pagamos la pura construcción, no más, por intermedio del Serviu. Son quince casas para treinta familias, pero son grandecitas las casas.

Nosotros somos seis hermanos, seis hijos. Los hombres fueron temporeros, trabajaban con el papá. Incluso uno de mis hermanos —Diego se llamaba, igual al papá— fue el peón que tenía el papá en esos años, cuando le dieron la casa. Le daban una cuadra de tierra, y ahí como inquilino obligado tenía que echar un peón él, por la casa, para poder trabajar en el fundo. Ahí mi papá sembraba papas, tomates, porotos, puras cosas así, para la casa, porque antes no se vendía nada. Todo lo que se cosechaba era para guardarlo para el invierno. El papá sembraba la papa, los porotos, el choclo, el zapallo, las habas, alverjas, de todo le ponía. Tenía todo el año verduras.

Mi hermano, Diego, en la hacienda hizo de todo, hasta cáñamo, todas esas cosas, porque antes ahí había unas chancadoras donde se echaba a podrir el cáñamo, en unos tranques, y después se sacaba y se iba a unas tascadoras y quedaba la pura fibra no más. Mi hermano trabajaba ahí, y también en la cuestión de la siega del trigo, porque antes no había máquinas para eso, se segaba a pura echona, no más. Después mi hermano siguió de peón ahí, y mi papá tuvo que salir a trabajar al fundo, porque lo nombraron administrador del fundo Los Molles. Entonces lo cambiaron a otra casa, que quedaba más arriba, y le pasaron un caballo y una montura, porque tenía que salir a recorrer el fundo. Ahí los otros dos hermanos que quedaban en la casa se preocupaban de la siembra, y mis hermanas también. A nosotras desde chicas nos enseñaron a limpiar los tomates, las cebollas. Yo, que era la más chica, andaba con una raspita por ahí, limpiando cebollas, tomates. Y me tocaba ir a cortar la verdura para la mamá; todos los días había que ir a cortar la verdura.

En Los Molles estábamos mejor. En la hacienda Quilpué el papá trabajaba y la mamá también, y pasábamos solos. En cambió acá no, porque el papá trabajaba como administrador y mi hermano como peón de la casa, y la mamá no trabajaba. Se dedicaba a criar, porque en aquellos años tenía una bandada de pavos, y criaba chanchos, y hartas gallinas, ovejas, cabras, conejos... había de todo tipo de animales. Toda la alimentación era para uno. Por eso yo creo que duramos tanto, porque estábamos bien alimentados. No me acuerdo que la mamá haya comprado un kilo de arroz. Ella nos hacía remojado, frangollo, la harina tostada, todo eso lo hacía ella. La tostaba en unas ollas de greda que tenía ella, las llamaba callana a esas ollas. Y el trigo lo molía en unas piedras que tenía; una piedra con otra piedrecita encima; hincada en las rodillas molía. La harina, mi papá la mandaba a hacer, la traía de San

Felipe. Él llevaba los sacos de trigo, y después le devolvían el trigo convertido en harina.

La mamá también hacía motemei, que le llaman, el mote de maíz, y el majado. Majaba el trigo y nos quedaba morocho. Y charqui... El papá nunca se fue a una carnicería a comprar un kilo de carne. Llegaba el fin de semana y mi mamá decía: “No tengo carne hoy día”, y allá partía no más con una sogá, linceaba un cordero, una cabra, y la mataba ella misma, la pelaba y hacía almuerzo con esa misma carne. Y mi papá mataba animales vacunos y hacía charqui. Me acuerdo que enrollaban el charqui igual que unos atados y lo colgábamos de unas vigas.

Los huevos... no le digo yo. Los huevos se recogían por canastos, huevos azules, huevos de pava, de pato, de gallina. Y yo todo el tiempo fui flaca, nunca fui gorda. Mi papá compró hasta una burra para darme leche, porque le habían dicho que esa leche hace engordar a las personas. Tomaba todos los días un vaso de leche de burra al pie de la burra, y no pasó nada. Seguí flacuchenta igual, no más.

En Los Molles no había colegio, pero les ponían una carretela a los niños y los llevaban ahí. Primero fue una carreta, tirada por dos bueyes —en ese tiempo yo todavía iba a la escuela—, y una vez se cayó una niñita y le pasaron por encima la rueda de la carreta. La mataron. Se llamaba Panchita, y todavía está la animita, la casita que le hicieron. Después que se mató esa niñita, pusieron una carretela tirada por dos caballos, y ahí llegábamos más rápido.

Yo llegué hasta sexto. Estuve seis años en la escuela, y no repetí ni un año. Me gustaban los estudios, pero antes era hasta esa edad no más. La persona que llegaba a sexto, ya no podía estudiar más, porque la otra educación ya era más cara.

El papá siguió viviendo en Los Molles, y se fue poniendo viejito. Tenía más de ochenta años, pero igual andaba en bicicleta, como un cabro chico. Hasta el último día que estuvo

para morirse, andaba en bicicleta; venía a San Felipe a comprar la mercadería, las cositas que faltaban.

Después, cuando hicieron la parcelación de los fundos, a mi papá lo corrieron del fundo. Tiene que haber sido después de la Reforma Agraria esto, porque cuando corrieron al papá, a mi hermano el mayor, el que hacía de peón del papá, le tocó una parcela. Después a eso le pusieron Asentamiento de Casas Chicas. Ahí está mi hermano ahora. Y cuando al papá lo corrieron del fundo Los Molles, se fue a vivir con mi hermano. Se compró una casita prefabricada de madera y la instalaron en las tierras de mi hermano. Pero mi papá duró muy poco; duró como tres años, no más, después de que lo corrieron. No ve que estaba acostumbrado él a criar, y todas esas cosas. Y aparte de que cuando lo corrieron no le dieron ni plata de eso que le deben dar por vejez. Lo corrieron no más, pues. No le dieron nada. Eso es lo que había antes. Había mucha comida, pero explotaban mucho a la gente.

Me acuerdo que el papá salía a las siete de la mañana, a veces a las seis de la mañana, a recorrer el fundo, y llegaba oscuro; tiene que haber sido como a las nueve de la noche cuando llegaba.

A los catorce años me entró la locura y me casé. La mamá siempre me decía: “Tienes que buscarte un marido, chiquilla, porque tienes que casarte. Yo me voy a morir, voy a estar vieja, y luego vas a quedar sola, así que tienes que buscar un hombre, y te casas”. Y por ahí encontré uno, y me casé. Se llama Luis Altamirano, y vivía en el mismo fundo. Y justo cuando yo me casé, le tocó hacer el servicio militar a mi marido. Tenía diecisiete años. Se fue al regimiento y ahí hizo el servicio militar como una semana, porque luego le descubrieron que era casado y lo echaron para fuera. Entonces estuvimos viviendo en la casa de mis papás. Donde vivía mi papá, al frente de la casa había un cuarto grande donde guardaban las herramientas. Yo me acuerdo que fui a la oficina y hablé con

don Jorge Covarrubias. Le dije que me diera ese cuartito para poder vivir, que yo no iba a vivir con mis papás, que quería vivir sola. Había ratones, arañas, había de todo ahí. Así que don Jorge dio la orden y mandó dos hombres y sacaron todo y desocuparon el cuarto ese. Llevaron las cosas de ahí a otra bodega que había. Y tenía unos hoyos, me acuerdo, por abajo el cuarto, así que lo parcharon, y era un cuarto largo. Ahí viví los primeros años de matrimonio. En ese cuarto nacieron tres niños, los mayores.

Una vez que ya me casé fue cuando comencé a trabajar. Tuve que salir al tiro a trabajar. Fue como un año que lo pasamos bien, y ya por ahí empecé a sufrirla, criando chiquillos. Mi primer hijo lo tuve a los quince años, Y de ahí fueron llegando los niños, seguiditos. Yo le preguntaba a mi mamá, y mi mamá me decía: “No, pues, hija. Si usted tiene que tener los hijos que Dios le dé no más”. Así que, ahí a tener chiquillos.

De allá del fundo Los Molles nos vinimos a Santa María, cuando salió la casita acá. Hace tiempo habían hecho una cooperativa, y por ahí en esa cooperativa se fueron arreglando, hicieron estas juntas de inquilinos. Claro que esto tiene que haber sido de acuerdo con el patrón, porque cómo arreglaron la cuestión del terreno después. Y se demoraron varios años, porque yo ya tenía olvidado eso de que íbamos a tener casa. Ya había perdido las esperanzas, cuando un día llegó mi marido y dijo: “Sabes —me dijo— nos va a salir la casa por fin”. Yo no le creí, pero no se demoraron mucho en hacer la población. Me acuerdo que cuando le entregaron las llaves de la casa a él —se las entregaron como a las siete de la tarde—, nosotros a las diez de la noche ya estábamos en la casa viviendo. No teníamos cortinas, ni una cosa; así no más nos fuimos. En el mismo camión del fundo que el patrón nos prestó, nos fuimos con los monitos a la casa. Fuimos los primeros vivientes que llegamos a esa población. Incluso como la otra casa se había caído y ya estaba mala, el patrón le dijo a mi marido:

“Llévate toda la madera que te quede, que te sirva de ahí de esa casa; el zinc, todo eso te lo llevas”. Nos regaló todo eso, y ahí armamos la casita y empezamos a vivir bien.

De ahí fue cuando empezamos a trabajar los dos en Coexport, y ahí también fue que empezaron más las desavenencias, porque una vez que se vino a la ciudad él, ya todo cambió. Acá era peor. Se puso mujeriego, más borracho. Y más encima aquí al lado de la casa donde yo vivía —esas casas fueron por sorteo—, justo me tocó mi suegro, vivían los papás de él al lado, y siempre los padres consienten más a los hijos. Entonces yo pasaba mala vida con él, y no podía quejarme a mis suegros. Ellos murieron. Ahora hay un cuñado ahí, un hermano de mi marido que vive al lado mío. Está toda la familia de él. Tengo un hermano de él al lado, una hermana de él a la entrada de la población, otra al frente y otra más al norte.

El patrón ahí en Coexport nos tenía buena a nosotros, porque cuando este caballero estaba chiquito, como era joven, como son los jóvenes, se iba a la casa de nosotros, jugaba con mis hermanos y pasaba allá no más. Detrás de la casa en donde vivíamos había unas tremendas higueras, corridas de higueras, y por debajo de las higueras pasaba un canal. Así que este cabro se iba a comer higos, brevas que salían ahí, y se bañaba en ese canal y pasaba todo el día en la casa. Se crio más o menos en la casa de nosotros. Nos ha tenido buena por eso. Si a mí nunca me ha desconocido. Ahora ya hace muchos años que no trabajo con él, a pesar de que tiene su fundo para arriba, el fundo Jahuel; tiene *packing*, tiene todo eso. Es muy bonito el *packing* —se llama Santa Rosa—, pero no he ido a trabajar más allá, así como era de bueno este caballero, también explotaba a la gente. Yo trabajé veinticinco años con él. Estuve trabajando en frigorífico, en la bodega, embalé y limpiaba, etiquetaba, timbraba, cocinaba... De todo hacía por ahí, yo. Donde faltaba una, me mandaban a mí, porque yo sabía hacer el trabajo. Estuve en control de calidad también ahí; o sea, hice de todo.

Cuando estaba en el frigorífico, me tocaba entregar carga en veces en la noche; porque yo trabajaba en la noche, y mi marido también trabajaba ahí, de día. Así que cuando yo iba llegando a la casa, él venía saliendo. No nos encontrábamos.

En el frigorífico se trabajaba mucha uva de distintos productores. Hay veces que había más de treinta, cuarenta productores que le van embalando la uva y la van metiendo al frigorífico, pero para cargar los camiones hay que cargarlos con un solo productor. Entonces había que entrar al frigorífico, contar cuántas bandejas había, si alcanzaba para cargar el camión o había que cargar la mitad de un productor y la mitad de otro. Esa era la pega que yo tenía. Entonces de repente me metía más adentro con equipo y todo, pero, pucha, salía como chupete helado para fuera, tiritando. Usábamos mucho nosotros el café con pisco para pasar el frío. Cinco minutos duraba adentro uno, con equipo y todo, pero igual no más. Claro que al principio tomábamos el cafecito con pisco, y ya después nos fuimos tomando el pisco solo, porque era demasiado el frío que hacía. Así que yo después hablé con el jefe, le dije que me sacara de ahí porque yo no quería convertirme en alcohólica. Me sacaron y me pusieron en la bodega. Porque aparte que el frío me hacía mal en el frigorífico, siempre pasaba con dolor de los huesos, de muelas...

Ahí se cometía cualquier abuso con la gente, a pesar de que yo era como de adentro, como de la casa. Se abusaba con toda la gente. Los mismos empleados hacían incluso sus recortes también, con los mismos productores; los productores chicos que llegaban, les recortaban cajitas de uva. La mayoría de los *packing* funcionan así. La uva más linda es la de los asentamientos, porque se dedican ellos personalmente a su trabajo. El asentado se dedica a eso con la familia y sacan una uva preciosa. El raleo que hacen en el asentamiento lo hacen bien hecho, porque saben que esa uva es de ellos. En cambio, con un patrón —por ejemplo, un empresario— lleva

a la gente y si tiene un jefe que entiende poco de eso, la gente trabaja a la manera de ellos no más. Le cortan un brazo a un racimo, otro por aquí, otro por allá, y el racimo queda igual y se aprieta igual. El asentado, si busca gente para trabajar, busca gente que realmente entienda. Así que lo mejor que llega a los *packing* es la uva de los asentamientos. Y eso es lo que les chorean a estos gallos y la cambian; le ponen una uva fea y se dejan la bonita para ellos. Sacan primera y los otros sacan tercera. Es el *arreglín* que hay ahí. Pero uno de adentro ve todas las cosas... Y ahí jamás gané. Cinco mil pesos, diez mil pesos era lo más que sacaba. Y trabajábamos algunas veces hasta las seis de la mañana; las tres, cuatro de la mañana. Cuando trabajaba de noche, me tocaba de ocho a ocho. Dormía en la mañana, y a veces en el día es difícil dormir, una que tiene hijos...

Yo he trabajado la mayoría del tiempo con Covarrubias, con la familia de él. Era el mismo *packing*, de los mismos dueños, pero con distintos nombres. Con un caballero que era jefe ahí, don Wilson, yo trabajé veinticinco años. Cuando yo lo conocí, no era el jefe, era el ayudante del jefe todavía. Y este caballero empezó de abajo, barriendo, etiquetando, haciendo distintos trabajos, hasta llegar a ser lo que es ahora, que es un empresario. Creo que con el hermano tienen una sociedad. Entonces ese caballero surgió de abajo, él empezó de abajo, y sabe todos los problemas que pasan y todas las cosas. Yo pienso que por eso él es tan humano con la gente.

Mi marido trabajó también en ese *packing*, el Coexport, y después, cuando terminaba el *packing*, trabajaba para Los Molles, en el fundo. Él era de planta, nunca le faltaba la pega. Cuando no estaba en el *packing*, estaba en terreno. Ganaba seis pesos, me daba tres pesos a mí y los otros tres se los metía al bolsillo. Y yo con esos tres pesos tenía que mantener mis chiquillos, tener para educación, para vestirlos, todo. Y los tres pesos que se dejaba para él, esos se los tomaba o se los

farreaba con los amigos. Siempre tuvo esa mala costumbre, y de ahí vinieron las desavenencias entre nosotros. No le digo que yo me casé para sufrir... De ahí empecé a conocer los problemas, y lo soporté treinta y seis años. Después de treinta y seis años fue la primera vez que me rebelé. Nos peleamos y ya no le aguanté más. Por ahí nos fuimos a las manos. Le pegué y salí perdiendo y se fue, pues. Ahí terminó todo, hace como trece años ya.

Él me pegaba casi todos los días, por todo. Yo me quejaba con mi mamá, y mi mamá me decía: “Bueno, pues hija, si él es su marido”.

Cuando mi marido se fue, cuando ya se terminó todo entre nosotros, vivíamos aquí en Colina. Hace unos años le salió una pega a él acá en Colina y nos vinimos vivir aquí, a una chacra que se llamaba chacra Santa Elsa, que está antes del puente Colina. Ahí estuvimos como trece años, más o menos. Él se vino como administrador a la chacra esa, y vivíamos en la casa patronal, en la casa del patrón. El caballero se compró un palacete en Santiago y no sacó nada de ahí de esa casa; no ve que compró amoblado con todo acá. Y nos pasó la casa igual a nosotros, así que en esa casa no faltaba nada; incluso había un jardinero, hasta una niña para que me ayudara a mí. Estábamos bien, mi marido administraba y el caballero iba una vez al mes a la parcela. Mi marido prácticamente era como dueño. Ahí tiramos para arriba. Yo empecé a criar animalitos, y lo pasábamos bien. Mis hijos estaban estudiando, unos en Santiago. Tenía tres estudiando, más la otra niña que tengo enferma.

Y por ahí en esa fecha fue cuando mi marido se entusiasmó con una persona. Un día llegó y me pegó, y vine yo y le hice la cruz. Fuera de eso había hecho muchas cosas antes, y yo me callaba todas esas cosas, porque no tenía idea a dónde podía ir... Y ya tanto aguantarle, no sé cómo fue que me avivé y tomé una horqueta, y le hice la cruz con una horqueta y

le pegué. Ahí se terminó todo. Él pescó sus pilchas y se fue con la galla esta, se fue con la mujer. Dejó todo botado, todo, todo, todo. Yo incluso estuve una pila de meses ayudándole al caballero, administrándole yo la parcela, porque yo tuve que tomar las riendas. Pero luego me acordé de mi casa, y me fui. A mí me interesaba mi tierra, porque en primer lugar acá yo no estaba mal, pero realmente no conocía a nadie. Aparte de la vergüenza de haber quedado botada, de que había quedado sola. Así que pesqué a mis chiquillos no más y me fui.

Allá, los familiares de él que les habíamos dejado la casa, un hermano de él, me la entregaron pelada. Si cuando yo llegué a la casa, no había nada. Él había ido antes, creo, y les había regalado todos los mueblecitos, porque cuando nosotros vinimos de allá no trajimos nada a Colina. Como acá había de todo, dejamos la casita igual allá. Cuando nos entregaron la casa, me la entregaron vacía, llena de deudas, porque se debía una cantidad de meses de dividendo. Cuando me fui tuve que dormir como tres meses en el suelo, porque no teníamos ni cama.

Y por ahí, como siempre tenía las puertas abiertas en Coexport, entré a trabajar ahí. Le conté todas las cosas al patrón. Incluso él mismo, como no tenía adónde cocinar, me estuvo pagando la pensión en la bomba, allá en Santa María, para mí y mis chiquillos. Estuve una pila de tiempo comiendo ahí, hasta que ya me alcanzó para comprar las ollitas, las cucharitas... Tuve que empezar de nuevo, y aparte de sacar los niños del colegio y trasladarlos a otra escuela... Menos mal que no me faltó...

Justamente este año me enteré que don Wilson era ya empresario y tenía un *packing* chiquitito. Cuando yo me salí de Coexport perdí contacto con él, y ahí pasaron muchos años. Entonces yo me encontré con él y ahí me quedé trabajando. La verdad es que, como persona, como jefe, es muy bueno, una buena persona. Se trabaja poco y se gana más o menos,

porque lo que se gana en ese *packing* se gana hasta las seis de la mañana en otro *packing*. Nosotros trabajamos hasta las siete, pero aparte de eso nos dan buenas onces ahí; en otros *packing* a una le dan pura agua y uno tiene que llevar el pancito y la *azuquita* y el tecito, y ahí no, pues. Es bien atendida la gente. Es como una familia, cosa muy agradable. Yo pienso que esa experiencia que este caballero ha tenido puede que ahora la esté haciendo con la gente, porque él no es malo.

También estoy inscrita en otro *packing*, que es de la misma familia Covarrubias, claro que de otro, son primos hermanos. Se llama Fisher este *packing*. Es que yo siempre ando buscando la platita, a dónde hay. A mí me gusta trabajar; no me importa lo que sea, pero que sea un trabajo que me dé para la casa. Imagínese que soy sola; si yo no trabajo, en la casa no se come, simplemente. Así es. Yo no me puedo quedar un día sin salir a la calle a ganarme algún peso, porque las cuentas me pillan. ¿Y si no tengo pega, cómo pago? Tiene que moverse uno, y precisamente ahora pienso que en los parrones... Bueno, tampoco busqué pega en el parrón, porque con la experiencia que tuve la otra vez, cuando me corrieron del parronal... Es que estoy en una edad, a lo mejor con la vejez ya no tengo la paciencia que tenía antes, y cuando veo una injusticia con una persona, me meto yo, me pongo a pelear, y ahí me corren. Me les metí al fondo en la cuestión del sindicalismo. Yo no puedo ver que estén abusando de otra persona. Entonces ese es el problema que yo tengo, que a mí los empresarios me tienen miedo; posiblemente porque me tienen miedo, no me dan trabajo. Y el sindicato está tan re malo; no me apoya para nada a mí. Hay gente que le pasan el contrato y llegan y lo firman, y no leen. Nosotros siempre estamos diciéndoles: “Lee siempre, hay que leer el contrato. Infórmate de lo que dice ahí, y si te conviene, los firmas; y si no, no”. Pero ellas no hacen eso. Nosotros siempre andamos avivando a la gente, despertando a la gente, porque la mayoría está dormida.

Todavía siguen los abusos, y cada día peor. Ahora se hace una reunión, por ejemplo, entre concejales de la municipalidad, y el primero que está metido es el presidente del sindicato. Y de qué sindicato. Él está invitado ahí, representando al sindicato, pero a qué sindicato. Son demasiado humillantes, siempre andan con la prepotencia y no saben llegar a la gente, y la gente por eso se retira del sindicato. A la gente hay que ganársela con humildad, como debe ser, no con prepotencia.

Pero bueno, yo en parte al sindicato le agradezco mucho, porque gracias al sindicato yo superé el problema mío, la separación, todas esas cosas.

Y ya me le fueron casando los chiquillos, después. Yo tengo diez hijos, pero de los diez, crie siete. El mayor es militar, está en Antofagasta. Este niño salió a los diecisiete años de la casa; de visita una vez al año, pero no fue carga mía. Él se valió solo de la edad de diecisiete años... Y ahí me quedaron los otros. Después se me casó una chiquilla, después se me casó el otro, y cuando yo me quedé sola me quedaban cuatro. Así que ahí salí a flote con mis cuatro chiquillos, y sin pedirle un peso a nadie.

Con mis hijos, de repente salimos al campo. Hay un bosque en frente de donde vivo yo, bien bonito. Vamos a hacer almuerzo para allá. Nos juntamos todos. Yo en este momento tengo diecinueve nietos y tres bisnietos. Hace poquito tengo un bisnieto nuevecito. Tiene como diez días no más.

Ahora vivo con la chiquilla enferma que yo tengo y el niño que tiene ella. El niño lo tengo yo, siempre lo he criado yo, desde chiquitito. De las otras hijas mujeres, hay una que está en Santa María, que es la mayor. Es temporera, también. Es una tremenda mujer. Nadie cree que son hijas mías. Si yo a mis hijos ahora los tengo que mirar hacia arriba, son tremendos niños. El marido de ella administra una parcela más abajo. Y está mi hija más chica. Tiene veinticuatro años, es la guagua. Y ella tiene un niño. Ella está en la casa, no más, como tiene

el mocoso chico. El marido de ella es parvulario. Y ahí le fue mal. Ahora está trabajando en la misma parcela en donde está el marido de mi otra hija. Y el otro hijo mayor también vive en Santa María, y trabaja de planta con el mismo joven este.

Los niños míos saben todo el trabajo de terreno, porque conmigo y con mi marido aprendieron todo eso. Yo, de chiquitos les pasé las tijeras, que aprendieran a podar, a injertar, todas esas cuestiones. Claro, eso lo he hecho yo siempre, y viera esas cosas cómo sirven. Por ejemplo, yo en mi casa tuve que ser hombre y mujer. Yo tengo parrones, tengo árboles, he plantado árboles, he hecho injertos... Como son casas chicas, hay que tener árboles, al menos. Yo tengo árboles en mi casa que me dan de tres a cuatro variedades de frutas, porque yo les he metido injertos ahí. En una mata de naranjo tengo mandarina, tengo limones y unas dos variedades de naranjas; en damascos, tengo ciruelos. O sea, siempre se pueden hacer injertos de pepa con pepa, o cuesco con cuesco.

Temporeras

En esta sección se incluyen relatos de cuatro temporeras que viven en el valle de Aconcagua: Lidia (1975), en San Esteban, región de Valparaíso; Rosa (1960) y Nena (1962), en Vicuña, región de Coquimbo; y María (1961), en Vallenar, región de Atacama. Todas ellas se desplazan de empresa en empresa y de valle en valle durante la temporada, para hacerse el salario en las distintas faenas de la uva de mesa y otros cultivos.

Lidia (38 años), nacida en 1975 en Los Andes, región de Aconcagua¹

Mi nombre es Lidia y nací en Los Andes, el año 1975. En total somos ocho hermanos. De esos ocho hermanos, dos hombres viven en Santiago y uno en Valparaíso, mientras que las cinco hermanas vivimos acá, en Los Andes, y todas trabajamos de temporada.

Yo ya no tengo papá, porque hace muchos años que él se murió. Mi papá tenía camiones; era dueño de camión y trabajaba particular. Mi mamá empezó a trabajar cuando se murió mi papá. Como ella dice, se puso a trabajar porque la necesidad tiene cara de hereje y tenía que pagar el agua, el gas, la luz y la comida de todos nosotros, los ocho hermanos. Ella ha trabajado en las papas, las cebollas y las arvejas; también ha ido a trabajar en la corta de porotos.

Tengo dos hijos: la parejita. Mi hija es la mayor, y el hijo el menor. Ella actualmente tiene 17 años –nació en febrero del año 1991- y la tuve cuando yo tenía 16 años y 10 meses. Cuando supe que estaba embarazada no le dije a nadie en mi familia, porque estaba en segundo medio, así que dejé de comer para que no se me notara la guatita: nunca me puse faja, simplemente dejé de comer para que no se notara el embarazo, ya que no quería que supieran en la casa. En ese tiempo, te echaban de la casa o te pegaban si quedabas esperando guagüita. Cuando nació, la Francisca pesaba 1 kilo 800 gramos. Era tan chiquitita, que las uñitas no las tenía como duritas. Yo creo que nació antes de tiempo. En realidad, no sé de cuantos meses nació, pero yo creo que nació antes.

¹ Entrevista realizada por Ximena Valdés y Angie Mendoza en 2013, en San Esteban, y editada por Cristián Fuentes.

En mi casa ya habían niños, pero mi mamá no quería que tuviera a la niña, así que habló con una asistente social para que mi hija se fuera en adopción, porque yo era muy chica y ella no quería más nietos en la casa. Más encima mis hermanos no trabajaban y ella pensó que con mi caso sería igual. Así que un día me dijo que tenía que regalarla no más, porque no me la iba a aceptar, pero cuando llegó la asistente a buscar a la niña yo no se la di; yo tenía que firmar y dejar la niña en el hospital, pero yo le dije que no, que aunque tuviera que andar en la calle no se la daba, porque era mía la niña. Mi mamá nunca me preguntó qué iba hacer con ella, ya que solo fue reconocida por mí, puesto que el papá no la quiso reconocer. Cuando le dije al padre que estaba embarazada me dijo que no podía hacerse cargo ni de mi hija ni de mí, así que me pidió que le dijera a mi mamá que él se había ido, y yo entendí la situación a la primera, así que yo dije que si no quería hacerse cargo de mi hija, que no lo hiciera no más. Nunca más lo volví a ver.

Lo bueno que pasó dentro de todo eso fue que una prima mía me dijo que, si mi mamá me quería obligar a dar a la niña en adopción, me podía quedar a vivir con ella en la casa que tenía en la Alameda de Los Andes, así que gracias a eso me afirmé y me fui con ella, y al mes de nacida la Francisca yo ya estaba buscando trabajo mientras mi prima me criaba a mi niña. Esa prima, cuando me vio con la niña en los brazos, me abrió las puertas.

Ese primer año me tuve que poner a trabajar en lo que sea y así fue como llegué a ser temporera, porque de tan pobre que era, cuando fui a tener a la niña no tenía ni un pantalón ni un par de zapatos, igual que las personas del río, solo que yo vivía en una población; esa era la única diferencia. Después de que nació ella, me puse a trabajar en las nueces. Antes había trabajado en la frutilla, en la cebolla, y después en las nueces, pero ganaba casi nada. Yo creo que en este tiempo ganaba para una bolsita chica, de esas que vendían, de leche en polvo,

pero para que no me echaran tenía que ganar esos 500 pesos partiendo nueces para alimentar a la Panchita. La mudaba sabe Dios con qué, con una bolsa de estas de harina, ella lo sabe, porque yo se lo he contado todo. Con una polera y la bolsa la mudaba, porque en mi casa no me apoyaron nada. Lo único que hacían era decirme que para qué había tenido guagua, que dónde la iba a dejar; fueron puros dramas cuando la tuve, por eso me puse a trabajar de temporera. De ahí entré a un fundo de Abel Bouchon, y ahí aprendí a trabajar en el verde, en las parras. Después me cambié a trabajar con duraznos y peras, y así hasta ahora.

Al papá del Matías, el segundo niño, lo conocí en un trabajo. Él era supervisor de un contratista y tenía mucha más edad que yo. Ahí quedé embarazada de nuevo, y al primer mes de embarazo me dejó botada, aparte de que ya tenía a la niña. Yo no sé cuáles eran sus intenciones, si nunca quiso hacerse cargo del niño o si algo que hice le habrá parecido mal. Pero cuando le dije que estaba embarazada del Matías, me dejó al tiro. Como yo ya había pasado por eso, nunca le perdoné que me dejara, porque ya tenía una niña sola y eso no es nada de fácil. Cómo se le ocurría dejarme sola con el niño. Ahí mi papá me apoyó bastante, pero a mí ya no me importaba si me echaba o no, porque yo ya trabajaba, así que crié a mis hijos sola, a los dos niños los he criado sola.

Desde que tuve a los niños me he ido a Copiapó y también he ido a Ovalle. Si me echaban de una casa, me iba a la casa de amigas, y siempre con los dos críos al lado, siempre. A mí me pueden quitar el pan de la boca, pero a mis hijos no. Si tienen hambre soy capaz de vender la tele y les doy a mis hijos el pan. A mí Dios me ayuda por eso, porque peno y muero por estos niñitos. A veces converso con mi hija y pienso qué habría sido de ellos si yo hubiese sido como sus padres; quizás ella estaría embarazada o vendiendo drogas en la esquina, pero felizmente mi hija es una señorita; va a cumplir 18 años y está sacando

su cuarto medio. Es relativamente normal, es feliz. Me sacó las recreas en los parrones, pero mis hijos nunca han tenido necesidad de pedir un lápiz prestado. Mi hija me ha ayudado bastante, porque después de que me fui, cuando ella todavía estaba chiquita, yo la dejé en la casa de mi mamá, pero eso significaba que no podía ahorrar, ya que a mi mami le tenía que pagar por la crianza de mis niños; tenía que pagarle la luz, el agua y el gas, porque eso para mi mamá era una obligación. Entonces, cuando la Francisca cumplió 14 años me dijo que no quería que la cuidara más mi mamá y que ella se podía hacer cargo de su hermano, para que esa plata que yo tuviera la juntara para el invierno. Así que mi hija me ha apoyado bastante. Ella se queda con su hermano, le hace almuerzo y lo manda al colegio.

Yo al padre de Francisca lo he visto tres veces y lo único que ha hecho ha sido agradecerme por criar a la niña. Él se casó y se fue a vivir a Santiago, pero igual lo demandé, aunque nadie hizo nada. Lo demandé porque cuando la Francisca entró a primero medio me pidió que lo ubicara porque le daba vergüenza tener los dos apellidos iguales, entonces fui hablar con él y le pedí que la reconociera, porque la niña ya sentía la vergüenza de no tener papá, aunque finalmente no le dio el apellido. Me dijo que iba a venir, pero nunca más lo vimos, casi no la conoce; solo una vez la vio, cuando ella iba en el kínder, así que la Panchita no tiene imagen paterna, solo la de mi papá.

El niño, el Matías, tampoco se frecuenta con su familia paterna, o casi nada, porque ellos nunca me quisieron, así que prácticamente tuve que criarlos sola, porque, además, el papá del niño se murió.

Como dije un poco antes, todas las mujeres de mi familia trabajamos en el campo. Somos todas temporeras. Tengo una hermana que trabajó años en distintos *packing* mientras vivía en Copiapó, pero ahora regresó definitivamente a Los

Andes. En cambio, otra de mis hermanas, que también trabaja en el *packing*, siempre lo ha hecho acá. Todas las mujeres de mi familia vivimos de eso, pero no es que una sea temporera porque quiera comprarse, por decirlo así, una bicicleta, sino porque con eso yo le doy comida al Mati y la Fran. O sea, no es que una quiera ser temporera por gusto, sino porque con este trabajo podemos alimentar a nuestros hijos.

Empecé a trabajar con mis hermanas en la temporada cuando todavía éramos jovencitas. Primero fui a trabajar con la Ana y ahora voy con mi hermana más chica, que también lleva ocho años de temporera.

Mi hermana mayor, la Ana, tiene un solo hijo y trabaja toda la temporada, ya que cuando ella trabaja aprovecha de ahorrar y así pagar todas las cuotas que termina debiendo del dividendo cuando no hay trabajo, que deben ser ocho o diez cuotas, porque de lo contrario le quitan la casa. Y eso que la casa que paga está a nombre de su pareja, porque él tiene trabajo estable, ya que trabaja como chofer. Ella, en cambio, nunca podría haber postulado a la casa, porque al ser temporera no tiene sueldo fijo, no tiene nada, así que él tenía que sacar el subsidio y ella, cuando trabaja, tiene que pagar todos los dividendos para atrás. No es que ella junte plata, simplemente trabaja para pagar, pagar y pagar.

Mi hermana menor, la Carola, también es temporera y madre soltera, en el sentido de que el padre no ha reconocido al niño, aunque vive con su pareja y la suegra. Su marido es chofer, pero también es temporero, ya que no tiene un contrato de trabajo indefinido como chofer. El único que tiene trabajo estable es el marido de mi otra hermana, la Ana, así que mi cuñado es temporero y chofer por ratos, o sea, pareciera que le encanta trabajar por temporadas, ya que cuando se le acaba una pega busca otra, y a veces trabajan los dos, pero de repente, si el trabajo está malo, trabaja solo uno y así se van defendiendo. Ahora la Carola entra este lunes a trabajar

a Rancho Blanco, pero su esposo no podrá trabajar porque tuvo un accidente. Por ahora ellos viven en la casa de la suegra, mientras que mi hermana está sacando casa en la misma situación que la mía.

Después de todo lo que había pasado, un tiempo me hice contratista agrícola. Tenía un grupo como de veinte personas, que siempre trabajaban conmigo, ya que sabían que yo era buena trabajadora y estaba bien evaluada en las empresas en las que había trabajado. La gente se acercaba a mí y me consultaba si había trabajo, pero después de un tiempo dejé de trabajar como contratista, porque tuve un problema con una pareja que tenía en ese tiempo, ya que él manejaba mal las platas, así que no me convenía seguir en eso y más encima trabajando con él, porque en vez de ganar plata esa pareja solo me hizo perder, así que decidí que era mucho mejor que trabajara sola.

Una vez que decidí trabajar sola, comencé a recorrer la región buscando el trabajo, así que después de esa experiencia es que me dedico a las temporadas y trabajo tanto acá en Los Andes como para el norte: Ovalle, Copiapó y Vallenar. A veces, en vacaciones me llevo a mis dos hijos, a veces a mi mamá y a mi hermano menor. Así me la paso el año, viajando de un lugar a otro para tener un salario asegurado durante más meses al año.

La primera vez que llevé a mi hija a un campamento [ella] tenía nueve años, y fue en un campamento de Ovalle. A la niña me la cuidaban las otras compañeras por turnos, es decir, yo trabajaba un rato mientras me la veía una compañera. La tuve que llevar conmigo porque no tenía quién me la cuidara en Los Andes, ya que en la casa de mi mamá había como seis niños más, de mis otros hermanos, así que estaba obligada a llevármela. Con el tiempo, me llevé a los dos niños a Copiapó y le tenía que pagar a una señora para que me los cuidara. Todas hacemos eso: se busca a una señora a la que le pagas para

que se quede con los hijos y te los cuide. Los míos lo pasaron pésimo, así que me dijeron casi llorando que por favor nos devolviéramos a nuestra casa. Me decían: “vámonos, mamita, vámonos”, porque los pobres no se acostumbraron a estar en una casa extraña. En ese sentido, la cosa no es nada fácil, porque tienes que, por ejemplo, ganar \$15.000 para dejar \$5.000 solo para la comida y el cuidado de los niños, y los \$10.000 restantes son para ahorrar para vivir con ellos cuando no hay trabajo. Es decir, hay que organizarse para trabajar lo suficiente como para llegar a esa meta, ya que si trabajo y gano solo \$5.000 no hago nada con esa plata, y los niños no comen ni hoy ni mañana. Así de simple es la cosa para nosotras.

Es por esta misma razón, ahorrar lo que más se pueda, que me tengo que llevar a mis hijos al campamento conmigo, les guste o no. Ahora que mi hija se va sola a trabajar al *packing* le dije al niño que se tendrá que ir conmigo a Copiapó, quiera o no quiera, porque allá tengo un familiar que me lo podrá cuidar de lunes a viernes, y los fines de semana lo veré yo. Así que no le quedará otra que irse conmigo.

La primera vez que dejé solo al niño, al Matías, él tenía un año y diez meses de nacido. Yo estuve como seis meses fuera, y cuando volví me di cuenta de que mi hijo no me reconocía, no sabía quién era yo. Lo cierto es que ahí caí en cuenta de que no he criado a ninguno de mis dos hijos. Yo no tengo idea qué es una mamadera, porque tengo que trabajar, trabajar y trabajar. Siempre pagué hasta para que les dieran la mamadera a los niños.

Yo voy a trabajar a Copiapó hace años ya, más o menos desde el 2005 o el 2007, y ya he ido hartas veces. La primera vez que fui a Copiapó fue con unas compañeras que me dieron el dato, pero fue un problema inmenso, porque yo trabajaba con un contratista que conocía el sector y era amigo de una persona que recibía gente de allá, pero que vivía en San Esteban. El tema es que me dijo que tenía un trabajo

en Copiapó, pero como en ese tiempo no teníamos teléfono, nos pusimos de acuerdo para que organizara a la gente con la que iría a trabajar a través de un aviso en la radio en el que informaría desde dónde y a qué hora partiría el bus, pero cuando llegamos todas las mujeres que iríamos a trabajar, nos enteramos ahí mismo, en la Plaza de San Felipe —porque la Frutícola Atacama mandó los buses allá— de que el hombre era un charlatán, ya que nos dijo que finalmente no iba a ir, porque supuestamente las condiciones de trabajo eran malas, y todas las trabajadoras ahí, esperando sin saber qué íbamos a hacer en San Felipe. Así que llamé al gerente de la frutícola, y cuando se enteró de lo que pasó nos pusimos de acuerdo y le dije que yo me haría cargo de organizar y llevar a toda la gente, y eso fue finalmente lo que hice. Cuando llegamos nos recibieron bien, estaba todo listo, nos estaban esperando y quedé al tiro con el cargo de capataz.

Esa vez saqué como un sueldo de unos \$280.000 en la amarra, pero porque soy mucho más rápida que las otras personas. Ese fue mi caso y el de otra persona de un total de 25 trabajadoras, porque las demás ganan muchísimo menos y esa es, por decirlo así, la norma: trabajar mucho y ganar muy poco, ya que ahí, en Atacama, entramos a trabajar a las diez de la mañana y salimos a las cuatro de la mañana del día siguiente. Esos son los horarios de trabajo que tenemos. Sin embargo, en otra empresa en la que he trabajado, los Prohens, la cosa es mucho peor, porque nos dan como “regalo” la posibilidad de estar con nuestras familias el 30 y el 31 de diciembre a condición de que después trabajemos de corrido, sin descanso alguno, del día 2 al día 18 de enero con horarios de las diez a las cuatro de la mañana del día siguiente. Los 17 días sin parar. Eso es lo que le tenemos que pagar a los Prohens por haber pasado las fiestas con la familia. Y son terribles, porque te hacían firmar un documento por \$60.000 donde te comprometes a volver y donde autorizas a Jaime Prohens

a descontarte los \$60.000 que te pasaron de tu sueldo. Si así era en esos años, me imagino que ahora te descontarán unos \$100.000, por lo menos.

En esas jornadas, lo que ganes depende, más que de las horas, de la condición en que se encuentre la fruta, ya que si la cosa está buena se gana, pero si la fruta está mala no se gana nada y se trabaja más. Yo una vez trabajé dos meses y gané \$300.000, es decir, trabajé tantas horas para sacar nada. Trabajé dos meses con ese horario para sacar menos que el mínimo por mes. Si somos veinte seleccionadoras con quinientas cajas cada una, las saquemos a las diez de la noche o a las cuatro o cinco de la mañana será cosa de nosotras y del estado de la fruta, ya que si la fruta está buena se gana y se sale antes, se pueden ganar \$15.000 saliendo a las diez de la noche, pero si la fruta está mala ganarás los mismos \$15.000 saliendo del trabajo a las cuatro o las cinco de la mañana.

En un año puedo ir siguiendo el trabajo hacia el norte, así que puedo terminar recorriendo Copiapó, Ovalle, Vallenar y Los Andes, en distintos campamentos y con distinta gente, pero ahora que ya me conocen en Atacama, cuando vamos en grupos a trabajar allá llegamos al campamento de la empresa a trabajar directo para ellos, no con contratistas. Actualmente voy a trabajar allá cada año por problemas de salud, porque ese trabajo es muy sacrificado. Primero voy de octubre a noviembre, y después de diciembre hasta enero, y de ahí vuelvo en el invierno. Por lo general, a eso del 5 de noviembre vengo a Los Andes desde Copiapó, estoy acá unos días, menos de un mes, y me vuelvo a ir.

A veces trabajo en el potrero y gano así como el mínimo, y aprovecho de ahorrar un poco, ya que no tengo marido. Yo soy sola, no tengo pensión ni nada, porque todavía no tengo la edad. Yo soy mi única fuente de sustento, aparte de la ayuda que me da mi hija. Cuando empecé a salir a trabajar afuera, mi hija al principio se quedaba con su hermano en la casa de su

abuela, pero después, a los 15 años, se empezó a hacer cargo de su hermano y de la casa, aunque yo igual vengo a vigilarlos, porque nunca hay que dejarlos solos. Así que, cuando me toca viajar mucho, mi hija se queda con su hermano, y mientras yo no estoy a veces vienen mis hermanas a ver cómo están. Somos como una cooperativa, porque todas nos ayudamos, además de que vivimos cerca. Así que, si mis hijos no están donde su abuela, están donde sus tías.

Cuando estaba fuera de Los Andes, les mandaba a mis hijos plata para la comida y el arriendo. En ese tiempo pagábamos cuarenta mil pesos, pero ahora que me salió la casa voy a tener que trabajar más para pagar el dividendo, porque me sale más caro acá. Esa es la única deuda que tengo.

Actualmente, para las fiestas de Pascua o Año nuevo tenemos el mismo sistema que antes. Les tengo que dar a elegir a mis hijos entre una u otra fiesta para estar con ellos, ya que las dos fechas no se puede. Así que paso o la Pascua o el Año nuevo con ellos, y después vuelvo al *packing* en enero. En invierno, me voy a trabajar al potrero en las amarras, allá en Copiapó. Eso lo hago en los meses de junio y julio, ya que en los meses de marzo, abril y mayo no encuentro trabajo acá en Los Andes, por lo que me voy a trabajar a un *packing* en Huechún —donde también trabaja mi hija— que se llama Rancho Blanco. Ahí, por ejemplo, trabajo hasta principios de abril y después me voy de nuevo a Copiapó. Así que, sumando y sumando, estoy casi todo el año en la faena. Paso más allá que acá con ellos porque, además, de tanto viajar termino perdiendo plata, ya que cuando menos plata gano es en invierno, cuando estoy en el potrero.

Mi hija también trabaja en el campo. Ha ido varias veces a Ovalle y después a Copiapó, sola, pero cuando era más chica siempre iba conmigo. En ese tiempo la retiraba del colegio en noviembre para que me acompañara a trabajar en el terreno y el *packing*, eso lo hacíamos acá en Los Andes. En cambio,

ahora que está más grande, se queda trabajando sola en el *packing* mientras yo trabajo en Copiapó. También se ha quedado sola en distintos campamentos de Ovalle, pero no recuerdo el nombre de ellos.

Además de mi hija, todas mis hermanas trabajan de temporada. Cuando voy a trabajar a algún lado y veo que estoy ganando, las llamo y les aviso a todas para que se vayan a trabajar conmigo.

En el potrero se gana poco, no así en el *packing*, que es más conveniente. Cuando trabajo ahí en el *packing* me acompaña mi hija, aunque a veces no la veo, porque yo soy seleccionadora y ella, en cambio, trabaja en la anotación, tarjando. Ella partió ganando \$2.000 o \$3.000 en el día, tarjando como 70 cajas, lo que equivale a un palet y medio de paltas, y más encima no le pagaban la semana de corrido, solo le pagaban de lunes a viernes. Así que lo máximo que se podía hacer ella eran \$5.000, en cambio yo ganaba el doble o el triple del mínimo, pero porque me saco la cresta y media trabajando. En un año bueno podía sacar \$600.000 al mes. Toda esa plata la ahorro para cuando me toca volver a Los Andes. Yo, como soy buena trabajadora, estoy destacada en todos los fundos de por acá, porque donde voy me dejan que lleve a mi familia. Todas las mujeres de mi familia son buenas para el trabajo. Así que si, por ejemplo, una de mis hermanas o mi hija van a un fundo y les habla de mí me reconocen al tiro, porque soy buena trabajadora.

En los campamentos, los hombres se acomodan en una pieza y las mujeres en otra. Por ejemplo, en una pieza se instalan cuatro mujeres y algunas de esas mujeres en la noche se relajan y toman alcohol. Esa es la vida que algunas llevan. También hay hartas peruanas y bolivianas trabajando de temporeras. En algunos campamentos de Copiapó me ha tocado estar con 20 o un poco más de mujeres peruanas y bolivianas, algunas casadas y otras solteras. Acá en Los Andes eso

se ve muy poco, mientras que en Copiapó se ve mucho. En general, nos llevamos bien con ellas, aunque a veces he tenido un par de problemas, porque se da mucha competencia entre las mismas trabajadoras por la plata. Además, las trabajadoras extranjeras, por lo general aceptan condiciones de trabajo que son más deplorables que las que aceptamos las chilenas, es decir, ellas están obligadas a trabajar más por menos dinero por su misma condición de extranjeras.

En algunos campamentos la alimentación termina siendo un verdadero tema, ya que hay lugares, como San Clemente de Ovalle, donde nos han tratado bien, porque la comida es tal cual como la que comemos en la casa, es decir, una comida normal, pero hay otras empresas donde la comida es mala, simplemente asquerosa, como en los Prohens.

Yo la primera vez que fui a los Prohens, hace unos cuatro años, lloraba literalmente de hambre, porque no lo podía creer. Lloraba porque tenía hambre y en el *packing*, para que se quite el hambre, una se acostumbra a comer uva hasta que te entran ganas de vomitar, y te da una gastritis tremenda. Ahí te ponen un plato y reparten el arroz, y cuando miras la comida no sabes si es la que les sobró o es la comida de verdad. Y ese arroz lo acompañan con un huevo duro y frío, porque allá la comida no te la dan caliente, siempre te dan comida helada. El casino es espectacular, limpio, moderno; uno piensa que la comida va a ser buena, ¡pero que alguien vaya a probar esa comida! Lo más increíble es que tienen una minuta completa, pero siempre vamos al almacén a comprar leche, pan o yogurt, ya que parecemos hambreadas. La última vez que fui me gasté como \$70.000 de más comprando en el negocio de los Prohens, donde todo es más caro.

Ahí la comida es tan mala y asquerosa que hay personas que han ido por primera vez y la graban, para que les crean lo que nos están dando. Los platos son de esos blancos que se rompen en mil pedazos, un platito bajo, con media taza de

agua y cinco garbanzos que tú los puedes sacar con la mano, y cuando dan sopa es de cogotes de pollo con fideos solamente cocidos. Usan un paquete de fideos para veinte personas, por lo que ningún fideo se monta encima del otro, así que calculo que la porción debe ser de 150 gramos. Es lo más asqueroso que he comido. O te dan té sin azúcar, y es una quien tiene que ver cómo se consigue azúcar. Más encima guardan el té remojado, y aunque esté vinagre vuelven a hacer té encima de eso de igual forma. Yo tengo olfato, me doy cuenta, como todas, pero no podemos reclamar que la comida está vinagre, porque de hacerlo perdemos el trabajo, así que al final nadie reclama. Más de una vez ha pasado que algunas compañeras se enferman tanto que se desmayan y no responden, y ellos no hacen nada por una. A mí me ha pasado algunas veces y ni siquiera me llevaron al hospital, ya que solita me tenía que mejorar. La comida es de lo más horrendo, tanto así que ni cuando he estado muy pobre he alimentado a mis niños de esa forma. Eso solo pasa en los Prohens, porque en Alianza la comida es normal; en Nantoco es igual que en Alianza; en Atacama no es sabrosa, pero es pasable y es harta comida, pero en Prohens es lo más terrible que la gente puede llegar a ver. Lo pasé tan mal ahí que les había hecho la cruz para nunca más trabajar en ese fundo, ¡si no soy un perro, no soy animal, soy una persona!, pero tuve que ir igual una última vez, porque pude ir a trabajar bajo el nombre de mi hermana, ya que nadie me conocía, pero juro que nunca más volveré ahí.

El trabajo de las temporeras es muy duro, porque nadie nos ayuda en nada. Yo nunca tuve ayuda de nadie, así que tuve que hacer unos malabares iguales a los que hacen las ladronas y las vagas que no trabajan para postular a subsidios. Postulé a todo, subsidios para casa y asignaciones familiares, pero nunca, hasta ahora, que me salió la casa, pero nunca me salió la asignación familiar. Siento que nunca tuve suerte para

nada. La única suerte que tengo, si podemos decirle así, es que tengo mis manos y mis pies para trabajar.

Postular para una casa fue igual que ser una ratera o una ladrona, ya que tuve que inventar que trabajaba todo el año en un fundo, para poder cotizar yo de mi plata. Tuve que ir a trabajar a otro lado con el nombre de mi hermana y ella me tuvo que prestar su carnet, porque por el hecho de ser temporera no tengo derecho a casa, así que tuve que trabajar a nombre de ella y dejar que le pasaran toda la plata con tal de poder seguir adelante con el trámite del subsidio. Finalmente, después de todo ese esfuerzo y de todas las tretas que tuve que ocupar, me salió la casa. El subsidio se lo entregué todo a la constructora y eso fue hace seis meses. Les entregué toda mi plata, más \$200.000, que son los ahorros que tengo para darles de comer a mis niños. Así que yo me la he tenido que jugar bastante para tener una casa, porque yo creo que lo mínimo que una persona puede tener es una casa propia, porque es tu lugar y de ahí no te puede echar nadie.

Si alguien me pregunta si creo en el presidente, yo le digo que no creo, porque todo lo que mis hijos tienen ha venido de mis manos. Por ejemplo, cuando se murió el padre de mi hijo le dejó una plata en la AFP Provida, y primero me dieron \$160.000, después, al cuarto mes, habían \$34.000; ahora hay \$26.000 y después quedarán solo \$13.000, así que esa es la ayuda que recibo de él. O sea, mi sueldo estable es de \$13.000; eso es lo único estable que tengo. He ido a pelear a la AFP, a pedirles que me den los \$26.000, pero nada. Si me enfermo, ese es mi sueldo actual, \$13.000, o sea, nada... En otra ocasión, fui a pedir la asignación familiar para que aumentara un poco más, pero me dijeron que no, porque mi hijo no nació dentro de un matrimonio, pero conversé con mi hermana y me dijo que ahora todos los niños son iguales, así que fui de nuevo para allá y me dijeron supuestamente que sí, pero han pasado seis meses y nunca me han dado una sola moneda para el niño.

Igual me las arreglo comprando y vendiendo naranjas, ropa usada o lo que sea que pueda comprar para vender, porque hay veces que no hay trabajo en ningún lado, nada de nada, por lo que me tengo que ir obligadamente a Copiapó. Sé que ahí, por lo menos, mis hijos van a tener para comer.

A mí, por ser temporera, tampoco me pagan asignaciones de ningún tipo, nada de nada. Una asistente social me hizo un drama enorme por \$20.000. Cuando fui a pedirle esa asignación, fue a ver cómo vivía para darme un documento y así ver si me daban la plata. Todo por \$26.000. Tampoco tengo seguro de cesantía, por haber trabajado con el nombre de mi hermana. Todas las platas siempre las he cubierto yo, pero se me hace difícil, porque no puedo seguir arrendando, ya que si me pasa algo ¿dónde van a vivir mis hijos?

Siento que he tenido muy mala suerte, porque he tenido que pasar de todo. Hay veces que pienso que todo esto me pasa porque, por el hecho de ser temporera, te cierran las puertas en todos lados. Hasta a mi hija le hacían burla en la escuela, porque yo soy temporera, pero le he dicho mil veces que eso no importa, porque no es nada malo y porque todo lo que yo tengo ha sido con mi trabajo, porque nunca me ha ayudado nadie. A pesar de eso, al principio ella me criticaba.

Yo tengo todos mis papeles guardados y sé que los beneficios son para “todos los chilenos”, pero para mí, nada. Ahora mi hija se gradúa de cuarto medio y debo \$50.000 en el colegio, y si la Pancha no paga esa plata no podrá ir a la ceremonia de graduación. Yo le digo que no se preocupe, que ahí veremos lo que hacemos, ya que hemos estado en peores. Como mujer me siento mal, no me siento realizada. Ser madre ha sido lo único que me ha hecho sentir realizada, porque como madre soy una campeona, pero como mujer siento que no. O sea, ser madre es el único orgullo que tengo como persona. Ahora le estoy pagando un preuniversitario a la Francisca para que dé la PSU y, si le va bien, estudie Odontología. Eso para

mí sería un triunfo, considerando todo lo que hemos tenido que pasar entre las dos.

Por otra parte, creo que por mi carácter no podría aguantar violencia por parte de un hombre, de una pareja. He tenido algunas parejas y tengo el carácter medio pesado, pero como trabajo, cuido a los niños y pasé lo peor con ellos, no veo cómo podría aguantar que un hombre me venga a mandar o pegar.

Ahora mismo tengo una pareja, pero no me es de gran ayuda, porque lo tengo puertas afuera y porque, aunque él también trabaja como temporero, todo lo que gana se lo entrega a sus hijos para que se paguen la universidad. Además, es mucho mayor que yo, por lo tanto, es más lento para el trabajo, así que gana menos. En ese sentido soy independiente, porque hay mujeres que no se atreven a trabajar y aguantan los golpes de los hombres por \$300.000, que lo pueden generar ellas mismas. Yo he conocido algunas así y les he preguntado cómo podían aguantar golpes por plata. Yo no podría, prefiero trabajar. Si no me gusta algo, paro la cola y me voy sin darle explicaciones a ningún hombre. Yo solo les debo explicaciones a mi hijo y mi hija. Nunca fui a una discoteca, no bebí alcohol ni tengo idea lo que es andar en farras o fiestas. Cómo voy a trabajar en las parras y me voy a comprar una cerveza con la plata, ni que estuviera loca, si una cerveza cuesta lo mismo que un kilo de pan. Yo me dediqué por completo a mis hijos.

Es por esta razón que para mí los hombres nunca han sido de gran ayuda, ya que siempre las he tenido que ver y luchar sola. Es más: los hombres han resultado siendo en mi vida un puro problema. Los dos padres de mis hijos se desentendieron de mí y de ellos apenas supieron que yo estaba embarazada, nunca dieron la cara ni se comportaron como “los hombres que dicen ser”, y la pareja que tengo es más una nulidad que cualquier otra cosa, un apoyo, por ejemplo. Así

que a esta altura de mi vida si hay algo de lo que puedo estar segura es de que yo no necesito un hombre a mi lado para salir adelante, ya que siempre lo he hecho sola, sin pedirle ayuda ni rendirle cuentas a nadie, menos a un hombre.

Hay gente en los campamentos que sale de parranda. Una vez que fui donde los Prohens me encontré con unas mujeres que salían todos los días. Yo no sé de dónde sacaban fuerzas, porque salíamos a las dos, tres o cuatro de la mañana, se bañaban, iban de parranda y volvían al trabajo de nuevo a las diez. Yo nunca he hecho eso porque pienso que, si me pasa algo, si me atropellan o lo que sea, ¿qué será de mis hijos? Mi hija me dice que pareciera que tengo como 50 y tantos años, y que tengo la cara de amargada, porque no me gusta la televisión, ni la radio, ni la bulla. No me gusta nada, así que mi hija me pregunta cómo puedo vivir así, pero lo que sucede es que ya pasé toda mi vida de esa forma y a mi edad ya no voy a cambiar, no puedo. Como mucho, voy a ver a mi mami, pero luego me aburro y me vengo de nuevo a mi casa y al trabajo.

La vida no cambia, no tengo ninguna amiga. Nadie me llama por teléfono, nadie me invita a ningún lado, así que siempre tengo que andar acompañada del Matías o la Francisca.

Mi hija es un ángel, no conozco a casi ni una como ella. Ella desde muy chica que se hace cargo no solo de su hermano, sino de la casa y de todo lo que eso implica. Por ejemplo, el Matías está en séptimo básico y cuando yo tengo que viajar a Copiapó ella se hace cargo de él. Se levanta más temprano, lo despierta, lo baña y le hace el desayuno para mandarlo al colegio. Y para demorarse menos en esas tareas, deja casi todo listo la noche anterior, así no se atrasa ninguno de los dos en sus respectivas obligaciones. Y cuando él vuelve del colegio, a eso de las tres y media, él la espera para que la Pancha la prepare la once cuando ella llega, tipo cinco o cinco y media, para después de todo eso irse al preuniversitario y volver a la casa cerca de las diez de la noche. Si ella hasta va

a las reuniones de apoderados de su hermano, porque como la mayor parte del año yo no estoy, ella tiene que velar por la educación y la seguridad de su hermano. En ese sentido, yo no tengo nada que decir de mi hija, porque ha sido un apoyo tremendo desde que es muy chiquitita. Siempre ha estado ahí, conmigo, dándole hombro con hombro. Así que cuando tengo plata le doy, pero con plazos, o si ella me dice que necesita zapatillas le paso, pero con plazos. De todas formas, ella no me pide nada y me ha dicho que si no puede estudiar va a salir de la casa para ponerse a trabajar para ayudarme, para que terminemos de pagar el subsidio y no quedemos en la calle. Pero eso me pesaría toda la vida, así que haré lo que sea para que termine de una vez sus estudios.

Ahora me duele un pecho como si me hubiesen pegado, siento dolor seco. Este susto me tiene preocupada, pero como temporera no tengo idea de si me van a cobrar en el médico o algo así... Siento que ya me castigué sola cuando tuve a mi hija, porque mis hermanas tuvieron sus hijos y ellas salían igual a la piscina, pero esa plata yo me la ahorraaba toda. Por eso mis hermanas me dicen que soy cagada, pero es que yo no puedo darme gustos. Yo tengo dos pantalones, dos pares de zapatos y nunca he tenido más que eso. Nunca he tenido ropa bonita, de esa que llaman “femenina”, nada de eso. He visto mujeres que se ponen zapatos y carteras iguales y me hubiese encantado hacer eso a mí, tener un vestido, pero no se puede. Ya no se puede. Esta es mi vida.

En el fondo, me siento realizada como madre, pero siento que por el hecho de ser temporera no tengo ningún beneficio. Siempre me ha salido muy dura la cosa, me ha costado mucho salir adelante. Quizás fue por haber tenido a esta niñita tan joven. No sé. A veces lo trato de pensar, pero no sé. Por todo esto es que yo ya no creo en nada.

Rosa (44 años), nacida en 1960 en Vicuña, región de Coquimbo²

Mi nombre es Rosa, el apellido, por lo menos para mí, es lo de menos. Nací en la localidad de Vicuña. Estoy casada, pero actualmente vivo sola con mis cuatro hijos, y he sido temporera en distintos rubros durante estos últimos años. He trabajado cortando y limpiando la uva; deshojando, embalando y poniendo gorritos... ¡Nunca he puesto tanto el gorro en mi vida como lo he puesto acá en Copiapó!

Dos de mis cuatro hijos están estudiando, ya que los otros dos debieron postergar porque no me alcanza la plata como para darle estudios a los cuatro. Eso es horrible, denigrante como madre no tener los medios para educarlos a todos.

Siempre se dice que en Chile la educación y la salud son gratis, pero esa es una mentira más grande y más alta que el cerro Las Tórtolas, porque cuando una va al médico poco menos que tiene que mendigarles para que te atiendan. Y si quieres que alguno de tus hijos estudie tendrás que sentarte en la mesa, juntar a tu familia y hacer una ruleta con los niños para ver quiénes estudiarán y quienes tendrán que salir a trabajar. Eso para mí como madre ha sido terrible, porque es tener que elegir entre quién podrá avanzar y quién se tendrá que quedar en el camino. Es obligarte decidir a cuál de tus hijos se le abrirán las posibilidades y a cuál se le cerrarán las puertas... Eso es muy duro, porque obviamente como madre quisieras que todos pudieran estudiar y progresar, pero con lo que ganas trabajando como temporera simplemente no te alcanza para educarlos a todos.

² La entrevista fue realizada por Gerardo Hernández mientras doña Rosa trabajaba en la temporada 2004-2005, en Copiapó, y fue editada por Cristián Fuentes en noviembre de 2018.

Una tarde, que parecía una tarde cualquiera, pero no lo era, me tuve que sentar con mis cuatro hijos, hablamos del tema y decidimos que dos tendrían que dejar de estudiar, porque no me alcanzaba el dinero para darle estudios a los cuatro. Fue así de simple: me senté con los cuatro, hablamos entre todos, nos miramos a las caras y dije: “ya, ustedes dos siguen estudiando, y ustedes dos postergan y se van a trabajar”. Esa tarde fue una de las más terribles que he tenido que pasar en mi vida. Fue horrible tener que elegir cuál de mis hijos podría estudiar y cuál se tendría que poner a trabajar. Después de decidir, todos nos mirábamos a las caras sin decirnos nada. El té y el café se quedaron ahí, sobre la mesa, servidos. Ya estaba decidido y no había nada más que hacer.

Antes de ser temporera era dueña de casa, aunque hacía algunas artesanías, una que otra cosita, pero después —cuando ya crecieron mis hijos— empecé a trabajar como temporera porque estaba necesitada. Es decir, fue la necesidad la que me impulsó a salir de la casa y dejar a mis hijos solos. La gente no sabe, pero cuesta muchísimo salir de la casa y dejar a los hijos. Sin embargo, ya no sufro tanto, puesto que ahora salgo a trabajar con ellos y todo lo que ganamos lo compartimos en el hogar. Por ejemplo, a fin de mes nos pagamos todos, nos reunimos y dividimos todo el dinero que pudimos juntar para pagar el agua, la luz, las cosas de comer, etc. Y lo que se pueda ahorrar se usa para el invierno, para el tiempo que nosotras en el campo llamamos los meses azules.

Así funciona nuestra vida, todo tiene que estar bien organizado, porque de lo contrario no nos alcanza y no logramos pagar todas las cuentas que siempre hay que pagar. Así que un mes trabajamos para juntar para el pago de las cuentas; el mes siguiente, si Dios quiere, trabajamos para el ahorro que se usará en los meses azules. Los meses azules tienen su lado bueno y su lado malo. Por una parte, son terribles, porque no encuentras trabajo en ninguna parte, pero por otra, igual

tienen su gracia, ya que ahí tienes tiempo para dedicarle a tu familia, estar con ellos, dormir con tus hijos hasta tarde, compartir con ellos, regalonearlos, eso es lo rico que tienen esos meses sin trabajo.

Y no es que dejar a mis hijos solos para ir a trabajar sea terrible solo para mí, sino también para mis hijos, que la sufren como ellos solos esos meses. Cuando sabe que me tocará salir, mi hija más chica siempre me mira y me pregunta: “Mamita, ¿cuánto te vas a demorar? Ojalá que lleguen luego los meses azules para estar juntas, para compartir contigo, para quererte, mamá, para sentirte, mamá”. O me mira a los ojos y me dice que, aunque no tengamos dinero, le gustan los meses azules, porque estamos juntos como familia. Al mismo tiempo que sus palabras me reafirman como madre y que refuerzan nuestra familia, cada vez que tengo que dejar a mis niños para salir a trabajar de nuevo y volver con el dinero se me parte el alma. Y a algo así no hay quien se acostumbre.

Hasta hace un tiempo tuve marido. Mi esposo trabajaba en una empresa minera, pero quedó cesante, así que se puso a trabajar como chofer de colectivos. Sin embargo, lo que ganaba no nos alcanza para nada, menos con cuatro hijos que no solo había que alimentar, sino también vestir y educar, así que entre él y yo tratábamos de sacar a la familia a flote, y me metí a trabajar de temporera.

Estuvo conmigo hasta que empecé a recorrer la región, siguiendo la fruta. Un día se aburrió y se fue. Fue esa tarde que yo no estaba, porque andaba de viaje trabajando, agarró sus cuatro pilchas y se mandó cambiar. Nunca más lo ví, y desde ese momento tuve que hacerme cargo no solo de mis cuatro hijos, sino que también de sus reproches por haberlos dejado solos y sin padre. Más de una vez me lo han reprochado, me han reclamado en mi cara diciéndome que su papá se fue porque yo no estaba. Pero, ¿por qué no estaba? Porque salí de mi casa y de mi pueblo para trabajar y salvar a mi familia, para

darles una vida mejor, para sacarlos adelante. ¿Es que no se dan cuenta mis hijos del esfuerzo y los sacrificios que he hecho por ellos? ¿Que acaso piensan que ando de vacaciones en los potreros y los *packing*? Aunque los amo, a veces siento que me reprochan sin pensar un minuto en mí, en lo que he hecho y he perdido por ellos ¿Es que no han visto cómo tengo las palmas de mis manos?, ¿las yemas de mis dedos?

Y no es que una necesite a un hombre para salir adelante, porque finalmente he educado y alimentado a mi familia sola, pero es muy difícil tomar la decisión de volver a tener un hombre después de separarse. Yo siento que se me hará muy difícil pensar en formar una nueva pareja, tener un nuevo vínculo, ya que siento que ese tema tendré que postergarlo hasta que mis hijos estén educados y con su cartón en la mano. Aunque anden por ahí con el título bajo el brazo, buscando y buscando trabajo. En algún momento les servirá y tendrán que usarlo... Para mí la educación de mis hijos es lo primero y cuando lo consiga, quizás, voy a sentirme libre para buscar una nueva pareja, pero por ahora no me cabe en la cabeza andar buscando un hombre.

No quiero que ellos sean igual que una, no quiero que vivan las mismas carencias que han tenido que vivir conmigo si es que ellos algún día forman y tienen una familia. No quiero que tengan que estar soportando humillaciones, porque lo que una soporta en este trabajo, especialmente de los contratistas, son continuas humillaciones.

Pero todo pasa y el mundo sigue girando y la vida sigue su curso. De los cuatro hijos que tengo, dos ya han ingresado a la educación media y los otros dos lo harán tarde o temprano. Y eso me alegra.

El trabajo en el campo ya no es como antes. Eso se nota, y mucho. Antes una trabajaba directamente con el empresario, mientras que ahora una trabaja con intermediarios, lo que nosotras llamamos los “enganchadores” o los famosos

contratistas, quienes, más encima, te quitan la mayor parte de tu plata sin hacer nada. Porque se tiene que saber que un contratista no trabaja, no labra ni cosecha la tierra, simplemente se queda con lo que a ti te pertenece sin mover un puto dedo. Si el empresario, por ejemplo, te paga \$150 por caja, el contratista te paga \$70 por la misma caja, o sea, ¡se queda con la mitad de tu sueldo sin hacer nada! ¡Eso es lo que pasa en este país! Además, si antes a nosotras las temporeras los empresarios nos trataban casi bien, ahora los contratistas nos tratan como si fuésemos un simple pedazo de mierda, de basura, de nada. ¡Los contratistas nos tratan como si nosotras, que trabajamos la tierra y hacemos que ella nos dé sus frutos, no fuésemos ni valiésemos nada!

El contratista es un capataz, o sea, es lo peor que le ha pasado a los trabajadores de la ciudad y el campo, porque un contratista se llena los bolsillos sin hacer nada. No le trabaja de verdad un día a nadie y se hace poco menos que rico a costillas de las trabajadoras; y eso nadie quiere verlo ni ponerle atajo. Nadie está consciente de que las trabajadoras estamos dando nuestros pulmones, nuestro cuerpo, fuerza y vida a quien realmente no se lo merece. Y no lo digo de buena para reclamar, es que simplemente todo el resultado del esfuerzo que hacemos día a día beneficia a alguien que no trabaja.

Además, estos famosos enganchadores son muy habilidosos, muy pillos, porque están protegidos por la empresa. Actualmente la empresa le tira la pelota al contratista para así deshacerse de todos los problemas que podría tener con las trabajadoras. Y a su vez el contratista no cumple con lo que nos ofrece, porque el contratista siempre te hará muchas ofertas; te prometerá el cielo y todo lo que quepa en él, pero nunca te cumplirá. Y eso pasa porque, si no estás de acuerdo y le reclamas, te dirá que eres conflictiva y te apuntará con el dedo frente de todas tus compañeras, para que quedes como peleadora y todas se alejen de ti. Hacerle algo así a alguien es

exactamente lo mismo que hacerte un juicio público, porque quedarás marcada como si estuvieras apestada, por lo que finalmente no solo te quedarás sin trabajo, sino que también te quedarás sola. Y todo eso simplemente por reclamar tus derechos.

En resumidas cuentas, así está la vida de las trabajadoras del campo. Yo creo que ninguna de nosotras podemos decir lo que realmente sentimos, porque atrás nuestro están nuestras familias, nuestros hijos. Y si perdemos el trabajo, habrá un lapso de tiempo hasta que logremos encontrar otro en el que estaremos cesantes, lo que significará que en ese tiempo no habrá alimentos en nuestras casas, que es lo esencial para un ser humano. Entonces, como es la necesidad la que prima, todas optamos por cuidar nuestro trabajo, aunque, por lo menos a mí, llegado un límite me pasa que me hartó, me lleno y saturó de tanta situación tan injusta y exploto.

Para mí todo esto sucedió porque los empresarios siempre han querido evitar pagarnos lo que nos corresponde; hacerse cargo de todo lo que nos puede pasar mientras estamos trabajando para ellos bajo un contrato. Pienso que es por eso que el empresario prefiere trabajar con contratistas, ya que así se desliga de asumir lo que legalmente “se supone” que nos corresponde por derecho. Y si digo “se supone” entre comillas es porque es la misma ley la que, al mismo tiempo que nos dice que ciertos “beneficios” nos corresponden como trabajadoras, permite que se nos vulneren esos mismos derechos. Es la misma ley la que deja que los empresarios y los contratistas hagan lo que quieran con nosotras y con el producto de nuestro trabajo.

Aquí ni empresarios ni contratistas se hacen cargo de sus responsabilidades. Ninguno de los dos, por ejemplo, nos pagan las cotizaciones, ya que nosotras no trabajamos con un contrato seguro, indefinido, sino que trabajamos por temporada. O, si declaran las cotizaciones, a la hora de pagarlas nadie

se hace cargo. Además, los contratistas son mucho más “cara de palo”, así que si le reclamas por algo te dirá con su mejor cara que te solucionará el problema, pero al final no se hará cargo. Es decir, todos se hacen los lesos mientras nosotras cargamos con todo el peso de lo que significa vivir trabajando en el campo sin ningún tipo de protección real. Por ejemplo, si hablamos de la previsión y la jubilación, nosotras, las trabajadoras del campo, tendríamos que matarnos trabajando más de ciento y tantos años para poder acceder a algún tipo de jubilación. Es lo que averigüé y es lo que tengo entendido. ¿Y quién vive tanto, quién dura más de cien años trabajando?, ¿más si nosotras somos trabajadoras de temporada? ¿Es que acaso se imaginan que somos unas máquinas? Igual algo hemos ido consiguiendo, por ejemplo, en el área de salud y, aunque no es la gran cosa, por lo menos es un logro, pero trabajar tantos años para casi nada...

Además, nos dan malos tratos, ya que las condiciones de trabajo por lo general son malísimas. Muchas veces nos hacen comer en el suelo como si fuésemos animales, como si fuésemos unas verdaderas perras. Las comidas que nos dan son malas y a veces ni nos dan. Los horarios de trabajo son muy intensos, larguísimos. El otro día no más estaba trabajando en Río Blanco, y entramos a la faena a las diez de la mañana y salimos del trabajo a las siete de la mañana del día siguiente, o sea, estuvimos trabajando sin parar veintiuna horas seguidas. Nos fuimos a descansar cuando estaban cantando los pajariitos y el sol ya estaba rayando en el cielo, entonces ¿para qué me iba a acostar? Así que me bañé y me fui al casino a pedir mi pan y mi taza de té del desayuno, y me lo llevé para mi pieza, y después de tomarme el desayuno me quedé esperando que se hiciera la una de la tarde para irme al trabajo de nuevo. Y ese régimen de trabajo es diario, no es que haya sido una excepción porque había mucha pega que hacer. Entramos y salimos a esa hora día tras día, día tras día.

Lo que más me ha llamado la atención en todo este tiempo que llevo trabajando como temporera fue que un día que entramos a trabajar a las diez de la mañana, salimos a las seis de la mañana del día siguiente y teníamos que volver al *packing* a la una de la tarde, es decir, una jornada especialmente pesada, cuando en la empresa vieron que casi estábamos desmayándonos del cansancio y el sueño, se nos acercó un empleado de la empresa, nos juntó a todas y nos dio una Coca-Cola a la que le habían echado no sé qué cantidad de tonteras. Se supone que solo tenía un poco de café, pero la verdad es que no creo que haya tenido solo eso, porque lo tomamos y a los tres minutos todas estábamos como nuevas otra vez ¿Y qué es lo que le echan? No sé. No tengo idea. Porque yo he tomado Coca-Cola con café después de una parranda y no pasa nada. O, cuando he estado con algunas amigas compartiendo hasta tarde, he tomado café con Coca-Cola para reponerme al otro día, pero nunca me ha hecho nada, así que yo pienso que en esa empresa le deben haber echado alguna droga, una pichicata, como se dice, porque ese día me sentí como nueva. Yo no entiendo mucho de ese tema, pero algo le deben haber echado, algo, porque no era solamente yo la que me sentí como nueva: todas las compañeras se sentían así, nos sentíamos regio y, más encima, sacamos ligerito el montón de uva que había que empaquetar. Los cabros, cuando están muy agotados, todos en general, se fuman su pitito o se ponen su droguita ahí por lo bajo, y llegan nuevamente al puesto fresquitos como una lechuga recién cosechada. Así que estoy segura de que en algunas empresas nos drogan sin decirnos nada.

Con el tiempo se ha vuelto normal que se consuman drogas en el trabajo, pero yo creo que eso pasa por las condiciones del trabajo, porque son muy duras y ahí en el *packing* una tiene que estar paradita y despierta. El trabajo de temporera no te permite flaquear, porque si tú no rindes simplemente te echan. Al contratista no le sirve que una trabaje lento o que después de un

arduo día de trabajo al día siguiente una no rinda como debe. Ellos no soportan eso, así que para que rindamos me imagino que nos drogan, además, los jóvenes le atinan más que antes a la droga, al pito de marihuana, al güiro, como decimos por acá, aunque yo con suerte me he fumado unos puchos de cigarro, así que de pitos, pasta y falopa, como le dicen, no sé nada.

A pesar de que aquí las condiciones de trabajo han empeorado tanto desde que llegaron los contratistas, yo y mis compañeras, después de tanto tiempo en esto, recién ahora pudimos encontrar un contratista bueno, que es uno bueno entre mil contratistas con los que hemos trabajado. Este caballero, que se llama Juan Carvajal, ha sido el único que yo podría decir que es un contratista decente. En este sentido, él ha sido la excepción a la regla, porque la primera vez que lo conocí nos juntó a todas las trabajadoras y nos dijo que nosotras éramos sus manos. Para mí fue tan raro escuchar eso que hasta me emocioné, porque nunca antes me habían reconocido como trabajadora de esa manera. Él se preocupa de todo, que los baños no tengan hongos y que estén limpios. O, si por alguna razón nos enfermamos, se preocupa de que tengamos nuestros medicamentos. Y, si nos falta algo, él está pendiente de nosotras, por lo que todas lo respetamos y seguimos.

Juanito es más transparente como persona, es más preocupado de la trabajadora y de cómo ella está. Y, si tiene algo que conversar con una, él va directamente hacia la trabajadora y le pregunta qué es lo que tiene, qué le pasa, por qué una está aporreada; si se siente bien y está a gusto en el trabajo. También se preocupa de que las trabajadoras que se enferman tengan sus medicamentos, o hasta las lleva al médico o a la posta. O se pone en la entrada del *packing*, preguntando cómo amaneció una, dándonos los buenos días y dándonos las gracias por nuestro trabajo a la salida de la jornada, cosa que en todos mis años trabajando en el campo nunca vi hacer a ningún otro contratista.

Otra más de Juanito: él es el único que se pone el gorrito igual que una. Y si alguna de nosotras necesita ir al baño, además de darte permiso, se pone a embalar tus cajas, se pone en el puesto de una. Entonces él está con una, acompañándola, trabajando con una, codo a codo, y eso una lo siente y lo agradece, porque ese sí que es un trato humano. Por eso es que todas por acá le decimos “Juanito”, porque Juanito la lleva, Juanito se las trae. Juanito es el que manda, es el contratista, pero también es el amigo... Las reuniones con él son reuniones constructivas, porque él nos escucha. Sin ir más lejos, la otra vez hicimos una reunión y le dijimos que no estábamos de acuerdo con tener que compartir el baño con hombres, y él al tiro nos dijo que eso no estaba permitido por la ley no sé cuánto, así que se fue a hablar de inmediato con la empresa para que nos arreglaran ese problema. O una vez le dijimos que las comidas estaban saliendo con mucho condimento y medio crudas, y al tiro fue a hablar para solucionarnos el problema.

Así que Juanito es el único que se las juega por nosotras las trabajadoras, por eso no solo lo prefieren las empresas, sino que también lo preferimos nosotras las trabajadoras, porque nos da un trato que es mucho más humano, y por eso mismo es que una se preocupa de cumplirle, ya que él nos cumple a nosotras. Desde que lo conocimos y vimos cómo trabaja que yo y muchas de mis compañeras cada vez que podemos trabajamos con él. Yo, por ejemplo, ya llevo dos años trabajando con Juanito, y siempre lo sigo donde sea que él se esté haciendo cargo de un *packing*. He recorrido con él Antoco, Coquimbo, Vicuña, si he llegado hasta Rancagua con él; y no solo yo, sino también muchas de mis compañeras.

Yo nunca había visto un contratista así, así que de que hay algunos que son buenos, los hay. Una no puede catalogarlos a todos igual, pero la verdad es que yo me he encontrado con uno bueno, uno entre mil contratistas malos; por eso todas

decimos que él es la excepción que confirma la regla, que nos dice que los contratistas son parásitos que no deberían existir.

Es por todo esto que yo pienso que todo esto no va a cambiar hasta que se acaben los contratistas. Simplemente el contratista debería dejar de existir, porque el primer fulano que quiere se hace contratista y no le exigen capacitación ni nada. Acá en el campo todos se llenan la boca con la prevención de riesgos, con el respeto a las leyes laborales, pero en la práctica nadie las cumple. O sea, si no cumple las leyes un empresario, menos las va a cumplir un contratista que, aunque no quiera reconocerlo, es un fulano como uno, un hijo de la tierra, no un nieto o bisnieto de latifundista. Porque el contratista, aunque ruegue por olvidarlo, es hijo, nieto y bisnieto de peones, y pareciera que, por la forma en la que se comportan con nosotras, eso es lo que más les duele.

Por ejemplo, yo siempre he pensado que el contratista debería estar inscrito en la Inspección del Trabajo, pero me he dado cuenta de que, aunque estén inscritos, igual no cumplen, así que yo creo que la única forma en que esto podría mejorar sería que no hubiera más contratistas. Y si eso no se puede, o no se quiere hacer, a los que hay habría que educarlos, pero en serio, darles su capacitación, y no habría que aguantar que cualquiera se haga contratista. Porque la mayoría de ellos no tienen capacitación... cualquier fulano puede entrar a trabajar como contratista. Por ejemplo, Juan Pérez entra a contratista y no sabe nada de leyes laborales, ni de trato con las trabajadoras, pero entró no más, y se acabó. Y así es como tratan a las personas como se les da la gana, porque no saben nada de leyes laborales, ni de administración, ni de prevención de riesgos, o sea, se puso a trabajar con personas, pero no te sabe nada de nada. Y además deberían hacerles una ficha de antecedentes, para que nosotras sepamos con quién nos estamos metiendo. Deberían exigirles tener una hoja de vida, o que a los contratistas les pongan

reglas severas de verdad. Si finalmente no se trata solo de plata, ya que también está nuestra salud en juego.

Una vez me pasó que estábamos poniendo gorros allá en Hornitos, y de un momento a otro pasó un tractor fumigando y nos dejó a todas las compañeras bañadas en pesticida. ¡Y después en la tele hacen reportajes reclamando por el aumento del cáncer en el campo!, ¡mostrando a los niños que nacen deformes!, ¡pero si nadie se preocupa de verdad de nosotras!

Es por esto que yo digo y pienso que, si van a haber contratistas, que si el gobierno o los empresarios quieren que haya contratistas, bueno ¡pero edúquenlos!, ¡denles educación a esos petímetros venidos a *jutres*! Tienen que hacerles exigencias de verdad antes de permitirles trabajar con nosotras. Pero no como las exigencias que hay ahora, sino que realmente sepan de leyes laborales, que sepan prevención de riesgos, que sepan mantener un buen trato con las trabajadoras.

Y si hay un contratista con yayas, que está denunciado o sancionado por la Inspección del Trabajo, que se lo despida, que se vaya para afuera, porque ya ha demostrado que no sirve. El problema es que eso nunca pasa, sino que ellos siguen ahí, haciendo las mismas chanchadas de siempre. ¿Y quién paga el pato? La trabajadora temporera, que se va hundiendo en el mismo hoyo de siempre, sin que pase ningún cambio real. ¡Si cada día hay más contratistas! Si yo fuese contratista, yo creo que sería la más pobre del mundo, porque le daría el cien por ciento a mis trabajadores.

En resumidas cuentas, así es nuestro trabajo: tiene momentos buenos y momentos malos, como la vida misma. Ahora bien, yo creo que generalmente ninguna de nosotras podemos decir lo que realmente sentimos respecto a lo que nos pasa, porque detrás nuestro están nuestras familias, nuestros hijos, así que una prefiere quedarse callada y aguantar los abusos antes que reclamar y terminar perdiendo el trabajo. Y en realidad, eso lo siento como un chantaje, porque me

presionan para trabajar más por casi nada, con la amenaza de que si reclamo me quedaré sin trabajo y sin la posibilidad de alimentar a mi familia, sin darle lo esencial, lo básico. Y eso es mucha violencia, aunque no lo reconozcan, porque es como ponerte una pistola en el pecho que no se ve, pero que sabes que está ahí, apuntándote. Por eso yo cuido mi trabajo, pero siempre llega un momento es que una se harta, se llena y se satura de que te pasen constantemente situaciones tan injustas, por lo que inevitablemente terminas explotando.

Ahora, si hay algo que de verdad he aprendido en estos años de temporera, es que nadie más que nosotras mismas luchará por mejorar nuestras condiciones de vida. Y en esta lucha hemos hecho hartas cosas: hemos ido al Parlamento, hemos ido al palacio de La Moneda, nos ha apoyado muchísimo la agrupación Anamuri,³ que están constantemente preocupadas por los problemas que aquejan a las temporeras. En el tiempo que las he podido conocer, me he percatado de que las integrantes de Anamuri siempre han estado y están pendientes de todo lo que nos pasa, y por intermedio de ellas hemos logrado muchas mejoras, de a poco y con perseverancia se nos han dado mejor las cosas. Y aunque Anamuri y el Cedem⁴ nos han apoyado mucho, estoy segura de que todavía nos falta mucho por hacer. Nos falta que de verdad el gobierno nos reconozca como personas y como trabajadoras, que entiendan que no solo necesitamos una pensión digna, sino que merecemos tener una vida y una vejez digna, no tener que trabajar cuarenta o más años para jubilar y estar muertas de hambre comprando la comida en el supermercado con una tarjeta a tres cuotas precio contado, que no podemos dejar a nuestras familias botadas para salir a buscar un trabajo donde nos paguen el mínimo.

³ Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas.

⁴ Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer.

Mis hijos me han reprochado más de una vez que los haya dejado solos para salir a trabajar. Eso a una como madre le duele, porque es muy triste tener que salir del hogar y que además después tus hijos te lo reprochen y te pregunten por qué no has estado con ellos cuando nos han necesitado. Mis hijos me han reclamado en la cara por todas las ocasiones que me necesitaron y yo no estuve. A veces ellos parece que no entienden que no estuve porque tuve que “apechugar” sola, ya que ya no estaba mi marido. Pareciera que se les olvida que afronté todo sola y que tuve que ser mamá y papá al mismo tiempo. Y así todo se hace más difícil, porque tuve que dejar mi tierra y mi pueblo para trabajar y así salvar a mi familia, para darles una vida mejor, para sacarlos adelante. Si ahora mis hijos están terminando sus estudios y saldrán de la educación media es porque he luchado; he peleado para que mis hijos dejen de ser postergados y tengan su cuarto medio. Esa ha sido mi lucha diaria...

A veces siento que toda esta lucha es una perdedera de tiempo, pero si nosotras no la damos, no la dará nadie, así que sigo reclamando y reclamando por lo que creo nos pertenece. Aunque a veces no tengo idea de qué es eso que supuestamente nos pertenece.

Yo creo que la única forma de mejorar las condiciones de trabajo y de vida de las temporeras es luchando unidas, porque en la medida que todas cooperemos en esta pelea, podremos lograr que se nos trate como seres humanos. Los empresarios tendrán que entender que todos tenemos cabida en este mundo y todos tenemos derecho a ser respetados como seres humanos y como personas.

Por otra parte, las temporeras tenemos que entender de una vez por todas que para que los parásitos de los empresarios y los contratistas nos respeten como trabajadoras y como personas, es necesario que nos organicemos, por ejemplo, en sindicatos. Y aunque por lo general los sindicatos son muy

débiles, ya que la gente tiene miedo a perder su trabajo, dado que detrás de una hay una familia esperando no solo la remuneración, sino también la ropa, la educación y el alimento, tenemos que entender que la única forma de conseguir algo, por pequeño que sea, es luchando y manteniéndonos unidas. Tenemos que apoyarnos, ya que si ellos ven o se dan cuenta de que estamos solas, harán lo que quieran con nosotras.

A mí, por ejemplo, no solo me han negado varias oportunidades de trabajo solo por el hecho de ser dirigente de un sindicato de temporeras de Vicuña —un sindicato que aún está débil, ya que participan pocas personas— ya que, como te encuentran problemática y conflictiva por ser dirigente, tu nombre es el primero que se dan entre empresarios y contratistas para no darte trabajo y, como dicen ellos, ahorrarse problemas. También me impiden participar en las auditorías, como que me esconden para que no vaya a decir algo que los pueda perjudicar, y eso me hace sentir mal, porque no es que una quiera perjudicar al empresario, sino que lo que una quiere es simplemente que se nos respeten los derechos que tenemos por ley como trabajadoras. Nada más y nada menos que eso.

Por eso lucho, y por eso tomo y tomo notas de la vida que me ha tocado vivir como temporera, porque quiero que se sepa: no solo mis vivencias, sino las de todas las mujeres que estamos trabajando, no solo en la uva, y que hemos sufrido. Personas diferentes, como una niña que trabaja allá en las papas y que cuando llegó el jefe y le dijo que tenía que firmar contrato cuando estaba en la mayor hora de trabajo, se paró frente a él y le dijo en su cara; “¡por la chucha, siempre la misma *bueá*, por qué tienen que estar pasando los contratos justo cuando hay más pega! ¡No te firmo ni una cagada”, y él se quedó mirándola, helado, casi con miedo, y solo atinó a decirle: “bueno, ya, pues, María”, y se dio a media vuelta y se fue. O sea, si todas fuésemos así y pusiéramos las cosas en regla, no estarían pasando todos los abusos que a diario sufrimos. Si las

mismas trabajadoras tuviéramos las herramientas para defendernos, la historia sería distinta. Por eso me siento orgullosa de las compañeras de Anamuri, porque se acercan a nosotras para enseñarnos sobre las leyes laborales y cómo defendernos frente al abuso patronal. O el Cedem, que nos enseña liderazgo y también cómo defendernos ante situaciones de atropello a nuestros derechos.

Nosotras, las temporeras, tenemos que entender que no estamos tan desamparadas en comparación a otros trabajadores que sí que están botados. Tenemos que aprovechar esas capacitaciones que nos dan las compañeras del Cedem y de Anamuri y compartir con las demás compañeras lo que aprendemos en ellas. Es nuestro deber transmitir lo que aprendemos. Y donde vaya ando transmitiéndoles a mis compañeras algunos temas de leyes laborales que, aunque sean básicos, son importantes. El último curso que nos hicieron a nosotras fue del Sernam,⁵ duró tres días y realmente aprendimos cosas que nos han servido. Entonces, es un deber para mí transmitir a mis compañeras lo que aprendo, ya que hay personas que se guardan lo que les enseñan y eso sí que no sirve para nada.

Yo estoy convencida de que solo con organización, aprendizaje y lucha lograremos ser respetadas como trabajadoras del campo, como las trabajadoras temporeras que somos.

⁵ Servicio Nacional de la Mujer.

Nena (42 años), nacida en 1962 en La Serena, región de Coquimbo⁶

Tengo tantos recuerdos que no sé por dónde empezar. Una vida, aunque sea la vida de una sola persona, siempre estará hecha de una infinidad de líneas o retazos que, como en un telar, se van uniendo de forma imperceptible hasta conformar eso que una llama “mi vida” y que no es otra cosa que la suma de todas esas relaciones, amistades, amores y tristezas que forman, por decirlo así, el vestidito de una niña corriendo tras su perro en el campo.

Nací en La Serena, pero fui criada en Vicuña. Lo que pasa es que en ese tiempo la mayor parte de la gente de la región nacía en La Serena, puesto que ahí estaban los únicos hospitales, así que mi mamá me tuvo en Serena no solo a mí, sino también a mi hermano mayor, aunque el resto de mis hermanos nacieron casi todos en Vicuña. Dos de esos hermanos nacieron en la misma casa, porque en ese tiempo también se tenían a las guaguas en las casas. En total, nosotros somos ocho hermanos: cinco hombres y tres mujeres. Del grupo de hermanos hay como tres que, si no me equivoco, están casados: el Gilberto, el Eduardo, la Sara y yo, que estoy separada. Aunque en realidad nunca me casé, así que solo tres de mis hermanos están legalmente casados. Tengo dos hijas, una nieta y por ellas, que son mi familia, la estoy luchando, y harto.

Mi padre trabajaba en las minas, allá en Los Andes, y después se puso a trabajar de temporero. Después se separó de mi mamá y se fue a Los Vilos a vivir con otra de mis hermanas. Mi mamá ahora tiene otra persona, otra pareja. Lo pasa bien con esa nueva pareja, además de que nos tiene a todos

⁶ Entrevista realizada por Ana Bengoa en Copiapó, en el año 2004, y editada en noviembre de 2018 por Cristián Fuentes.

nosotros, los hermanos que nos quedamos acá en Copiapó, ya que, por lo menos nosotros, queremos tener a toda la familia unida. Por lo mismo, se vino a vivir con nosotros otro hermano que estaba viviendo fuera de la ciudad. Tanto queremos tener a toda la familia unida que estamos haciendo todo lo posible para traer a vivir con nosotros a la otra hermana que está viviendo fuera de Copiapó, para así estar todos juntos viviendo en una sola casa. En el fondo, así nos cuidamos todos si alguno de nosotros se enferma, y nos estamos apoyando con lo que nos pueda suceder a lo largo de la vida. La idea que tenemos es que una familia nace y se hace para no estar solos, para tener alguien que te apoye en los momentos difíciles. Además, como está la cosa para nosotros los temporeros, de repente los medios económicos simplemente no alcanzan, y si estamos todos juntos se hace mucho más fácil.

Yo siempre he sido así, ayudo hartito a una hermana que tengo, a mi hermana menor. Así que tenemos buenas relaciones entre todos los hermanos, aunque igual tenemos una cuñada que a veces es un poquito más tirada para arriba, como medio arribista, como se dice. Aunque ella es igual que nosotros, puesto que también trabaja de temporera. El problema es que ella siempre ha querido escalar y ser más que los otros. Mi hermano mayor, su esposo, es igual a ella: es más tirado a ganar mucha plata, pero yo le digo que a veces las cosas se pueden poner difíciles y que ahí nos andará pidiendo ayuda. Para mí, es demasiado ambicioso, y una persona cuando es ambiciosa nunca tiene nada, porque siempre quiere tener más y más y más, y al final nunca se sentirá conforme con lo que tiene. Este hermano ahora va a tener su casita, pero a ellos casi no los visito, por lo mismo. Son los únicos con los que tengo un poco más de distancia.

Con mis otros hermanos en cambio, todos somos iguales. Casi todos somos temporeros, aunque mi hermano menor empezó a trabajar en un colectivo y se fue a vivir fuera de

la ciudad, buscando aventuras, trabajando en distintas cosas para ver si así ganaba más, pero le fue demasiado mal al pobre. Lo dejamos de ver por tanto tiempo que no teníamos ni idea de cómo estaba, si estaba vivo o muerto, o si estaba bien o mal. Nos tenía tan preocupados que enviamos varias cartas al programa de radio “Siempre contigo” de Arica. Hasta que un día, después de casi ocho años sin saber nada de él, volvió. Cuando este hermano se fue, me dije que cuando lo viera de nuevo lo iba a retar bien retado por haber dejado solas a su hija y a su señora, así que cuando lo volví a ver le dije que era una persona irresponsable, ya que estaba demasiado enojada con él. Simplemente no podía entender cómo fue capaz de abandonar a su familia, a su mujer, a su hija, porque yo siempre ayudé a mi sobrina. Entonces, cuando él volvió, hablamos y conversando bien las cosas; lo reté bien retado y me contó que se fue porque pilló en una mala situación a la señora que tenía. O sea, la pilló engañándolo con otro. De todas formas, yo estaba muy enojada y sentida, así que le dije que nos podría haber llamado para explicarnos a los hermanos lo que le pasaba. Si finalmente yo soy su hermana mayor; yo a él lo crie desde que tenía ocho meses, entonces lo hubiese entendido y apoyado en todo. Ahí supimos que se fue por eso, y cuando volvió lo único que le preocupaba era que su hija lo perdonara, lo que finalmente hizo, así que ahora la niña volvió a estar feliz con su papá.

Como casi todos los niños de esa época, yo empecé a trabajar como a los ocho años de edad. Tuve que empezar a trabajar tan chica, ya que muchas veces yo veía a mi mamá sufriendo mucho. En ese tiempo, ella todavía vivía con mi papá y yo veía cómo le decía a mi papá, que se llamaba Guillermo, que le faltaba plata para comprarnos esto o esto otro, y él solo se limitaba a decirle que no tenía un peso y levantaba los hombros. Y ella se quedaba ahí, sufriendo y pensando qué iba a hacer con nosotros, que no teníamos ni un zapato ni para

llenar el buche, como se decía. No teníamos ni para comer, y mi mamita ahí, llorando, sufriendo y viendo cómo mi papá no hacía nada por su familia. Entonces, de tanto sufrir yo viendo cómo sufría mi mamá, me decidí a salir a trabajar. Al frente de la ranca donde vivíamos había un caballero que a veces sembraba tomates, así que yo me iba a cortar tomates, a encajonar y a embalar los tomates de su siembra. Después el caballero me venía a pagar por el trabajo que le había hecho. Él era un pequeño agricultor, tenía un pedacito de terreno que le daban para plantar sus productos: cebollas, papas, todas esas cosas. Después de eso, él me dijo que cuando saliera de la escuela me fuera a trabajar medio día con él, y yo le hacía caso. A veces trabajaba también los días sábado o domingo, y todo lo que podía reunir era para ayudar a mi mamita, así que todo lo que ganaba se lo daba a ella. Fue por esa misma necesidad que tenía de trabajar para poder ayudar a mi mamá que finalmente dejé la escuela. Yo supuestamente tenía que pasar a séptimo básico, pero me retiré antes porque la situación económica ya no daba para más en mi casa. Mi mamá con mi papá se llevaban mal, demasiado mal, así que estaba obligada a retirarme del colegio. Así que yo le dije a mi mamá que no iba a seguir estudiando más y que me iba a poner a trabajar para ayudarla en la casa. De esa forma fue que yo fui la primera de todos mis hermanos que se puso a trabajar; es que además soy la mayor. Además, en esa misma época me pasó una cosa terrible, pero no sé si me gustaría hablar o contar eso, porque para mí fue demasiado penoso...

Primero empecé a trabajar en eso de los tomates y de repente iba a las sacadas de papa, pero siempre en la misma, o tomates o papas. Después, al crecer un poco más, empecé a trabajar en las parras, como a los dieciséis años fue eso. Siempre trabajaba en la misma zona en la que nosotros vivíamos, no exactamente en Vicuña, sino que en Almendral (donde fue el aluvión del año 1997 y en el que murieron dos de mis tías).

Para estar más o menos a las ocho de la mañana en el trabajo, tenía que salir a las 6:30 de la casa, y de ahí teníamos que caminar por la línea por donde pasaba el tren. En esa época se trabajaban las ocho horas correspondientes, nada más, y la paga no era ni buena ni mala, pero pagaban siempre; nos pagaban todos los días viernes de cada semana, ya que ese era el trato.

Después empecé a trabajar en el *packing* de las uvas. Yo me iba a trabajar al *packing* y salía como a las once o las doce de la noche. No se salía tan tarde en ese tiempo; no como ahora, que de una faena se puede salir perfectamente a las cuatro o las cinco de la mañana. En ese tiempo, el horario de salida era mucho más prudente que ahora, así que nos veníamos para la casa caminando en la noche, puesto que no teníamos locomoción.

Ese trabajo en el campo se hacía y se hace por temporadas, ya que las temporeras no trabajamos todo el año. A veces, empezamos a trabajar en junio, que es la época de las amarras y donde los hombres hacen la poda, mientras las mujeres vamos amarrando las parras. Una tiene que amarrar los ganchos de las parras, lo que se llaman los “brazos” o los “cargadores”, es decir, armando vamos armando la parra por medio de las amarras que hacemos. A veces tenemos que aguantar unas heladas insoportables en la mañana, mientras estamos todas esas horas trabajando. O a veces hacemos las amarras con totora, por lo menos así se hacía en los tiempos en que empecé, y trabajando con la totora y el agua a las ocho de la mañana se te terminan cortando los dedos, hasta que una casi no puede trabajar del dolor. En el primer campo que trabajé lo hice como ocho años y después me fui a Vicuña desde el Almendral, pero con la diferencia de que ahí nos iban a buscar y a dejar a la casa.

En el trabajo de la uva, una gana dependiendo de la producción que una realiza. Se gana por día trabajado y producción diaria, ya que los tratos siempre son por día, así que a

veces una entra a la planta a las diez de la mañana y sale tipo cuatro o cinco de la mañana siguiente. Entonces, si uno gana más plata en el *packing* o en terreno dependerá del tipo de trabajo que se esté haciendo. Por ejemplo, en el *packing* una toma un racimo de uvas en la mano y le va sacando las uvas hasta que se saca todo lo que tiene el racimo. Hay algunas personas que le pasan el cepillo, ya que hay que dejar el racimo bien peladito, a eso se llama “la perlé”. Como se gana por producción lograda, la persona que es más rápida gana más plata que la persona que es más lenta. Generalmente, las personas jóvenes, que van por primera vez o los que solo van a juntarse con cabros más jóvenes para hacer amistad, no ganan nada de plata. Esto pasa porque el aprendizaje depende de si a la persona que se le está enseñando le gusta ganar plata o no. Es decir, si a una persona le gusta ganar plata, entonces va a aprender al tiro, en cambio los flojos, los que no quieren aprender rápido, no ganan no más. Yo, por ejemplo, aunque no soy muy rápida, soy muy detallista, me gusta que me queden las cosas perfectas, lo que en el fondo te hace perder tiempo tratando de hacer el trabajo demasiado bien. Es por esta razón que algunas, como se dice por acá, prefieren trabajar a lo “chacal”, como decimos nosotras. Es decir, hay que dejar más o menos a medias el trabajo para darle, darle y darle, de manera tal que una haga las cosas más rápidas y así ganar más plata. Por lo tanto, en este trabajo no te pagan por la perfección que logres en lo que estás haciendo, sino por la cantidad de fruta que logres procesar en el menor tiempo posible. De todas maneras, que te paguen por producción no significa que toda la uva del racimo sirva, sino que debes elegir la que esté bien calibrada, por tamaño y peso, por lo que tienes que tomar siempre solo un racimo a la vez. Igual hay veces en que me fijo que no esté mirando el jefe del *packing* y tomo ocho racimos con la mano para seleccionar varias uvas del mismo calibre de una sola vez. Cuando podemos, eso lo hacemos todas, miramos a la oficina

y cuando el jefe no está mirando lo hacemos. Eso no significa queelijamos uva mala o que estemos haciendo mal el trabajo, sino que, simplemente, como ya tenemos tanta práctica, hacemos el trabajo más rápido para así ganar un poco más.

Desde que salí de Almendral, siempre trabajé en Vicuña, así que esta es la primera vez que vengo a Copiapó. Me vine porque una contratista con la que había trabajado un par de veces ofreció llevarme a Vallenar, pero justo apareció la señora Maritza —con la que llevaba trabajando como tres años— y me ofreció trabajar con ella acá en Copiapó. Igual yo me hice de rogar un poco (porque una tiene que hacerse valer y no puede mostrarles de primera que está tan necesitada), y le dije que bueno, que me iba con ella, pero con la condición de que me comprara unas zapatillas y me diera algo de plata para dejarle a mi hija. Como me cumplió todo lo que le pedí, me fui con ella a Copiapó. A la señora Maritza la conocí por medio de su marido, que se llama Luis, ya que estuve como varios años trabajando con él, pero finalmente preferí quedarme con la señora Mari, porque en ese tiempo estaba a cargo de un *packing* que queda en Trapilca. Además, ella siempre me cumplió y me ha cumplido con todo lo que le correspondía. En ese sentido nunca tuve problemas con ella, ya que nunca me quedó ni me ha quedado debiendo nada.

Cuando estuve trabajando con ella, gané harta plata, porque no soy “cochina” para trabajar. Una dice que alguien es “cochina” para el trabajo cuando mezclas uvas de distinto calibre sin que eso te importe. Eso es ser “cochina” —porque la idea del trabajo de seleccionadora es justamente separar los granitos de uva según el calibre que estos tengan— pero yo no soy así. A mí me gusta hacer bien el trabajo, que cada grano de uva quede junto al que le corresponde. Por supuesto que hay un pequeño margen, de unos diez granos, tolerable. Pero una cosa son diez granos y otra muy distinta es hacer el tra-

bajo de forma irresponsable y armar una ensalada de granos distintos. Eso es ser “cochina”.

En ese tiempo gané harta plata, no como ahora, que está bien mala la cosa. De hecho, recuerdo una vez tuvimos problemas con la empresa donde estábamos trabajando — que se llama Río Blanco— así que les hicimos un paro. Les hicimos una huelga de un día, porque a nosotras siempre nos tiraban a trabajar en la línea de peso fijo —y en peso fijo las que hacemos selección no ganamos nada—, y ahí una está como dos horas parada seleccionando y llenando las líneas. Y todo eso fue pactado a \$50 la caja de uva, para subirle el precio una vez que estuviéramos en temporada alta, pero como nos bajaron el precio de la caja a \$40 nos pusimos de acuerdo las cinco compañeras de la línea tres para irnos y dejar la pega botada. Y no es que quisiéramos hacer un paro para descansar: lo hicimos porque nos obligaron a hacerlo, ya que no solo nos bajaron el precio de las cajas, sino que se negaron a subir el precio cuando empezamos la temporada alta. Así que les hicimos unas demandas pidiéndoles que respetaran el acuerdo relativo al precio de las cajas que habían pactado con nosotras y, además, les exigimos en ese petitorio que nos arreglaran las condiciones de la comida que nos daban, porque el almuerzo era tremendamente malo y las condiciones de los baños, pésimas. Así que hablamos las cinco compañeras de esa línea, nos decidimos y nos tiramos a huelga.

Así de simple fue: le dijimos al jefe del *packing* que o nos arreglaban esas condiciones o nos íbamos para la casa. Así que él habló con el jefe mayor de todas nosotras, que se llamaba Germán, y como no nos dio una buena respuesta decidimos entre las cinco compañeras hacerle el paro. Se suponía que debíamos volver al trabajo a la una, pero nos quedamos conversando con las otras compañeras en la zona de fumadores y nos negamos a volver al trabajo, ya que estábamos cansadas de estar siempre en la línea de peso fijo, no ganar nada

y de que la comida fuera tan re mala. Porque en este trabajo, la plata y la comida son los dos temas donde siempre salimos perdiendo. Por ser, a veces nos daban arroz con pollo y solo el pollo se podía comer, pero no el arroz, ya que nos lo daban crudo o con ese sabor típico del arroz de hospital. O pasaba que a veces nos daban unos fideos que parecían pasados por salmuera de lo salados que estaban. O nos daban unos porotos tan duros que yo tenía miedo de que se me rompieran los dientes que me quedaban buenos. Así que les dije a mis compañeras que eso parecía un regimiento, porque nuestros hijos que se van al Servicio Militar siempre nos dicen que en el regimiento les dan los porotos duros. También nos pasaba muy seguido que nos dieran el desayuno entre las ocho y las nueve de la mañana, siendo que nosotras salíamos de trabajar del *packing* a las cuatro o cinco de la mañana, o sea, nos íbamos a descansar sin comer nada. ¡No pueden hacer eso! ¡Más si nosotras nos acostamos muy tarde y sin comer nada! ¡En esas condiciones cómo vas a trabajar bien el día siguiente! Como si fuera poco, estaba repleto de moscas. Es cierto que en todos lados hay moscas, pero esa fue la primera vez que vi moscas hasta dentro del *packing* y de los comedores.

Lo otro terrible en Río Blanco eran las piezas y los baños. Las piezas, porque a veces pasaba de todo en los dormitorios; y los baños, porque, si es que se acordaban de limpiarlos, los limpiaban solo una vez al día.

Las piezas donde dormíamos eran para cuatro personas, por lo tanto, cada pieza tenía dos camarotes y el espacio que quedaba entre camarote y camarote era como de un metro más o menos. Lo único bueno era que nosotras mismas hacíamos el aseo, así que siempre teníamos las piezas limpias, enceradas y todo.

Me molestaba también que en las piezas hubiese cierto relajado gracias al compadrazgo, como se le llama acá, que se daba entre los guardias y algunos de los jefes, ya que se suponía

que los hombres no podían entrar a las piezas de las mujeres, pero había guardias que entraban a algunos dormitorios para pololear y hasta dormir con las niñas. Eso a mí me pasó, lo vi, porque en la misma pieza donde me estaba quedando entraba un guardia a pololear, ¡y se quedaba la noche entera!, lo que me incomodaba mucho, porque yo estoy acostumbrada a no usar pijama para dormir. Es decir, yo duermo con puro calzón y sostenes; más si pensamos que esas piezas son tan chicas que por el calor no se puede dormir con nada más de ropa. Entonces yo estaba toda preocupada durmiendo, porque si me daba calor y me destapaba estaba el huevón ese casi al lado mío. Yo les reclamé varias veces a ellos y les pedí de buenas maneras que se fueran a conversar afuera, que por favor, por lo menos me dejaran dormir, pero nada. Nunca me hicieron caso, así que tuve que ir a reclamar, porque ese parcito no demostraba ni un poco de respeto con una. Además, una noche se terminó formando un escándalo tremendo porque pillaron a tres trabajadores muertos de curados, y una de esas personas era una niña de otra línea que dormía en la misma pieza que yo. ¡La mala suerte que tuve ahí! ¡Si en esa pieza pasaba de todo! Y si hay algo que yo no soy es una persona amargada, pero ahí a veces se les pasaba la mano a algunas de las chiquillas.

Y los baños... Con muchísima suerte hacían el aseo una vez al día. ¡Y tenían un solo baño con cinco tazas y cinco duchas para diez cuartos! ¡Y si sumamos cuatro personas por cuarto tenemos cuarenta trabajadoras usando cinco tazas y cinco duchas!

Todavía no me cabe en la cabeza cómo algunos empresarios pueden ser tan deshumanizados como para hacer eso con sus trabajadoras. A pesar de los años que llevo en esto, todavía no lo entiendo. Y lo cierto es que me niego a entenderlo.

Finalmente, después de que se dieron cuenta de que el paro iba en serio, hablaron con don Germán y nos dijeron que nos iban a subir el valor de la caja de \$50 a \$200.

¡Yo nunca había visto algo así! ¡Y fue por eso que esa vez prometí nunca más trabajar en esa empresa! ¡Nunca más! Ese tipo de cosas son las que me molestan de este trabajo de temporera que todas hacemos por acá. Porque aquí todo es a trato, como decimos. Es decir, cuando una entra a la temporada, se pacta el precio de la cantidad de uva que una corte. Es por eso que en este tipo de trabajo no se habla de horario; no hay una hora específica de entrada o de salida. No hay nada de eso. Nos dan una hora de colación, entre la una y las dos de la tarde; después salimos a las ocho para la onces-comida —que dura hasta las nueve— y después (si es que se acuerdan) tipo onces de la noche nos deberían dar un pan, un sándwich que lleva mantequilla, mermelada o una rodaja de cecina. Pero nos lo dan a esas horas, o sea, tardísimo. A esa hora, por lo menos, nos podrían haber dado una comida, algo digno de un ser humano, porque nosotros muchas veces trabajamos muchísimas horas y no ganamos nada de plata, y más encima estamos mal alimentadas. Y la idea es que, si una trabaja desde las diez de la mañana hasta las seis de la mañana del día siguiente, por lo menos que salgamos con \$30.000 diarios en el bolsillo. De lo contrario, no vale la pena tanto esfuerzo, y es como si una quisiera matarse o como si estuviese esclavizada. Y esa no es vida para nadie.

Y que nadie se haga la idea de que me voy al dormitorio con \$30.000 diarios, porque en la realidad me estoy haciendo alrededor de \$12.000 diarios. ¡Doce mil pesos para todo lo que una tiene que pasar! Que se sale demasiado tarde, que pasas hambre y sales con tantas ganas de comer que lo primero que haces es mandarte una cucharada de esa comida que nos dan, pero que está tan mala que se te quita hasta el apetito. Y ahí quedan el arroz y los fideos, directo al tacho de la basura, pero no porque seamos “regodionas”, sino porque, en realidad, la comida que nos dan está más cerca de ser basura que comida para personas.

Pero todo tiene su lado bueno y su lado malo.

El lado bueno de este trabajo es que puedes conocer distinto tipo de gente y hacer buenas amigas. En ese sentido, yo siento que tengo un buen carácter, porque no me hago mayor problema al momento de relacionarme con alguien, así que cuando me pongo a trabajar en algún lugar me hago amigas al tiro. Lo que no significa que me haga amiga de todas, porque, por ejemplo, si me cae mal una persona, simplemente no le hablo, pero me he hecho hartas amigas. A lo largo de estos años he hecho mucho contacto con gente distinta, y por eso mucha gente me conoce en los distintos pueblos que he recorrido siguiendo el trabajo, como decimos nosotras las temporeras. Y si alguien me dice que nos juntemos un día para servirnos algo, yo no tengo ningún problema. Teniendo unas cuantas monedas para una cervecita o un combinadito, no hay problema. Así me siento como que estoy en mi población, con mi familia y mis amigos. Así el trabajo se me hace mucho más pasable y grato, por lo que en todos los lados que voy a trabajar soy así.

Lo que más me gusta de nosotras las temporeras es que cuando llega a trabajar una compañera nueva —que puede ser de otra ciudad o de otro país— nunca la miramos mal o en menos. Por el contrario, la recibimos como una más de nosotras, ya que las temporeras somos todas iguales; seamos de donde seamos, lo importante es que somos temporeras. Es por esto que las que somos locales nunca hemos mirado en menos a las afuerinas. Por ejemplo, cuando llegué por primera vez a trabajar acá a Copiapó, me encontré en el casino con la Tusca, una compañera que es muy conocida, ya que lleva muchos años trabajando por estos campos, y me presentó al tiro al grupo de compañeras, lo que hizo que tuviera una buena relación con todas de inmediato. Eso a mí me encantó, porque ahí me di cuenta de que nosotras, pesar de todos los malos ratos y de las injusticias que se cometen, nos sentimos

orgullosas de ser temporeras. Y más encima ser amigas de la Tusca, que es una compañera que todas conocen y respetan, ya que la consideran una persona correcta, solidaria y buena compañera.

A pesar de que a veces hay competencia, envidias y peleas entre nosotras por la cochina plata, ya que ganamos una miseria, en el fondo siento que las temporeras somos como una gran familia en la que todas estamos luchando por lo mismo: nuestras respectivas familias. De puro pensar que mi hija mayor ya está trabajando en las parras se me hace un nudo en la garganta. Y es la primera vez que trabaja en las parras, aunque ya había trabajado en las plantaciones de paltas y hortalizas.

Saber que mi hija está aprendiendo el trabajo de la campesina me llena de una emoción que es como una mezcla de orgullo y pena. Pena porque sé —todo mi cuerpo, a veces dolorido, lo sabe— que la vida de la temporera es dura como algunos trozos de la tierra que los campesinos hemos labrado durante años, años y años. Pena también porque mis tres nietas me decían ayer por teléfono que me echaban de menos. Pena porque en este trabajo una se tiene que alejar de los que más quieres para ganar una miseria, y constantemente tienes que andar buscando mejores rumbos, porque a veces nos pagan tan poco...

Igual pienso que nosotras las temporeras deberíamos estar más organizadas en algo así como un sindicato o un comité que se preocupe por defender los derechos que tenemos nosotras. A veces me han invitado a participar de algunas reuniones, pero no voy, no sé por qué. No me muevo, porque a veces me deprimó y pienso que estos abusos a los que estamos expuestas no van a cambiar nunca, porque hasta cuando les hemos hecho una huelga las soluciones que nos han dado han sido muy tacañas.

Pero también siento orgullo porque las campesinas somos de las pocas personas que quedan y que todavía saben hablar

el lenguaje de la tierra. Me llena de emoción y alegría saber que mi hija sigue unida a la tierra. Me llena de emoción saber que las campesinas, al apoyarnos entre todas, somos algo así como una gran familia, porque ese siempre ha sido ideal de familia: una familia muy grande que siempre se apoya y que siempre se mantiene unida.

María Rivera (55 años), nacida en 1961 en Copiapó, región de Atacama⁷

Un 11 de noviembre de 1961 nací en Copiapó. Estoy nueve meses allá, y mis papás se vienen a Vallenar.

Cuando se vinieron a Vallenar ya tenían un hijo, mi hermano mayor, que tenía dos años y medio de edad, mientras que yo tenía nueve meses. Yo fui la primera hija de ese matrimonio, puesto que mi mamá tuvo a mi hermano cuando ella todavía era soltera. Sin embargo, siempre fue considerado por mi padre como un hijo, por lo tanto, mi hermano siempre se sintió parte de la familia y del matrimonio. En total, somos seis hermanos, todos nacidos en Vallenar, así que somos valLENARINOS. En ese tiempo, mis padres vivían tan precariamente que arrendaron una casa atrás de la antigua estación que más que una casa podía ser considerada con toda justicia una verdadera choza. Esa casa quedaba en la población que pertenece a Torreblanca, específicamente, la población Los Canales.

Por las historias que me ha contado mi madre, sé que mi abuela por parte paterna llegó a Vallenar desde Potrerillos, sector de El Salvador, y que se ganaba el pan trabajando como cantinera en un bar, una cantina como se decía en esos años. Ella era chiquita, bajita y gordita. Según lo que me dijeron, era muy vivaz y alegre, así que todo el mundo la quería mucho. Por su parte, mi abuelo era cuatrero, así que era un hombre duro. A él le decían “el mocho” porque tenía un dedo menos. Ese dedo se lo cortaron los de la ley porque ese era el castigo que se les daba en esos tiempos a los cuatros. Él robaba ganado en la cordillera y lo andaba trayendo de acá para allá hasta que mi abuela no le aguantó más sus cosas,

⁷ Las entrevistas fueron realizadas por Danae Berríos, durante el año 2014, y fueron editadas por Cristián Fuentes.

porque siempre peleaban, y además de ser cuatrero, cuando llegaba a la casa le exigía que le tuviera la comida preparada y más encima ni siquiera llegaba, así que la dejaba con la comida y los crespos hechos. Por esto y otras cosas, un buen día mi abuelita se terminó cabreando, así que fue y se terminaron separando con mi tata. Una señora bien antigua, o sea, con mucho tiempo, con muchos años de edad, le dijo a mi abuelita:

“Señora Emita, no le aguante a ese viejo que la pesque y le pegue, que la maltrate, aparte de todo lo que usted hace en la casa trabaja afuera para mantener a sus hijos. Así que ponga hartos tachitos con agua caliente en distintas partes de la casa y si quiere volverle a pegar usted va y le tira el agua caliente en plena cara al viejo ese.”

Finalmente mi abuelita no hizo lo del agua, pero un día que él llegó a pegarle de nuevo mientras ella estaba friendo empanadas le puso el sartén con el aceite de las empanadas en la cara. Él la insultó y le dijo que lo había quemado, así que se fue y nunca más volvió. Pasado un tiempo mi mamá supo que él se había ido a Argentina y que allá había hecho otra familia.

Mi abuelo nunca más volvió a ver a sus tres hijos. Él se llamaba Tránsito Rivera. Mi papá se llamaba Juan Rivera, mientras que el mayor de sus hermanos se llamaba Óscar Rivera; el otro hermano era Pedro Rafael Rivera. Mi papá me dijo que él era chico cuando mi abuelo se fue de la casa.

Cuando era niño, mi padre ayudaba a la abuela en la cantina con el servicio de la comida. Básicamente, una cantina es una casa que donde se hacen y sirven comidas para los trabajadores, como las colaciones de ahora, con la diferencia de que antes se servían porotos, cazuelas, charquicán, humitas y empanadas el día domingo. Hasta el día de hoy tenemos como recuerdo una olla de aluminio inmensa que se ocupaba en la cocina de la cantina. Al contrario de lo que pasa ahora que los hijos se van de la casa tempranito, mi abuela siempre vivió con sus papás.

Toda la familia de mi mamá vive en Copiapó. El papá de mi mamá era minero y murió muy joven, por lo que mi abuelita se quedó viuda y sola para siempre. Mi abuelo murió a los cuarenta y siete años de un ataque al corazón. Por lo tanto, ella se hizo cargo de sus hijos completamente sola, sin la ayuda de nadie. Como era minero, mi mamá vivió algún tiempo en Punta El Cobre, que queda en la Estancia Castilla. Llegaron hasta ahí porque en esa época los mineros recorrían todas las minas de la región buscando trabajo junto a sus familias completas.

Cuando mi papá llegó a trabajar a Copiapó, conoció a mi mamá en Punta El Cobre, en el sector de Tierra Amarilla, donde se puso a trabajar y donde finalmente conoció a mi mamá. Recuerdo que mi papá era bajito y blanquito.

Él trabajó desde niño para ayudar a la abuela y a sus hermanos chicos. Empezó a trabajar en la estación de trenes ayudando a acarrear paquetes. En Potrerillos se subía a los techos para limpiarlos cuando nevaba; hacía cualquier cosa, de todo. Donde vivía era un pueblo salitrero; me acuerdo que siempre me hablaba de eso, de donde vivía y de sus trabajos. Después trabajó en el casino de unos gringos, ya que él sabía mucho en cuanto a la preparación y la entrega de comida. También fue maestro soldador y fue muy bueno para jugar al fútbol, fue pichichi, según me contaba, de un club deportivo que se llamaba Britania. Me contó que fue jugador de la selección del equipo de Potrerillos, en El Salvador, y que fue muy bueno para el fútbol, a pesar de que era una persona bajita.

Aparte de todo lo que ya he contado, mi padre además estuvo trabajando en Caldera -tiene que haber sido alrededor del año 1955- donde hizo de todo. Aunque nunca aprendió de agricultura y minería sabía todo lo que tiene que ver con estructuras de fierro, así que mi papá era un maestro de primera. En la maestranza él tenía alumnos en práctica que venían del Liceo Industrial. Ya en la década de 1970, específicamente en año '73, en Vallenar, mi papá entró a trabajar a una maestranza

como soldador. Esa maestranza pertenecía a una familia con unos apellidos que son bien conocidos acá: Llorente recuerdo que se llamaban y eran españoles. Por lo que tengo entendido, ahí trabajó durante años.

Mi mamá siempre fue dueña de casa, de esas señoras que estaban todo el día lavando ropa y cocinando para seis niños, además de su esposo. Ella cuidaba a sus hijos mientras mi papá trabajaba, él era el único que proveía de todo lo necesario a la familia. Ella cuidaba sus patos y sus pollos. Como en ese tiempo no había agua –igualito que ahora- nosotros la acarreábamos de los canales; mi mamá tenía que acarrearla de la tina –donde se la dejábamos- con baldes para poder llevar el agua hasta la casa. Había que hacer todo eso, porque no había agua potable. No me acuerdo bien si había luz, parece que había, pero estoy segura de que no había agua, así que nos la vendían o la íbamos a buscar donde corría. Más encima, nosotros vivíamos en las últimas calles de la población, así que como éramos de los últimos cuando pasaba el camión que vendía el agua, ésta nos llegaba a la hora nona.

De esa época lo que más recuerdo son las colas, porque había que hacer cola para todo. Cuando mi mamá iba a comprar el pan, la acompañábamos con mi hermano y recuerdo que yo me sentía grande. Mi mamá -embarazada y todo, con una guata tremenda- hacía unas filas eternas para poder comprar los alimentos que necesitábamos y para que mi papá no se amaneciera y se tuviera que levantar a las seis de la mañana para comprar un mísero kilo de pan. Había filas para comprar la parafina, para el pan, la carne, había filas para todo. Me acuerdo que había una parte en el centro, detrás del Santa Marta, donde cierto día llegaba la mercadería. Yo era chica, tenía 12 años, y casi no conocía el centro ni sabía muy bien cómo llegar, pero ahí iba a comprar acompañada por mi hermano mayor, ya que mi mamá estaba con la guagua, así que no ella podía ir y mi papá estaba trabajando.

Antes de parir a mi hermano, porque la palabra es parir, ella tuvo un montón de síntomas que le indicaron que iba a tener la guagua y, cómo si fuera poco, junto a eso tenía el susto y los nervios por el golpe de Estado que ocurrió acá. A veces los milicos y los pacos andaban tratando mal a la gente. En esa época había toque de queda y Estado de Sitio. Todo eso puso a mi mamá muy nerviosa, la asustó muchísimo, así que un día que tuvo síntomas y que le dijeron que iba a parir la guagua habló con un caballero para que la fuera a buscar a la casa y la llevara al hospital, porque en ese tiempo no había taxi, además de que no teníamos auto ni teléfono.

Al final, el caballero que la fue a buscar era un tío que tenía un camión. Mi papá lo fue a buscar a mi tío a su casa y, mientras andaban por las calles en pleno toque de queda, los detuvieron los milicos, así que mi papá y mi tío —encañonados con metralletas de esas con las que los hombres hacen la guerra— le dijeron a los milicos que iban al hospital porque mi mamá estaba a punto de parir ahí mismo la guagua. Los milicos al ver a mi mamá quisieron comprobar que de verdad estaba embarazada, ya que cómo eran de desconfiados no le creyeron, así que sin ninguna vergüenza le tocaron la panza para ver si ésta si era verdadera. Me imagino que los milicos habrán pensado que llevaba armas dentro de la guata.

Como yo era la mayor de las mujeres, le ayudaba a mi madre en todos los quehaceres de la casa, además de que ella volvió a quedar embarazada a los cuarenta años de edad. A los cuarenta y un años, tuvo a mi hermano más chico —el conchito, como le decimos de cariño entre todas— así que fuimos nosotras dos las que en la práctica criamos a mi hermano chico. A mí me gustaba ayudarle a mi mamá con los cuidados del niño, porque en esa época ya me sentía grande, aparte de que él nació en un tiempo en el que era muy difícil vivir para todos... Como dije, él nació en pleno Golpe de Estado, así que la vida no era nada de fácil y teníamos que apoyarnos entre todos en la familia.

Yo estudiaba en la escuela de la población. En una escuela que se llamaba Escuela 36 y que actualmente es la D-71. Esa escuela se encuentra en la calle Compañía y sólo da educación básica, así que una vez que salí de ahí me fui a estudiar la media al Instituto Comercial. En el instituto sólo estuve un año estudiando, ya que mi mamá se enfermó y tuvo que viajar a Santiago. Por eso fue que me quedé a cargo de la casa y, una vez que volví a estudiar quedé repitiendo, así que en resumidas cuentas estuve en total dos años estudiando; no alcancé a pasar a segundo medio y me retiré del liceo. Por otra parte, después tuve a mi primera hija, así que tiempo para estudiar ya no me quedaba.

Después de tener mis dos hijos, seguí viviendo en la casa de mis papás, sin embargo, después de que conocí a mi pareja, me fui a vivir con él a la Población Carrera. Al tiempo nos fuimos todos de vuelta donde mis papás y estuvimos viviendo con ellos como tres meses. Postulé a una casita y cuando nos salió la casa nos fuimos todos a vivir a calle Galicia.

Cuando ya tenía a mi primera hija, me fui a trabajar a la Hacienda Las Ventanas, mientras mi mamá se quedaba con mi hija cuidándola. En esa época, yo todavía vivía con mis papás, y recuerdo que mis compañeras de trabajo y yo fuimos las primeras impulsoras del tema de la agroexportación.

Lo primero que aprendí a ralear. Eso fue alrededor del año 1980 o 1981, ya que en ese momento todavía no tenía a mi hijo, sino solo a la primera niña que di a luz. Ella tenía como tres años y la dejaba al cuidado de mi mamá. Trabajaba hasta las cinco de la tarde. Entraba al trabajo a las ocho de la mañana y regresaba a la casa a las cinco. Trabajábamos por temporada, el puro raleo no más, así que ese trabajo duraba solamente un mes.

Yo tenía unas compañeras, unas amigas, que vivían en una casa en donde se hacían reuniones durante la dictadura, ya que en esa casa todas eran socialistas. Yo siempre que iba veía

que cada vez llegaba más y más gente nueva, gente que andaba de paso y que se quedaba dos o tres noches ahí. También recuerdo que empecé a ir a esa casa de chica, porque habían otras niñas de mi edad, así que iba y aprovechaba de jugar con ellas, además, ese lugar quedaba cerca de mi casa. Como esas niñas iban a la Hacienda a trabajar, un día me entusiasmé y me fui con ellas, yo tenía como veintidós años, más o menos. Una tarde me invitaron a trabajar y les dije que bueno, que iba a ir con ellas, puesto que también quería trabajar y tener mi plata. Una de esas amigas tenía una pareja que era de Hacienda Ventanas y que trabajaba como encargado del agua. Fue él el que nos llevó hasta allá en un camión. Fuimos arriba del camión porque no habían buses ni ningún tipo de locomoción colectiva. Cuando el Huaso Lana —así le decían al hombre— me vio, me dijo que no me iba a llevar porque me veía muy joven, así que le dije que ya tenía 21 años. A pesar de que se lo dije varias veces no me creyó, porque yo era muy flacuchenta, así que tuve que decirle que era vecina del barrio y que era la hija del soldador que trabajaba en la maestranza, para que me dejara subir al camión y así poder ir a buscar trabajo.

Así fue como conseguí trabajo y como aprendí a ralear; fui de las que aprendió más rápido, así que me dejaron trabajando al tiro. Había unas compañeras que eran muy lentas a las que terminamos ayudando junto a mis amigas, ya que nos pedían un tope de parras trabajadas por jornada. Y claro, puesto que ellas eran más lentas no iban a alcanzar a hacer el número de parras correspondiente, lo que les podría haber acarreado problemas. ¡Cómo no les íbamos a dar una mano, si estaban laburando igual que todas nosotras, además de que todas éramos vecinas de la misma población!

En la Hacienda había una casa patronal, tipo pulpería, con un campamento para los inquilinos y trabajadores que se pasaban toda la temporada trabajando allá. No estoy segura, pero tengo entendido que el año pasado vendieron la

Hacienda, así que tuvieron que desalojar a todos los inquilinos que todavía andaban por allá. Mucha gente del sector me contó que tenían que desalojar, que tenían que irse y entregar el pedazo de tierra donde vivían, porque ya no eran trabajadores de la Hacienda. Por desgracia así es la vida del inquilino, se acaba el trabajo y te quedas literalmente en la calle, sin un mísero lugar donde poder ir y tirar tus huesos y los de tu familia. Por lo menos los empresarios están obligados a pagarles todos los años que trabajaron con ellos.

En la Hacienda se dedicaban al cultivo y exportación de cítricos, así que yo trabajé harto tiempo en las mandarinas y los limones. En lo primero que trabajé fue en las mandarinas; primero aprendí a seleccionar las mandarinas y después aprendí a seleccionar los limones. Como el limonero tiene espinas, hay que saber cómo cortar la planta, puesto que a veces te piden que cortes el limón verde, mientras que otras te piden que cortes el limón plateado. El bolón —que es como se le dice al limón grande— no se corta para exportación, sino que se corta para la venta en el país no más. El limón de exportación tiene que tener la típica con forma de limón, no forma de pato o estar achatado; tiene que ser ovaladito y larguito, con la forma típica de un limón.

Una vez que empecé a trabajar, me lancé y no lo dejé más. Y aunque al principio éramos pocas las que trabajábamos en las temporadas, con el tiempo esto se hizo cada vez más masivo. Con las otras compañeras íbamos rotando de lugar en lugar de trabajo... Ya con más experiencia aprendimos a ralar, a deshojar, a regular la carga y después de que esperábamos que estuviera la fruta madura nos íbamos al *packing*. Además, hacíamos la limpieza y la cosecha, íbamos a limpieza, porque en ese tiempo se limpiaba y se embalaba en el *packing*. Después —y ya trabajando en la uva— empecé a embalar, a revisar en las líneas y a seleccionar la fruta. Desde ese momento ya manejábamos bien el trabajo y nos empezaron a ir a buscar

para ofrecernos pega porque necesitaban gente con experiencia. Había tanto trabajo que en una temporada podía llegar a trabajar en cuatro lugares diferentes, dependiendo del clima. En la Hacienda Ventanas, las primeras cosechas empezaban en diciembre y duraban hasta el 10 de marzo.

Al contrario, las arvejas se dan en invierno, así que una vez terminada la temporada de veranos estábamos marzo, abril y mayo sin trabajar, por lo tanto, retomábamos casi entrado julio porque las arvejas salen en invierno; podían salir algunas a principios de abril, pero eran pocas. Después estábamos un mes sin trabajar y volvíamos a empezar con las parras. Esa fue mi rutina, siempre, ya que me acostumbré a trabajar así, considerando que hay personas que no trabajan en invierno porque no necesitan o no les gusta. Ya más adelante, más establecida por así decirlo, la rutina de trabajo era esa: terminaba la uva y empezaba a trabajar con cítricos; trabajaba un tiempo en las mandarinas, las naranjas y los limones. También me dedicaba a trabajar la temporada de la palta por el sector de Ventanas.

Después empecé a considerar que ya no estaba apta para estar tantos meses en terreno, ya que surgieron problemas, como la enfermedad de mi papá. Ya no me alcanzaba el tiempo puesto que tenía que cuidarlo, además me dio un desgarró y una tortícolis, así que quedé resentida de la espalda. Fue por esa razón que empecé a realizar otro tipo de trabajo, por ejemplo, estuve como revisadora y a cargo de cuadrillas de trabajadoras. Una vez pasaron esas enfermedades, nuevamente me dediqué de lleno al embalaje.

El trato que nos daban los patrones no era muy bueno, así que no me gustaba mucho trabajar por esos lares, ya que no nos llevaban agua y teníamos que almorzar a las orillas de unas pircas -bajo unos árboles- y, aunque nosotras todavía éramos jóvenes así que estábamos felices ahí comiendo, nos parecieron mal los valores que los patrones le pusieron a nuestro trabajo, ya que era muy poco. Nosotras siempre

estábamos reclamando porque no nos llevaban agua ¡y cómo si fuese poco los patrones pasaban con las ovejas al lado nuestro mientras estábamos almorzando, así que levantaban una de polvo que dejaba todo de un color café claro, pieles, ropas y comidas! Y nosotras allá, almorzando mientras los perlas soltaban a los animales para que se pusieran a comer las hojas que estaban tiradas en el suelo. A todas nos daba un miedo y una rabia esa situación, así que fuimos las primeras que nos rebelamos contra eso, porque si ellos querían echar los animales para que se alimentaran, no les costaba nada tirarlos cuando nosotras no estuviéramos ahí almorzando, ya que además de peligroso era antihigiénico, puesto que los animales traen muchos mosquitos de todo tipo.

Lo increíble es que a pesar de que les reclamamos de buena manera, no nos tomaron en consideración, así que no nos quedó otra que irnos a paro. Un día nos juntamos todas las compañeras y nos fuimos a hablar con el capataz, pero la patronal —que era una sociedad agrícola de gringos— puso el grito en el cielo, porque estaban acostumbrados a tener gente que les trabajaba no más y que no les reclamara por nada. De hecho, mi compañera, una de las que ya falleció (la Nazira) era una de las que más hablaba, así que con ella fuimos a reclamar y fuimos de las primeras canceladas, es decir, no despidieron al tiro. Nos echaron del trabajo de inmediato sólo por el hecho de pedir que no nos tiraran los animales encima mientras almorzábamos y porque les pedimos un poco de agua para tomar. Mi compañera falleció hace poco y siempre que me veía me decía: “oye, ¿te acuerdas cuando les hicimos el paro y nos echaron los huevones?”. Cualquiera cosa que solicitáramos las trabajadoras temporeras ella siempre estaba ahí con nosotras apoyándonos, ya que siempre había vivido del trabajo de la tierra y conocía el nivel de los abusos que pueden llegar a cometer los empresarios con sus trabajadoras y trabajadores. Ella no podía entender que tuviéramos que pelear contra los

patrones para que nos llevaran agua para tomar o para que no nos echaran los corderos encima cuando trabajábamos o cuando almorzábamos. La verdad es que yo tampoco lo entiendo. Y el problema del agua es histórico acá en Vallenar, porque siempre nos hemos preguntado cómo nos van a hacer tomar la misma agua donde los corderos beben para saciar su sed. Porque la culpa no es de los animalitos, si ellos también tienen derecho a tomar agua, el problema es que los que tienen la plata no se preocupan de la alimentación ni de la salud del pobre.

El grueso de los trabajadores que trabajamos en la agroindustria somos mujeres. Desde siempre las empresas han preferido contratar mujeres para hacer las labores de raleo, de limpieza de la uva y de embalaje de la fruta. Al principio, la Hacienda contrató a tres niñas a las que les enseñó cómo hacer el trabajo de embalaje. Recuerdo que al principio sólo ellas trabajaban embalando, pero poco a poco fue creciendo el número de trabajadoras conforme fue aumentando el número de variedades de árboles frutales que se plantaron. La primera variedad de uva que trabajamos fue la Sultanina, una uva blanca, sin semilla, que se usa para la producción de pasas. La Sultanina también es conocida como uva Thompson o sencillamente como Sultana.

Como fuimos de las primeras impulsoras de exportación de uvas aquí en Vallenar, me tocó conocer a Francisco Ríos Cortés, un escritor vallenarino que tenía sus parras en un terreno donde está el cementerio. Sus parras daban un tipo de uva cuyo nombre es Flame. La Flame es una uva de mesa rosada que, al igual que la Sultana, no tiene pepitas. De hecho, la Flame se creó a partir de una cruce entre la uva Cardinal y la uva Sultanina y da unos racimos muy grandes y bonitos, repletos de unas hermosas uvas color rubí que son tremendamente dulces y jugosas.

Antes de trabajar con Ríos Cortés, junto a mis compañeras y amigas estuvimos trabajando al lado del río en unos

parrones chiquitos que pertenecen a un señor de apellido Lonza y que era el dueño de la farmacia del lugar. Ahí nos dedicábamos principalmente a embalar la fruta cosechada. Este *packing* estaba en un antiguo gallinero donde las gallinas y los huevos brillaban por su ausencia porque lo habían adaptado para usarlo para embalar las uvas.

Cuando me fui a trabajar con Francisco Ríos Cortés, yo ya tenía dos hijos. El hombre que con el tiempo se transformó en mi pareja también trabajaba ahí, así que nos conocimos entre los racimos y los granos de uva que daban vueltas sin rumbo por el suelo. Al tiempo de estar juntos tuvimos un hijo y nos fuimos a vivir juntos ya como una pareja establecida; desde ese momento no nos separamos más. Llevamos treinta y dos años, así que, aunque no nos hemos casado por ninguna de las leyes, somos un matrimonio hecho y derecho. Además, yo siempre he dicho ¿para qué casarnos si no sólo nos unen los hijos, sino que principalmente nos une el amor?

Como en todo rubro, en la agroexportación una, como mujer y como trabajadora, está expuesta a las más distintas vejaciones y abusos que se puedan imaginar. En este sentido, y por desgracia, la ley no por ser pareja deja de ser dura, ya que no sólo nos abusan en tanto trabajadoras, sino también por ser mujeres.

Además de tener que reclamar porque no nos daban agua potable y por las condiciones higiénicas en las que teníamos que almorzar, una vez dejé un trabajo porque el empresario que me contrató no respetó el valor de la paga que me había ofrecido. Recuerdo que estaba trabajando a trato y de repente llegó el jefe del *packing* me dijo que sólo me iba a pagar el día, porque estaba habiendo desgrane de fruta. Evidentemente eso no correspondía: el acuerdo había sido otro, así que yo le pregunté si me iba a pagar o no lo que correspondía y como me dijo que no, yo le dije que no pensaba trabajar con él dado que no estaba respetando el trato. Él me miró con desprecio y me dijo:

-Ya, pues. Entonces se puede ir. Total, aquí no hay ningún contrato en el que diga que yo tengo que pagarles el trato, así que a mí me da lo mismo.

Como no tenía por qué quedarme callada, le dije:

-Si no hay contrato para que tú me pagues el trato, el que está mal eres tú, no yo, porque yo he estado la temporada entera trabajando a trato, así que ¿cómo es posible que ahora me salgas con que quieres sólo pagarme el día?

Me saqué el delantal, lo dejé bien doblado, tomé mis cosas y me fui.

Desgraciadamente fui la única que se atrevió a reclamar, todas mis compañeras guardaron silencio. Recuerdo como si fuese hoy que mientras dejaba el *packing* ellas bajaban sus cabezas mientras yo sentía que esa era la señal de su derrota.

Eso fue como hace diez años, más o menos, no fue hace mucho, sin embargo, todavía lo recuerdo. Y cuando lo hago, lo recuerdo con cierto orgullo porque no dejé que me pisotearan. Trataron de abusar de mí y yo me paré a reclamar lo que era mío sin importarme que hasta ese momento haya estado ganando buena plata en el *packing*, ya que en ese tiempo la cosecha fue buena. Creo que me hacía entre veinte o veinticinco mil pesos diarios. Lo que me pone contentan es que a pesar de la plata que estaba ganando lo que más me importó fue hacer respetar mi dignidad de trabajadora. Es cierto que esperé que alguna de las compañeras también hiciera lo mismo, porque habiendo dos o tres ya no podrían echarme, no obstante todas agacharon la cabeza por miedo. Yo no tuve miedo, y como si fuera poco al año siguiente entré a trabajar ahí mismo, con el mismo capataz.

Felizmente, con el tiempo muchas de nosotras nos acostumbramos a pararnos y alegar ante las injusticias que ellos estaban cometiendo. En el rubro de los cítricos nos paramos muchas veces, porque los precios que pagaban por balde eran muy poco, ya que hay que recordar que a nosotras no nos

pagan mensualmente un sueldo fijo como a todos, sino que a nosotras nos pagan por balde embalado, es decir, por producción. Muchas veces nos pasó que no alcanzábamos a hacer el (salario) mínimo, y más encima en invierno se empieza a trabajar después de las doce por culpa de la neblina —y eso que teníamos que llegar al trabajo a las ocho de la mañana-, o sea, perdíamos medio día, y en esas horas no nos la pagaba nadie.

Fue por todas esas razones que nosotras empezamos a hacer una serie de paros y huelgas para exigir que los empresarios nos pagaran un piso mínimo de sueldo. Estoy hablando de hace ocho, máximo nueve años atrás, es decir, casi nada. Primero empezábamos hablando con el que estaba a cargo, el jefe de terreno, quien tenía que comunicarle a la cabeza mayor lo que estábamos pidiendo. Después éste iba donde los jefes mayores para decirles nuestras demandas y eran ellos los que decidían sí nos daban la razón o no. Lo cierto es que siempre usaron amenazas para amedrentarnos, pero como nosotras estábamos convencidas de que estábamos luchando por lo justo nos mantuvimos unidas hasta el final para conseguir lo que pedíamos. Por otra parte, como ellos nos necesitaban para sacar adelante el trabajo, estaban obligados a reconocer que nuestras demandas eran justas, así que siempre tuvimos fe en nosotras mismas.

Por desgracia, no faltan las dos o tres compañeras que bajan la cabeza y se van, haciendo que sean otras las que peleen por sus derechos. De todas maneras, eso no nos desmotiva, ya que desde que estamos más conscientes y organizadas hemos peleado por el derecho a colación —y que sean colaciones buenas, porque nos han dado una comida que ni para perros alcanza-, por los horarios y porque se nos suban el número de cajas que debemos embalar. También hemos dado la pelea para regularizar el horario en el que llega la fruta, porque muchas veces ha pasado que hemos estado todo el día sin trabajar esperando que llegue la fruta y ésta ha llegado en cantidades inmensas a las cuatro o cinco de la tarde.

También hemos denunciado que los patrones nos mandan a esconder a las bodegas cuando la Inspección del Trabajo va a fiscalizarlos. Una vez en la hacienda Ventanas llegó Inspección del Trabajo y de un momento a otro no quedó nadie en el *packing*. Yo me preguntaba por qué estaba pasando eso cuando me di cuenta que los capataces les estaban diciendo a las compañeras que estaban trabajando sin contrato que se fueran a esconder a una cancha, así que yo me armé de confianza y les dije que se quedaran donde estaban, sin embargo, no me tomaron en cuenta y se escondieron. Lo más terrible fue que cuando le dije a la niña de la Inspección que a las compañeras les habían ordenado esconderse ni me pescó; simplemente no me tomó en cuenta y siguió haciendo el recorrido como si nada hubiese pasado. Lo mismo pasa con los trabajadores y trabajadoras que son inmigrantes y que no tienen contrato o que están irregulares, los esconden sin la menor vergüenza o pudor. En ese sentido, hay mucha desregulación e impunidad en este ambiente, porque los empresarios abusan y abusan, pero muy de vez en cuando reciben una multa por sus malas prácticas, y si es que llegan a recibir alguna, porque pareciera que el rico es inmune a la ley.

Al principio, los contratos indicaban que la paga era al día. Después los contratos se empezaron a hacer por trato, lo que significaba que no nos pagaban ni el día ni la semana corrida, sino que el trato sobre el que estaba pactado el contrato. Ahora, bien, el sistema de trato es bien engañoso, porque cuando empezamos hacíamos muy buenos tratos, sin embargo, con el tiempo fueron siendo cada vez peores. También hay otro sistema que consiste en que el pago se hace por caja embalada, no obstante, por lo general, se pacta por el día trabajado. Lo bueno del sistema de caja pagada es que una puede, como se dice, regular carga, es decir, contar la cantidad de racimos que puede tener una parra, por ejemplo, una parra fuerte, vigorosa, puede aguantar cuarenta racimos. Entonces hay que

dejar los 40 racimos elegidos a la sombra, los más buenos y vigorosos, que estuvieran en un buen brote. Eso es lo que se conoce como el criterio del cosechero, ya que sabe cuánta cantidad puede dejar, mientras lo demás lo bota para así poder seleccionar los mejores racimos y así ganar más plata.

De todas formas, con el tiempo, nos empezaron a pagar unos veinte pesos por parra y, además, fueron sumando otras labores, como regular la carga, hacer el anillado, soltar el racimo y hacer el descole, o sea, había que hacer más de tres pegas por la misma paga. Por supuesto que nos demorábamos mucho, así que fuimos cada vez trabajando más por menos sueldo. Al principio, no era malo trabajar por veinte o veinticinco mil pesos diarios, pero cuando le agregas más cosas una se va quedando atrás, ya que el trabajo se hace cada vez más lento, así que en definitiva trabajas más y ganas menos, o sea, negocio redondo para el rico y ruina para el pobre.

Después aparecieron los contratistas y las cosas más que empeoraron que mejoraron, ya que hay contratistas a los que cuando les va mal no te pagan todo lo que te corresponde. Varias veces me pasó que trabajaba dos o tres meses con un contratista y sólo el primer y el segundo mes se portaba como corresponde y me pagaba todo, pero ya al tercer mes sólo me pagaba una parte de lo que me debía o lisa y llanamente no me pagaba. No faltaron los contratistas ladrones que no me pagaron o que me dijeron que me iban a pagar tal día y no aparecieron nunca más, desapareciendo con la plata ganada por los trabajadores. O se hacen los locos con las cotizaciones, ya que las declaran pero no las pagan y cuando una se da cuenta ya es muy tarde ¿dónde los vas a ir buscar?. Más aún si eres pobre y no tienes plata, si eres un cosechero o una trabajadora temporera que tienes que seguir trabajando para poder comer y vivir. Eso nos pasó muchas veces y nos sigue pasando a las trabajadoras asalariadas.

Con el tiempo nos hemos ido organizando cada vez más, ya que los que vivimos como cosecheros y temporeras tenemos poco y nada. Varias veces me he organizado con una compañera y nos hemos comunicado con las autoridades para decirles las necesidades que hay familias completas donde la mamá, el hijo y el hermano están en esta pega y todo lo que ganan se les va en sobrevivir. También hablé con algunas mujeres que podían ser líderes en sus respectivas comunidades y lugares de trabajo. Las cité y nos reunimos todas con el alcalde de Vallenar —que en ese tiempo era Juan Horacio Alday— para pedirle ayuda para los temporeros de Vallenar que estaban sin trabajo. Conseguimos que dieran cajas familiares de forma mensual para los que se encontraban cesantes, además de que se condonara la deuda de estudio que tenían algunos hijos de temporeros.

En este último tiempo he participado de reuniones y encuentros que hemos hecho en Vallenar y a los que invitaba a mis compañeras y colegas. También hemos ido varias veces a Santiago a hablar de los problemas que nos aquejan a los trabajadores y trabajadoras de la agroindustria y de la forma en la que podemos resolverlos.

Durante la dictadura conocí a un grupo de mujeres que fueron bien importantes en mi vida, porque ellas eran feministas y eran allendistas. Yo era chica y recuerdo que jugaba con las hijas de una de estas señoras, que era la dueña de casa, y yo no entendía por qué ellas hacían fiestas y reuniones. Conversaban y tocaban guitarra mientras conversaban de sus cosas, de sus vidas y problemas. Después vino el Golpe y la dictadura. Fue una época triste para todas, las veía llorar porque no había trabajo y muchos fueron perseguidos y asesinados; otros tuvieron que arrancar para poder salvar sus vidas. Una de ellas fue detenida, otra fue exonerada política, pero no se rindieron e hicieron un taller. Formaron un taller clandestino en plena dictadura al que me invitaron y yo acepté gustosa.

Hasta el día de hoy participo de este taller. Se llama Porvenir porque siempre hemos tenido esperanza un futuro mejor para nosotras y nuestras familias.

En el Taller hacíamos manualidades, arpilleras, pero también creábamos lazos. No sé cómo se hicieron esos lazos, pero nos llegaba mucha ayuda de Holanda. Hacíamos distintas actividades de tipo político, como encuentros y ollas comunes. Hacíamos concentraciones en las que mostramos nuestras arpilleras, macramé y bolsones. Expusimos nuestras obras de arte al público en días muy especiales como el 8 de marzo, día importante y emblemático para nuestro país. El taller tenía un sentido popular importantísimo, ya que nosotras también hacíamos celebraciones para el día del niño, para la navidad o para el día de la madre.

Nosotras no tenemos sede, pero seguimos la trayectoria que han marcado todo un conjunto de mujeres que fueron la base, las gestoras de todo esto. Organizándome con mis compañeras aprendí a ser valiente. Aprendí que nada te puede hacer cambiar de posición si crees que estás en el camino correcto, que tienes que mantenerte en tu línea, ser honesta y transparente para ser una buena líder. Todo lo otro me lo ha enseñado y lo he aprendido en Anamuri.⁸

Lo hermoso es que así como recibes, también das. Yo he tenido la oportunidad de enseñarles a distintas mujeres cómo es el trabajo asalariado, cómo se trabaja en *packing* y cómo son las condiciones, las dificultades y todas las trancas que tenemos, cómo es la sobreexplotación que las trabajadoras sufrimos ahora. Todas tenemos claro que no hay ni un mínimo de respeto con las mujeres que trabajan en terreno, pero que la única forma en la que podemos darnos a respetar es estando organizadas, pero por sobre todo unidas.

⁸ Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas.

Es por esto que todo lo que he aprendido gracias a tantas mujeres hoy lo entrego a otras compañeras a través de Anamuri. Todo lo que he vivido en este camino como trabajadora lo comparto por medio de cada invitación que me hacen las compañeras de Anamuri, incluso he participado como panelista en los 'Tribunales Éticos'⁹. He tenido la oportunidad de dar mi testimonio como trabajadora en otros países, por ejemplo, fui a Argentina con ocasión de un encuentro de trabajadoras agrícolas. También hice una escuela política de cuarenta días en Paraguay gracias a una invitación de Vía Campesina, de la CLOC.

Actualmente funcionamos en red. La red de las mujeres que tenemos son las Añañucas. Ahí están las mujeres campesinas, las indígenas y nosotras, las asalariadas agrícolas. También están las mujeres de Freirina, que son de la red Muruf,¹⁰ y están todos los otros grupos insertos en la regional que es la Ratmuri.¹¹ A través de eso estamos insertas en Santiago por medio de la red nacional. Tenemos toda una coordinación, así que si a mí me solicita Anamuri que vaya como representante de las mujeres de Vallenar, primero tengo que ver si me autoriza Ratmuri, ya que si ellas me dicen no puedo pasar por arriba de eso. Hay todo un protocolo que hay que cumplir, porque una no se representa como persona singular, sino que una representa a la red a la que pertenece. Así, actualmente soy la delegada de las asalariadas agrícolas de la provincia del Huasco.

Nosotras representamos a todas las mujeres trabajadoras agrícolas de Chile, o por lo menos yo lo considero así, porque yo no voy a pedir nunca nada para Fundación mi Casa, sino

⁹ Actos públicos de denuncia en contra de la violencia en el trabajo que realiza ANAMURI todos los 25 de Noviembre, Día de la No Violencia en contra de las Mujeres.

¹⁰ Mujeres Rurales de Freirina.

¹¹ Red Atacama de Mujeres Rurales e Indígenas.

que todo lo que nosotras hemos solicitado es para el mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo de las mujeres que nos ganamos la vida en el campo. Hemos pedido que se hagan exámenes en las mujeres que llevan años trabajando expuestas a agrotóxicos, porque no son sólo ellas las afectadas, sino también los hijos que pueden llegar a tener cáncer. Hemos exigido la mejora de los comedores, de los campamentos y los sueldos. Peleamos para que se mejoren las condiciones de trabajo y para que no sean explotadas las mujeres. También hemos luchado para que haya respeto a las mujeres en relación al problema del acoso sexual. Todas esas demandas nunca se han hecho a partir de individualidades, sino que las hemos planteado como comunidad de trabajadoras.

¡Yo estoy cansada, pero no me voy a rendir! Nosotras hemos pedido una pensión justa. No necesitamos esa jubilación que nos ofreció la presidenta Bachelet. No nos pueden echar al mismo saco, no podemos estar dentro de la pensión solidaria, porque el trato que reciben las trabajadoras y lo que día a día damos trabajando en un *packing* no merece eso. Yo no voy a despreciar a una mujer dueña de casa, porque nosotras hemos cumplido los dos trabajos, nosotras trabajamos en los *packings* y después llegamos a nuestras casas a hacer el trabajo de dueña de casa, pero merecemos una pensión digna para una trabajadora. Además, nosotras sufrimos doble desgaste físico y estamos expuestas a enfermedades como tendinitis o lumbago crónico, o tenemos mujeres que ya no pueden trabajar porque se han vuelto alérgicas a los productos que les echan a las plantas. Y para rematar tenemos que sufrir el verdadero terror de parir un hijo con cáncer o malformaciones producto de todos los tóxicos a los que continuamente estamos expuestas. Y no somos sólo nosotras las que estamos expuestas, sino también nuestros maridos o parejas, ya que durante mucho tiempo no nos dieron los implementos de seguridad necesarios para poder resguardar nuestra salud e integridad física.

¿Quién se hace cargo de un trabajador o trabajadora que trabajó veinte años en un predio y que tiene cáncer? ¿Quién lo ayuda con todos los gastos? Nadie, porque todo eso se lo lleva la familia sola. Yo creo que hay que hacer un seguimiento a quien haya trabajado más de veinte o treinta años como temporero agrícola para que reciba una jubilación especial. Es injusto que no tomen en cuenta los peligros que pasamos todos los días.

Siempre he luchado y lo seguiré haciendo hasta más allá del cansancio. Voy a seguir exigiendo mejoras en nuestra vida, y no solo para mí, sino para todas las trabajadoras agrícolas. Especialmente para las mujeres porque las mujeres hemos tenido que cubrir distintos roles al mismo tiempo y, por lo tanto, hemos entregado el doble. El stress, el apego, el problema que tú tienes psicológicamente por tu hijo que tienes que [dejar para] trabajar, que tienes que despegarte y cuando estás trabajando estás pensando, cómo estará tu hijo, con quién estará... Y en las temporadas las mujeres trabajadoras no ven a los niños, ellas despertaban a los niños en las mañanas para verlos y llegaban cuando estaban durmiendo. Y así muchas de las mamás han pasado. Entonces esa parte psicológica es fuerte.

Después la temporada se termina, pero el desgaste físico que ha tenido una mujer trabajando en las temporadas, explotada todo el día, sobreexplotada y expuesta al cansancio y al agotamiento, pararte con un café con una Coca-Cola y seguir trabajando, y al otro día volver a hacerlo, y a la otra temporada... lo mismo. Y después tienes una consecuencia de que tu cuerpo [está] todo gastado y contaminado. Entonces tú te expones, porque en otro trabajo tú estás barriendo y te cansas, descansas y sigues, pero en un *packing* uno no hace eso. En un predio no lo puedes hacer, porque tienes que hacerte un sueldo, y tienes que cumplir en tu casa y en tu trabajo. Es lo que necesitas para vivir, por eso yo siempre he pedido una jubilación justa.

Nadie nos devolverá de buena gana todo lo que hemos dado, todos los malos tratos y los abusos que hemos padecido. Nadie me devolverá el tiempo para poder despedirme de mis hijos antes de que ellos salieran hacia la escuela. Nadie nos devolverá los meses que no pudimos estar y disfrutar a nuestros hijos y nuestras familias. Ellos no lo harán. Los ricos siempre la verán por ellos. Las únicas que podremos devolvernos el tiempo perdido seremos nosotras.

Cuando tú trabajas aprendes a defenderte, cuando trabajas ves las injusticias, entonces todo eso te hace a ti ser fuerte, o bien yo creo que soy así porque dicen que me parezco a mi abuela; un tío cuando me nombraba con el nombre de mi abuelita, porque me decía: “acá esta la Ema Núñez”, si soy igual a ella. Ella era abuela de parte de mi papá, y yo creo que nos parecemos, mi abuela era allendista, socialista, y hacía valer sus derechos en cualquier parte y en cualquier lugar.

